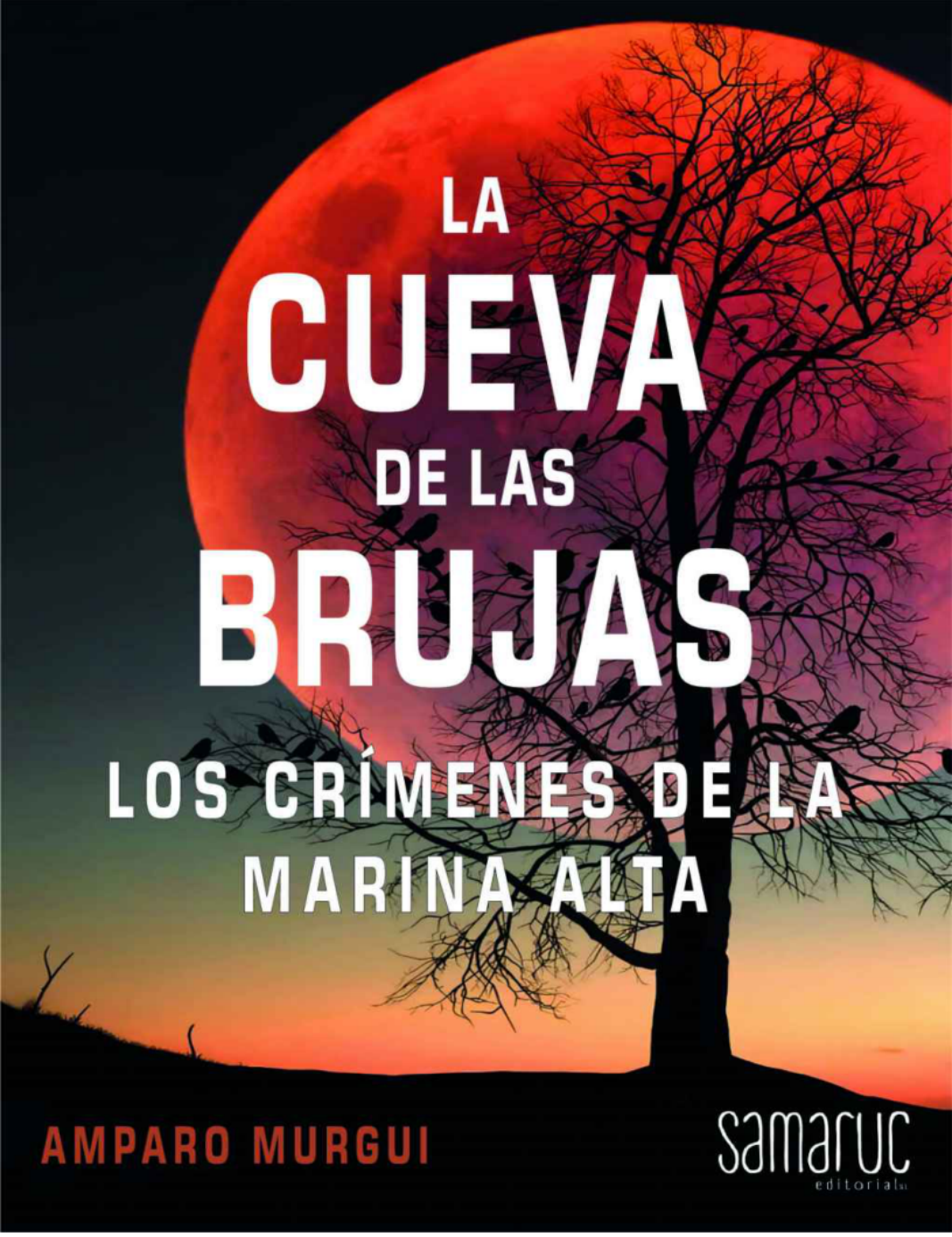
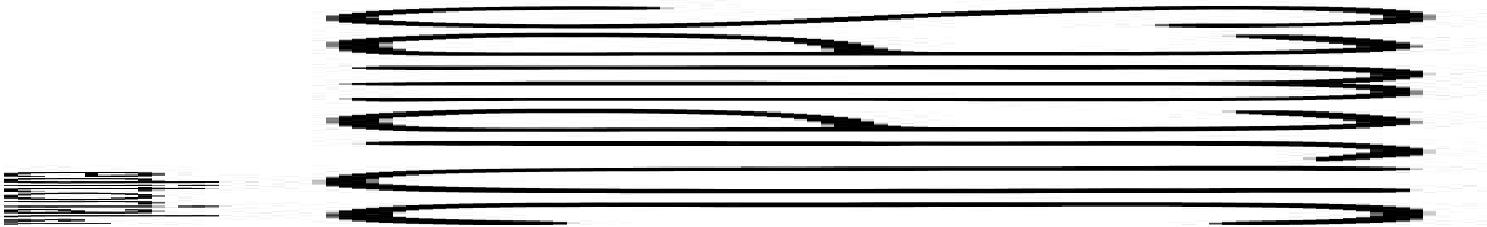

LA
CUEVA
DE LAS
BRUJAS
LOS CRÍMENES DE LA MARINA ALTA
AMPARO MURGUI
samaruc
editorial

LA CUEVA DE LAS BRUJAS

LA CUEVA DE LAS BRUJAS

Amparo Murgui



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro, o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

© Del texto: Amparo Murgui Maties
© De la maquetación: José Cazorla García (cazorlagarciajose@gmail.com)
Miriam Cardizales Calcedo (miriamcardizales@gmail.com)
© De esta edición: Editorial Samaruc, s.l.
Calle Xiva, 43 — 46018, Valencia
e-mail: info@samaruceditorial.com
web: www.samaruceditorial.com
Primera edición: noviembre de 2022
Depósito legal: V-3200-2022

Para mi abuela María y todos los que vivieron la calle rey don Jaime,
Por aquellos maravillosos años.

Cuando sale la luna creciente, a las cuatro o las cinco de la tarde, presenta una luz brillante y alegre como de plata; en cambio, después de media noche es apagada, triste y siniestra. Es una verdadera luna de noche de brujas.

Guy de Maupassant

Agradecimientos

Un año después de la publicación de *El Pozo de los Silencios* vuelvo a estas líneas. No dudéis que si hoy *La Cueva de las Brujas* está en vuestras manos es gracias a vosotros, lectores, que acogisteis mi primera novela con los brazos abiertos. Quiero dar las gracias en especial, a mi familia, amigos/as y compañeros/as de trabajo, que se volcaron desde el principio en cuanto la primera parte vio la luz. Sin vuestro apoyo constante esto no sería posible. Me permitirán hacer un aparte a mi madre y a mi tía Dora, quienes las conocen saben por qué.

Ha sido un año de grandes recuerdos y experiencias en las firmas, en las ferias, las redes… de reencontrarme con amigos del camino que no veo tanto como quisiera, y de conocer nuevos lectores y escritores. Atesoro y aprendo de cada uno de vuestros comentarios y charlas. El glosario de personajes que podéis encontrar al final del libro viene de una de ellas.

Y como siempre, las gracias con nombre y apellidos.

Gracias a mi pareja Sergio, a mi hijo Adrián y a la pequeña Aitana que viene en camino. Sois mi pequeño universo en el cual todo gira.

A mis padres y a mis suegros, por ser, por estar y por darme ese valioso tiempo para sacar horas en el día a día.

A mi hermano Carlos, lector incansable de mis primeros folios. Sus consejos valen oro, pero él todavía más.

A mi compañera, amiga y lectora cero, Mª José Escriche. Por tus comentarios, correcciones y tu ayuda incondicional; pero sobre todo, por tenerte en mi vida.

A mis amigos y amigas, los de ahora y las de siempre (Marta, M.Àngels, Estel, Pilar, María, Susana, Lola, Cris, Rosa S.…). Solo con veros conseguís que los días grises sean claros, y los claros brillen más.

A todo el equipo de Samaruc, por hacerme sentir como en casa en esta aventura literaria que empecé hace justo un año.

Y no podía faltar esa tierra que es 'La Marina Alta', donde me reencuentro cada vez que escribo. Su belleza y la de sus gentes van más allá de las palabras. Todos los lugares y locales que aparecen en la novela son dignos de visitar. Me he tomado la licencia literaria de

crear a los personajes que allí habitan o trabajan.

Escribir *La Cueva de las Brujas* ha sido una vuelta a la infancia, un volver a la calle rey don Jaime (Llíria) donde el tiempo se paraba entre juegos de niños convertidos en detectives, los vecinos eran más que familia y las noches de verano no tenían horas sino momentos. Veréis en la novela un claro guiño a esos tiempos con una investigación paralela un tanto peculiar. Una de las primeras premisas en la novela policíaca es intentar averiguar quién es el asesino antes de que termine el libro. En este caso, querido lector, te lanzo otro desafío, ¿quién es la víctima?

Feliz caza de Brujas.

Amparo Murgui Maties

Septiembre, 2022

El olor era muy desagradable. Nadie debería morir en aquellas condiciones, pero allí estaba, entre envoltorios, latas y vómitos. Más que un lugar sagrado parecía un vertedero. Cogió uno de los botes, pero lo dejó al instante, ahora ya no tenía importancia. Sacó de la bolsa las tiras de mimbre, y se entretuvo en hacer cruces, nadie aparecería por allí. El día de Todos los Santos era un día para los cementerios, y no para aquel agujero. Las fue depositando alrededor del cuerpo hasta formar una gran cruz y contempló su obra, esperaba que sirviera para algo. En esta vida ya era imposible, pero quizás en la siguiente. Sintió la necesidad de levantar la máscara, y ver quién era, pero tampoco importaba ya, la cuestión era que estaba muerta. Eso lo sabía con certeza.

En unas horas todo el mundo contaría que una bruja se había llevado a otra. Las brujas siempre preferían a las niñas.

1

Faltaba un día para Halloween o como su abuelo prefería llamar, para La víspera de Todos los Santos. Ella a partir de ahora también lo llamaría así. Por fin había cumplido los ansiados nueve años, y estaba preparada para vivir las historias que su abuelo compartía con los niños del pueblo. El día 31 de octubre, cuando la luna empezaba a asomar en la noche, los niños mayores de nueve años acudían al corral del abuelo. Allí, con la única ayuda de una cuchara, una cuerda y una vela convertían melones de piel de sapo en farolillos. Con ellos colgando de la mano recorrían las sinuosas calles de Poble Nou ahuyentando a las ánimas que esa noche vagaban libremente en el mundo de los vivos. La procesión terminaba de nuevo en el corral. Una vez colgados los faroles en el dintel de la puerta, su abuelo empezaba el relato de las famosas historias de *Tots Sants*. Hacía años que en los paseos se encontraban con niños y niñas disfrazados pidiendo caramelos por las casas, y el número de asistentes a sus historias se había visto reducido. A su abuelo le reconcomía por dentro ver cómo sus tradiciones se estaban perdiendo, así que puso otra condición, ser mayor de nueve años y no haber participado de esas fantochadas.

Victoria estaba impaciente, no recordaba cuándo empezó a darse cuenta de lo que aquello significaba. Su hermano Pau siempre volvía relatando fragmentos que le entusiasmaban y aterraban a la vez. Cuando oyó a su abuela discrepar diciendo que una niña no debería participar, se le cayó el mundo al suelo, pero su abuelo afortunadamente no estuvo de acuerdo, y por primera vez iba a asistir a “Los Cuentos de Todos los Santos”.

Jack observó con disgusto colgado en el tendedero, el disfraz de vampiro que su padre había desempolvado del baúl y que le impediría ir a las historias. A pesar de la sensación de frío, el sol calentaba con fuerza y parecía que los rayos estuvieran proyectados en aquel corral, en aquel disfraz, que pronto estaría seco y listo para usarse.

Al mudarse a Poble Nou, el padre de Jack comprobó satisfecho que vivir en aquel pueblo, era como estar en casa, pero a treinta grados a la sombra. Sin embargo no contó con un pequeño detalle, su hijo, al contrario que él, cada vez se sentía más español. Por eso de manera subliminal fue incorporándole tradiciones inglesas en casa. Los domingos siempre acostumbraban a comer paella en un restaurante local, pero ahora se había convertido en el día del "*Fish and Chips*"; las cadenas españolas habían desaparecido de la parrilla de su televisión y estaba decidido a que Jack asistiera a una de las fiestas inglesas por excelencia.

—*Encontraste el disfraz* —dijo su padre posando su gran mano en el hombro de su hijo.

—*Papá, este año iba a ir a las historias del abuelo de Victoria. Además no creo que pueda llevar ese traje* —contestó Jack tímidamente. El traje había encogido con el lavado, y eso unido a que él había dado el estirón, podía ser una excusa perfecta para no ir ese año.

—*Ven conmigo.*

Fueron al comedor donde encima del sofá protegido por un plástico se podía ver una capa negra con capucha y al lado una máscara de color rojo con una expresión perversa.

—*Y el de vampiro…*

—*Es para la hija de John. Este es nuevo, solo para ti. Y dentro de los bolsillos encontrarás otra sorpresa.* —El padre de Jack le guiñó un ojo en gesto cariñoso—. *Te da tiempo de sobra del Trick or Treat y luego puedes ir a las historias.*

—*Papá, he olvidado algo de la escuela…* —balbuceó el niño—. *Necesito ir a casa de Julen.*

—*De acuerdo, pero no llegues tarde.* —El hombre sonrió satisfecho. Su mujer se encontraba lejos, pero tampoco hacía falta en casa. Lo tenía todo bajo control.

La casa de Julen estaba encima de la floristería de sus padres en la calle *Llebeig*, apenas a cuatro calles de distancia. En solo unos minutos recorrió el trayecto que lo distanciaba. Entró en la tienda, y haciéndose paso entre la multitud de clientes que esperaban los centros de flores para las lápidas, logró llegar al mostrador donde Julen con no mucha maestría intentaba ayudar a su madre. Esta al ver a Jack, alzó los ojos hacia el cielo agradeciendo en silencio la presencia del niño.

—Hola, Jack. Hoy no puedo jugar, tengo que ayudar a mis padres. Me necesitan. —Se adelantó Julen.

—¡No, tesoro! —replicó Irene que, al darse cuenta de la impetuosidad del tono, lo bajó a uno más moderado —. Quiero decir… ya nos has ayudado bastante.

—¡Pero mamá, todavía tenéis mucho trabajo!

Julen se encargaba de cortar la parte sobrante de las flores, pero en su empeño por hacerlo bien apenas dejaba tallo que clavar al corcho Había perdido más de una hora intentando arreglar con disimulo los desperfectos de su hijo.

—No te preocupes. Nos las arreglaremos. —Se limpió las manos con el trapo que colgaba de su delantal y le acarició el pelo. Aquella era su manera de decir que la conversación había terminado.

Julen salió con su amigo y se sentaron en la fría acera a unos metros de la floristería. En parte para evitar a los clientes que se agolpaban en la puerta y en parte, porque era el único sitio donde el sol calentaba.

—Tengo malas noticias —dijo Jack cuando apenas sus traseros habían rozado la acera—. No podré ir a los Cuentos de Todos los Santos. Mi padre me ha comprado un disfraz nuevo para Halloween, quiere que vuelva a ser inglés.

—¡Pero Jack, este era nuestro primer año de los cuentos!

—Ya lo sé, me da mucha rabia. —Dio un manotazo al suelo que solo le sirvió para ensuciarse. Se llevó las palmas de las manos a las mejillas que quedaron con restos de la gravilla del suelo.

—El abuelo se pondrá triste —dijo Julen apenado, pero no por el abuelo, sino por él. No podía imaginar nada peor que perder a su amigo en aquella noche tan especial—. ¿Y Victoria...? —Julen cayó de pronto, lo que diría su abuelo no era nada comparable a lo que podía salir por la boca de Victoria cuando se enterase—. ¿Cuándo se lo vas a decir?

—Todavía no lo sé.

Esa era la verdad. Se sentía muy triste, desde que Victoria le confirmó que podía presenciar la noche de los cuentos con ellos le inundó una alegría y un orgullo que solo cesó cuando vio el maldito traje. Él iba a ser el primer extranjero en formar parte de algo íntimo. No podía decir que lo hubiesen tratado mal, se sintió acogido por todos desde el primer momento en que decidieron instalarse allí, pero había algo, no podía explicar el qué. Aunque le dedicasen palabras amables y aparentemente lo trataran como al resto, podía percibirlo, él no era parte de aquello, de la vida de aquel pueblo. Él era el niño inglés. Y aquella noche, por fin, tenía la oportunidad de formar parte de ellos, y un maldito traje lo había estropeado.

Jessi miró el móvil con ternura, allí, ocupando toda la pantalla, se veía el rostro bien definido de su sobrino. No lo podía creer, apenas tenía quince semanas de gestación, pero ya se podían apreciar los rasgos de su cara. El teléfono vibró de nuevo, esta vez para dar entrada a una foto más grande, en esta su hermana miraba y acariciaba con mimo su ya hinchada barriga mientras que su sobrino se aupaba para darle besos. Se la veía feliz, y eso era lo único que importaba. Leyó el comentario de su cuñado Eduardo que seguía la foto y torció el gesto; su madre, que desde que descubrió el mundo de los mensajes instantáneos vivía enganchada a ellos, contestó al instante y acto seguido la llamó para comentarlo.

—¡Cariño! ¿Has visto a la niña? ¡Es increíble! —gritó de la emoción —. Con lo pequeña que es, y ya es clavadita a tu hermana, la misma nariz chatita, los mismos labios marcados. Es igual que cuando ella nació, solo dos horas de parto natural, nada de epidural y esas cosas modernas de ahora, y mírala salió como una bendita, igual que lo hará la pequeña Isabel.

Jess había escuchado aquella historia infinidad de veces, cada vez que su madre se encontraba con alguna embarazada se extendía sin miramiento en los pormenores de sus dos partos. El primero, cómodo, rápido, apenas sin dolor, dando la bienvenida a una niña preciosa y lozana. El segundo, el de ella, largo, complicado, dándose la vuelta en el último minuto y trayendo al mundo con dificultades a una bebé de más de cuatro kilos, dos de ellos acumulados en una cara demasiado hinchada. Las primeras palabras que escuchó al nacer fueron *"Pero si parece una magdalena*", y con ese nombre se quedó. Durante muchos años creyó que ese era su nombre real y cuando le preguntaban siempre contestaba muy segura de sí misma "*Me amo madalena*".

—Sí, está preciosa.... digo precioso. Mamá, ya te dijeron que era un niño.

—Pues se equivocan, la barriga de tu hermana es de niña.

Aquello era imposible, en la ecografía todavía no se podía apreciar claramente, pero los análisis de ADN lo confirmaron sin lugar a duda, XY, un niño. Pero entrar a discutir con su madre los entresijos de la ciencia genética no era el mejor plan para aquella mañana.

—Como tú digas mamá. ¿Me has llamado para eso?

—¿Ya me quieres colgar? ¿Ni cinco minutos tienes para hablar con tu madre? —Fingió estar enfadada, pero lo dejó al momento. Su hija podía inventarse cualquier excusa para colgarle y necesitaba hablar

con ella— ¿Y Eduardo? ¿Qué me dices de Eduardo? Cada día doy gracias por la suerte que ha tenido tu hermana al encontrarlo. Tiene una mano para las fotos… Todas las que hace él salen perfectas, ¿has leído lo que ha escrito?

—No me ha dado tiempo —mintió Jess.

—Ves, menos mal que te he llamado. Este domingo no hagas planes, y si tenías alguno, lo cancelas. Venís a casa a comer y vemos el resto de las fotos y el vídeo de la niña.

—Este domingo... —titubeó Jess.

Su madre hizo una pausa, antes de continuar.

—Te encargas tú de traer el postre, la tarta de queso que a tu hermana le gusta tanto, así le das una alegría, que el otro día ya me dijo que se le antojaba. No sea cosa que la pequeña venga atiborrada de lunares como tú. Y todo porque tu padre no pudo conseguirme unas fresas en agosto, que tan difícil no sería, vamos digo yo. Y tendrás que venir a por nosotros, tu padre vuelve a tener el codo mal por el ácido úrico, y es que no me hace nada de caso y se atiborra a marisco. Vamos hablando. Un beso cariño. —Colgó.

Isabel sonrió, conocía demasiado bien a su hija. Cuando deseaba algo no necesitaba pensárselo dos veces, y esa pausa no le gustó nada. Pero con la excusa de la tarta ahora seguro que iría.

Victoria pasó la mirada de uno a otro con gesto enfadado, acabando finalmente en el de Jack, al que se le agolpaba la sangre en las mejillas tiñéndolas de un color rojo intenso.

—Si preferías ir a por caramelos, solo tenías que decirlo. No sabes lo que me costó convencer a mi abuelo para invitarte.

Exactamente no fue así, pero ellos no tenían por qué enterarse. Cuando el abuelo supo que un niño inglés prefería escuchar sus historias a disfrazarse dijo inmediatamente que sí, pero Victoria engalanó la verdad un poco a su favor. Miró a Jack con curiosidad, quizás estaba asustado y no quería reconocerlo.

—Es porque tienes miedo —dictaminó sin necesidad de oír la respuesta, ya había decidido que ese era el motivo y ella nunca se equivocaba.

—Él no tiene la culpa, es su padre —contestó Julen apoyando a su

amigo.

—Pues díselo, dile que prefieres ir con nosotros y ya está.

—No lo entiendes, su padre quiere que vuelva a ser inglés —dijo Julen repitiendo las palabras de su amigo.

—Tú ya eres inglés, es porque... ¡Eres un miedica! ¡Eres un miedica!

Julen miró a Jack confuso, Victoria tenía razón, no podía volver a ser algo que ya era. Aquella era una buena pregunta para su madre, cuando llegara a casa le preguntaría.

—¡Yo no quiero ser inglés! —gritó Jack entre los insultos de Victoria que cada vez iban a más—. ¡No me gusta el té y odio los *scones*! Prefiero mil veces un *arròs del senyoret* a todos los *fish and chips* del mundo, y odio *Halloween*, odio disfrazarme, no quiero ponerme esa capa y esa ridícula máscara. —Jack se cubrió el rostro lamentando su mala suerte.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Victoria cesando los insultos de golpe.

—Mi padre me ha comprado un nuevo disfraz... —Sus ojos asomaron entre sus largos dedos.

—Sí, lo he oído, con una capa y una máscara, ¿verdad? ¿Y te cubre todo el cuerpo? ¿Tampoco se te ve la cara?

—Claro que no.

—Entonces podemos solucionarlo. —Los ojos de la niña adquirieron un nuevo brillo—. Una capa y una máscara… —dijo Victoria mirando fijamente a los dos—. Cualquiera puede ir debajo.

Se acercó a los chicos y bajando la voz les contó exactamente lo que iban a hacer. Los niños solo asintieron. Los planes de Victoria ni se consensuaban ni se rebatían, eran así y no había ninguna otra alternativa. Pero esta vez, si todo salía como estaba previsto, aquel podía ser uno de los buenos.

La inspectora Patricia atravesó con la mirada al hombre que tenía en frente, el mismo peinado, el mismo porte, incluso la misma ropa, pero un total desconocido. El miércoles anterior se presentó en su casa, la que un día fue de ambos, con un iPad en una mano y en la otra un Woody parlante. Estaba segura de que lo haría, iba a

compensar cuatro años de silencio a base de regalos. Podía contar con los dedos de la mano las veces que había llamado en los últimos años: en navidades, y en los cumpleaños de su hijo mayor, del pequeño ni se acordaba. Acordaron que un solo hijo, sus profesiones eran demasiado demandantes para poder dedicar más tiempo a otro niño, perder más tiempo, fueron sus palabras exactas, pero pasó. Estaba demasiado ocupado para darse cuenta de sus constantes visitas al baño, de su barriga incipiente… En su diccionario personal solo había sitio para una palabra. Sus ganas de triunfar eran más fuertes que la familia que habían construido. Unos meses después nació Pablo, y ahí empezó el principio del fin. Este cogía con fuerza la mano de su madre, mientras Harvey a un lado toqueteaba las funciones de su nuevo iPad esperando lo que estaba a punto de ocurrir.

—*Hi kids* —dijo arrodillándose con una gran sonrisa en su rostro.

El mayor de los niños levantó ligeramente los ojos de la pantalla y saludó con un leve movimiento de cabeza. Su madre llevaba una semana advirtiéndoles de la nueva situación, del cambio que supondría en sus vidas, de la nueva experiencia que iban a vivir. Sus palabras eran alentadoras y estaban llenas de buenos propósitos, pero él sabía que esa no era la realidad. Tenía nueve años, no era tonto, por mucho que su madre tratara de ocultarlo sabía que odiaba esa situación. Sólo fue una vez, pero la escuchó detrás de la puerta mientras hablaba con su abogada. Las palabras que usó para hablar del hombre que estaba enfrente de él, eran las mismas que él tenía totalmente prohibidas. La situación no era nueva, su amigo Liam había pasado por lo mismo y le puso al corriente. Dos casas, dos armarios, dos mochilas, un colegio y por una parte papá y por otra mamá, básicamente esa era la vida de hijo de padres separados. En su caso era diferente, porque aquel hombre que esperaba su aprobación con una gran sonrisa en la cara, más que un padre, era un desconocido.

—Yo tengo…Yo tengo un… un regalo para vosotros —logró decir con un fuerte acento inglés.

Harvey levantó la vista de nuevo, ¿sería el nuevo iPhone? Su amigo Liam también le advirtió de aquel hecho, lo positivo que podía extraer de todo aquello, los regalos. Sus padres le colmarían con lo que pidiese para combatir el sentimiento de culpabilidad que sentían. El padre de Liam había pasado de no prestarle casi atención a comprarle las zapatillas de moda, ropa de marca, el Mac… y su madre no se quedaba atrás. Harvey dudaba mucho de que su madre actuara así, no podía decir que les faltase de nada, pero los caprichos tecnológicos no iban con ella. Cuando sugirió que el iPhone doce sería un regalo de reyes maravilloso para poder estar en contacto, ya que pasaba mucho tiempo en comisaría, lo que encontró debajo del árbol fue un motorola con botones gigantes y sin posibilidad de conexión.

—¿Qué es? —dijo el pequeño sin soltar la mano de su madre.

—*They are in the car* —dijo señalando el imponente BMW azul de detrás.

Abrió el maletero y le tendió un paquete a cada uno. Cuando Pablo con bastante esfuerzo logró desenvolver el suyo, Harvey con una mano ya sujetaba una gran capa negra y en la otra una máscara de color rojo.

—*Os apetece una noche de brujas con papá*? —dijo su padre cubriendo su rostro con una sonrisa.

2

El día amaneció gris, como un presagio de lo que en pocas horas iba a ocurrir. Victoria se levantó de la acera y se frotó los manos en el trasero, el rocío del suelo había traspasado su vestido, pero no tenía tiempo de cambiarse. Empujó la puerta de madera de su casa y entró custodiada por Jack y Julen. Desde la cocina venía un aroma inconfundible a mazapán, su madre arremangada mezclaba encima de una mesa salpicada por harina la masa con gran habilidad. Encima del banco había treinta huesos de santos perfectamente alineados.

—Me temo que si habéis venido a probarlos no va a ser posible. Los necesitamos todos para los cuentos del abuelo.

—Chicos, mi mamá es tan buena que nos va a preparar dulces para comer esta noche.

A escasos metros, Victoria balanceaba el cuerpo rítmicamente ocultando sus manos en la espalda. Detrás de ella, y casi escondidos, Jack y Julen.

—¿Qué quieres Victoria? —No tenía ninguna duda de quien era la artificiera de lo que se llevaban entre manos.

—Mamá, ¿se pueden quedar Julen y Jack a dormir en casa? —La niña miró con disimulo los huesos para evitar la mirada de su madre.

—¿Ellos están de acuerdo? —Belén intentó inspeccionar a los niños, aunque resultaba difícil ya que su hija los mantenía ocultos.

—¡Mamá, tienen que estarlo! —dijo atropelladamente—. Ya sabes que las historias del abuelo siempre acaban de noche. ¡No van a volver solos!

—Claro que no Victoria. —Empezó a dar forma a la masa—. Ya hablé con la madre de Julen, vendrá a recogerlo cuando acaben, igual que al resto de niños. Nadie va a ir solo esta noche.

—¿Y Jack? —soltó su hija— ¿Vas a dejar que Jack se vaya solo?

Belén dejó de amasar, no había caído en Jack, hasta última hora pensó que su padre cambiaría de idea, pero no había sido así. Dejó la

preparación de los dulces dispuesta a solucionarlo.

—Jack, si me das tu teléfono ahora mismo llamo a tus padres. —Se limpió las manos con el trapo, aunque parte de la masa quedó adherida a sus finos dedos.

Victoria se movió nerviosa, el plan no estaba funcionando, de hecho, cada vez estaban más lejos de salir como había planeado.

—Queremos dormir juntos —soltó Julen de repente, pero paró al ver que todos los ojos estaban fijos en él—. Nos…nos han dicho…que las his…las historias dan mucho miedo.

La madre de Victoria no pudo sino sonreír, se vio a ella misma reflejada en la cara de Julen, de aquello hacía más de treinta años. Ese mismo año había soplado las nueve velas de la tarta de calabaza que le daba el pase directo para asistir a los cuentos de *Tots Sants*. Recordaba al detalle el paseo por el pueblo, su farolillo hecho con melón de piel de sapo, los escalofríos que le produjeron algunas de aquellas historias, y especialmente, recordaba lo que su padre encontró al día siguiente. Si cerraba los ojos podía ver todos los detalles, todos los gestos...Y sobre todo veía unos ojos vacíos.

—No sé si es buena idea... —dijo con los ojos muertos presentes en su mente.

—Por favor, podemos dormir en el cuarto de Pau —rogó la niña.

Belén se quedó mirando a su hija sin parpadear y tras unos instantes volvió en sí.

—Está bien, en casa estaréis seguros, hablaré con su padre.

Los tres amigos empezaron a dar saltos de alegría, solo faltaba la última parte del plan. ¡La noche iba a ser perfecta!

Se apretó las sienes con fuerza en un último intento de recordarlo, pero no funcionó. Hacía tiempo que no funcionaba, aunque tratara de negarlo algo andaba mal en aquella cabeza suya. Los recuerdos se escapaban de su mente sin intención de volver. Sacó el cuaderno de la chaqueta de lana que su Teresa le tejió hacía ya cinco inviernos y repasó de nuevo las historias que contaría aquella noche; de su mente podían escaparse, pero no de sus cuadernos. Su mujer, unos pasos por detrás, colocaba las naranjas en una de las cajas que le quedaban por sacar a la puerta del corral.

—Buenos días, don Antonio, ¿preparado para las historias? Nuestro Julen no para de hablar de otra cosa —dijo Irene, la de la floristería *Llebeig*, emocionada en la acera.

—Sí, hija mía, preparado como siempre. —Guardó la libreta con disimulo—. Los relatos siempre van conmigo.

—Desde niña me he preguntado de donde consigue los melones, aunque supongo que será un secreto.

El hombre la miró con pesar incapaz de responder. Aquello era lo que intentaba recordar sin éxito. Su mujer, que se percató de la escena, acudió presurosa hacia la puerta del corral.

—Buenos días, Irene. Está todo listo, nuestra hija Belén ha ido al mercado de Jávea a por ellos, nosotros hace años que no plantamos. Has venido muy pronto, todavía no hemos tenido tiempo de sacarlo todo y preparar tu pedido.

—Disculpe doña Teresa. Es el único momento que tendré hoy para hacer la compra, como sabe la víspera de Todos los Santos es cuando más trabajo hay en la floristería.

—Eso es buena señal. Hay que honrar a nuestros muertos. ¿Tienes mis flores preparadas?

—Sí, doña Teresa, crisantemos blancos y claveles rojos. Es el primer centro que he hecho esta mañana. Cuando quiera puede pasar a recogerlo.

—Enviaré a Belén, se alegrará de verte. En la escuela siempre fuisteis buenas amigas.

—Si me disculpa doña Teresa, he de volver a la tienda, nos quedan algunos pedidos por terminar. Mi hijo mayor tiene que estudiar, y ya solo estaremos mi marido y yo.

Aquello no era cierto, llevaba desde las seis de la mañana preparando arreglos, estaba todo dispuesto. Cuando se fue, su marido y Christian finalizaban los últimos detalles y temía dejarlos solos mucho tiempo.

—¿Quieres probar la calabaza? Hemos plantado este año y han salido deliciosas. Cuarenta minutos al horno con un poco de miel y nada más, no probarás hortaliza más deliciosa.

Don Antonio respirando tranquilo miró a su mujer con simpatía. No había nadie como su Teresa para vender, tenía un don natural, lo había heredado de su madre.

—De acuerdo —contestó Irene incapaz de decir que no. Detestaba la calabaza, pero no estaba en su naturaleza parecer descortés.

La anciana fue preparando el pedido en bolsas, una para las patatas y las cebollas; otra para la calabaza; y una última para los calabacines y las berenjenas.

—No me des nada, en la floristería ya harás cuentas con Belén.

—De acuerdo doña Teresa —dijo lamentándose por no haber llevado el carro de la compra—. Que tengan un buen día.

La mujer se fue a paso rápido y con los hombros caídos por el peso, dejando al matrimonio solo.

—Los melones… lo había olvidado por completo.

—No te preocupes por nada, nuestra Belén hizo el pedido hace semanas. Todo está a punto para tus cuentos.

—A veces esta cabeza...

—Ahora no te preocupes por eso. —Le dio un beso con gran ternura en su arrugada frente—. Concéntrate en tus historias.

El hombre sacó de nuevo el cuaderno, dispuesto a obligar a su maltrecha memoria a recordar aquellas líneas.

—Antonio, ¿la niña?

—La niña vendrá, igual que su madre e igual que su hermano. No pienses más en eso.

Teresa siguió colocando las frutas en las cajas, tenía razón, mejor no pensarlo, pero una extraña inquietud la acompañaba desde hacía días y no lograba apartarla de su cabeza.

Había perdido la cuenta de las veces que leyó aquel maldito correo, solo cuatro frases, pero eran suficientes para enterrar el futuro con el que había soñado. Leyó de nuevo: *“Lamentamos comunicarle que hay un error en la solución que nos facilitó. La quinta operación es errónea. Es por eso por lo que no podemos dar por válido el resultado. Le animamos a intentarlo de nuevo.”* Aquello era imposible, lo había comprobado, estaba seguro, su respuesta era correcta. Miró de soslayo el primer cajón de su escritorio. Allí, debajo de una caja de bombones estaba la carpeta con su solución, rectificó, con “la solución”. No valía la pena comprobarlo, eran ellos los que estaban equivocados. Empezó a redactar el e-mail “No sabríais ver el resultado, aunque lo tuvieses delante de las narices. No seáis tan jodidamente vagos y examinadlo de nuevo.” Le dio a la tecla de suprimir. Mejor un tono más cordial. “Queridos...”, “Estimados...”, ¿cómo coño se empezaba una carta? Solo le venían a la cabeza las que su madre año tras año le obligaba a escribir a su tía de Francia para felicitarle las navidades. Recordaba

con total claridad la voz de pito de su madre diciéndole el día de Santa Cecilia: "Hipólito, tú que tienes la letra pequeña escríbele a la tía Susi". Su madre, de nombre Asunción como su hermana, tenía una pésima imagen del servicio de correos y siempre procuraba enviar las cartas con varias semanas de antelación. Los primeros años transcribía textualmente en el poco espacio que dejaba la postal lo que su madre dictaba; el tercer año se dio cuenta que no variaba ni una palabra y el veintiuno de noviembre ya la tenía preparada. "Querida tía Susi, ¿cómo están todos por allí? Nosotros muy bien. ¿Qué tal el tiempo? Aquí ha refrescado últimamente. Les deseamos unas felices fiestas".

No conocía a la comisión encargada de comprobar los acertijos matemáticos, pero tenía claro que el tiempo les importaría una mierda. Miró de nuevo el cajón y se decidió, la llave estaba en uno de los portalápices. Era diminuta, apenas le cabía entre las yemas de sus dedos, la cogió haciendo pinza y cuando apenas la había introducido en la ranura, un sonido proveniente del despacho de Patricia lo asustó y la llave se perdió entre los recovecos de la parte baja de su mesa. No tuvo tiempo de pensar quién era y se entregó a la tarea de encontrar la llave. No había caído pero el coche que estaba en la entrada era el de su jefa. Esta confirmó sus sospechas cuando instantes después apareció con un maletín.

—¿Qué haces aquí? No te he escuchado entrar. —Tal vez la siguiente pregunta era más importante—. ¿Se puede saber que estás haciendo?

Su compañero boca abajo estiraba los brazos por debajo de la mesa, el jersey se le había subido por encima de los riñones y la imagen no era nada agradable.

—Pensé que estaba solo. —Sin mirarla, siguió enfrascado en la ardua tarea de encontrar aquella diminuta llave, pero lo único que conseguía atrapar era polvo que se impregnaba en sus manos y en su ropa—. He venido a mirar unos papeles.

Patricia sonrió, lo conocía demasiado bien. Antes de trabajar juntos, fue compañero de su padre durante muchos años. Su presencia fue habitual en su casa y más tarde en comisaría, especialmente durante el tiempo que vivieron en Madrid, y en todos esos años nunca lo había visto dedicar más de lo estrictamente necesario al trabajo.

—Entiendo, unos papeles… —Hizo notar la ironía en su voz, pero Poli pareció no darse cuenta—. ¿Quieres que te ayude?

—¡La tengo! —Se incorporó no sin esfuerzo a la posición de sentado luciendo orgulloso el hallazgo entre sus dedos. El jersey no había vuelto a su posición original y la grasa a modo de flotador colgaba por todos lados, pero había algo incluso más desagradable.

—No es lo único que has encontrado ahí abajo —dijo Patricia señalando las pelusas como ratones pegadas a su ropa.

—¿Y tú qué haces aquí un sábado? —Se quitó como pudo algunas de ellas, aunque no era importante, compartirían hogar con las manchas que ya habían fijado su residencia en sus prendas.

—Es una larga historia que te contaré algún día, pero hoy no. Si me permites me llevo esto para revisar, necesito tener la cabeza ocupada, al menos este fin de semana. Nos vemos el lunes.

Patricia le tocó el hombro y salió por la puerta. Fue solo un roce, pero Poli lo sintió como una caricia. Se quedó un largo instante mirando hacia la entrada. Finalmente se decidió, abrió la cajonera, apartó la caja de bombones, su estómago se quejó, con el lío del e-mail se había olvidado de almorzar, una visita al *Sunny's* lo solucionaría; sacó la carpeta y sus ojos buscaron sin demora la quinta operación. Allí, delante de sus narices, no solo un error obvio, un error de novatos, de los grandes, ¿cómo no podía haberlo visto? ¿Cómo no se dio cuenta antes? Eso significaba que las siguientes operaciones estaban todas equivocadas, tendría que rehacerlo todo de nuevo, eso le ocuparía como mínimo varios meses. ¿Y él? ¿Estaba dispuesto a dedicar tanto tiempo? Miró de nuevo la entrada, se acercó a la trituradora y sonrió. La respuesta era que no, había olvidado que había cosas mucho más importantes.

Cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde, se había levantado con el pie izquierdo y, siendo la víspera de Todos los Santos, solo podía tratarse de un mal augurio. Los calcetines negros dentro de sus zapatillas negras, protegiéndose del frío suelo, intentando pasar desapercibidos para no tentar a la muerte, ocultándose para no llamar su atención. Con gran esfuerzo subió los pies de nuevo al camastro, apretó la medalla de su cadena y rezó tres plegarias. Esta vez el pie que apoyó primero fue el derecho, lo mantuvo durante un instante para que la muerte tuviera tiempo de mirar. Se persignó, como le habían enseñado en la iglesia, como le había dicho su madre. Primero tres cruces: sobre la frente, para librarse de malos pensamientos; sobre la boca, para evitar palabras ociosas; y sobre el pecho, para rehuir malas acciones. Después la gran cruz que alcanzara todo su cuerpo y las protegiera de todo mal. Oyó el crujir de la cama en el cuarto de al lado, y seguidamente la voz de su madre llamándola. Giró el pestillo y se acercó a la habitación contigua. La encontró sentada en la cama, apoyando sus gruesas

manos para tratar de levantarse. Esta vez lo consiguió al segundo intento. No recordaba cómo era su madre antes, hacía años que su cuerpo se había desdibujado y el sobrepeso se había adueñado de sus carnes. Cada movimiento suponía un esfuerzo extra para su debilitado corazón. Águeda le tendió el brazo, sus andares eran pesados, las varices sobresalían de sus piernas haciendo molesto cada paso que daba. Un paso, dos pasos, solo faltaban tres más para llegar a su destino, la antigua cómoda, herencia de su bisabuela, de color ébano, lóbrega, como todo lo que había en aquella vieja casa. Rodeándola un gran espejo, medio roto, envuelto en volutas florales con orificios, hogar durante años de las carcomas. Su madre se ajustó bien las gafas, una mano apoyada sobre la cómoda, con la otra extrajo con cuidado las estampas cogidas al espejo y las puso sobre el cristal que protegía el mueble. Las besaron y pidieron juntas a todas, a todas menos a una que seguía sujeta al espejo. Imploraron a Santa Lucía, para que le conservara la vista que ya hacía tiempo que empezaba a fallar; a San Blas, para que les permitiera pasar el invierno con salud; a San Miguel, arcángel protector del cielo, para que las cuidara. Cuando terminaron las oraciones, con gran fervor juntaron las manos sobre el cristal que protegía la figura de un cristo de principios de siglo, labrado en madera. Con los ojos cerrados, murmuraron sus oraciones, terminando con la gran señal de la cruz.

Águeda acompañó a su madre al camastro de nuevo. Sacó el orinal de debajo para vaciarlo. Antes de salir clavó los ojos, como siempre solía hacer, en la única santa a la que su madre nunca rezaba. Santa María Magdalena, patrona de Benitatxell, símbolo de los pecadores arrepentidos. Con disimulo se persignó ante ella, pidiéndole perdón por el silencio de su madre. Sabía que su madre nunca se uniría a esa oración. Para ella los pecadores no merecían remisión, debían arder en las llamas del infierno. No había otro lugar para ellos.

Los encontraron tal como Victoria había predicho, detrás de la pista de fútbol junto a la *Placeta dels Mestres*. A su hermano Pau y a Esther apenas les dio tiempo de lanzar las colillas al suelo y pisarlas hasta hacer desaparecer el rastro. Christian por el contrario, siguió lanzando grandes bocanadas de humo, sin importarle la presencia de su hermano Julen o del resto de la panda del barrio, como él los llamaba.

—¿Qué haces aquí? —dijo Pau dando una aspiración al inhalador y

metiéndose después una bola de chicle para camuflar el olor.

—Necesito que me hagas un favor. Necesitamos que nos hagáis un favor —corrigió. Aunque el plan había sido suyo, y solo suyo, los tres iban a ser partícipes. Si la idea no era tan bien acogida por su hermano y sus amigos como esperaba, mejor repartir las culpas entre todos.

Esther y Pau se incorporaron en la pinocha mientras los observaban con curiosidad. Christian sin prestarles atención siguió repantigado sobre esta. El plumífero le servía de almohada.

—¿Y de qué favor se trata? —preguntó Pau. Viniendo de su hermana podía tratarse de cualquier cosa.

—O tú o el hermano de Julen tenéis que disfrazaros y pedir caramelos esta noche.

Las carcajadas de los jóvenes empezaron antes de que terminara la frase. Christian empezó a toser del ataque de risa que sufrió al estar soltando el humo por la boca, solo pudo respirar con normalidad cuando Esther sin miramiento empezó a propinarle golpes en la espalda.

—Tío, tu hermana definitivamente es tonta.

Pau se quedó callado, con cualquier otro habría salido en defensa de su hermana, pero no con él.

Los tres niños ni se inmutaron, esperando en silencio una contestación.

—¿Pero va en serio? —soltó Esther confusa.

Victoria era asidua a emprender planes descabellados, pero aquel, sin ninguna duda, se llevaba la palma.

—El padre de Jack quiere que vuelva a ser inglés —aclaró Julen con total normalidad. El día anterior su madre le explicó con detalle qué era eso de volver a ser inglés—. Le ha comprado una capa y una máscara para que vaya a pedir caramelos, como hacen los ingleses, pero él no quiere hacer eso. Él quiere ir a las historias del abuelo. Aunque haya nacido en otro país, lleva mucho tiempo viviendo aquí y se siente español.

—Será por poco tiempo —pidió Jack—. Solo tiene que saludar a mi padre y dejarse hacer unas fotos, eso es todo.

—¿Y por qué no te disfrazas tú? —preguntó Esther con inquina. Aquellos niños le ponían de los nervios—. Cuando acabes de pedir caramelos vas a las historias y ya está.

El recuerdo era vago, solo asistió una vez recién cumplidos los nueve años, pero las pesadillas que siguieron a las historias le impidieron dormir durante tres noches. Esa fue su primera y única experiencia en los cuentos del abuelo.

—No puedo —contestó Jack bajando la vista al suelo.

—Mi abuelo no le dejaría —comentó Pau, que empezaba a entender todo aquello—. Para ir a las historias hay dos condiciones, ser mayor de nueve años y no haber participado en la fiesta de Halloween. Y las dos cosas se hacen a las ocho de la tarde.

—Por eso tú o Christian tenéis que disfrazaros, si no Jack no escuchará las historias y todo será por vuestra culpa. —Les recriminó Victoria con dedo acusador.

—Lo siento niña, pero tenemos otros planes —participó Esther.

—Sólo será un momento, por favor. Os dará tiempo de sobra de ir a la Cueva de las Brujas.

Se hizo el silencio, tanto Esther como Christian atravesaron con la mirada a un Pau que no quitaba los ojos de su hermana.

—¿Tú? ¿Cómo? ¿Cómo sabes que iremos allí? —dijo titubeando.

—Sé que esta noche no vas a casa de Esther como le has dicho a mamá.

—¿Por qué le has contado que vamos a la Cueva? —gritó Esther histérica.

—No, no ha sido él —corrigió la niña—. Yo… Os escuché el otro día, fue sin querer, estabais en su cuarto y la ventana que da al patio no cierra. Fue uno de los días que viniste a casa a hacer los deberes.

—¿Qué más escuchaste que íbamos a hacer? —preguntó Esther con el corazón en un puño.

—Nada, solo eso. Lo juro. Oí que pensabais pasar la noche en la Cueva de las Brujas en el lugar donde…donde murió la niña.

—Así que se trata de un chantaje, si no hacemos lo que nos pides se lo contarás a tu madre.

—No —contestó Victoria con tristeza. Su plan era ese, pero ahora ya no quería.

—Tampoco sería buena idea Victoria, bonita —apuntó Esther ocultando la ira que sentía hacia la niña—. Pau y Christian son mucho más altos que tu amigo, aunque vayan disfrazados su padre se dará cuenta enseguida.

Eran tantas sus ganas de encontrar, como siempre, la solución perfecta, que no reparó en que, aunque Jack era un chico alto para su edad, su hermano y el hermano de Julen le pasaban al menos una cabeza.

—Hay otra solución. —La voz de Christian les pilló desprevenidos. Desde el ataque de tos había permanecido en silencio.

Todos lo miraron expectantes, el chico disfrutó de su momento de gloria. Se tumbó de nuevo en el suelo y mirando al cielo saboreó cada una de las letras que iba a pronunciar.

—E…s…t…h…e…r

—¡Esther! ¡Pero si es una chica! —contestó Jack adelantándose a los demás que al igual que él iban a oponerse.

—Es más o menos de tu altura y con la capa y la máscara nadie notará la diferencia. Solo tienes que aprender a andar como él. Eso sí, Jack tan pronto llegue a casa tiene que fingir un resfriado repentino que le haya dejado sin voz —tomó una de las ramitas del suelo entre sus dedos.

—¿Quieres que me disfrace yo? —Esther se inclinó hasta coincidir con los ojos del chico que seguían apuntando al cielo—. ¿Estás majara o qué te pasa?

—Puede ser divertido —contestó esbozando una extraña sonrisa con la ramita en la boca.

—¡DI QUE SÍ! ¡POR FAVOR! —gritaron los tres niños a la vez esperanzados.

—Me parece que la panda del barrio te reclama.

Esther se sintió herida, hasta Pau se unía en su contra. Disfrazarse y pedir caramelos era lo último que le apetecía hacer en la noche de Halloween, tenían mejores planes, pero no podía correr riesgos, así que no tuvo más remedio que aceptar. Los tres críos empezaron a vitorearla dando saltos alrededor, la que más gritaba era Victoria. La maldita niña parecía sincera cuando dijo que no había escuchado nada más, pero no podía asegurarlo. Que hubiese escuchado que pasarían la noche en la Cueva de las Brujas ya era una calamidad, pero lo que vino después fue mucho peor.

Solo arañó cinco minutos más a la alarma de su despertador, que por norma estaba silenciado los fines de semana. Se había olvidado por completo de reservar el pastel de queso. Por suerte, la anciana pastelera siempre tenía uno en el mostrador, si llegaba pronto podría comprarlo entero. Pero no llegó a tiempo. Los cinco minutos no fueron determinantes para Jessi, ni los diez que tardó en vestirse, ni siquiera los siete en llegar, porque, para ser exactos, llevaba dos días de retraso. *“Este establecimiento permanecerá cerrado del 29 de octubre al 10 de noviembre. Disculpen las molestias”.* Junto al texto, un adhesivo de una calabaza de rostro siniestro, pero la boca más que dar miedo parecía mofarse de ella. No había pastel, quizás fuera una buena

excusa para escaquearse, sacó el móvil, pero lo guardó al momento. Tenía que ir, no solo sentía unas ganas inmensas de ver a su hermana y a su sobrino, sino que tarde o temprano tendría que afrontar el duro papel de encontrarse con su cuñado de nuevo. Alargarlo en el tiempo solo agravaría la situación. Su hermana había decidido apostar por su matrimonio y ella tenía que respetarlo, fuese cual fuese su opinión.

Lo cierto era que Jessi temía su reacción al verle, era incapaz de disimular. Sus facciones se tornaban en una mueca extraña cuando pretendía sonreír a alguien que no fuera de su agrado. No podía evitarlo, era algo genético, en todas las fotos de bebé aparecía frunciendo el ceño y apretando los puños con fuerza cuando alguien que no fuera su abuela la cogía en brazos. Cuanto antes pasara el trago mejor, ahora solo faltaba encontrar una tarta de queso con arándanos a la altura de su hermana y de su hinchada barriga. Si no lo hacía y el pequeño nacía con algún antojo, su madre se lo recordaría por siempre. Valoró las opciones; probar suerte en las pastelerías del pueblo, pero aparcar en un día como aquel sería prácticamente imposible. El parking de la plaza de la Constitución estaba en obras y durante los puentes Jávea volvía a ser un centro masivo de visitas turísticas; otra opción, hacerlo ella misma, rio, la cocina no se encontraba entre sus habilidades precisamente, aunque quizás… Tenía la mañana libre, tal vez podría intentarlo. Buscó la receta en internet y se sorprendió al verla, ¡aquello era pan comido! La base de galleta no presentaba ninguna dificultad y el resto solo consistía en mezclar los componentes. No podía creer que llevara años pagando un dineral por algo tan sencillo de hacer; y los ingredientes tampoco serían difíciles de encontrar. Su frigorífico, como venía siendo habitual estaba medio vacío, sería una buena excusa para hacer la compra de la semana.

La siniestra calabaza del cartel de la Pastelería Soler no fue nada comparado con el despliegue que encontró al llegar al supermercado. El negro y el naranja decoraban todos los rincones. Al lado de las cajas, a mitad de los pasillos, cualquier hueco por mínimo que fuera era destinado a bolsas de chucherías para el "*trick or treat*", piruletas de chocolate con forma de arañas y recipientes de calabazas con los ojos y la boca tallados en un gesto aterrador. Jessi observó con fastidio las grandes colas que se estaban formando en las cajas. Cogió uno de los carros, y leyó de nuevo los ingredientes: galletas, queso de untar, mantequilla, nata líquida, leche, azúcar, mermelada de arándanos… Uno a uno fue depositándolos en el carro, añadiendo lo necesario para pasar la semana y de vez en cuando algún capricho. No le había dado tiempo de tomarse su tostada con jamón york y queso de media mañana y estaba hambrienta.

—Hola Jessi. —Una voz a su espalda le hizo detenerse en mitad del pasillo de los congelados.

Un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo. La última vez que

escuchó aquella voz fue en un mensaje en su contestador. De aquello hacía mucho tiempo, pero todavía recordaba algunas de las palabras que le dedicó. No le respondió, aguantó la tempestad como pudo esperando no volver a verlo jamás. En su fuero interno se imaginó qué se dirían al verse de nuevo. Sin embargo, el tiempo había atemperado su mal humor y no tenía nada preparado para ese primer encuentro, que estaba a punto de producirse en los pasillos de aquel supermercado con decenas de fantasmas y murciélagos colgando del techo.

—Hola Iván —dijo girándose poco a poco.

Había cambiado, los kilos que ganó durante los últimos meses que estuvieron juntos habían desaparecido convirtiéndose en músculos que se marcaban a su ajustada camisa. El pelo también era diferente. Él, que siempre lo llevaba muy corto, lucía ahora un flequillo demasiado exagerado para su gusto. El toque del cambio era completo por la ropa. Antaño asiduo a la ropa deportiva, ahora vestía camisa, un jersey verde oscuro que caía sobre sus hombros y unos pitillos exageradamente ceñidos. Este en cambio, pareció no reparar en ella, sino que miraba con atención el contenido de su carro. Jessi se arrepintió al instante del paquete de patatas fritas, los doughnuts de chocolate y las gominolas de fantasmitas que sobresalían de él.

—¿Cómo estás? —Se abalanzó de repente plantándole dos besos en las mejillas, reacción que pilló a Jessi totalmente por sorpresa y a punto estuvo de caer.

—Todo bien —dijo curvando la boca en una amplia sonrisa impostada e intentando recuperar el equilibrio.

Él le correspondió con otra sonrisa de oreja a oreja, que le pareció sincera. No era ese el encuentro que imaginó que tendrían después de la ruptura.

—Sigues sin enseñar lo dientes, con lo bonitos que son.

Tanta cordialidad le pilló desprevenida. Él sabía por qué, Jessi vivió toda su infancia y gran parte de la adolescencia con una de las palas rotas, tras evitar magistralmente un golpe de pelota jugando a balón prisionero. Se levantó con el labio sangrando y un trozo de diente en el suelo. Cuando su abuela María salió corriendo de casa por los gritos que profirieron sus compañeros de juego, ella se levantó orgullosa repitiendo “Pero no me han dado, *iaia*”. A pesar de tener el diente casi perfecto después de muchas visitas al dentista, aquella costumbre permaneció intacta en ella. Eran pocas, por no decir ninguna, las fotos en las que salía mostrando su dentadura.

—Por lo que veo hay cosas que no cambian nunca —sonrió de nuevo—. Otras por suerte, sí.

Su mirada pasó a alguien que se acercaba decididamente hacia ellos. Se trataba de una chica de unos treinta años, con una larga

melena de color castaño, un estilo impoluto compuesto por unas botas de media caña de color camel, unos pitillos ajustados a sus delgadas piernas y oculto bajo su blazer de cuadros un jersey beige. No podía ser otra que Laura, la influencer, la mujer que su amiga Maica se empeñó en enseñarle en su día.

—Te presento a mi prometida —dijo Iván cogiendo con cariño la mano de su futura esposa—. Laura, esta es Jessi.

— ¡Oh! —La mujer ahogó un grito cubriéndose la boca con las manos.

La tal Laura la miró como si delante de ella hubiese tomado forma un espectro, en una mezcla de curiosidad y temor.

—Así que tú eres Jessi. —La miró de arriba a abajo como quién examina a una especie ultraterrestre.

Si la reacción de su ex le había sorprendido por su cordialidad, aquella le pareció descortés en extremo. Lamentó no haber prestado atención a su amiga Maica. Nunca había sido de naturaleza chismosa, solo ojeaba de vez en cuando las revistas de las que se proveía su madre semanalmente. Pero ahora, sin embargo, estaba ansiosa por saber aquello que su amiga le quiso contar en su momento.

—Sí, yo soy Jessi. —No pudo evitar demostrar lo contrariada que se sentía y así lo hizo notar en su tono de voz al contestar.

La chica bajó la vista sin decir nada y se fijó en el tipo de alimentos de su maldito carro. En el de ella, por el contrario, el color que destacaba por encima de todos era el verde y el naranja. Su ex asintió, en un gesto que solo podía significar “te lo dije”. Cuando dejó de examinar su carro, Jessi la miró molesta. La chica, dándose cuenta de su reacción, le dedicó esta vez una amplia sonrisa dejando ver unos dientes blancos de anuncio y le tendió la mano que tenía libre.

—Bueno, ahora ya es pasado. Encantada de conocerte, Jessi.

Le rozó con sus uñas infinitas de un color dorado impecable, las suyas en cambio cortadas casi a ras para evitar mordérselas. Tras las presentaciones, se quedaron los tres plantados, sin saber muy bien qué decir.

—Parece que va a hacer mejor tiempo —dijo Jessi en un intento de llenar el silencio. Se arrepintió al momento, ahora no solo era una especie de extraterrestre, sino uno de los tontos. Odiaba los silencios incómodos y siempre los llenaba dando el parte meteorológico, eran sus conversaciones de ascensor preferidas, pero no parecía la mejor conversación en aquel momento.

—¿Tú crees? —dijo la chica, que pareció encantada con el nuevo tema—. Me parece que van a volver a bajar las temperaturas, por lo menos una semana más. ¡Qué mala suerte! No podremos salir con el barco, con lo que le gusta a papá.

—Los padres de Laura tienen un yate anclado en el puerto de Moraira —explicó Iván.

—Nos tendremos que conformar con la piscina —dijo la chica que desde que había cambiado de actitud no dejaba de mostrar su dentadura perfecta.

—La casa, bueno, la mansión de los padres de Laura tiene piscina climatizada y jacuzzi —aclaró Iván de nuevo—. Está en Monte Olimpo.

Aquello venía a significar, "mis suegros están montados en el dólar". Jess se esforzó en parecer amable, pero le dolía la mandíbula de tanta sonrisa fingida. Aquello no podía ser bueno para sus huesos maxilares.

—¡Cariño, tenemos que darnos prisa! —dijo la chica mirando su reloj de pulsera repleto de cristales de Swarovski—. Mis padres vendrán en unas horas.

—Tienes razón, amor. ¿Has cogido todo para la crema de calabazas?

—Todo, aquí tengo la lista que me ha dado Marisel. —Iván la premió con un beso. Cuando sus labios se separaron se giró hacia Jessi —. La pobre se ha roto el pie y no puede casi ni andar. Vamos a hacer una fiesta temática.

—Marisel es… —empezó su ex.

—La criada de los padres de Laura —se adelantó Jessi imitando sin querer el tono de voz de Iván.

—No —rio la chica—. Marisel es la cocinera, ¡con lo mal que se lleva con Valeria! Si llega a enterarse…

—Pero nosotros la ayudaremos, Laura sí que sabe cocinar — contestó Iván cortante.

Allí estaba, el primer aguijón, aquello iba más acorde con el Iván que conocía.

—Será mejor que nos vayamos —dijo su ex del que había desaparecido cualquier traza de amabilidad.

—Ha sido un placer conocerte, Jessi —alcanzó a decir la chica antes de verse arrastrada por Iván, que dándole la espalda se dirigía hacia las cajas. Jessi solo asintió, ya podía relajar la mandíbula.

Se fueron los dos cogidos de la mano sin mirar atrás, pero no podía olvidar la mirada que Laura le dedicó al principio. Tenía pendiente una llamada a su amiga Maica, ¿qué sería aquello que tenía que contarle?

Los niños y niñas empezaron a dejarse ver por las calles, vampiros, fantasmas, esqueletos... pero sobre todo brujas, empezaron a transitar las calles de Benitatxell llenando el silencio a gritos de *Trick or Treat*. La asociación inglesa del pueblo, que organizaba el evento, marcó como punto de encuentro el Centro Social en la plaza nueva a las ocho de la tarde. Esther, con la capa y la máscara de Jack, se dejaba fotografiar por un hombre que, intentando mantener el equilibrio que le habían mermado las cuatro cervezas del *Bull and Bear,* creía tomar una foto de su hijo. A esa mismo hora Victoria, Julen y Jack esperaban emocionados, en el que ellos creían que era el mejor sitio, delante de la silla del abuelo, la llegada de otros chiquillos dispuestos a escuchar las historias.

El corral comenzó a llenarse con los niños del pueblo que poco a poco empezaron a cubrir todo el suelo. Cuando la última campanada que marcaba las ocho dejó de sonar, llegó el momento que todos estaban esperando, la hora de los cuentos.

—Buenas noches niños y niñas y bienvenidos a las Historias de *Tots Sants*. —Con gran emoción el abuelo observó los ojos que, expectantes, aguardaban presenciar un año más sus historias, las historias del abuelo. Para algunos, la mayoría, era la primera vez. Estos se arremolinaban lo más cerca posible de él. Los más experimentados, más alejados, sonreían con la seguridad de saber cómo iba a transcurrir la velada. Su mujer y su hija esperaban detrás de las mesas que habían preparado durante la tarde. En una de ellas, los melones aguardaban a ser cortados; en la otra, bandejas con delicias de *Tots Sants* que cocinaron durante días, buñuelos, panellets, huesos de santo...

—Antes de empezar con las historias… —El abuelo señaló la mesa con la merienda.

Los niños más experimentados solo tuvieron que levantarse para llegar primero a elegir sus postres preferidos. Cuando las bocas de todos los asistentes se cubrieron con el azúcar que se desprendía de la mayoría de los dulces, empezaron a tallar los melones convirtiéndolos en farolillos. Salieron en silencio detrás del abuelo que, marcando un paso lento, peregrinó por las calles del pueblo mostrando respeto por los muertos que esa noche salían a su encuentro. La solemnidad de la procesión empezó a calar en los más pequeños, que de vuelta al corral se apretaron muy juntos intentando estar lo más cerca posible de la figura adulta que con una risa enigmática empezó las historias. La habitación se llenó de cuentos populares del bestiario valenciano. Su

abuelo se dejó llevar por las leyendas que salían de su garganta como un torrente, sin necesidad de revisar las notas que guardaba en el bolsillo. Los niños conocieron a *Butoni*, el monstruo que hacía entuertos para asustar a los más pequeños; a *Quarantamaula*, el ser demoníaco que asustaba a los niños que no obedecían; a *l'Home del Sac*, el hombre que portando un saco vagaba por las calles en busca de niños perdidos y al *Saginer*, que no solo robaba niños sino que se los comía.

—Pero hay alguien más peligroso que todos ellos, un ser maléfico del que siempre tenéis que huir.

Los niños lo miraron con temor, sin poder imaginar nada peor que un ser que comía niños. El abuelo se quedó con la mirada en el vacío ajeno a las decenas de ojos que lo miraban aterrados.

—¿Es cierto que una bruja mató a una niña hace años? —Se atrevió a preguntar un niño de los mayores.

Pero el hombre ya no escuchaba, su mente había viajado atrás en el tiempo y solo veía los ojos muertos de aquella niña.

—¿Qué hizo? —preguntó un niño que asistía por primera vez temblando de miedo.

—¿Qué hizo? —Se unieron más voces a la pregunta.

—Me desobedeció —contestó el hombre finalmente—. En el día de todos los santos haz caso a lo que vas a oír, si no te duermes antes de las doce la bruja irá a por ti.

Varios niños empezaron a llorar, el abuelo salió de sus cavilaciones, miró el reloj y dijo con su voz habitual.

—Las diez y media, hora del fin de las historias, ya podéis iros a casa.

En la puerta varios adultos esperaban para recoger a sus hijos que salieron a toda prisa buscando la seguridad en los brazos de sus padres, lejos de las historias y de las brujas. Cuando lo dejaron solo y el silencio reinó de nuevo, el hombre juntó las manos y rezó, pidiendo como cada año no volver a ver aquellos ojos nunca más.

3

Julen se quedó callado mirando el techo, hacía rato que su vejiga había empezado a quejarse, pero no podía moverse. Victoria a su lado intentaba bajo las pesadas mantas encontrar una posición cómoda para unos minutos más de sueño, pero le fue imposible. Serpenteó bajo las frazadas hasta poder sentarse en el colchón, extendió los brazos exageradamente para desperezarse, notaba los músculos rígidos tras las horas de sueño inmóvil. Desde su nueva posición observó que faltaba uno de sus amigos en la cama.

—¿Y Jack? —dijo bostezando.

—No lo sé —contestó Julen con la manta por encima de la boca. Llevaba un buen rato preguntándose lo mismo. A un lado su amiga le propinaba patadas con cada cambio de posición, al otro lado nada, Jack había desaparecido—. Victoria...

—¿Qué dices? —El nuevo bostezo le tapó los oídos y no pudo escuchar a su amigo.

—¿Y si Jack se durmió después de las doce?

—Si se durmió después de las doce, ¿qué? —Aspiró con fuerza, estaba empezando a notar un olor que no podía precisar, pero que sin duda alguna se trataba de algo rico.

—Tu abuelo dijo… que la bruja...

—¡No digas tonterías! Las brujas no existen. —Julen muchas veces era igual que un niño pequeño y ahora no tenía tiempo de pensar en brujas. Afinó más su olfato, del resquicio de la ventana entraba un agradable olor a magdalenas recién hechas—. Creo que ya sé dónde está. Ven conmigo.

Con ayuda de Victoria se levantó de la cama, se abrochó la chaqueta y juntos bajaron a encontrarse con los bollos. Su madre sentada en una de las sillas de la cocina probaba uno de ellos.

—No me digáis que habéis dormido así. ¿Habéis pasado frío?

Victoria negó con la cabeza, estaba acostumbrada al frío, lo cierto

es que se acostaron con la misma ropa, pero mamá no querría oírlo. En la casa de sus abuelos no había calefacción, solo una estufa de leña para calentar toda la casa. El cuarto de su hermano y el de ella, eran los últimos del piso superior y el calor del fuego apenas llegaba. Pero más que el frío, lo que no podía soportar era el hambre, uno de los bollos le llamaba a gritos desde el cesto, lo cogió y se lo zampó de un bocado, Julen a su lado miraba a ambos lados.

—¿Dónde está Jack?

—Coge un bollo Julen, a Jack no le ha dado tiempo a probarlos. Se ha ido temprano, prefería continuar durmiendo en su casa. ¿Habéis pasado frío? —insistió de nuevo. La ventana de su hijo a veces no cerraba bien, quizás debería haberlo comprobado.

—No mamá, las TRES mantas de lana calentaban un montón. ¡Y Jack no se ha ido por el frío! Se ha ido porque... ¡ES UN MIEDICA!

—No digas eso Victoria, las historias del abuelo dan mucho miedo. —Cogió uno más, realmente estaban deliciosos.

—¡A mí no! No tuve nada de miedo.

—Tú te las sabías de memoria, tu hermano te las ha repetido todos los años. Y baja la voz que vas a despertarlo.

—¿Ya ha regresado de la cue…de casa Esther?

—Sí, le pasa como a Jack, necesita su cama para dormir, aunque se ha tenido que conformar con la tuya. Julen, ¿no quieres comer nada? Estás muy pálido.

—Jack... ¿Ya está en casa? —La barriga le rugía de hambre. El día anterior solo consiguió un buñuelo, y porque Jack se lo dio, pero ahora solo podía pensar en su amigo.

—Seguro que sí, hará más de una hora que se ha marchado.

—¿No has ido con él mamá? —preguntó Victoria zampándose otro bollo.

—Me ha dicho que vivía aquí cerca.

Quizás tenía que haberlo acompañado, pero el niño le aseguró que podía ir solo.

—Vive a cuatro calles de Julen. En una casa muuuy grande. —Y muy cálida, pensó. Todas las veces que había ido la habían hecho descalzarse, incluso cuando hacía mucho frío fuera. Al principio pensó que el padre de Jack estaba loco, pero cuando el calcetín tocó el suelo notó una agradable sensación. El suelo de la casa de Jack tenía algo de especial, siempre estaba caliente.

—Victoria, podrías acompañar a Julen a casa y pasáis por la de Jack, solo para aseguraros que ha llegado bien. —Empezó a ponerse nerviosa, el niño parecía inquieto, quizás tenía que haberlo acompañado.

La niña contrajo el rostro con disgusto.

—¿Pero no tenemos que ir al cementerio?

—Iremos más tarde, los abuelos no están.

Julen cogió una magdalena y la engulló en cuestión de segundos, se metió otra en el bolsillo para su madre.

—Vámonos —dijo Julen pasándose la cremallera preparado para salir corriendo.

—*Eztá* bien —dijo Victoria escupiendo trozos del bizcocho.

Atravesó la puerta y salió nervioso acera abajo, Victoria con parsimonia se pasaba los dos últimos botones de su trenca con tranquilidad plantada en la puerta.

—¡Vamos, Victoria! —dijo apremiándola con gestos en la mano.

—No se va por ahí. —El último botón se le resistía.

Julen miró hacia las dos direcciones, podían llegar por cualquiera de los dos caminos, Victoria era más lista que él, muchos niños eran más listos que él, pero estaba casi seguro de que por la calle de la mar llegarían antes.

—Sí —dijo con timidez—. La casa de Jack está cerca de la mía.

—No vamos a casa de Jack.

—¿Por qué? Tu madre ha dicho…

—Jack estará durmiendo, ya lo has oído, se ha ido temprano porque no podía dormir bien. Aunque yo creo que es tan miedica que necesitaba a su papá. ¿Crees que se pondrá contento si lo despertamos de nuevo?

—Supongo que no… —dijo intentando convencerse.

—Además, tenemos que ir a otro sitio —sonrió de manera enigmática señalando en dirección contraria.

—¿A dónde? —preguntó con miedo temiéndose oír la respuesta.

—A la Cueva de las Brujas.

Julen la miró con temor, aquel era el último sitio que querría visitar el día de Todos los Santos.

—Yo creo que es mejor que vaya a casa. —Sus pasos se adelantaron en dirección a la floristería.

—¡Eres un miedica, como Jack! —gritó la niña sin moverse del sitio.

—¡No soy un miedica! —contestó Julen malhumorado.

—Pues demuéstralo.

Victoria empezó a andar en dirección contraria, hacia las afueras del pueblo, hacia la Cueva de las Brujas. No se giró para comprobar que los pasos que oía tras ella eran los de Julen, pero fue disminuyendo la velocidad para dejar que la alcanzara. Cuando lo

tuvo a su lado empezó a recrear las historias de la noche anterior, ante un aterrado Julen que tarareaba canciones mentalmente para evitar oírla. Victoria esperaba llegar a la Cueva de las Brujas para empezar la última, la que más miedo daba, la que su abuelo no contó aquella noche, la historia de la niña que se llevó la bruja. Cuando solo faltaban unos pasos por llegar dijo:

—¿Quieres que te cuente una cosa? —Su voz sonaba como las malas de las películas que su madre le prohibía ver.

—¿El qué? —preguntó el niño asustado intentando pensar en una nueva canción que inundara su cabeza.

—Yo sé cómo murió la niña que mató la bruja.

—¡Eso no es verdad! Es una mentira, mi padre me lo dijo.

—Te dijo eso para no asustarte porque eres un bebé.

—¡No! ¡No es cierto! —gritó Julen tapándose los oídos.

—Sí que lo es, mi hermano me la contó. —Victoria con malicia intentaba apartar las manos de su amigo que parecían pegadas a sus orejas.

—¡No! ¡No es cierto!

Julen cerró los ojos esperando la historia de la bruja, la que hacía años Christian le intentó contar pero por suerte su padre interrumpió. Siguió apretando las manos contra sus oídos hasta que oyó un pitido, papá estaba lejos y en esa ocasión no podría salvarlo. Pasaron los segundos y Victoria no continuó, le daba igual ser un bebé, no quería escuchar más historias de miedo. Cuando los abrió de nuevo dispuesto a decírselo, una Victoria muda señalaba un agujero en la pared. Siguió la mano de la niña, que no solo señalaba el agujero en la pared, sino el cuerpo de alguien que con la capa negra y el disfraz de Jack yacía sin moverse dentro de ella.

El grito se dejó oír por toda la casa en las primeras luces del día, traspasando las viejas paredes de ladrillo y colándose por todos las grietas. La noche anterior fue una noche de terror y de brujas. Se acostó temprano, pero sus ojos se negaron a cerrarse. Después de encerrar a Águeda en su dormitorio, Aurora volvió al suyo con las pesadas llaves y la ayuda de su bastón. Sin su hija le fue muy difícil aposentarse en el camastro, pero con un esfuerzo que la dejó agotada

lo consiguió finalmente. La fatiga sería buena compañera para coger el sueño, pero no fue así y el reloj avanzó sin detenerse hacia medianoche. Rezó a todo sus santos, a todos menos a una que la observaba implorante durante años sujeta a su vetusto espejo. Cuando entró en un estado de vigilia anterior al sueño, su despertador marcaba más de las doce, la hora de las brujas. Había traspasado la frontera de la noche y estas la visitaron en sueños. Hacía tiempo que las pesadillas inundaban sus noches, pero aquella fue diferente... Como una huésped silenciosa observó a una niña ataviada con una túnica blanca paseando bajo la luz de la luna, ajena a las brujas que se acercaban sigilosamente hacia ella. No le podía ver la cara, y sin embargo sabía perfectamente que era su Estefanía. Empezó a gritarle, a anunciar las presencias que le acechaban, pero la niña, ajena a todo mal, siguió sin prestar atención, contemplando las flores que crecían negras bajo tierra. Las lechuzas sobrevolaron su cuerpo y la niña, lejos de asustarse, las llamaba entre risas. Cada vez estaban más cerca; la mujer gritó, pero su garganta estaba apagada. Intentó llegar hacia ella, pero sus pies no respondían. Arrodillada imploró clemencia al cielo, pero las brujas no saben de perdón. Con túnicas negras como la noche se acercaban hacia la niña, quien al notar su presencia las esperó sentada en la negra hierba.

Era un grupo de cinco brujas, una de ellas con un cesto de niños robados; a su lado alumbrada por una vela otra leía un conjuro; la más sádica clavaba un alfiler en el espinazo de un feto y una con un candil de aceite en la mano esperaba la llegada de la última, la más vieja. Con una túnica amarilla se abrió paso y estiró sus esqueléticas manos hacia la muchacha que se entregó a ella con los brazos abiertos. Gritó de nuevo, tan fuerte que sus ojos por fin traspasaron la frontera de la noche y le dejaron ver la luz del día. A su lado Águeda, llorando, cogía su mano con fuerza. La mujer atrajo a su hija hasta tenerla muy cerca y gritó:

—¡No te han llevado! ¡No te han llevado! —Recorrió con las yemas sus profundos ojos negros, su nariz saliente, sus labios finos. Su hija estaba a salvo.

—Las brujas no han venido. —Las lágrimas de Águeda se perdieron entre sus gruesos dedos.

Su madre la apretó con más fuerza. Estaba equivocada. Lo había visto, las brujas habían tomado forma, por fortuna, esta vez habían pasado de largo. Pero alguien no muy lejos no había tenido la misma suerte.

Pulsó el timbre con orgullo, el pastel de arándanos que había preparado en tan solo cuatro intentos no solo tenía una pinta más que apetecible, además estaba delicioso, de eso estaba segura. Antes de salir había probado un trozo cortando los bordes con habilidad para no desmejorar su aspecto y el resultado fue increíble. Sabía prácticamente igual al que llevaba años comprando. Estaba impaciente por mostrar sus nuevas artes culinarias, pero nadie salía a abrirle. Y no era de extrañar, pensó Jessi, el volumen de la televisión del comedor estaba muchos decibelios por encima de lo que ella consideraba adecuado. Apretó el dedo con fuerza sobre el pulsador para hacerse oír por encima de los comentarios de la periodista deportiva que se podía escuchar desde la acera. Pulsó de nuevo, esta vez con más insistencia, por fin dio resultado y su padre abrió la puerta.

—Perdona hija. No había escuchado el timbre.

Normal, pensó Jessi, pero no dijo nada. Subió las escaleras de dos en dos y se plantó delante de él. Aunque llevaba la corbata desatada, lucía muy elegante.

—¿Cómo está la pequeña de la casa? —dijo intercambiando la frase con dos besos en ambas mejillas.

—Bien, como siempre, ¿y tú?

—Cansado hija, los años ya empiezan a notarse, y llevamos desde las nueve de la mañana de visita funeraria.

El día uno de noviembre sus padres se levantaban temprano para recorrer los tres camposantos de las localidades donde tenían familiares enterrados, Casinos, Vilamarchante y por último de vuelta a Llíria. Su hermana y ella se vieron en la obligación de acompañarlos durante todo el tiempo que vivieron en casa. Recordaba las historias que sus padres les contaban al pasar por determinadas lápidas. Historias divertidas sobre cómo fueron en vida algunos de sus conocidos, pero el entretenimiento terminaba cuando se acercaban a ver a sus abuelos. Inevitablemente la congoja se apoderaba de ella y no podía parar de llorar.

—¿Qué es eso que llevas en la mano? —preguntó su padre señalando lo que oculto en un papel de aluminio transportaba su hija.

—¡Por un momento lo había olvidado! —Dejó la bandeja encima de la mesa de entrada, quitó el papel de aluminio con cuidado y dejó ver su obra maestra—. Mira lo que he preparado para Sara.

Su padre la miró extrañado, que él recordara su hija odiaba cocinar, pero aquel pastel parecía como los que vendían en las pastelerías.

—Así que tenemos a una pequeña Eva Arguiñano en la cocina. Eso habrá que probarlo.

—Es para el postre —contestó Jessi orgullosa.

—¿El postre? —dijo sorprendido—. ¿Nos dejarán llevarla al restaurante?

—¿Qué restaurante?

—¡Cariño!

La persona que lanzó el grito bajaba por las escaleras, el pelo cardado sin moverse un milímetro, los característicos labios rojos, el vestido morado que le regalaron las navidades pasadas y que pese a que se le ceñía demasiado se negó a cambiarlo, y un escandaloso collar de bolas. Iba de punta en blanco, excepto por un detalle, Jessi se fijó en las zapatillas de ir por casa, de un color rosa fucsia muy brillante, que le daba un aire arrabalero a todo el conjunto. Necesitaba urgentemente hacerle una foto sin que se diera cuenta.

—Has venido muy pronto, ¿no? —preguntó su madre que bajaba cual estrella de cine cogida de la barandilla.

—Quería enseñaros algo. —Señaló orgullosa el pastel que lucía imponente sobre la mesa del recibidor rodeado de fotos de su hermana, de ella misma, pero mayoritariamente del pequeño Lucas.

—¿Qué es eso? —preguntó su madre sin comprender.

—¿Cómo que qué es eso? La tarta —contestó Jessi contrariada.

—¿Qué tarta? —La mujer que había llegado hasta el final de la escalera miró el pastel sin mostrar ninguna emoción.

—¿Cómo que qué tarta? La tarta de queso con arándanos, la preferida de mi hermana, la que tenía que traer a riesgo de que el niño naciera con cientos de antojos, y todo fuera por mi culpa.

—Qué cosas tienes —dijo su madre con una sonrisa restando importancia y apretándole la mejilla con los dedos—. La niña, cariño, lo que lleva tu hermana es una niña.

—Mamá, me llamaste para pedirme que me encargara del postre —dijo Jessi ahora muy seria—. Me levanté temprano, fue a la pastelería, estaba cerrada, tuve que ir al supermercado a por los ingredientes. Después de una cola de más de media hora y un encuentro muy desagradable, me pasé la mañana en la cocina preparando este… —Se tragó la palabra maldito—. Este pastel.

—Tienes razón cielo, con tantas cosas en la cabeza se me olvidó comentarte. A tu hermana ya no le gusta ese pastel, ahora le ha dado por los pasteles de moniato, cosas del embarazo. Yo cuando estuve embarazada de ella no podía dejar de comer manzanas, menos mal que son fáciles de conseguir todo el año. De todas formas, tampoco hace falta ningún postre ya, Eduardo se ha empeñado en invitarnos al restaurante de *Porta de l'Aigua* a comer, cada día doy gracias porque tu hermana haya encontrado a un hombre tan bueno. Textualmente dijo "bajo ningún concepto, Isabel, te pondrás en la cocina el día de

fiesta.”

—Muy considerado por su parte —murmuró Jessi— ¿Y qué hago ahora con ella?

—Puedes dejarla en la nevera, ya sabes que tu padre se come cualquier cosa —sonrió, pellizcándole la mejilla de nuevo.

La boca de Jessi se abrió, solo eso, no pudo pronunciar ninguna palabra.

—Voy a terminar de arreglarme —continuó su madre—. Tú puedes hacer lo mismo. Ve al coche a por la maleta y sube a tu cuarto a cambiarte que en treinta minutos salimos para allá. —La dejó allí plantada y subió de nuevo hacia el cuarto de baño del piso superior, la sombra ahumada de tonalidades moradas todavía no le había quedado como ella pretendía.

Jessi allí plantada, fue descendiendo la mirada para contemplar su atuendo: su jersey amarillo del Primark que reconoció que llevaba con demasiada frecuencia, uno de sus pantalones vaqueros que ocupaban gran parte de su armario y sus Converse blancas, eso era todo. En el coche no había ninguna maleta con ropa de repuesto, pensaba comer e irse pronto por la tarde, no había necesidad de arreglarse tanto para una velada familiar. Pero con la salida al restaurante era diferente, toda su familia peripuesta, daba por supuesto que Sara y Eduardo irían de la misma guisa. Sara era de las personas que poniéndose cualquier cosa siempre parecía arreglada. Repasó mentalmente el armario de su cuarto de juventud, no distaba mucho del suyo actual, sudaderas, vaqueros y zapatillas. Miró hacia arriba con pesar, su madre disfrutaría mucho disfrazándola.

Patricia bajó del coche; las mallas ajustadas y el jersey de Vuitton beige con capucha oscura no eran muy adecuados para una escena del crimen, pero la llamada le había sorprendido corriendo por *la ruta dels Molins*.

—Ni una palabra de mi ropa —advirtió a Albert al bajar del coche.

Este cerró la boca a modo de cremallera.

—¿Quién es? —Sentado en una piedra a escasos metros, un hombre de mediana edad con unas marcadas entradas estrujaba una gorra con ambas manos.

—Se llama Iñaki, de la floristería del pueblo, es el padre de uno de los niños que ha encontrado el cadáver. Hemos llegado prácticamente al mismo tiempo —explicó Albert.

El hombre al oír su nombre se levantó despacio esperando instrucciones. Solo había pasado una hora desde que su hijo Julen y Victoria aparecieron por la floristería, pero parecía mucho más. La niña estaba inmersa en un silencio absoluto y su hijo le explicó cómo pudo que alguien dormía en la Cueva de las Brujas. Los niños eran cosa de su mujer, como caída del cielo Irene apareció momentos después y se hizo cargo de todo. Al ver el estado de Victoria le ofreció una infusión con plantas relajantes y la niña recuperó el habla por momentos. Cuando oyeron lo que tenía que decirles llamaron a la policía e Iñaki se apresuró al lugar indicado. Si solo hubiese llegado un minuto antes... pero el policía llegó al mismo tiempo y no pudo llevar a cabo lo que tenía pensado hacer.

—¿Los niños? —preguntó Patricia con curiosidad sin dejar de mirar al hombre.

—Sí, su hijo pequeño y otra niña han encontrado el cadáver esta mañana.

—¿Ellos solos? —Aunque la pregunta iba para Albert, subió el tono para hacerse oír por el hombre.

—Me ha contado que el día 31 de octubre es tradición que el abuelo de la niña cuente historias a los chicos del pueblo y algunos se quedan allí a dormir. Al despertarse han venido hacia aquí, supongo que a seguir con las historias de terror, pero lo que han encontrado daba mucho más miedo.

Patricia miró al hombre con desaprobación. No le gustaba juzgar a nadie, ella misma no era un gran ejemplo a seguir como madre, pero nunca les permitiría a sus hijos vagar solos en un sitio como ese. Esperaba que su ex siguiera el mismo criterio.

—La niña está en shock —continuó Albert—. Le han dado algo para tranquilizarla y el pequeño parece que no es muy consciente de lo que ha visto. Por cierto, ¿has podido hablar con Jessi?

—No, no contesta. Parece que no insisto demasiado en que estéis operativos. Los que sí vienen de camino son Stephen y su equipo.

Albert no se molestó en preguntar por Poli. Él iba a otro ritmo, las normas de trabajo no eran tan estrictas para él, y en ocasiones como aquella, era de agradecer. Su costumbre de contaminar la escena del crimen era legendaria. Mejor que no apareciera por allí.

El hombre, deshaciendo la forma de la gorra, se acercó hacia ellos.

—Disculpen, ¿es posible saber ya quién ha muerto?

—Hasta que no vengan los de la científica no podemos tocar el cadáver, ya se lo he explicado. —Para ser concretos, tres veces habían

sido las que se había dirigido al hombre para explicarle el procedimiento. Tras comprobar que la víctima no tenía pulso, Albert se alejó para evitar contaminar aquel siniestro escenario que era necesario que analizaran al detalle.

—Entiendo —dijo el hombre con nerviosismo—.¿Y no podrían ustedes ver quién es? Mi hijo mayor Christian no ha aparecido por casa y mi mujer está muy preocupada. ¿No podrían por favor levantar la máscara?

—¿La máscara? —preguntó Patricia desconcertada.

—Sí, es bastante desconcertante. La persona que yace en la cueva lleva una capa negra y una máscara roja —bajando la voz le dijo al oído—. Espero equivocarme, pero por el tamaño del cuerpo mucho me temo que es un niño.

—¿Dónde está? —Patricia notó como el corazón se le aceleraba. Una capa negra y una máscara roja, el disfraz de Harvey. No había hablado con los niños en todo el fin de semana.

Albert señaló el agujero en la pared; Patricia clavó los ojos en aquel vestido, el disfraz, el tamaño… Un instinto que le nació de muy dentro la llevó a grandes zancadas hacia allí, el olor era muy desagradable, pero no importaba. Saltándose todos los protocolos y al borde de la histeria le arrancó la máscara a tirones.

El suspiro de alivio que sintió al ver que no era el rostro de Harvey solo duró un instante, el grito del hombre fue tan fuerte que se le clavó muy adentro en el pecho.

Cada vez que Lorena pisaba aquella casa le invadía un recuerdo de niñez. Ahora era su hija Esther, pero hubo un tiempo en el que era ella la que frecuentaba la casa con frecuencia. Las paredes se habían repintado y las rejas tenían un color distinto al que ella recordaba, pero la gran puerta de madera seguía siendo la misma. La empujó sin esfuerzo, ya sabía que estaría abierta. Don Antonio y doña Teresa tenían la costumbre de dejar la puerta abierta, solo la persiana lograba ocultarla y aquellos que lo sabían entraban siempre sin llamar. Con paso ligero atravesó el recibidor que la llevó a la cocina.

—¡Sorpresa! —gritó a pleno pulmón dando por supuesto que su presencia en aquella casa sería bien recibida.

—¡Qué susto me has dado!, ¿qué haces aquí? —Belén resoplando se

llevó una mano al pecho. Intentando recomponerse del susto inicial, la invitó a sentarse en una de las sillas que rodeaban la antigua mesa de mármol donde solo cinco magdalenas seguían en el cesto. La mujer respondió tomando asiento, y emocionada empezó a hablar:

—¿Has pensado lo que te dije, Belén? He enseñado una foto tuya en la oficina, y eres la sensación del momento. Todos los solteros me están pidiendo tu número. —Le guiñó un ojo—. Tranquila que soy buena amiga, he descartado a los que yo no tocaría ni con un palo, que lamento decirte que son muchos, pero tenemos varios en la lista que… ¡Madre mía!

—Todavía es un poco pronto…

—Belén, hace ya cinco años que tu marido murió. Es triste, pero cuando el cáncer te coge no deja ni los huesos… Es hora de que conozcas a alguien y sobre todo que busques un sitio para ti y para los niños —siguió Lorena— ¡Volver a vivir con los padres! No quiero ni imaginármelo.

—Los tres nos hemos adaptado muy bien. Ya sabes que son de mentalidad antigua, pero no podíamos haber buscado un sitio mejor. Desde que estamos aquí, el asma de Pau ha mejorado muchísimo, ya apenas necesita el inhalador. Fue una buena decisión dejar la montaña y venir al mar, aunque ello implique convivir con mis padres y sus costumbres.

—Sí, ya he visto que siguen dejando las puertas abiertas, pero en eso tienen que cambiar. Las cosas no son como antes. —Sin dejar de parlotear tomó asiento al lado de Belén—. Ahora he sido yo, pero podía haber sido cualquier lunático. También deberíais compraros una alarma; nosotros la pusimos y desde entonces ya podemos dormir tranquilos. Ha habido algunos robos últimamente, aunque la gente lo calla, no sé por qué.

Belén le señaló el cesto de magdalenas que primero por ella y luego por los niños se había visto reducido a más de la mitad. Lorena no había cambiado, podía pasarse horas y horas hablando. Si no se le cortaba a tiempo se convertía en un monólogo eterno.

—No debería. Sabes lo que me costó conseguir esta figura, y todo a base de ejercicio y buena alimentación. Un tipo así no se consigue de la noche a la mañana. —Se tocó el vientre para demostrar lo plano que seguía—. Aunque bien pensando… Una no me hará daño. Además, si son tan buenas como las que solías hacer valdrá la pena. Siempre has tenido mano para la cocina, como tu madre.

Mantener ese cuerpo era una lucha diaria entre lo que debía y lo que quería. Pero aquellos dulces parecían estar hablándole, pidiéndole, rogándole...

—Son incluso mejores. Pruébalas y dímelo tú misma.

Aquello la acabó de convencer. Cogió una y dio un ligero bocado a

uno de los lados, no le hizo falta seguir probando.

—Deliciosa —sentenció. Belén tenía razón, eran incluso mejores. Después de llevar años a base de col y lechuga, aquello sabía a gloria. Empezó a dar mordiscos diminutos para alargar el placer de comer algo dulce.

Belén sonrió con satisfacción, no solo por la confirmación del trabajo bien hecho, sino por haber encontrado la forma de hacer callar a Lorena. Cogió una a su vez, realmente estaban exquisitas. Disfrutaron del manjar en silencio, pero tras el último mordisco Lorena volvió a su perorata de siempre.

—Por cierto, quería llamarte para darte las gracias, pero sé que ese día tenéis mucho trasiego en casa. Espero que Esther no os causara problemas. Todavía recuerdo el mar de lágrimas de la primera vez que asistió a los cuentos. La tuve tres días durmiendo en mi cama. No sé por qué este año cambió de idea, bueno en verdad sí que lo sé. —La palabra era preadolescencia. Su hija la intentó convencer de que el motivo era otro, pero ella conocía a Esther mejor incluso que ella misma. Quería demostrar a los chicos que ya era toda una mujer—. Le prometí que podía regresar cuando quisiera, pero el profesor de inglés ha accedido a darle clases hoy. ¿Está arriba?

Belén dejó a mitad el bocado que tenía en la boca, con calma puso la magdalena encima de la mesa y sin pestañear le dijo:

—Esther no está aquí.

—¿Ya se ha ido? Debo habérmela cruzado por el camino y no me he dado ni cuenta. —La mujer miró instintivamente hacia la puerta por la que su hija habría salido momentos antes.

—No, Lorena. No me has entendido, Esther no ha estado aquí. Los niños dormían en tu casa.

Lorena siguió hablando sin prestar atención. Como era habitual en ella, el elemento más importante en la comunicación era el emisor, siempre que fuera ella quien emitiera el mensaje.

—Quizás se ha ido antes de que te despertaras, si sigues como en el colegio seguro que ni te has enterado. Recuerdo en la salida a Benidorm cuando sonó la alarma y todos salimos despavoridos y tú en cambio te quedaste durmiendo tan plácidamente. ¡Madre mía Adrià! El susto que se llevó cuando no apareciste en la entrada —sonrió al recordarlo, pero Belén no se unió, sino que siguió observándola con el mismo rostro descompuesto.

La cogió de los hombros y la miró fijamente para atraer toda su atención. Cuando los ojos de la mujer repararon en lo asustado del rostro de Belén por fin guardó silencio.

—Lorena, escúchame un momento. Tu hija no ha dormido aquí. Pau me dijo que pasarían la noche en vuestra casa.

Esta vez el silencio tomó forma en sus labios y tras asimilar lo que acaba de escuchar, pudo decir:

—No, claro que no. Iban a pasar la noche aquí, como siempre, como hacíamos nosotras.

—Pau me contó que preferían evitar a los niños pequeños y se quedarían viendo películas en vuestra casa. Él ha venido esta mañana.

—¿Y dónde está mi hija? —logró articular notando cómo las piernas le empezaban a flaquear.

—Tal vez esté en casa de Christian. —Fue la única opción para darle que le parecía plausible. Intentaba mantenerse serena, pero empezaba a notar como suyos los nervios de Lorena que invadían todo el ambiente.

—Entonces han dormido en la floristería. —La mujer sacó todo el aire que llenaban sus pulmones y respiró aliviada, pero el aire se coló de nuevo al ver la cara de Belén—. Belén hoy es, hoy es… —Su mente traicionera empezó a llenar sus pensamientos con las imágenes de lo que ocurrió treinta años atrás.

—No pienses en eso, seguro que estará bien.

—¿Has dicho que Pau está aquí? —dijo temblando.

—Voy a buscarlo, no te preocupes, él sabrá dónde está tu hija.

Lorena intentó levantarse, pero le fue imposible, Belén la ayudó a sentarse de nuevo y fue en busca de su hijo. Los dedos de Lorena empezaron a chocar con el mármol con fuerza, sin querer la llevaban a una melodía inventada que hablaba de miedo y de terror. El dedo anular marcó un *la* que acompañaba en su cabeza las voces que se oían en el piso superior; la dureza del *si* acompañó a los pasos que cada vez estaban más cerca. La melodía cesó cuando apareció Pau que, apoyándose en el hombro de su madre, apenas coordinaba sus pasos.

—Mamá, no me encuentro bien.

Belén, con cuidado, lo ayudó a sentarse en una de las sillas y acercó la suya lo máximo posible a la de su hijo.

—Pau, necesitamos que digas la verdad. —Con gesto amoroso apartó los mechones que tenía pegados en su frente—. Tienes que contarnos donde habéis pasado la noche.

—Me duele mucho la cabeza. —Se cubrió la frente con las manos que se llenaron de sudor.

—¿Dónde está mi hija? —Apenas salió un hilo de voz del cuerpo de Lorena, notaba la garganta reseca, pero era incapaz de salivar. Como el resto de su cuerpo, estaba en pausa esperando saber.

Pau alzó los ojos y reparó en la figura de la mujer que enfrente de él lo miraba con ojos suplicantes

—No… No lo sé. —El chico negó varias veces y el movimiento hizo que se mareara. Aquella sensación no desaparecía.

—Pero tienes que saberlo —dijo la mujer con dureza forzando a sus cuerdas vocales a trabajar de nuevo—. ¿Está en casa de Christian?

Pau permaneció en silencio, Lorena sin esperar contestación, se aferró a aquello como un clavo ardiente, pensar otra cosa significaba que su hija estaba en peligro

—Sí, será eso, yo, yo, yo voy a llamarle, Christian lo sabrá, sabrá dónde está mi hija. Mi teléfono, está, está… —Se levantó y empezó a buscar con frenesí en los bolsillos de su chaqueta, pero sus dedos no respondían y en su lugar intentaban tocar las invisibles teclas del piano.

—¿Es eso? ¿Habéis pasado la noche en casa de Christian? —intervino Belén.

—No, mamá —dijo el chico clavando los dedos como zarpas en su cabeza. La cocina no paraba de dar vueltas alrededor de él.

—¿Dónde diablos está mi hija? —El grito de la mujer fue tan fuerte que rompió el silencio y quedó flotando en el aire.

Aquel aullido hizo efecto en Pau, las imágenes de la estancia pasando delante de sus ojos pararon y se encontró con los ojos de la madre de Esther, que eran iguales a los de su hija.

—Está en la Cueva de las Brujas. —Conforme las palabras salieron de su boca se dio cuenta de que ya no habría vuelta atrás.

La mujer se sentó en silencio, agradeció la dureza del asiento de esparto en el que antes no había reparado, necesitaba sentir dolor. Sus dedos permanecieron inmóviles, no hacía falta tocar la melodía que ya empezaba a sonar en su cabeza, la misma con la que despertó hacía treinta años en aquella casa. El mismo día que encontraron los ojos muertos de aquella niña.

No quedaban más, tendría que buscarlas en el almacén de la floristería. Aquella infusión a base de tila y melisa debía haber servido para dormir a los niños, pero solo funcionó con Julen y en parte con ella misma. Aunque no estaría realmente tranquila hasta que su hijo mayor Christian apareciera. Julen dormía plácidamente en su cama, como aquel niño de la Cueva de las Brujas. Antes de que el sueño le

venciera le había preguntado si Victoria había dicho la verdad, acunándolo le contestó que no. Irene velaba por alejar los fantasmas de su niño pequeño. Victoria en cambio era demasiado lista para dejarse engañar, en cuanto lo vio supo que el cuerpo que yacía en la cueva estaba muerto. La dejó recostada en el sofá temblando mientras buscaba más plantas en la trastienda. Apartó la cortina con los dedos y entró. No le había dado tiempo a ordenarlo todo y había restos de corcho y de tallos por el suelo. Fue directamente al estante donde guardaban las plantas y cogió los dos botes apretándolos contra el pecho, pero se detuvo al instante. Allí había algo, dejó los botes de cristal en su sitio y prestó más atención. Eran como unos ligeros ronquidos, no era la primera vez que gatos callejeros se colaban por el corral atraídos por la comodidad del colchón que Iñaki tenía dispuesto oculto en un lateral. Volteó la escoba y la cogió por el mango avanzando despacio hacia el lugar. Su alergia era muy intensa, a unos metros ya empezaba a notar los síntomas, y ni sus ojos ni su nariz presentaban ninguna diferencia. Además, aquellos ronquidos más que felinos parecían humanos. Dejó la escoba y se apretó con fuerza la muñeca antes de levantar la tela y respirar por fin tranquila. Christian acurrucado dormía tranquilo.

—¿La conoce? —preguntó Patricia sin atreverse a mirarle a los ojos.

—Es Esther. —El hombre se tapó la boca con la gorra intentando hacer desaparecer aquellas palabras. La belleza juvenil de la niña ahora parecía desdibujada en un rostro amarillento e hinchado. La muerte le había sorprendido con la boca desencajada y un espeso líquido blanco había cuajado por su barbilla. Tuvo que apartarse para poder respirar con normalidad. Notó como los dos policías de pie junto a él lo miraban esperando, tragó saliva y continuó—: Es una joven del pueblo, es amiga de mi hijo mayor Christian.

Patricia sintió un nudo en el estómago. Esther, poner nombre al cadáver era admitir que era real. La chica tendría amigos, aficiones, sueños de futuro… Y unos padres a los que pronto tendrían que dar la terrible noticia.

Albert los invitó a retroceder unos pasos, el olor a vómito era repulsivo, además no era conveniente que alguien ajeno a la investigación estuviera tan cerca. Y bastantes pruebas se habían

malogrado por el ataque irracional de Patricia. Dejaron al hombre donde aguardaba al principio y ya solos se acercaron de nuevo. Fue entonces cuando Patricia se fijó en el resto de los elementos.

—Pero, ¿qué narices?

Albert solo asintió, cruces de mimbre envolvían el cuerpo de la chica. Cuando llegó fue lo primero que le llamó la atención. Cruces de mimbre elaboradas con mimo recorrían la silueta de la niña que, con los brazos extendidos, descansaba sobre el suelo.

—Alguien se ha entretenido mucho en hacer cruces, tienen una forma perfecta, y hay que ser muy minucioso para saber trabajar el mimbre, es muy fácil que se rompa si se hace más presión de la necesaria. Y mira, allí en el suelo hay lo que parecen restos de setas. —Paró al oír el motor de varios coches que se acercaban.

Momentos más tarde Stephen bajaba del coche con un traje azul oscuro y una corbata de un tono más claro. Su presencia de normal imponía, pero ahora invitaba a mantenerse lejos de él. Los signos de un catarro eran evidentes en su cuerpo. Los saludó manteniendo las distancias. Sus hombres detrás de él esperaban sus instrucciones en posición de firme.

—No me has dicho mucho por teléfono, ¿de qué se trata? —preguntó con la voz notablemente congestionada.

—Una menor —informó Patricia—. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Stephen ladeó la cabeza con el rostro serio, trabajar con niños siempre era el peor escenario posible, pero no imaginaba ni por un momento lo que se iba a encontrar allí. Se tapó la nariz con el antebrazo, a pesar de la congestión sentía aquel olor nauseabundo.

Observó la escena con todo el detenimiento que le permitía su embotada cabeza y con un chasquido de dedos indicó a sus hombres que podían empezar con el trabajo. Patricia le indicó la figura del hombre que con la gorra totalmente deformada en la mano esperaba ansioso sentado en una piedra. Uno de sus hombres se dirigió a él. Se mantuvo en silencio, no iba a protestar esta vez por la costumbre de Stephen en asumir parte de su trabajo, ella había hecho algo mucho peor. Como leyéndolo en sus ojos Stephen señaló la máscara que estaba al lado de la chica.

—Hemos tomado fotografías de cómo estaba… —empezó a explicar Albert. Patricia le dio una palmada en el pecho, agradeció el gesto, pero las cosas no se solucionaban así.

—He sido yo. Yo le he quitado la máscara. Necesitaba confirmar lo antes posible la identidad del cadáver.

Stephen levantó las cejas entre perplejo y contrariado. Aquello habría de aparecer en el informe, pero siendo ellos dos los máximos

responsables de la investigación solo se quedaría ahí. Si hubiera sido alguien de menor rango las cosas hubieran sido muy distintas.

—Más que en la máscara es en el resto de los elementos en lo que yo me centraría —interrumpió con varios estornudos.

—Yo también lo creo —convino Patricia—. Necesitaremos ayuda para crear el perfil de alguien que sea capaz de actuar de este modo, algún experto en este tipo de rituales.

—No os hará falta buscar, tengo a la mujer perfecta.

Todos se giraron al escuchar la voz a su espalda; uno de los chicos de la policía científica había osado hablar sin permiso de Stephen. Albert nunca reparaba en ellos, eran solo partes de una maquinaria perfecta, sin voz, sin voto y sin rostro. Pero ahora sentía gran curiosidad por saber quién estaba detrás de aquellos uniformes. El hombre en cuestión se apartó la capucha y se quitó las gafas de protección dejando ver un rostro donde las pecas disputaban por ocupar todo el espacio de una piel demasiado blanca. El otro color de su rostro era el rojo, las cejas, el pelo e incluso las pestañas eran de ese color.

—Mi guía espiritual —dijo enseñando sus dientes y, por ende, otro de sus rasgos característicos.

—¿Tu... guía...espiritual? —preguntó Albert esta vez con hastío.

—¿Puedo? —El hombre se giró a Stephen esperando su consentimiento.

—Sigue —dijo no demasiado convencido. Estaba empezando a notar cómo su estado febril iba en aumento y no tenía fuerzas de discutir.

—Tenéis que hablar con la doctora Ros, no encontraréis a nadie mejor.

—¿Doctora...Ros? —preguntó Patricia, que no podía dejar de mirar el hueco entre las palas del hombre.

—Es la mejor. —Sabía cómo sonaba lo de guía espiritual. Él mismo puso exactamente aquella cara cuando lo oyó por primera vez, pero solo le faltó una sesión con la doctora Ros para convencerse—. Es una experta en todo tipo de ritos, con un posgrado en la universidad.

—¿En qué universidad? —preguntó Patricia interesada.

—Por favor, Patricia, no hablarás en serio… —resopló Albert.

—En la universidad autónoma de Barcelona, creo, pero puedes preguntarle —dijo el hombre sin parar de sonreír—. Es licenciada en Psicología y en Historia y Ciencias de la Antigüedad; su especialidad son los ritos fúnebres. Os pasaré el contacto, seguro que os atenderá encantada.

Albert suspiró, después de tantos años volvía a verse involucrado

en un mundo de supersticiones y brujerías. Solo esperaba que esta vez pudiera pasar de puntillas.

Los dedos le rozaban los botines, las calzas transparentes apenas amortiguaban el constante choque de sus uñas contra la puntera, al final del día seguro que se le hacía herida. La madre de Jessi ajena a este hecho, observó con orgullo su obra de arte.

—Así tendrías que ir todos los días hija.

La cama quedó cubierta por prendas y prendas que se amontonaban unas encima de otras, blusas, faldas, vestidos… Pero o no eran de su talla o simplemente ni loca se atrevería a ponerse aquello. Tras muchas pruebas, finalmente se decidió por un jersey negro con brillantes que su madre con orgullo le indicó que sacó por dos euros en uno de los puestos del mercado; unos pantalones de tela, también negros, y los únicos zapatos que eran más o menos de su talla. Tras la ropa llegó el turno de los collares; ante ella desplegó sus decenas de collares, a cada cual más escandaloso. Suerte que el grito de su padre indicándoles con apremio la hora la salvó de decidir cuál de los extravagantes collares de su madre conjuntaba con lo que se había visto obligada a llevar. Ya en el coche se quitó los botines y se acarició los pies. Apenas se había puesto el cinturón, su padre ya estaba girando por la calle Censals. Fue al ver a su vecina cuando se dio cuenta del descuido.

—¡Maldita sea! Me he dejado el teléfono debajo del montón de ropa. Da la vuelta por favor —rogó Jessi.

—Cariño, ¿es muy importante? Ya vamos con diez minutos de retraso.

—Tengo que estar disponible. Pueden llamarme del trabajo.

—¡En día de fiesta también! —alegó su madre malhumorada—. Dile a esa jefa tuya que lo que está bien está bien. Nadie te va a llamar el día de Todos los Santos. Además, el pobre Lucas estará ya muerto de hambre.

Su madre no necesitó añadir nada más, el padre de Jessi se desvivía por su nieto, y solo pensar que podía pasar hambre por culpa suya le hizo no solo no retroceder sino aumentar la velocidad. Tomó la recta hacia el parque natural de San Vicente adelantando a los coches por la derecha.

—Es por el trabajo, tengo que estar operativa —clamó Jessi suplicante. Solo esperaba no encontrarse con ninguna llamada cuando volvieran, porque su padre ajeno a las quejas ya había tomado una decisión.

En un tiempo récord llegaron al restaurante *Porta de l'Aigua*. El maître los acompañó al salón donde su hermana y su sobrino les esperaban en una de las mejores mesas. El pequeño, al verlos, saltó de la silla y fue corriendo hacia ellos; su madre abrió las manos exageradamente para recibirlo, pero su padre adelantándose lo cogió en volandas.

—¿Tienes hambre, Lucas?

—Mamá, galleta.

—Eso está muy bien. —Su padre respiró tranquilo y con el niño en brazos fue hacia la mesa. Encima de esta había varios juguetes desparramados y lo más importante, un paquete de galletas. Por detrás, Jessi y su madre les seguían de cerca, esta última aceleró el paso para llegar primero.

—¡Cariño! Cada día estás más guapa, y ¿cómo está mi nietecita? —Estiró las manos para acariciar la barriga de su hija, esta sin ningún esfuerzo se levantó para facilitar el contacto. A Jessi le sorprendía la vitalidad de su hermana. Recordaba a su amiga Maica cuando se quedó embarazada, parecía una mesa camilla y cualquier movimiento por sencillo que fuera le suponía un esfuerzo sobrehumano. Su hermana, sin embargo, primero con Lucas y ahora con el nuevo bebé, tenía la misma agilidad, incluso podía decirse que el mismo cuerpo. La única diferencia era una barriga en el lugar donde antes había un vientre casi plano.

—¿No era un niño? —preguntó su padre sacando otra galleta del paquete.

—Nietecita, que no entendéis nada —replicó su mujer mientras masajeaba el vientre de su hija esperando notar una patada—. La barriga de tu hija es de niña, y por lo que se ve muy dormilona, no se quiere mover.

—De momento no da muchas patadas —confirmó su hermana.

—Eso es muy bueno, significa que luego dormirá por las noches. Como tú cariño, que bebé más bueno fuiste.

—¿Pero entonces es niño o niña? —preguntó su padre al que todavía no le había quedado demasiado claro ese tema.

—Es niña —se adelantó su madre, y viendo la cara de su hija añadió—: Me da igual lo que digan esos papeles. Mi amiga Trini que entiende de estas cosas también me lo ha dicho, tu barriga es de niña. —Apartó la mano y se quedó mirando, intentando intuir alguna silueta—. La pequeña Isabel.

—¿Cómo estás, Jessi? —dijo su hermana suspirando.

—Todo bien. —Al menos de momento, pensó al no ver ni rastro de su cuñado. Pero su suerte acabó pronto porque Eduardo entraba en ese preciso momento por una de las puertas laterales.

—¡Pero si es la más joven y guapa de todas las suegras! Disculpad, tenía que atender una llamada del trabajo. —Enseñó su teléfono para confirmarlo y empezó con la ronda de besos. Su padre le plantó ambas mejillas. Al principio le parecía rara esa costumbre de su yerno de besar a los hombres de la familia en lugar del característico choque de manos, pero al final acabó acostumbrándose.

—Disculpas de nada, con tanta responsabilidad es normal, tienes que estar operativo, tu trabajo lo requiere —respondió su madre con altivez.

Jessi torció el gesto, con que aquello sí que lo entendía.

—¿Y cómo está mi cuñada favorita?

—Todo bien, Eduardo. —Jessi apretó los dientes con fuerza tras el intento de sonrisa que se dibujó en su rostro.

—Ya le dije a Sara que tenemos que hacerte una visita, ¿cómo va ese revés de pádel? —dijo imitando el movimiento.

No pudo evitarlo, su mirada se dirigió durante unas milésimas de segundo hacia su hermana que la observaba con atención.

—Un… un poco mejor.

—Tienes que tomar algunas clases, notarías los resultados enseguida. A mí me ha ido genial.

Jessi abrió los ojos exageradamente, aquello era lo último que esperaba oír.

—No, no creo que vaya conmigo. Si me permitís tengo que ir al lavabo. —Salió escopetada de allí.

Esperó a que saliera la señora que estaba agotando todo el papel limpia manos y se mojó las mejillas varias veces ante el espejo. Su hermana apareció por detrás.

—No le he dicho que lo sé.

—Me he dado cuenta.— Jessi volvió a empaparse la cara.

—No te lo tenía que haber contado. ¿Crees que podrás olvidarlo? —preguntó su hermana a través del espejo.

Tenía clara la respuesta. No, no podría olvidarlo. Nunca le perdonaría que hubiese sido infiel a su hermana. Pero aquella pregunta se la debía hacer Sara y no ella.

—¿Tú lo has hecho? —preguntó a la imagen de su hermana reflejada.

—Lo único que tengo claro es que este pequeñín está por encima de

todo —dijo acariciándose la barriga con mimo.

Jessi se giró y unió sus manos con las suyas abrazando al bebé que pareció dar una patada.

—¿Lo has notado? —señaló Jessi emocionada.

—Sí, te está diciendo hola.

Las dos abrazadas volvieron a su sitio en la mesa, Jess observó con alegría que le habían asignado la silla entre su hermana y su padre. Su madre, como venía siendo habitual se sentó junto a Eduardo y lo acaparó durante toda la comida.

—No te vas a creer lo que salió ayer en el programa del doctor *Norsalda*, ¡doscientos kilos pesaba el chico! —Entusiasta de los programas de médicos, siempre tenía un sinfín de preguntas que hacerle.

—¿Cómo va el Valencia? —preguntó Sara con intención de empezar una conversación paralela en la mesa. El fútbol era uno de los dos anzuelos preferidos de su padre.

Este sonrió y con Lucas en su regazo, empezó su conocido monólogo sobre posibles fichajes en el mercado de invierno, destituciones, jugadas estrellas, partidos para olvidar…. En casa no era muy dado a hablar. Su madre llevaba la voz cantante en todos los sentidos. Aprovechaba las pocas salidas para soltar lo que callaba durante días. Llegaron al postre entre las fotos del bebé, jugadas de balón y comentarios sobre los casos más sonados del doctor "Norsalda". Nadie sabía cuál era su nombre verdadero, pero su madre ya había bautizado al médico de un conocido programa de gente con sobrepeso con ese apelativo.

—¡Qué velada más agradable! —soltó su madre llevándose el último trozo del flan de café a la boca.

Las despedidas fueron rápidas, Eduardo entraba en el hospital y había fútbol a las cinco. Jessi respiró tranquila, había pasado el primer encuentro sin problemas.

Cuando llegaron a casa subió hasta la puerta de entrada con los botines en la mano; como suponía, las heridas ya habían empezado a formarse. Los escalones estaban fríos, pero sintió cierto alivio cuando entró en contacto con ellos. Subió a la planta principal con el jersey ya en la mano, le picaba todo el cuerpo y no veía el momento de desprenderse de todo aquello y volver a su vestimenta habitual. Pero no tuvo tiempo. Sobre la cama, su móvil iluminado mostraba diez llamadas perdidas, todas ellas de Albert y Patricia.

Hacía poco que el juez había ordenado el levantamiento del cadáver y en ese mismo momento el cuerpo de la chica estaba siendo trasladado al instituto de Medicina Legal. El viejo forense, al que apenas le quedaban cuatro semanas para la jubilación, determinó a falta de la autopsia completa, la muerte por envenenamiento. La policía científica siguió en la última cuadrícula la inspección ocular en busca de indicios y evidencias. De momento, las setas encontradas en el lugar, guardadas a buen recaudo para la cadena de custodia, eran las pruebas más relevantes y serían llevadas a analizar. Estuvieron horas trabajando sin llevarse nada a la boca. Albert, al contrario que Poli que cada cinco minutos tenía algo entre los dientes, por lo general podía aguantar bastante bien, pero se había pasado el turno del almuerzo y la comida y su cuerpo pedía nutrientes a gritos.

—Patricia, voy al pueblo a por algo para picar ¿Queréis algo?

El antes anónimo policía de la científica llamado ahora Joel pidió un bocadillo de calamares, cebolletas y kétchup ante la asqueada mirada de Patricia. Albert no sabía si por comer en horas de trabajo o por lo desagradable de la elección.

—¿Tiene que ser ahora?¿No puedes esperar? —le recriminó Patricia que en lo último que podía pensar en ese momento era en comer.

—Créeme, si no fuera necesario, no lo pediría. Tú también deberías comer algo.

—No, puedo aguantar. —Desde que encontraron el cadáver de la niña su estómago se había cerrado. Si introducía algún alimento en su cuerpo era seguro que su cuerpo lo expulsaría mezclado con bilis—. Luego comeré algo.

—No creo que llegues a la comida, son más de las cuatro.

—No puede ser. —Echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera, las cuatro y diez. ¡Los niños! Tenía que haber pasado a recogerlos hacía exactamente dos horas. Se alejó del resto para evitar que la oyeran en su papel de madre. Tras varios tonos su hijo mayor contestó. Patricia escuchó de fondo el característico sonido de videojuego que en casa solo tenía permitido por espacios muy reducidos de tiempo.

—Cariño —dijo pasando por alto la consola—. Perdona por no haber ido antes, ha surgido algo en el trabajo.

—No te preocupes —contestó sin prestar demasiada atención. Necesitaba estar concentrado para tirar por la pendiente a los coches que se ponían por delante. Su padre le había comprado el nuevo juego

de carreras, ¡para mayores de dieciséis años! No le gustaba demasiado el colegio, pero se moría de ganas de que llegase el lunes. Sería durante una semana, o incluso más, el chico más envidiado de toda su clase. Sonrió, las zapatillas firmadas de Jason quedarían en un segundo plano cuando les hablara a todos de su nueva adquisición.

—¿Cómo estáis?

—¡Muy bien! ¡Hemos hecho un montón de cosas con papá! Y me va a comprar… —Estaba tan emocionado que le faltó poco por confesar lo inconfesable—. Unos juegos muy divertidos.

—¿Y cómo está Pablo? —Estaba claro que Harvey se había adaptado sin problema.

—Espera, te paso con él. —Cogió el mando con fuerza, faltó muy poco para que un *Mascherati* lo lanzase acantilado abajo.

—¿Mami, cuándo vienes? —dijo con la nostalgia que esperaba. Su pobre niño pequeño, seguro que había caído rendido de tanto llorar. No se lo perdonaría nunca.

—Tesoro, ha pasado algo y no puedo ir ahora mismo. Olga irá a recogeros, pero te prometo que la mamá estará toda la tarde con vosotros.

Olga era la *nanny* de los niños, la mujer que acudía presta a ayudar cuando todo lo demás fallaba por un precio nada razonable, pero con la ventaja que siempre podía contar con ella no importaba ni el día ni la hora.

—No, mamá, Olga no, ven tú —suplicó el niño—. Yo quiero que vengas tú.

—Lo sé, tesoro, pero ahora mismo es imposible. Ha ocurrido algo grave.

—Siempre ocurre algo grave… —dijo con melancolía. Olga no era nada divertida, para estar en casa sin su madre quizás sería mejor...—. ¿Y si nos quedamos con papá? —preguntó de repente.

—Esto… no creo que sea buena idea… —contestó al instante. Esa era una opción que ni se había planteado por mucho que costasen las horas de la canguro.

—*Daddy, podemos quedarnos esta noche?* —se adelantó Pablo a viva voz. Tras unos segundos contestó—: Dice que sí, te pasó con papá. Te quiero mami.

—*Patrisia? Hi, qué pasa?* —La voz de Mike le pilló por sorpresa.

—*Mike, lo siento* —dijo con tono distante—. *Estoy en medio de una investigación. Llamo a la niñera ahora mismo para que vaya a recoger a los niños.*

—*Pueden quedarse, no hay problema. Mañana puedo llevarlos a la escuela, no hay necesidad de llamar a nadie.*

—*No! Puedo arreglarlo e ir más tarde.* —Vio todo el despliegue de la escena del crimen, como poco tardaría un par de horas, sino más. Stephen hacía rato que se había visto obligado a abandonar el lugar y había quedado ella al mando de su unidad—. *O quizás por la noche.*

—*Patrisia, créeme, no hay ningún problema.*

—*Ok…* —dijo no demasiado convencida—. *Pero yo los recojo de la escuela.*

—*Perfecto entonces. Nos vemos.*

Colgó con una mala sensación en el cuerpo. Cuando los dejó el viernes por la tarde, les pidió que la llamaran si necesitaban algo, cualquier cosa, no importaba lo que fuera. No recibió ni una llamada en todo el fin de semana, afortunadamente, pensó… o quizás no… Deseaba que los niños se fueran acostumbrando a la nueva vida que les había tocado empezar a vivir, pero no esperaba que fuera tan rápido. No le dio tiempo a más cavilaciones, un grito estridente proveniente de la más honda de las entrañas llenó el vacío. Todos se pararon a mirar a la mujer que, corriendo como si la vida le fuera en ello, gritaba el nombre de la niña que yacía en la cueva. Albert notó una vibración en el bolsillo, a la que siguieron varias más; el nombre de Jessi aparecía en la pantalla, no imaginaba ni por un segundo la suerte que tenía de no presenciar lo que estaban a punto de vivir.

4

Llegaron todos puntuales, esperaron a Patricia alrededor de la mesa sin saber muy bien qué decir, nadie quería ser el primero. Hasta Poli que de normal se lo tomaba todo con humor, ahora compartía esa carga que invadía el espacio con un pesado silencio que nadie quería llenar. Patricia entró sin decir una palabra, no veía el momento de recoger a sus hijos. En su cuerpo permanecía aquella amarga sensación que sintió al creer que era Harvey y no otro niño el que yacía en la cueva. Solo pudo empezar cuando, una vez sentada, tomó todo el aire posible.

—Ayer encontramos el cadáver de una menor en Benitatxell. —Su voz de normal viajaba segura a través de sus cuerdas vocales, pero ahora la notaba vibrada por la congoja—. La encontraron dos niños en una cueva cercana al pueblo. La autopsia nos llegará más adelante, pero por los signos que aparecieron en el cadáver, el forense cree poder afirmar que se trata de envenenamiento. Se encontraron restos de un tipo de setas en el lugar; esto unido al resto de elementos pueden casar con el crimen ritual, pero ya sabéis, hasta que tengamos los resultados definitivos no podemos afirmar que haya sido la causa de la muerte. Así que ni una palabra.

Todos asintieron sin excepción. Patricia se enteró tarde, pero se enteró. Manu, el chico que estuvo de becario en la oficina había sido el responsable de filtrar cierta información no contrastada que luego resultó falsa y que le ocasionó un verdadero quebradero de cabeza poder desmentir. Tan pronto como se enteró de quién en su equipo había sido el topo, lo envió de vuelta a la madriguera.

Poli, contra todo pronóstico, se levantó de su asiento y fue hasta el panel donde Albert ya había colgado las fotos que tomaron el día anterior.

—Más bien parece una fiesta nocturna que acabó muy mal —dijo señalando una de las fotos.

—¿Por qué dices eso? —interrogó Patricia.

—No me vas a decir que nadie ha sabido decir que esto es una seta alucinógena. —No era algo tan inusual, al fin y al cabo. Una juerga que se escapaba de las manos acababa en el hospital o en el tanatorio.

—Primera noticia, créeme. Aunque es lo que seguramente hubiéramos pensado si no fuera por otro detalle —continuó, cayendo en la cuenta de que Poli no estaba enterado de lo más significativo del hallazgo—. Mira la foto de tu derecha, no es la causa lo que complica el caso, sino lo que encontramos junto al cadáver, o más bien, envuelto en el cuerpo de Esther.

—¿Esther? ¿Sabéis ya quién es? —preguntó Jessi totalmente concentrada en asimilar toda la información posible. Albert le contestó con un extenso mensaje sobre lo ocurrido, que ella no pudo leer porque su teléfono decidió dejar de funcionar. Estuvo tentada de llamarle con el que le prestó su padre, pero intuía que el día habría sido agotador y solo tenía que esperar un día más para estar al corriente de todo.

—La madre acudió al lugar cuando estábamos en pleno proceso. —El sonido estridente y primitivo de la madre gritando el nombre de la niña resonó de nuevo en el oído de Patricia.

—¿Tan pronto? —interrumpió Jessi. Por suerte nunca había trabajado en un caso donde la víctima fuera un menor, pero sabía que en aquellos casos la familia siempre figuraba como la principal sospechosa.

—Igual nos equivocamos y es muy buena actriz, pero lo dudo —explicó tras notar el matiz encubierto en la pregunta—. La mujer que la acompañaba no pudo retenerla y tuvieron que cogerla dos de la científica para mantenerla alejada. El médico tuvo que administrarle varios calmantes para que surtiera algún efecto. Hoy volvería a pasar por su casa. Esperemos que esté en condiciones de hablar. —Su discurso no era convincente y lo sabía. Un día no sería suficiente para recuperarse de algo así, ni una vida entera lo sería, pero no tenían otra opción. Tenían que alterar su estado de duelo para tener un punto de inicio en la investigación—. Poli y yo nos encargaremos de eso.

Ante la falta de personal, y hasta que enviaran a alguien más, Patricia se veía obligada a volver a hacer trabajo de campo y dejar los asuntos de oficina para cuando los niños estuvieran con Mike.

—Eso está hecho jefa —contestó Poli dando un puñetazo en la mesa—. Atraparemos al desgraciado que ha hecho esto.

—¿Y nosotros? —preguntó Jessi sorprendida por la efusividad de Poli.

—Albert tiene el contacto de una persona que puede arrojar algo de luz respecto a los elementos que encontramos junto al cadáver. Hasta que tengamos los resultados de la científica es un buen punto por donde empezar. —Con la mano le cedió el turno a Albert.

—Uno de los de la científica nos pasó el contacto de la doctora Ros, una experta en rituales con un máster en lo paranormal. —Albert no pudo evitar un soplido. Patricia lo miró de manera reprobatoria.

—Hablaste con ella, ¿verdad? —Su opinión respecto a esa gente no era mucho mejor que la de Albert, pero necesitaban que alguien les explicara la disposición de las cruces alrededor del cadáver.

—Ha bloqueado la agenda de hoy para atendernos. Podemos ir cuando queramos.

Hablar con los familiares era la peor parte del trabajo, y esta empeoraba si se trataba de los padres. Pero en esa ocasión se hubiera cambiado por Poli o por Patricia con los ojos cerrados.

Irene llamó a la puerta con suavidad, como imaginaba ni el más leve murmullo se dejó oír del interior. Era la primera vez que desatendía sus obligaciones en la floristería, pero su hijo Christian era más importante que todo aquello. Desde que le informaron que Esther había muerto, llevaba más de veinticuatro horas encerrado en su cuarto sin salir. Esperaba que la bandeja con el desayuno que le traía hiciera el efecto que pretendía. Su marido bajó a abrir la tienda refunfuñando, pero Irene no cedió ni un milímetro. Hasta que no estuviera totalmente recuperado, ella permanecería en casa. Ella más que nadie, sabía la emoción tan fuerte que podía suponer una muerte para un niño. Aunque su cara estuviera surcada por acné juvenil y le pasara más de una cabeza, a sus ojos seguía siendo su pequeño y ahora la necesitaba más que nunca. Cuando consiguiera salir del caparazón y expresar sus sentimientos solo la tendría a ella, porque su padre no estaría. Desde hacía tiempo mantenían una relación tensa. El primer y último guantazo que su marido le dio a su hijo sirvió para que el silencio reinara entre ambos. Iñaki al principio intentó ganárselo de nuevo, pero viendo la actitud terca de Christian que se negaba a dirigirle la palabra cambió al ataque directo y unilateral. Las únicas palabras que le dedicaba eran críticas y órdenes, que él atendía sin rechistar. El día anterior había visto un halo de esperanza, cuando Victoria les contó lo que había ocurrido, y en sus mentes se hizo presente la posibilidad de que Christian fuera el que se hallaba en esa cueva, vio el sufrimiento en los ojos de Iñaki. Su coraza de resentimiento se resquebrajó y asomó el dolor de un padre ante un hijo muerto, pero duró poco.

Irene llamó de nuevo, la misma respuesta. Giró el pomo con delicadeza, agradeciendo no haber cedido en lo del pestillo.

—Buenos días, cariño, te traigo el desayuno. —Su voz alegre y cantarina se tornó triste cuando con gran pesar comprobó que la bandeja que le llevó por la noche lucía intacta encima de la mesa—. No has probado bocado.

—No tengo hambre —dijo con el almohadón por encima de la nuca —. Llévatelo.

—Te he preparado huevos revueltos con panceta y frankfurt, tu desayuno favorito.

—No me apetece —contestó apretando con más fuerza la almohada contra su cabeza.

—La dejo encima del escritorio por si después tienes hambre. —Cambió una bandeja por otra. Su última oportunidad era la comida, la noche anterior también le preparó su cena favorita pollo asado con patatas. Si el desayuno no funcionaba solo cabía esperar que los espaguetis boloñesa que tenía pensado hacerle para la comida fueren realmente tentadores—. Si necesitas cualquier cosa me lo pides.

La almohada había amortizado la palabra que pronunció y fue tan baja que podía haber pasado desapercibido, pero la oyó. Irene dejó en el suelo la bandeja que sostenía y sin darse por vencida, se sentó al borde la cama. Aquel “gracias” podía ser una señal de que su hijo le estaba pidiendo ayuda.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —preguntó volviendo a su tono maternal.

—No —contestó este escuetamente.

—Cariño, sé que es muy duro pensar que Esther ya no está. Pero ahora es importante que no te quedes solo. Si no quieres hablar conmigo, tal vez deberías hablar con alguien que te pueda ayudar. —Si seguía así un día más, empezaría a buscar psicólogos por la zona.

Se quitó el almohadón poco a poco, el pelo se arremolinaba en su frente pegajosa y tenía los ojos hinchados de haber llorado.

—No, mamá, promételo, nada de psicólogos.

—Pues come algo. —Era una treta muy baja, pero había que intentarlo. Le acercó la comida a la mesita de noche y Christian fue engullendo poco a poco.

—Así está mejor. —Le acarició el cabello y él se dejó hacer. Su hijo aparentaba ser fuerte, pero ella sabía que en el fondo era un cordero asustado vestido de lobo.

—¿Han averiguado algo? —preguntó tragando la panceta de una pieza. Al probar el primer bocado se dio cuenta del hambre que tenía.

—No creo cariño, es muy pronto todavía. Supongo que primero

tendrán que estar seguros de lo que ha ocurrido. —No dejaba de pensar en la suerte que había tenido. El cuerpo que descansaba en aquella fría sala de autopsias podría haber sido el de su hijo. Aquel pensamiento le llevó a la siguiente pregunta—. ¿A qué hora viniste de las historias? No te oí entrar.

—Cuando acabaron, sobre las once creo —dijo sin darle importancia terminándose el último trozo de panceta—. No quería despertaros y me quedé durmiendo en la tienda. —Sin utilizar la servilleta se limpió con la mano los restos de comida que quedaron en su boca.

—¿Seguro que fue a esa hora?

—Eso creo, no me fijé. —Se tapó de nuevo con el almohadón sin darle opción a añadir nada más—. Estoy muy cansado, quiero dormir.

Su madre cogió las bandejas y salió hacia la cocina pensando. Normalmente la víspera de Todos los Santos caían rendidos en la cama. Pero aquella noche se había acostado tarde poniendo en orden la tienda, al menos la parte visible al público. El reloj la sorprendió a las dos de la mañana y estaba segura de que Christian todavía no había llegado.

La muerte de Esther les había caído como un jarro de agua fría, ninguno de los dos contaba para el otro, solo la tenían a ella que podía llegar a ser lo que ellos no pudieron. Ahora mirándose frente a frente, se sentían solos. La mera idea de pensar en su hija inerte en una fría sala de autopsias les hizo encogerse. Sin Esther, únicamente se tenían el uno al otro y sabían que aquello nunca sería suficiente.

Poli y Patricia entraron como quien interrumpe en templo sagrado. La presencia de la niña estaba en todas partes, en una chaqueta en el perchero, unas botas en la entrada, una figura de arcilla con su nombre esculpido, y fotografías, fotografías por todas partes. Colgada encima de la mesa de entrada, la más grande; Esther con rostro sonriente alzaba una placa con aire triunfal.

—Es de cuando ganó el concurso de piano Ciudad de Carlet. Los jueces dijeron que nunca habían visto a nadie tocar “Zambra” de Turina con tanta maestría. —El padre acarició el retrato, intentando sentir la misma emoción que sentía cuando tocaba los lisos cabellos de su hija, pero el frío contacto del cristal le contó la verdad… nunca más

volvería a acariciarlos.

Los acompañó a un salón donde había un gran piano de cola. La madre de la niña sentada en uno de los sofás con la mirada perdida parecía un despojo echado de cualquier manera. El médico había llegado muy temprano por la mañana y les había dado fármacos para combatir el dolor. Martín se negó a tomarlos, aquello no le ayudaría, sino que le llevaría a un hoyo oscuro y profundo del que ya no podría salir, y necesitaba estar lúcido. El peso de la ley era demasiado laxo y estaba decidido a tomarse la justicia por su mano. En cuanto le dieran el nombre del demonio que había hecho eso, dejaría aflorar la ira que iba acumulándose en su interior. Se sentó a cierta distancia de su mujer, lo suficientemente juntos para compartir aquel momento que les había tocado vivir, pero lo bastante separados para mostrar el abismo que se abría ante ellos. Poli y Patricia acercaron dos de las sillas; una de ellas crujió y a punto estuvo de romperse; sin decir nada, Patricia cogió otra. Suponía que tapizar y encolar la silla sería ahora lo menos importante.

—En primer lugar, permítanme decirles cuanto lo siento. Deben tener la certeza que haremos cuanto esté en nuestras manos para ayudarles —empezó Patricia intentando transmitirles seguridad.

—¿Quién querría hacerle daño a mi pobre niña? —El hombre se cubrió el rostro con las manos arañándose el inicio del cabello. Fue entonces cuando Patricia se fijó que en la flexura del codo tenía tatuada la cara de la niña, sin duda un sitio extraño para un tatuaje de ese tipo.

—Necesitamos que nos digan todo lo que sepan, cualquier detalle puede ser importante —dijo Patricia conectando la grabadora de su móvil y desviando la mirada del tatuaje—. ¿Quién fue la última persona que la vio?

—Fui yo —contestó el hombre levantando ligeramente la vista.

—¿Puede decirnos a qué hora? —Poli estaba decidido a participar en el interrogatorio y se incorporó orgulloso de la relevancia de su pregunta.

—Serían las seis, vinieron Christian y Pau a buscarla para ir a Los cuentos de Todos los Santos. La víspera, don Antonio siempre cuenta historias en su corral. Iban a pasar la noche allí, al menos eso es lo que pensábamos. Supongo que los chicos serían los últimos en verla.

—Si fueron las últimas personas en verla también tendremos una conversación con ellos —declaró Patricia.

—¿Quiénes son ese Christian y ese Pau? Y…. lo de las historias, ¿puede darnos más detalles? —siguió Poli.

—Christian es el hijo de Iñaki e Irene, de la floristería del pueblo. Pau es el nieto de Antonio, el abuelo de las historias. Tienen un puesto de frutas y verduras en la calle mayor. Son amigos desde niños,

primero en el colegio y luego en el instituto; los tres eran inseparables.

—Y las historias… —introdujo Poli recordándole la siguiente pregunta que le formuló.

—Se hacen todos los años para los niños mayores de nueve años que no se hayan disfrazado. Nosotros mismos fuimos cuando éramos niños, pero Esther solo fue una vez, cuando cumplió los nueve años. Ahora, después de tanto tiempo, decidió que quería volver de nuevo. Tenía que haber notado que mentía, si solo me hubiese preocupado un poco más. —El hombre empezó a golpearse con fuerza en la pantorrilla. La mujer, ajena a la situación, seguía con la mirada perdida sin tomar parte.

—Sin embargo Esther sí que se disfrazó —apuntó Patricia.

—¿Cómo dice? —preguntó el hombre sin comprender.

—Encontramos a Esther con una capa negra y una máscara roja. —Igual que la de Harvey, pensó.

—¡Entonces se trata de un error! La persona que han encontrado no puede ser mi hija. —Empezó a ver un atisbo de luz, quizás todo fuera un malentendido. Sí, debía de ser eso. Su hija aparecería en cualquier momento saltando alegre por la puerta, como hacía de niña. Las palabras se agolparon en su boca queriendo salir—. Verán, mi hija odiaba disfrazarse. Ayer se fue con unos pantalones vaqueros con recortes, un jersey morado y unas deportivas negras. No puede ser ella, es un error, mi hija está viva.

Recordaba el día que volvió del centro comercial con aquella prenda. Aquel suéter era demasiado ajustado y con gran enfado se lo hizo ver; ahora aquello parecía lo más insignificante del mundo. Se prometió que si volvía la dejaría vestir como quisiera. Notó una mano sobre la suya. Al principio se asustó, los dos policías estaban a cierta distancia, la mujer tenía las manos ocupadas sujetando el teléfono y el hombre en los bolsillos de su chaqueta. Contempló anonadado que la mano era la de su mujer. Hacía tanto tiempo que había olvidado cómo era su contacto, manos suaves, dedos finos, de pianista. Esta lo miró a los ojos y todas sus esperanzas se diluyeron, la niña era su Esther. El hombre tragó saliva, pero se le quedó en la garganta junto al nudo que estaba empezando a formarse.

—¿Pueden pensar en alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó Patricia.

—¡Era solo una niña! ¿Cómo puede pensar eso siquiera? Todo el mundo la adoraba —declaró su padre en tono ligeramente molesto.

Aquella pregunta parecería totalmente inocente en comparación a lo que estaba a punto de decir.

—Tengo que hacerles unas preguntas, puro trámite para el informe. —Les señaló la grabadora del móvil para dar peso a sus palabras—.

Puro formalismo, pero les tengo que preguntar donde estuvieron ustedes.

—¿Cómo pueden ni siquiera pensar en eso? ¡Es a mi hija a la que han matado! —De nuevo sintió los largos dedos de su mujer recorriendo las manos, aquel contacto le debilitó el corazón. Más pausado, continuó—: Yo salí a hacer unos recados y volví sobre las nueve. Luego cenamos, me quedé viendo una película y me fue a dormir a eso de las once.

—¿Nos podría decir cuáles fueron esos recados? Entiéndalo, solo para descartarlo cuanto antes.

El hombre se movió inquieto en la silla, miró a ambos policías, jurarían que un ángel y un demonio estaban luchando una batalla, que esperaban por su bien tuviera al primero como ganador. Tras una pausa, siguió:

—Estuve con Iñaki, lo acompañé al bar, pueden preguntarle. —En cuanto las palabras salieron de su boca notó cómo los dedos de su mujer se fueron alejando de él—. Después del trabajo de estos días en la floristería necesitaba un descanso.

Patricia miró a la mujer esperando su alegato, pero fue el marido el que contestó en su nombre.

—Mi mujer estuvo trabajando, trabaja en una asesoría en Ondara. Cuando terminó llegó a casa. Como les he dicho cenamos, yo me quedé viendo una película y ella se fue a dormir.

—Cuando llegué… —La voz de la mujer les pilló por sorpresa. Era la primera vez que hablaba desde que llegaron y fue con una voz que seguro no era la suya. Las lágrimas la habían apagado por completo—. Yo... iba a pasar por las historias, pero estaba cansada. Si solo…

Patricia negó con la cabeza lamentándose. Todavía no tenían el resultado de la autopsia, pero el forense apuntó la madrugada como la hora posible de la muerte. Tal vez hubieran tenido tiempo de encontrarla antes de que todo aquello pasase, pero era algo que no necesitaba saber. Todavía les quedaban muchas noches sin dormir hasta que pudieran enterrar a su hija. Sería mejor dejarlos solos con su dolor.

—Necesitamos ver el cuarto de su hija, y también necesitaremos su ordenador.

—Esther no tiene ordenador, no tenemos tanto dinero —contestó el hombre con prontitud.

La mujer habló de nuevo con el mismo quejido por voz.

—Solo tenemos un portátil en casa.

—En ese caso me temo que voy a tener que pedirle que nos lo dejen.

—Allí no encontrarán nada —discutió el hombre, molesto—. ¿Qué

van a encontrar de interés? ¿Van a perder el tiempo hurgando entre las cosas de mi niña cuando un loco anda suelto?

La mujer, sin atender a su marido cuyas quejas escuchaba de fondo, acompañó a los agentes hacia la habitación de Esther. No había entrado, no podía hacerlo, solo tenía ganas de hacerse muy pequeña y desaparecer. Se esperó en la puerta incapaz de poner un pie dentro y dejó que los agentes invadieran la intimidad que su hija había comenzado a recelar cuando aparecieron los signos de la mujer que ya nunca más sería. Cuando se fueron, empezó a escuchar la misma melodía en su cabeza. Como un espectro fue hacia el piano y como si sus manos tuvieran vida propia, empezó a tocar la musette en re mayor de Bach, la primera que aprendió a tocar su hija. Cuando la última nota sonó bajó la tapa, la música había acabado en aquella casa.

Sin duda alguna la doctora Ros tenía algo estrambótico. Tendría unos cincuenta años, el pelo negro con canas en un enredo de rizos sujetos a lo alto de la cabeza con una flor gigante de color violeta chillón. Llevaba unas gafas grandes y picudas del mismo color que la flor, que caían sobre la punta de una nariz extremadamente pequeña. A través de las gafas se podían ver unos ojos camaleónicos de color verde y castaño que parecían leer en la profundidad de las personas. Iba vestida con una túnica de verano de color verde lima con motivos florales que cubrían su esbelto cuerpo. Se podía permitir este atuendo ya que la calefacción igualaba la temperatura interior a los meses de verano. Albert, por instinto, se cruzó de brazos, después de arremangarse el jersey a la altura de los codos. Siempre relacionó a los psicólogos con la muerte, y no le gustaba pensar que era transparente a los ojos de otro. Jess por su parte, estaba encantada, era una lectora entusiasta de cualquier manual de psicología que cayera en sus manos; si no hubiese sido policía, probablemente sería ella a quien entrevistaran. Entraron a una estancia que rebosaba vitalidad por todos lados.

Las paredes estaban pintadas de color lila claro y había colgados cuadros de paisajes caribeños invitando a los pacientes a transportarse a playas paradisíacas, hecho que se realzaba con las plantas que había dispersas por la habitación. En el centro de la estancia había una gran mesa redonda de cristal con las patas de metal y alrededor de ella

varias sillas de diversos colores. La mujer eligió la de color naranja y sonriéndoles amablemente les invitó a elegir asiento. Jessi, sin pensárselo, se sentó en la silla de color verde. Albert permaneció de pie con los brazos cruzados observando las sillas. Cada una de un color; sin duda había gato encerrado, la silla que eligiera querría significar algo para la mujer.

—No sé qué opinión le mereceremos los psicólogos, pero ya le puedo decir que no somos adivinos ni puedo ver a través de su mente —dijo la doctora Ros con media sonrisa en los labios—. El color de las sillas es una cuestión puramente estética, puede sentarse en la que prefiera sin miedo alguno.

Albert se sentó al lado de su compañera; no fue hasta después que se dio cuenta que había elegido la de color negro.

—No me dio mucha información por teléfono, solo que necesitaba que examinara unas fotos —dijo la mujer mirándolo fijamente a los ojos e ignorando aparentemente la elección de Albert.

Este se restregó nervioso en la silla. Jessi, al ver el extraño comportamiento de su compañero, empezó a hablar.

—Ayer encontramos el cadáver de una menor en una cueva en El Poble Nou de Benitachell. Como verá, parece que se trata de un ritual. —Le tendió las fotos que se habían hecho en la escena del crimen—. Necesitamos elaborar el perfil del asesino o al menos entender el significado de las cruces. Quizás usted nos pueda arrojar algo de luz sobre eso.

La mujer, sin responder, las examinó en silencio, sin prestar atención a los ojos de la policía que vigilantes la observaban esperando una explicación que tardó en llegar.

—¿Y qué quieren saber? —dijo devolviendo las fotografías.

—Todo, quién podría hacer algo así, por qué las cruces, qué significado tienen...

—En el tema de quién ha sido capaz, me temo que no soy especialista en elaborar perfiles criminales, y no puedo ayudarles. Pero… —De nuevo la misma sonrisa—. Respecto al resto de elementos creo tener una respuesta.

Jessi juntó las manos por debajo de la barbilla mostrando gran interés por lo que estaba a punto de transmitirles. Albert por el contrario, sin descruzar los brazos, miraba de manera distraída la decoración del lugar. La doctora Ros se dirigió a la única persona de aquellos dos policías que presentaba una predisposición natural en creer sus palabras, la agente de la silla verde.

—La cruz ha sido el elemento más sagrado desde tiempos inmemoriales, egipcios, persas, griegos, cartagineses... todos ellos han venerado este elemento sacro. Aunque fue en el inicio del catolicismo

cuando se convirtió en objeto de martirio, Jesús fue crucificado por salvar a la humanidad en una cruz. En el cristianismo la cruz suele representarse de tres formas: la crux immissa o cruz latina, es la más extendida y conocida, de hecho la mayoría de las iglesias tienen precisamente planta de cruz latina; la cruz patibulata que tiene forma de tau griega; y por último, la que aparece en las fotografía, la *crux decusata* o cruz de san Andrés, que representa el martirio de san Andrés Apóstol a quién ataron de pies y manos a una cruz en forma de aspas. Pero si me piden opinión, en esta caso la persona que puso las cruces no buscaba torturar a la niña, sino más bien lo contrario.

—¿Cómo dice? —preguntó Jessica extrañada.

—Mi especialidad es la antigüedad, y le diré que siempre hay alguna razón. En el antiguo Egipto embalsamaban a los muertos con sus pertenencias para que les fueran de utilidad en el más allá. En la antigua Grecia disponían dos monedas encima de los ojos para pagar a Caronte en su viaje. Siempre había un motivo para hacerlo, supongo que en este caso también lo haya. No han utilizado la cruz como tortura, sino como elemento ornamental, lo único que se me ocurre es que la persona que lo hizo quería asegurarse su bienestar en el más allá. No es de extrañar, en los entierros católicos siempre aparece una cruz, en los ataúdes, en las lápidas… este elemento de martirio supone la vida en el más allá, en la creencia cristiana Cristo venció a la muerte y subió a los cielos. Otro elemento a considerar es la edad de la niña, me dijo que tenía nueve años.

—Tenía catorce años —contestó Albert sin ninguna emoción—. Nueve es la edad que deben tener los niños para asistir a los cuentos. Si ya ha terminado de contarnos historias… —Albert desplegó los brazos que habían permanecido unidos durante toda la entrevista y con el mismo tono impertinente continuó—. Tenemos un caso que resolver. —Volvió a poner las mangas en su sitio y cogiendo la chaqueta al vuelo se fue sin esperar a su compañera.

Jessi recogió las fotografías y entre disculpas se despidió de la mujer. Alcanzó, o más bien se estampó contra su compañero en el segundo piso. Albert iba bastante rápido, pero ella siempre los subía y bajaba de dos en dos.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Vamos a perder más tiempo con una mujer que se ve claramente que está loca? —lanzó con cierta histeria—. ¿La has oído? No tiene ni pies ni cabeza lo que dice, cruces, ejemplos de cristo… ¿El asesino la mata y luego quiere asegurar su bienestar en el más allá? No sé tú, pero creo que lo que tengan que decir los de la científica nos ayudará mucho más que esas chorradas. —Se zafó de su brazo y siguió su camino.

No creía una palabra de todo aquello, ritos, supersticiones,

maldiciones… solo formaban parte del imaginario común y sabía a ciencia cierta que solo traían desgracias a aquellos que lo practicaban.

Cuando Patricia recibió la llamada del laboratorio hacía mucho que habían dejado a los padres en aquella casa de recuerdos. La autopsia todavía tardaría un par de días. En otra ocasión hubiera ido directa al laboratorio a apremiarles, el tono en el que le dijeron que tuviera paciencia no le gustó nada, pero debía ir a recoger a sus hijos. Si enviaba a Olga no se lo perdonaría y además estaba deseando verlos. Fue una suerte que Poli insistiese en llevar el ordenador en su nombre, ahorrándole una de las muchas tareas que le quedaban por hacer. Aun así, se tendría que pasar media noche despierta acabando el trabajo que debería haber hecho por la mañana, pero la tarde era para sus hijos. En la puerta del colegio esperaba el tan deseado reencuentro. Harvey fue el primero en salir, acostumbraba a intentar disimular los gestos de cariño delante de sus amigos, pero la halagó con un abrazo. Pablo por su parte la llenó de besos. Sin embargo, al entrar al coche se cortó la magia con cada palabra que salía de la boca de su hijo mayor.

—Mamá, en serio, tienes que ver la casa de papá. Qué digo una casa. ¡Es una mansión! Y mi cuarto… Tengo el mejor cuarto de todos, medirá más de treinta metros. Y no solo el cuarto, todo lo que hay en él, un Mac, una tele gigante, ¡hasta un proyector! Y me va a regalar una cámara profesional. Papá nos ha dicho que cuando haga mejor tiempo iremos a algún país europeo y necesitaré una cámara para poder hacer fotos.

—Eso está muy bien, supongo que tacharás de la lista Londres, París, Ámsterdam, Bruselas y Roma, porque ya has venido conmigo —contestó Patricia con rabia encubierta.

—¡Claro! Además, esos lugares son los que visita todo el mundo, mamá. Papá nos ha dicho que nos llevará a algún sitio donde seamos los únicos turistas. Pero creo que tú tienes que estar de acuerdo y firmar un documento.

—Me parece una idea genial, ya sabes que me gusta que viajéis, es bueno para vosotros. Le puedes decir a papá que os autorizaré sin ningún problema.

Y más si iban a un pueblo perdido. Llevar a los niños a algún sitio sin nada que hacer más que ver la vida cotidiana de los lugareños era

un buen plan para alguien que buscara desconexión y comodidad, pero no para dos niños en plena actividad. Era un poco rastrero siendo su madre, pero Harvey necesitaba un escarmiento.

—Perfecto, tengo muchas ganas de viajar con papá. Pues como te iba diciendo la casa es enorme… —siguió sin dejarse ningún detalle.

—Eso es maravilloso, Harvey —mintió disimulando tan bien como pudo.

Estaba entrenada y podía controlar sus emociones al máximo; si no fuera así su hijo habría visto la peor versión de sí misma. Llevaba exactamente diez minutos escuchándole hablar de las comodidades y ventajas de una casa de tres plantas con seis dormitorios, piscina climatizada, jacuzzi y personal de servicio. Si cerraba los ojos podía hasta visualizarla. Solo un día, pensó con tristeza, solo un día había bastado para que su hijo se pasara al equipo contrario. No le culpaba, ella también había sido adolescente y había vivido en primera persona lo que conlleva una separación. Su hijo, como ella, simplemente respondía a su patrón de preadolescente, egoísmo en estado puro. Suerte que todavía podía contar con el pequeño.

—¿Y tú qué me dices, Pablo? —Miró por el retrovisor a su hijo pequeño que, atado a la silla, jugaba con el juguete de trapo que le regaló su vecina en navidades haciendo caso omiso al Woody parlante.

—¿Cómo está Nemo, mami? —preguntó con su vocecilla infantil.

—Muy bien, cariño. La mamá lo ha alimentado tal como me dijiste, un poquito por la mañana y otro poquito por la tarde.

—Gracias mami.

Todavía podía contar con él. La cara de alegría y los besos que le dio cuando la vio esperándolo en la puerta de su clase fueron tan grandes que en cierta manera suavizaba los golpes que recibía del mayor.

—¿Y sabes qué, mamá? —volvió a participar Harvey.

—Ahora me sigues contando, que tu hermano está hablando.

Si volvía a escuchar hablar sobre la mansión de don perfecto gritaría hasta perder la voz. Harvey se removió, estaba dando un rodeo para llegar al punto que quería contarle. Sabía que su madre no estaría de acuerdo y pensó que si hablaba demasiado aquel detalle lo pasaría por alto.

—¿Y qué has hecho estos días, pequeñín?

—He visto los dibujos, mami.

—¿Has visto Peppa Pig?

Su hijo sentía predilección por aquella cerdita rosa, aunque a Patricia le parecía demasiado mandona; su personaje preferido era su hermano George, que como a Pablo, le encantaban los dinosaurios.

—Sí, y la Patrulla Canina, Ricky Zoom, Pat the Postman, Simon...

Tendría que hablar con su ex, en su casa solo tenían permitido ver la televisión media hora por la tarde y el fin de semana una hora por la mañana. Era muy estricta con eso. A punto de tomar la rotonda del Saladar, los coches de delante se pusieron a pitar. Patricia bajó la ventanilla y miró a través de ella intentando atisbar lo que ocurría unos coches más allá. El estrépito era de órdago.

—Papá me va a comprar el iPhone 12 —soltó Harvey de repente; pero tan pronto lo dijo deseó que sus palabras se hubieran perdido con el ruido.

—¿Cómo has dicho? —dijo Patricia que a pesar del jaleo lo había escuchado perfectamente.

—Digo… que... papá... me va a comprar el iPhone 12.

—Me temo que eso no va a ser posible, ya te dije en su momento que no.

—Pero ahora es diferente, ahora es papá quien me lo va a comprar. Será bueno para mí, todos mis amigos tienen uno. .. Papá ha dicho…

—He dicho que no y punto. —El grito fue tan fuerte que hasta Pablo se asustó.

Respiró para intentar calmarse, debería ser más lista que todo eso. Tenía las de perder si se convertía en la figura de su madre. Además, no era Harvey sino Mike el culpable, y con él era precisamente con quien tendría unas palabras.

Poli apretó la barriga contra su cuerpo para poder ver los números que parpadeaban en la báscula. Se golpeó la mole de grasa de su vientre orgulloso, esta se movió dibujando ondas. Un par de semanas más y estaría como nuevo. Un kilo, era algo menos, pero por cuatrocientos míseros gramos podía redondear. Solo llevaba unos días a dieta y ya había perdido un kilo, si seguía a ese ritmo no sería necesario hacer nada más. Con la motivación de los primeros días, intentó salir a correr, pero solo aguantó unos metros. Con la frente llena de sudor y la respiración entrecortada volvió a casa. No había que abusar, después del uno el dos. Además, el trabajo de calle podía considerarse deporte. Al menos le venía bien para aligerar las piernas, como demostraba la gran pérdida de peso que ya empezaba a notar en el espejo. De momento con comer sano sería suficiente.

Para desayunar tomó un café con un croissant de mantequilla, nada de chocolate ni crema; la comida había sido rápida, le encantaba volver a trabajar codo con codo con Patricia, pero aquella mujer parecía que nunca tenía hambre; suerte que tenía que recoger a los niños y pudo escaparse a la hora de comer al Albir antes de llevar el ordenador. El menú era tentador, las costillas y la pasta carbonara le llamaban a gritos, sin embargo pidió la insípida crema de verduras que tuvo que hacer comestible con mucha sal y el pollo asado que al menos venía con una ración de patatas fritas. Eso sí, sin mayonesa ni ninguna salsa. Para la cena siguió con la misma dinámica, la crema de coliflor que compró del supermercado y que sabía igual que olía, y ternera a la plancha. Echó el cuerpo hacia atrás y con el mismo movimiento le subieron las piernas hasta la posición ideal para acabar la larga jornada de trabajo con un poco de caja boba. Cogió un bocadito de crema que tenía guardado para emergencias, o como en aquel caso, para premios. Lo había hecho de diez, ahora tocaba la recompensa.

5

Levantó la persiana los cuatro dedos que le permitía la cinta, pero apenas unos rayos de sol lograron colarse. Encendió el interruptor, solo una de las cinco luces de la lámpara de latón se encendió, aunque de manera intermitente, llenando la habitación de claros y oscuros. Águeda apretó las yemas contra sus profundos ojos, la oscuridad empezaba a cansarle la vista. Con rapidez para esquivar el frío se deshizo del camisón y se puso uno de los tres jerséis que tenía y que había remendado en varias ocasiones, las calzas negras y para terminar, la falda negra que le caía por debajo de las rodillas. Se acercó al cuarto de su madre y empezaron el día con las plegarias. Tras vaciar el orinal, la ayudó a vestirse y juntas bajaron las estrechas escaleras en las que apenas cabían. En el comedor, la antigua butaca junto a la mesa camilla esperaba. La ayudó a tomar asiento y conectó el brasero, el único artilugio que desprendía calor en la casa. La mujer pulsó el número siete del mando a distancia y en la pantalla apareció una mujer madura con una larga cabellera de color rubio platino intentando limpiar una ventana con un cubo y una esponja.

—Mamá… —dijo Águeda percibiendo el anuncio como una señal.

—¿Qué dices niña? —Su madre solo oía la voz en off comentando lo difícil que era la limpieza del hogar.

—La ventana de mi cuarto… creo que se ha roto. —Tragó saliva—. Debe ser el disco que no gira, eso o que se ha atascado en la poleita.

La madre bajó el volumen de la televisión que ahora mostraba a la misma mujer con una gran sonrisa y pasando una especie de escobilla a una impoluta ventana.

—¿Y se puede saber de dónde has sacado eso de la poleita? —preguntó con tono airado.

—Me lo dijo Enrique. —Bajó la vista para evitar la mirada inquisitiva de su madre—. Él comentó... que puede...que puede que fuera la poleita.

—Y Enrique es… —invitó a seguir sin disimular la rabia que sentía.

—El carnicero, el que está en la calle del *mercat*.

—¡El mismo que todas las semanas te intenta vender lo más caro que hay en el mostrador! —gritó colérica—. Hija mía, pareces tonta. ¿No te das cuenta de que se está aprovechando de ti? Se aprovecha de tu buena fe para venderte lo que no quiere nadie.

—No es eso... él solo... es amable —intentó justificarse Águeda.

—¡Tú que vas a saber! Los hombres son infames, yo tuve suerte al conocer a tu padre. —Señaló con el índice una antigua foto que se ocultaba tras el cristal del mueble de la televisión. Águeda miró la foto, su padre murió cuando ella apenas tenía seis años, solo lo conocía a través de los recuerdos de su madre, que en muchos casos parecían demasiado alejados de la realidad.

—Solo quiere ayudarnos, es bueno como papá, si tan solo le dejaras...

—¡Nadie es como tu padre! ¡Y no quiero oír una palabra más de ese Enrique! —zanjó con un grito.

Águeda, llena de impotencia, fue hasta la cocina; en el cesto de la fruta solo quedaba una naranja. Su madre se la pediría cortada en trozos en dos horas. Si solo pudiera ver a Enrique con sus ojos, aunque sabía que aquello nunca sucedería. Abrió la alacena con cuidado para no romper la puerta que colgaba de un lado. Calentó la leche para dos tazas en el cazo, uno con miel para su madre y otro con el café más barato del supermercado para ella. Apenas quedaban víveres, sabía que en aquellas fechas le hacía especialmente falta su compañía, pero solo quedaban verduras y un poco de carne para el puchero. Para la cena no tenían nada. Llevó con cuidado la taza que estaba prácticamente hirviendo y la poca miel que quedaba. Su madre sacó las manos de debajo del mantel y con gran lentitud introdujo los restos de miel que logró sacar del bote en la taza y se la llevó soplando a la boca.

—Mamá, tengo que ir al supermercado.

—¿Otra vez? —dijo tras el sorbo, pero al ver el bote de miel vacío rectificó—: Está bien, ve, pero compra lo necesario, nada de esas cosas modernas que te intentan vender. Con pucheros, naranjas y un poco de miel os crie a tu hermana y a ti y mira cuánta salud tuvisteis. —Su dedo señaló otra foto del mueble. En esta aparecía una niña con trenzas—. Y no compres nada de la carnicería, ve a la pescadería y compra merluza.

—Está bien mamá.

—Coge el dinero, ya sabes dónde está. Con lo de siempre te sobrará. —Sin prestar más atención subió el volumen de la televisión donde un escandaloso hombre preparaba varias comidas en una misma sartén.

Águeda subió al cuarto de su madre y, levantando el colchón con esfuerzo, sacó enganchado al somier un sobre con dinero, del que cogió la cantidad que su madre le había dicho. No era suficiente, y lo sabía, pero tendría que intentar que lo fuera.

La inclusión de Patricia en el trabajo a pie de calle había sido más breve de lo esperado. Simplemente había resultado imposible; el sueño acabó por vencerle a las tres de la madrugada sentada en la silla ante un montón de papeles. Les prometió que solucionaría el problema de falta de personal cuanto antes, sin perder tiempo se dirigió a Valencia a llamar a la única puerta que le daría los recursos que necesitaba. Poli permaneció en comisaría visiblemente contento; Albert y Jessi serían los encargados de hablar con los chicos. Estos se fueron de inmediato. De camino, Albert informó a una de las familias de la situación. No le fue difícil encontrar el teléfono de la única floristería del pueblo. En cambio, de la segunda la única seña que les había dado Poli era una ubicación y no demasiado exacta. Pasaron por la calle mayor de camino a la floristería. Las casas siendo diferentes se construyeron con un mismo motivo, exhibir el poder económico de sus habitantes. Solo algunas se habían reformado, las otras quedaron ancladas en aquellos tiempos. Paredes de cal y techos a dos aguas. En la acera de una de estas últimas un hombre mayor con una espesa barba blanca estaba sentado ante un puesto de venta rudimentario; junto a él, una mujer a la que Albert reconoció. Bajó la ventanilla que Jessi había cerrado a cal y canto para evitar que el aire se colase en el interior y que ahora, para satisfacción de Albert, entraba sin ningún obstáculo mezclándose con el calor que desprendía la calefacción. Hizo un gesto a Jessi, quien detuvo el coche delante del hombre.

—Disculpe, estamos buscando la casa de un chico llamado Pau —dijo Albert creyendo correcta su intuición.

—Es esta, yo soy su madre —confirmó Belén sin dar muestras de reconocer al policía.

Albert, sabiendo cierta su intuición, bajó del coche mientras Jessi siguió su camino en busca de algún sitio donde aparcarlo. Las calles por las que habían descendido eran realmente estrechas, tendría que buscar más adelante.

—Mi nombre es Albert Escuder. Nos conocimos ayer, soy uno de los policías que analizaban la escena. Usted es la mujer que acompañaba

a la madre de la niña.

Belén lo observó con detenimiento sin dar muestras de reconocerlo. Tras unos segundos dijo:

—Perdone, con tanta confusión, fue imposible fijarme en quienes estaban. Fue todo tan repentino… Pero me alegra que hayan venido tan rápido, Pau está durmiendo, lo despertaré enseguida. Me complace saber que han recibido mi mensaje.

Invitó al policía a entrar. El abuelo se levantó de la silla haciendo fuerza con las dos manos y los siguió dentro de la casa.

—¿Qué mensaje? —preguntó Albert una vez dentro temiendo oír la respuesta. Poli en la oficina, tan solo tenía que coger el teléfono.

—Esta mañana he intentado comunicar con ustedes en varias ocasiones, pero al no tener respuesta, les he dejado un mensaje de voz.

—Hay cierto problema en la línea que están intentando solucionar. —Las ganas de matar a Poli iban en aumento.

La mujer siguió observándolo con incredulidad; se parecía, pero no podía jurar que aquel hombre fuese uno de los policías que había en la cueva.

—Les decía que mi hijo tiene que hablar con ustedes. Ayer nos confesó que estuvo con Esther en la cueva, por eso supimos dónde encontrarla.

Albert sopló de nuevo, había dado por supuesto que el hombre que estrujaba la gorra era el que les había informado, pero fue tal la escena que tuvo lugar cuando la mujer vio el cadáver de su hija que no se preocuparon en confirmarlo.

—Mi hijo bajará enseguida. Papá, acompaña a este hombre a la cocina y espéranos allí.

La mujer se perdió por dentro de la casa. Subió a la primera planta y pasó por el cuarto de Victoria de puntillas. Tras el colapso inicial, su hija había empezado a hablar de lo sucedido. Sería mejor apartarla todo lo posible. Ahora lo percibía como algo atrayente, un juego para desarrollar sus dotes de detective. Entró al cuarto de Pau y lo intentó despertar zarandeándolo dulcemente, pero este ni se inmutó. Subió la persiana para que fuera el sol quien lo despertara. Su hijo, como ella, necesitaba toda la oscuridad posible para conciliar el sueño. Al sentir el sol en los ojos, el niño se tapó con el brazo intentando evitar la luz.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —dijo en un duermevela.

—Pau, ¿recuerdas que ayer hablamos? Te dije que tendrías que hablar con la policía.

El chico siguió con los ojos cerrados sin intención de levantarse. Belén subió la persiana todo lo posible para no dejar un ápice de oscuridad.

—Te esperamos abajo y Pau, recuerda que tienes que contarlo todo, hasta lo de las setas.

—Me sigue doliendo la cabeza —dijo el chico en un intento de evitar lo inevitable.

—Te esperamos abajo y recuerda… Toda la verdad —contestó la madre sin darle opción a rebatir.

El chico tardó en vestirse y bajar a la cocina lo mismo que Jessica en aparcar y volver a la casa. Una mujer mayor que no había visto antes y que debía ser la abuela del niño, le abrió la puerta del corral. Al entrar no se fijó en el escalón y se dio de bruces contra el suelo. La caída fue tan rápida como lo que tardó en levantarse; la anciana que ya entraba a la casa por la puerta del final del corral ni llegó a percatarse. Una vez en la cocina, ambas tomaron asiento junto al resto alrededor de la mesa de mármol. Contando al chico eran seis, aquello más que un interrogatorio parecía una reunión familiar.

—Con un adulto que esté presente mientras hablamos con Pau será suficiente.

—No creo que Pau tenga problemas en que estemos aquí, ¿verdad hijo? —preguntó la abuela intentando que la mirada de su nieto se cruzara con la suya.

El chico negó con la vista fija en la mesa. Siempre le había gustado descubrir formas ocultas en el tablero de mármol, pero ahora se le antojaba una mesa fría y triste.

—Necesitamos que nos digas todo lo que pasó ayer —empezó Albert—. Es importante que no pases nada por alto, cualquier detalle por insignificante que te parezca puede ser importante.

El chico asintió, pero de nuevo permaneció mudo observando los detalles que había en la mesa de mármol sin descubrir ninguna nueva silueta. La madre del chico se levantó y muy lentamente fue hacia su hijo, se acercó a su oído y habló en un tono tan bajo que nadie excepto Pau pudo entender. Aquello pareció infundirle el valor que necesitaba, pues después de esas palabras levantó la vista por primera vez y empezó a hablar:

—Queríamos pasar una noche diferente. Los tres conocíamos la historia de la niña que murió en la cueva y pensamos que nada podía dar más miedo que aquello. Sabíamos que si nuestros padres se enteraban no nos dejarían ir. Supongo que no tuvimos otra opción que la de mentir.

—¿Quién tuvo la idea? —preguntó Albert. Fuera lo que fuera lo que su madre le hubiera dicho, estaba funcionado.

—No lo sé, supongo que Esther, pero no lo recuerdo. Dijimos que nos quedaríamos a dormir cada uno en casa del otro; Christian y Esther dijeron que dormirían aquí y yo en casa de Esther. Yo sabía que

mamá ese día estaría muy ocupada preparando las historias del abuelo y no tendría tiempo de comprobar mi coartada. —Belén asintió dando veracidad a la historia—. Y en cuanto a Esther y a Christian, sus padres verían con normalidad que durmieran aquí después de las historias.

—¿Qué hicisteis allí? —continuó el policía.

—Nos llevamos comida y estuvimos contando historias de miedo, como las que cuenta el abuelo. Aunque no tan bien como él; nadie cuenta las historias como lo hace mi abuelo. —Dirigió una mirada de veneración hacia la persona más mayor de la estancia, quien le obsequio con una débil sonrisa.

—¿Solo eso? Cenar y contar historias de miedo, ¿nada más? —participó Jessi sabiendo a ciencia cierta que la fiesta que tenían planeada tenía otro cariz.

—Pau, hemos hablado, tienes que contar la verdad —interpelo su madre.

El chico asintió con la cabeza baja, incapaz de mirar a sus abuelos.

—No, el plan no solo era ese. Esther consiguió unas cosas, dijo que así la noche tendría más emoción.

Tras esto guardó un largo silencio. Su cara había enrojecido hasta las orejas, la presencia de sus abuelos no estaba ayudando sino más bien lo contrario. El abuelo lo notó y en silencio cogió a su mujer de su brazo dispuesto a irse.

—No, abuelo, podéis quedaros —dijo el chico con valor renovado —. Eran drogas —dijo con la vista fija en los policías.

—¿Drogas? ¡Si solo tienes catorce años! ¡Tiene que ser un error! Pau tú no tomarías de esas cosas, ¿verdad? —irrumpió la mujer mayor —. Y más teniendo en cuenta tu enfermedad.

La abuela torció el gesto con disgusto, todavía recordaba el día en que llegaron, aquel año fue el peor de todos. Los soplidos de noche, la respiración sibilante, la angustia porque el aire entrase en sus pulmones.

—¿Cómo las consiguió? —preguntó Jessi lanzando a la mujer una mirada reprobatoria.

—No nos lo dijo, quería hacerse la interesante. Pero es imposible que muriera por eso, Christian y yo también las tomamos. Nos dijo que solo nos haría ver cosas. Yo al principio no noté nada, pero poco a poco empecé con las alucinaciones, había una calabaza.

—¿Una calabaza? —preguntó Jessi levantando una ceja.

—Sí, me hablaba, quería que la siguiera a algún sitio y yo le hice caso.

—¡Pero Pau! —dijo la anciana sin poder reprimirse.

El chico se movió incómodo en la silla.

—Continúa —le apremió Albert.

—No sé cuánto tiempo estuve así, me dolía mucho la cabeza y no me encontraba bien. Cuando pude caminar volví a casa, pero los síntomas no desaparecían.

—¿No volviste a la cueva? —preguntó Albert.

—No, ¿para qué? Imaginé que todos habrían hecho lo mismo. No era tan divertido como pensaba y pasar la noche fuera con el frío que hacía de pronto se presentó como un plan estúpido.

—¿Y el disfraz?¿ Lo llevabais en ese momento? —preguntó Jessi.

—¿Disfraz? No llevábamos disfraz. De eso no sé nada. —No serviría de nada sacar a relucir lo de la panda del barrio, mejor sería que su hermana y sus amigos no se vieran involucrados en todo aquello.

—¿A qué hora volviste a casa? —siguió Albert.

—No lo sé, no lo recuerdo, lo único que sé es que quería dormir. No me fijé en la hora. Entré en silencio, todos estaban durmiendo y no quería despertarlos, me vino justo dejarme caer en el sofá. Cuando mi madre me despertó por la mañana todavía lo recordaba todo como una especie de sueño.

—¿Y viste algo? ¿Te fijaste en alguien al volver a casa?

El chico miró a su abuelo para acto seguido bajar la vista de nuevo. No les pasó por alto el gesto de duda que se reflejó en la cara del niño.

—Pau, es importante que nos lo cuentes todo, solo así podremos averiguar quién lo hizo —instó Jessica.

—No sé si es importante… —dijo dudando.

—Cuéntalo Pau —dijo el hombre mirando a su nieto.

El niño finalmente se decidió y dijo:

—No puedo decirlo con seguridad, era la primera vez que probaba aquello. Lo juro. Empecé a ver cosas, serían alucinaciones. Pero aquello, parecía tan real. Serían más de las doce abuelo y yo la vi… vi a la bruja.

Su madre dejó escapar un grito de terror al que se unió otro desde la puerta. La causante del grito salió corriendo escaleras arriba, Victoria.

—¿Cuándo? —preguntó Jessi que empezó a notar cómo el corazón le latía muy deprisa.

—No lo sé, había empezado a perseguir a la calabaza que se escondió en una de las huertas al inicio del camino. Vi a alguien acercarse, era la bruja e iba en dirección a la cueva. Me escondí para que no me viera.

—El rostro, ¿pudiste verlo?

—No, lo siento, estaba oscuro. Pero debía tratarse de una alucinación, ¿no? —preguntó el niño mirando a unos ojos adultos que solo reflejaban desconcierto.

Jessi respiró profundamente. Las brujas, al fin y al cabo, solo existían en los cuentos, pero lo cierto era que una muy real se había llevado a la niña.

A todas luces había nacido para mandar, cualquiera que dijese lo contrario estaría equivocado. Y no solo eso, además se le daba muy bien. Los años que trabajó en Madrid y luego como inspectora en Valencia le sirvieron para demostrar su valía. Cuando asumió el cargo hubo algunas habladurías, traspaso de cargos, influencia… Pero tras varios años de duro trabajo cerró la boca a todos aquellos que opinaban sin saber. El hecho de ser mujer no ayudó y tuvo que emplearse más de lo que hubiera hecho de haber nacido hombre. Ser "hija de" en aquel mundo era una condena. Por eso no se sentía especialmente orgullosa de lo que estaba a punto de hacer, pero no había otra solución. Se pasó hasta las tres de la mañana avanzando trabajo. Simplemente era imposible, necesitaba a alguien más. En la sede de jefatura principal en Valencia la reconocieron al instante y entre halagos y palabrería la acompañaron al despacho sin hacerla esperar. Sin Toni que seguía de baja y sin Manu, que había terminado precipitadamente su período de formación, no eran suficientes. Seguir el cauce oficial para pedir recursos la llevaría a meses sin respuesta; con suerte para verano podrían contar con alguien de apoyo, pero no podía esperar. Por eso Patricia no tuvo más remedio que optar por la única vía que sabía que respondería al instante. Cerró el puño dispuesta a golpear la puerta donde una placa dorada rezaba con el nombre de Ernesto Salcedo, comisario principal.

Con el poco dinero que había cogido enganchado al somier

guardado en su bolso, bajó por la antigua calle de Dénia, ahora conocida como el cantó del bufó. Siguió por la avenida de Valencia por delante del *Antiquary* que hacía las veces de hostal, hotel y uno de los mejores restaurantes del pueblo. Varias personas iban en su misma dirección, hacia el Mercat. No le sorprendieron aquellas miradas, estaba acostumbrada, le habían acompañado desde que tenía uso de razón. Saludos cortos para no precipitar una conversación; nadie quería hablar con la hermana de la niña muerta. Se había acostumbrado a aquel silencio que le permitía escuchar lo que para otros pasaba desapercibido, las vueltas de llave de la vecina, las risas del bebé de la casa de al lado… Y siempre aquellas miradas. Solo una persona había conseguido mirarla como Águeda y no como la hermana de la niña que se llevó la bruja. Sus pasos la llevaron a la puerta del establecimiento, unos metros más allá del mercado, donde Enrique, con su alegría contagiosa, despachaba a una clienta. Al ver a Águeda en la puerta la saludó con la mano invitándola a entrar.

—Ponme también media cuarta de carne picada —dijo la mujer que había dentro señalando a través del mostrador—. ¿Es de ternera?

—Sí. —El hombre con gestos rápidos pesó la cantidad deseada dentro de una bolsa de plástico—. ¿Necesitas algo más?

—No, eso es todo.

—Pues permítame un regalito para su nieto, que el otro día cuando vino con su hija ya no me quedaban. —Puso un par de longanizas secas dentro de la bolsa.

El hombre le pasó el tique junto a la bolsa por encima del mostrador. La mujer sacó el monedero que llevaba aprisionado debajo del brazo y empezó a dejar monedas pequeñas encima del cristal.

—Cuéntalo a ver si está bien.

El hombre, con un barrido, puso las monedas encima de su mano y contó por encima pasando por alto los céntimos.

—Todo bien Concha, que tenga un buen día.

La mujer asintió ligeramente con la cabeza, y volviendo la cartera a su sitio cogió las bolsas y fue a la entrada.

—Águeda. —Su voz se ahogó al ver a la chica en la puerta—. ¿Cómo…cómo estás?

La chica amagó una sonrisa en sus labios, es lo único que podía hacer. La gente era educada con ella, pero no esperaban nada más.

—No viniste la semana pasada —gritó Enrique lavándose las manos en el grifo que tenía dispuesto detrás del mostrador. La mujer aprovechó para salir por la puerta dejando a los dos solos en el local.

Enrique, el nuevo carnicero, llegó cuatro años atrás procedente de Benicàssim, huyendo de un matrimonio fallido. Su mujer se quedó con la casa y él con una oportunidad de volver a empezar. Un familiar que

veraneaba en Poble Nou le informó del traspaso de la única carnicería del pueblo. El antiguo carnicero con casi ochenta años y sin ningún familiar dispuesto a heredar el negocio había decidido dejar finalmente la profesión, más por obligación que por ganas, pues sus dedos empezaban a temblar en los cortes y aquello no era nada bueno. Enrique lo tomó como una señal para renacer. El hombre le acompañó los primeros meses confiándole la clientela que se dejó seducir por la alegría contagiosa del nuevo vecino que siempre tenía una palabra amable para todos.

—¿Le has preguntado a tu madre? ¿Quieres que vaya a arreglaros la persiana? Seguro que será el disco —dijo Enrique con una sonrisa sincera.

—Ya parece que empieza a funcionar —mintió Águeda.

Enrique sonrió con gesto afectivo. Águeda no hablaba demasiado de su vida y él no era muy afín a los rumores, pero trabajando en un negocio como aquel escuchaba de todo tipo. Cuando llegaban aquellas fechas los clientes de la carnicería siempre sacaban el nombre de la hermana de Águeda y de su desdichada muerte.

Una mujer entró y se acercó al mostrador pasando por delante de Águeda sin importarle el turno a guardar. Pegó la cara al cristal, y al comprobar que no quedaba casquería, empezó a preguntar por la falta de esta.

—Será mejor que me vaya —dijo Águeda sonriendo a Enrique, quien tampoco había pasado por alto la mala educación de la señora.

—Hay de todo Ernestina, ahora mismo lo saco. Pero déjeme que despache primero a Águeda y enseguida estoy con usted.

La mujer, al oír el nombre de la chica, se giró muy despacio, y al comprobar que era quien temía, dejó la bolsa de la compra que llevaba cogida con ambas manos y la dejó en el suelo. Tanteando, se acercó hacia la chica.

—¿Águeda? ¿Eres tú? Hacía mucho tiempo que no te veía. ¿Cómo estáis? ¿Cómo está tu madre? No quiero ni imaginarme lo que estaréis sufriendo ahora mismo.

La chica levantó los hombros como respuesta. Aquella mujer le correspondía con la misma mirada de siempre; sin embargo, había una gran diferencia, nunca nadie preguntaba por mamá.

—No sabes cuánto lo siento, imagino lo duro que habrá tenido que ser para ti y sobre todo para tu madre. Otra vez lo mismo, tener que recordarlo todo, la pobre Estefanía muerta en la Cueva de las Brujas y ahora esto.

Estefanía… oír su nombre de nuevo de boca de alguien que no fuera su madre le sonó extraño. Hacía tanto tiempo...

—El mismo día, el mismo lugar —siguió lamentándose la mujer—.

De verdad espero que encuentren al desgraciado que ha hecho esto. ¿Cuánto hace desde que murió tu hermana? ¿Treinta años? ¿Más? Y ahora, después de tanto tiempo… otra niña.

No hizo falta preguntarle, el rostro de Águeda reflejaba claramente que no sabía una palabra de aquello. La mujer, al darse cuenta, empezó a explicar:

—Han encontrado otra niña, el mismo día y en el mismo sitio donde encontraron a Estefanía.

Águeda dejó de escuchar las palabras de la mujer. Como si sus pies siguiesen unas órdenes que procedían más allá de su cerebro, salió de allí, ni siquiera las palabras de Enrique lograron pararla. Mamá, tenía que decírselo. Después de tanto tiempo seguiría siendo la hermana de la niña muerta, pero con una gran diferencia. Aquella desgracia que supondría para algunos sería una buena noticia para mamá, y por consiguiente para ella.

Tratándose de un menor los padres tenían que estar delante, fue lo último que le dijeron antes de colgar aquellos policías que ahora estaban en su salón. Temerosa, Irene preguntó si con uno de los dos sería suficiente; afortunadamente la respuesta fue sí. Que su marido estuviese delante hubiera sido una calamidad. Por suerte había conseguido mantenerlo en la floristería alejado de todo aquello y ni se imaginaba lo que estaba ocurriendo un piso más arriba. Un día más le había pedido ocuparse de Christian, y él, a regañadientes, accedió a ser el único que se ocupara de la tienda. Sus quejas eran infundadas, después del uno de noviembre había una sequía de varias semanas. Después de inundar de flores los cementerios la gente solía olvidar que podían utilizarse con otros fines que no fuera la muerte.

Rezaba para que la entrevista, se negaba a llamar interrogatorio a lo que estaban a punto de hacer con Christian, fuera tan breve que no le diera tiempo a subir. No podía imaginar que lo consideraran sospechoso, y para más desgracia, del asesinato de una de sus mejores amigas. Pero la realidad era que dos policías estaban en su casa haciendo preguntas a su hijo sobre la muerte de Esther.

—Necesitamos que nos digas qué ocurrió la noche del 31 de octubre —intervino Jessi ante la pasividad del muchacho—. Pero tienes que contarnos la verdad.

El chico miró hacia un lado haciendo memoria y repitió lo mismo:

—Fui a los cuentos del abuelo. Dimos, como todos los años, el paseo por el pueblo; luego vinieron las historias; cuando acabaron, vine a casa.

Albert y Jessi se miraron invitando al otro a tomar las riendas de la entrevista; al final fue Jess la que siguió con la conversación.

—Sabemos que eso no es verdad, no fuisteis a los cuentos. Ninguno de los tres apareció por allí. Tu amigo ha confesado que pasasteis la noche en la Cueva de las Brujas y también lo que fuisteis a hacer allí.

—Pau no es amigo mío, solo lo aguantaba porque por alguna extraña razón ella le tenía aprecio. En lo que a mí se refiere, ya no existe —proclamó ignorando la pregunta.

—Christian, tienes que contarnos la verdad, será la única manera de encontrar al culpable del asesinato de Esther. Estoy segura de que tu madre también prefiere que digas dónde estuviste.

—Lo que tengas que decir quedará entre nosotros, Christian. Papá no tiene por qué enterarse —dijo la mujer mirando nerviosa el reloj de pared.

—Está bien —confesó Christian al fin—. Fuimos a la Cueva de las Brujas

Su madre lo miró sin saber qué decir, pero preguntar solo alargaría más aquello y solo faltaba una hora para que su marido subiese a almorzar.

—Las historias del abuelo eran demasiado infantiles y decidimos que sería más interesante pasar la noche nosotros solos.

—¿Fue alguien más con vosotros? —continuó Jessica que empezaba a ver la verdad en las palabras del chico.

—No, solo nosotros. Contamos a nuestras madres que dormiríamos cada uno en casa del otro. Cogimos algo de comida de casa y cenamos allí. —Albert lo miró de reojo, él no describiría precisamente como comida lo que encontraron en el suelo, pero para unos chicos de catorce años sería todo un manjar—. Estuvimos de broma y luego...

El chico calló de nuevo, debatiéndose entre seguir o guardar silencio. Lanzó una rápida mirada a su madre y después a Jessica, esta supuso el motivo.

—Como ha dicho tu madre, lo que digas quedará entre nosotros.

Irene mantenía las manos ocultas debajo del mantel sin dejar de mirar el reloj que cada vez se acercaba más raudo a la hora del almuerzo, y por consiguiente a la aparición de su marido.

—Nos tomamos unas cosas… eran setas, setas alucinógenas.

La madre se apretó con fuerza la cinta roja que llevaba atada a su muñeca.

—¿Quién las consiguió? —preguntó Jessi en un intento de comprobar que las dos versiones coincidían.

—Eso no tiene importancia, los tres estuvimos de acuerdo en tomar aquello.

—Fue Esther, ¿no es cierto? —preguntó Albert.

—¿Les ha dicho eso Pau? Es más cretino de lo que pensaba. Los tres estuvimos de acuerdo, así que no tiene ninguna importancia que fuera ella, podíamos haber sido cualquiera de nosotros.

—¿Qué hicisteis después de tomarlas? —continuó Albert decidido a seguir con preguntas rápidas y concisas para no darle tiempo a pensar la respuesta.

—No sé si han tomado alguna vez, pero te hace ver cosas que de normal no ves. Al cretino fue al que más rápido le subió, de repente se fue persiguiendo algo. Ella se quedó allí plantada, pensé que, como en mi caso, no había empezado su viaje, pero de repente empezó a ver luces que manejaba con un botón que solo ella veía.

—¿Y tú qué hiciste?

—A mí tardó más en subirme, pero cuando lo hizo fue como entrar en una pesadilla. Solo podía correr y escapar de aquello. Como pude vine a casa y me quedé durmiendo en la trastienda, no quería que mis padres me vieran así.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé, perdí la noción del tiempo.

— ¿Viste a alguien?

El chico no pudo evitar una sonrisa. A pesar de la situación, aquella pregunta parecía hasta cómica.

—Vi demasiadas cosas, pero supongo que ninguna sería real.

—Christian, lo que voy a preguntarte puede sonar ridículo, pero no lo es —participó Jessica—. ¿Alguna de esas apariciones que viste iba en dirección a la cueva?

—No, que yo recuerde, todas me perseguían.

—¿Y entre esas apariciones había alguna bruja?

Irene estaba tan metida en la conversación que no reparó en el sonido de alguien subiendo por las escaleras, ni siquiera en los gritos llamándola. Cuando quiso darse cuenta, su marido entraba por la puerta del comedor.

—¡Irene! Es Ernestina, ¿puedes encargarte tú? —Si el corcho de la lápida era estrafalario, lo que quería para después no tenía ni pies ni cabeza. Pero lo que se encontró en su salón tampoco lo tenía—. ¿Se puede saber qué hace aquí? —preguntó al reconocer a Albert. Aunque la pregunta iba más bien dirigida a su mujer que se había quedado muda.

—Tenemos que hacerle unas preguntas a su hijo —explicó Jessica intuyendo que con la aparición del padre la confesión que pudiera hacer el chico había llegado a su fin.

—¿Y para qué te necesitan a ti? —Su hijo, sin prestarle atención, miró hacia el lado contrario— ¿Es por lo de Esther? ¿Qué tienes tú que ver con eso? —masculló desconcertado yendo hacia el sofá.

—Iñaki por favor, siéntate —dijo la mujer recuperando el habla—. Solo quieren hablar con él.

—Necesitamos que nos digas si entre las alucinaciones viste a alguien disfrazado de bruja —siguió Albert ignorando al padre.

—¿Cómo que alucinaciones? —gritó el hombre con furia; pero su hijo, ajeno a los gritos, se levantó dispuesto a irse—. ¿Qué tomasteis? —preguntó este exaltado.

—No y no hay más que pueda decirles, ¿puedo irme ya? —Albert asintió dándole permiso.

—Iñaki, son cosa de niños —intentó calmarlo su mujer—. No son drogas, son setas, algo inofensivo.

El hombre miró a la mujer casi sin parpadear. Albert se dio cuenta de que ya no quedaba nada de aquel hombre que, nervioso estrujaba la gorra con ambas manos. Ahora con terror en los ojos observaba cómo su hijo salía de la habitación.

Decir que Ernesto Salcedo era un hombre atractivo sería quedarse corto. Su pelo moteado de canas maduraba un rostro de grandes ojos azules, nariz de puente bajo y labios carnosos ocultos en una barba recortada. El padre de Patricia era de las personas más altas ella que conocía. Con sus tacones de diez centímetros apenas llegaba a su altura. Su cuerpo tampoco era el de una persona a punto de jubilarse, habitual de los maratones y de la comida saludable, la grasa nunca había tenido cabida en él.

Patricia tuvo que lidiar durante todo el tiempo en que trabajaron en Madrid con las miradas que una gran cantidad de mujeres le lanzaban; algunas de ellas solo contaban con algunos años más que ella. Pero la edad no importaba, todas miraban con fascinación a aquel policía con aire de estrella de cine de la década dorada. No quiso enterarse, pero supo que muchas de ellas fueron correspondidas. Su padre siempre tuvo la precaución de no llevar a nadie a casa, lo

cual hubiera supuesto una ventaja, de no ser porque Poli, como un perro guardián, controlaba sus salidas y llegadas incluso más que su padre. Supuso un verdadero quebradero de cabeza poder tener momentos íntimos con Stephen en aquella época, pero también una emoción constante por el miedo a ser descubiertos. Su padre nunca llegó a enterarse de su affaire, y con el tiempo lo sustituyó por otros habituales de Leganés. Stephen se convirtió en un seguidor fanático de su padre y sus encuentros, que antes suponían un extra de morbo, se volvieron en un soliloquio sobre las cualidades de Ernesto Salcedo, y era lo último que quería escuchar antes de meterse en la cama con él. El comisario Ernesto Salcedo, agraciado con el mérito al trabajo, el policía más joven en ser nombrado comisario; pero para ella, era simplemente papá.

—¿Se puede? —dijo asomando su larga cabellera a través de la puerta.

—¡Patricia! —Ernesto se levantó con gran agilidad del sillón de cuero y en tres zancadas llegó hasta la puerta donde la aprisionó entre los brazos—. ¿Qué haces aquí? ¿Y los niños? ¿Han venido contigo? —Miró detrás de la puerta, pero las expectativas de ver a sus nietos se esfumaron al ver que solo su secretaria con rostro impasible seguía tecleando en el ordenador.

—Están bien, Harvey entrando demasiado deprisa en la preadolescencia y Pablo, como siempre, encantado con todo. —No habló de Mike. Cuando no hubiese más remedio le contaría la verdad.

—La próxima vez te los traes que tengo ganas de ver a esos hombrecitos. Pero pasa. —Sonrió y sus dientes brillaron con reflejos. Patricia pudo comprobar que el blanqueamiento al que exponía a sus dientes habitualmente estaba siendo demasiado efectivo.

—Ellos también tienen ganas de verte. —Para Harvey su abuelo era una especie de héroe y para Pablo algo así como un sheriff que se dedicaba a imponer la ley en las grandes ciudades.

Entraron juntos a la oficina, que era varias veces el tamaño de la de Patricia. Como la de ella, destacaba por su pulcritud, la única diferencia era el cuadro colgado en la pared del fondo. Si los de Patricia destacaban por las líneas y los colores, en el de su padre los bodegones y los retratos eran los predilectos.

—Tengo muchas ganas de ver a esos chiquillos. Este mes, entre trabajo y conferencias no he tenido ni un momento libre. Pero prometo ir en breve, ¿cuánto hace que no nos vemos? ¿Dos meses? —Se sentó de nuevo en el sillón.

—Más o menos —contestó Patricia todavía de pie. Hacía más de cuatro meses, pero el concepto tiempo de su padre era así. Los días pasaban como horas y los meses como semanas.

—Pues de este mes no pasa, en unas semanas tendré vacaciones. He

reservado unos días para Frankfurt, hace años que no visito la ciudad, y además es de los pocos maratones que me quedaban por hacer. Después tendré un par de días libres para haceros una visita. Sí —dijo convenciéndose de la idea—. Hoy mismo reservaré plaza en el Rodat, será un buen sitio donde recuperar las fuerzas perdidas tras la carrera.

Patricia asintió, las veces que iba de visita, su padre nunca se alojaba en su casa. Aunque siempre utilizaba la primera persona del singular, sus planes casi siempre implicaban a alguien más, Marisa. Sus vidas hacía años que circulaban paralelas, pero se negaba a introducirla de manera oficial en la familia. Después de tanto tiempo seguía siendo solamente una amiga de papá. No es que a Patricia le importase que su padre hubiera encontrado otra compañera de vida. Siempre vio a sus padres como dos seres independientes y más aún cuando firmaron la sentencia de divorcio. Es más, Marisa era una mujer encantadora, solo habían coincidido en un par de ocasiones y de forma totalmente casual, pero le pareció una mujer muy válida para su padre. Algo le decía que esa negativa a corresponderla con un apelativo oficial se debía a tener la opción de seguir abierto en el mercado.

—Solo déjame que confirme que dispongo de esos días y bloqueas ese fin de semana para tu viejo padre. ¿Quién sabe? Quizás me jubilen antes de tiempo y pueda estar más tiempo con vosotros. Siempre he envidiado a esos turistas que disfrutan de su jubilación tomándose un vino a las once de la mañana en una terraza a pie de playa. Supongo que te habrás enterado de las destituciones que están habiendo.

—Sí, algo he oído. —Con cada cambio de gobierno sucedía lo mismo. Pero esta vez las cosas se habían precipitado. Apenas habían empezado su andadura en el gobierno y ya estaban dejando ver por dónde irían las cosas.

—Los que están intentando meter, solo te diré que los títulos no hacen a alguien bueno en su profesión. No se puede cambiar el sistema de un día para otro. Sabes que siempre me he mantenido al margen, pero mucho me temo que no están empezando con buen pie.

Esa era una de las razones por las que su padre había conservado su cargo sin importar el color político del partido que liderara el país. No solo había demostrado estar a la altura en situaciones que mantuvieron al país en vilo, sino que nunca expresó simpatía por una u otra formación. Aunque con las ideas de la nueva formación que había irrumpido con fuerza sería difícil guardar silencio.

—Supongo que no habrás venido para oír a tu padre hablar de política, ven siéntate.

—Necesito que me hagas un favor. —Le salió un tono más formal del que pretendía. Pero en realidad su padre era un superior.

Ernesto la miró en tono indagador. Aquella era la segunda vez que

Patricia le pedía su ayuda. La primera fue Jávea. En un principio se opuso, su hija tenía un futuro prometedor en el cuerpo solo si se quedaba en Valencia, pero la conocía, cuando tomaba una decisión no había vuelta atrás. La barriga de siete meses de su hija acabó por ablandarlo y tramitó el cambio. Patricia quería ser madre antes que policía y tenía que respetarlo. De aquello ya hacía mucho tiempo. Algo se iluminó dentro de él, los niños eran mayores, quizás el favor tenía algo que ver con trabajar de nuevo con él.

—¿Quieres volver? —Llegaba en el momento justo. Sería perfecta para uno de los puestos cuya cabeza iba a rodar en breve y de ahí no sería difícil llegar al sitio que tenía pensado para ella.

—Necesito más personal. —Vio como el brillo de su padre se esfumaba de repente—. Ha aparecido el cuerpo de una chica, solo tenía catorce años, y no tengo personal suficiente.

—Veré que puedo hacer —dijo sin ocultar su desilusión—. Déjame que lo consulte. Quizás en un par de semanas pueda asignarte a otro agente.

—No tengo tanto tiempo, papá. Lo necesito para mañana. —Cuando le pidió volver a Jávea, cinco días fue lo que tardó en empaquetar, pero lo que le pedía ahora no podía demorarse tanto.

—No es tan fácil, Patricia, tendremos que cambiar a alguien de destino y por ley hemos de avisar con treinta días de antelación, puedo hacer que sea menos, pero menos de diez imposible.

Lo miró decepcionada, aunque sabía que tenía razón, por mucho cargo que ostentase, aquello era imposible. Aunque quizás hubiera otra posibilidad...

—Papá, ¿sería posible que algún administrativo desde su puesto se ocupara de parte de mi trabajo? De los asuntos burocráticos, notas de prensa… Yo asumiría la mayor parte, pero así tendría tiempo para otras funciones.

—Supongo que eso podemos arreglarlo sin problema. Hoy mismo lo intentaré solucionar. ¿Puedo preguntarte qué otras funciones quieres desempeñar?

—Trabajo de campo —contestó resuelta. No sabía por qué, pero aquel caso la estaba llamando a gritos. Además, había algo en la negativa del padre en dejarles el ordenador que chirriaba, y quería ver en primera persona de qué se trataba.

Las esperanzas de Ernesto se esfumaron tan pronto aparecieron. Su hija no solo volvía a perder la oportunidad de grandes aspiraciones, sino que iba a volver donde empezó.

Su segunda inclusión en la cocina fue casi tan exitosa como la primera. Pero en aquella ocasión se jugó todo a una carta. Las entrevistas con los chicos solo le dejaron un breve margen de tiempo para cocinar. Jessi dudaba de que alguna vez se cansara de la vida de policía, pero era bueno saber que la repostería estaba esperándola en caso de necesidad. Limpió como pudo el caos que había formado, el reloj siempre jugaba en su contra, ¡si el día pudiera tener al menos dos horas más! Aitor acabaría de ordenarlo, le dejó una nota de agradecimiento y el dinero de la semana con algo de propina. Las amigas que lo compartían en la limpieza del hogar lo llamaban don limpio, pero no por su frente despejada, sino por la pulcritud con la que dejaba la casa tras él. Se duchó en dos minutos por la falta de tiempo y porque el calentador había decidido, como su teléfono, dejar de funcionar. Con la tarta protegida dentro del molde puso rumbo a casa de Toni, que la recibió en batín, el pelo arremolinado y una larga barba blanca muy descuidada que ocultaba su rostro.

—¿Estás bien? Pareces… —Un papá Noel ojeroso fue lo primero que le vino a la mente.

—Sí, el frío no es bueno para mis huesos, reuma heredado… —dijo ahuecando la cadera.

Desde la última vez las ojeras habían ido ganando terreno. La barba le impedía ver la totalidad de su tez, pero el color era demasiado blanquecino. Le aseguró que estaba recuperado, que el cáncer había dejado de habitar su cuerpo, pero no podía saberlo con certeza.

—Podemos ir al médico si quieres, puedo acompañarte. Si se trata de algo más… —se brindó esperando no importunarlo.

—Te lo agradezco, pero no. De verdad, no te preocupes —dijo restándole importancia—. Estoy bien, es solo que mi cuerpo va con el tiempo, cuando salga el sol empezaré a relucir, ya verás.

Cerró la puerta y atravesaron el pasillo hasta la cocina. El olor seguía siendo muy fuerte. Había ciertos detalles que resonaban a hombre soltero mayor. Y por encima de todo, aquel olor tan característico de sudor y Brummel. Jessi, plantada, miraba con disimulo a su alrededor. Los cazos se apilaban en el fregadero con la grasa adherida y en el banco había migas de pan esparcidas por doquier.

—¿Qué es eso que llevas en la mano? —preguntó Toni poniendo la cafetera en el fuego. Jessi tenía costumbre de llevar a comisaría dulces para todos, pero aquello venía en un envoltorio diferente al habitual.

—¡Casi lo olvido! —Sus ojos decidieron pasar por alto aquella suciedad y se centraron en poner al descubierto su segundo pastel, que encima de la mesa parecía majestuoso—. Es para ti. Antes de que preguntes, te diré que sí, por difícil que resulte de creer, lo he hecho yo. —Esbozó la misma sonrisa de satisfacción que con la primera elaboración, solo esperaba que el recibimiento no fuera el mismo.

—Jessi, ¿tú cocinera? ¡Pero bueno! —Su mirada corría de la tarta a su compañera y viceversa—. Huele de maravilla y tiene muy buen aspecto.

Sacó las tazas cargadas de café y lo necesario para el tentempié, y lo dispuso sobre la mesa. Jessi con disimulo limpió su cucharilla con una servilleta .

—Fue una suerte que cogiera el teléfono —dijo Jessi sirviéndole un trozo—. Nunca descuelgo llamadas de números que no conozco.

Le enseñó el Nokia prestado de su padre. Un teléfono a prueba de bomba, con batería ilimitada, irrompible y con el juego adictivo de la serpiente al que diariamente daba uso. Ya no se hacían teléfonos como aquellos.

—Cortesía de mi padre hasta que reparen el mío. Te diré que se vive muy tranquila sin el pitido constante de los mensajes instantáneos.

—Lo sé. Mi nuevo teléfono solo tiene una opción y tres números en sus contactos.

Jessi se preguntó quién serían los otros dos, pero no preguntó, le bastaba con saber que el suyo era uno de ellos.

—Ya han sido demasiados años pendiente del teléfono yendo de un sitio para otro —continuó Toni—. Quiero tomarme el tiempo que me queda con tranquilidad.

—¿Está… todo bien…? —Notó un nudo en la garganta. Al entrar había visto en la mesa del recibidor, apilado con otros papeles, un sobre con el logotipo del hospital.

—Todo en su sitio. —La tranquilizó—. Eso sí, me han recomendado vida sosegada y tranquilidad. Aunque creo que me lo estoy tomando demasiado al pie de la letra. —Pasó los dedos entre sus blancos cabellos intentando desenredarlos—. No me haría daño una visita a la peluquería.

—¿Quieres que te lo corte yo? —dijo dispuesta a ser partícipe del cambio.

—¿No me digas que aparte de cocinera también eres peluquera?

Jessi asintió, aquella afición le venía de lejos. Primero cortando el pelo a sus muñecas, y por ende a las de su hermana; luego cortando mechones al azar a compañeras del colegio y, por último, a su padre, hasta que la improvisada peluquería fue descubierta por su madre.

—Dame una maquinilla y unas tijeras y verás de lo que soy capaz.

Agradeció que fuera Toni el encargado de ir a buscarlo. Si la entrada y la cocina estaban así, no quería ni imaginar en qué estado estaría el cuarto de baño. Cuando tuvo todo lo necesario, empezó.

—¿Y cómo va el trabajo? —preguntó Toni por encima del chirrido de la maquinilla.

Jessi sonrió, no habían pasado ni treinta minutos para que le sacara el tema.

—¿No habías dicho que solo calma y tranquilidad?

—Bueno, por escucharlo supongo que no pasará nada.

—Pues… —Había tanto que contar que no sabía por dónde empezar—. Tenemos una nueva compañera en el terreno. La conoces, Patricia ha cambiado el despacho por la calle. —No le hacía falta verle la cara para saber cuál había sido su reacción—. Créeme, es necesario. Tenemos un caso complicado, otra vez en Benitatxell. —Sintió que el vello de Toni se erizaba en su nuca—. Hemos encontrado el cuerpo de una niña. Alguien la mató la víspera de Todos los Santos.

El movimiento fue tan rápido que Jessi se quedó con la maquinilla temblándole en la mano, Toni no se había dado cuenta, pero a punto estuvo de perder la oreja izquierda. Con el torso completamente girado la miraba con ojos inquietos.

—¿Encontrasteis algo alrededor del cuerpo? —preguntó Toni nervioso ante la incredulidad de Jessi.

—Sí, ¿cómo lo sabes? Había decenas de cruces de mimbre.

—No hace falta que te pregunte donde la encontrasteis. Fue en una cueva, ¿verdad?

Jessi ni se movió, parecía que su cuerpo hubiese entrado en un estado previo a la criogenización. Toni arrancó la maquinilla de la mano de Jessi que parecía formar parte de ella.

—Será mejor que te sientes.

Esta, en completo silencio, siguió su consejo.

—Hace treinta años una niña fue encontrada en una cueva con el cuerpo rodeado de cruces de mimbre. Yo no fui el encargado de la investigación, el caso lo llevó un compañero, Andreu Espinosa. Él nos informaba a hurtadillas constantemente. En aquel entonces el jefe de la comisaría era Amancio Ortiz, un hombre déspota que entendía el trabajo en la policía como compartimentos estancos. Un caso, una persona, era su lema. Puedes imaginarte lo que era trabajar así. El tema es que el patrón se repite. Una niña asesinada el mismo día, en el mismo sitio, con treinta años de diferencia.

—¿Cómo puede ser que nadie lo haya mencionado? —preguntó Jessi ofuscada. En aquel momento Amancio Ortiz y sus métodos de

trabajo eran lo de menos—. Por dios, estamos hablando del asesinato de una niña.

—Ya sabes que la gente del pueblo no es muy dada a compartir información con extraños, pero Andreu Espinosa hizo un gran trabajo, estará todo en el informe.

—¿Conservas su contacto? ¿Podríamos hablar con él? —preguntó Jessi intentando sosegarse.

—Me temo que es imposible, murió hace años. Pero Andreu era una gran profesional, estoy seguro de que en el informe encontrareis hasta el último detalle. Estará en los archivos.

—¿En Jávea? —preguntó Jessi, sorprendida por la posibilidad de haber tenido aquella información tan cerca sin saberlo.

—No, en aquel entonces todo estaba centralizado. Estará en Denia, supongo que en cajas con montones de polvo. Allí encontraréis todo lo necesario. No creo que haya más en esas fechas, no os será difícil de encontrar. Lo llamamos El caso de la bruja.

Ningún otro nombre hubiera causado el mismo efecto que causó en Jessi.

—La cueva donde encontrasteis el cadáver es conocida por los pobleros como la Cueva de las Brujas. Al no poder dar con los asesinos, desde entonces, los vecinos cuentan que fue una bruja quien se llevó a la niña. Y ahora al parecer ha vuelto a por más.

Había dormido toda la noche, tomó varios calmantes que la llevaron a un mundo de sueños donde su pequeña estaba viva y tocaba para ella. Pero con el despertar siguió la realidad, una realidad para la que no estaba preparada. Cuando despertó, su marido no estaba. Oyó el chirriante ruido de la radial, que siempre le había parecido molesto, pero que ahora, sin embargo, parecía música celestial, pues llenaba el silencio que a partir de ahora reinaría en aquella casa. Cuando el sonido cesó, la realidad asfixiante volvió a manifestarse y con ella los nervios que le impedían respirar. Notó el corazón desbocado en el pecho, lanzó grandes bocanadas, pero el aire no encontraba su camino. Empezó a notar cómo la falta de respiración empezaba a hacer mella en su cerebro. La angustia por no poder respirar se tornó en calma, quizás aquella era la manera de llegar hasta su hija. Despacio se tumbó en el suelo como un pez fuera del agua, pero no

estuvo así mucho tiempo. Unas figuras tomaron forma cerca de ella. Para su desgracia no venían a llevársela. Cuando pudo abrir los ojos vio a su marido con el hombre que le insufló vida a sus pulmones y le invitó a desdibujar su realidad de nuevo a base de pastillas. En silencio se las tomó, la hora del reencuentro no había llegado.

6

Estefanía 1990

La bruja ha conseguido lo que buscaba. No tenía que ser así, pero algo se torció en el camino y ahora me precipito sin remedio hacia el abismo. Noto el golpe que hace levantar mi cabeza varios palmos del suelo, y un dolor insoportable surge de pronto. No pasa mucho tiempo hasta que empiezo a notar la humedad de la sangre, de mi sangre, recorriendo mi espalda. Abro los ojos dispuesta a encontrarme con lo que viene después de la vida, pero lo que veo es una mano en lo alto de la cueva que me ha hecho precipitarme a mi prematura muerte; y gritos, gritos inundando la cueva. He ido hasta su guarida a morir, y lo peor de todo es que yo he elegido el lugar.

Ahora que no funcionaba, y hasta que el casero diera el visto bueno, el calentador había escalado puestos por delante del teléfono en su lista de necesidades. Se levantó temprano. Si el día anterior el sol cobró mucha presencia, las nubes que desde primera hora de la mañana cubrían el cielo presagiaban una jornada de frío intenso. Calentó varios cazos de agua con la intención de darse un baño a la antigua usanza, pero apenas le sirvió para remojarse el cuerpo. Se peinó una coleta alta para disimular la grasa que empezaba a aparecer en su pelo y puso rumbo a la comisaría. Como imaginaba, el testimonio de los chicos pasó a un segundo plano; incluso el hecho de que pronto serían cuatro para investigar no tuvo mayor relevancia en sus compañeros en cuanto estos escucharon lo que tenía que decirles.

—Habrá que buscar en los archivos —terminó Jessi tras explicar su encuentro con Toni.

—Será mejor que vaya a Denia cuanto antes —señaló Patricia.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Poli haciendo un amago de levantarse.

—No, quédate. Tendré que poner al día a la persona que asumirá parte de mi trabajo. Es de la comisaría de Denia. —Su padre solo necesitó unas horas para atender su petición—. En unos días se incorporará, pero se ha comprometido de momento a llevar algunas tareas desde allí. Me ocupará bastante tiempo y es mejor que alguien

se quede en la comisaría.

Poli se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Hasta que tengamos el informe de aquel caso y los resultados de la científica, sería conveniente hacer una visita a su instituto y hablar con sus profesores. Tal vez haya algo interesante —indicó Patricia poniéndose su abrigo.

Todos asintieron sin excepción. Antes de salir les encomendó otra misión:

—En el laboratorio van más lentos de lo normal. Estaría bien adelantarse y comprobar la variedad exacta de las setas que consumieron. Teniendo las fotos no será difícil averiguarlo. —Dicho esto, salió ligera de la comisaría.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Te quedas tú investigando lo de las setas y vamos nosotros al instituto? —preguntó Albert dando por supuesto que Poli aceptaría el plan. En cuanto Patricia desapareció de su campo visual, se restregó en la silla con los brazos detrás de la nuca, sin intención de moverse.

—Sí, es lo que estaba pensando. Además, es conveniente que alguien se quede en la oficina. Ya sabéis, por si sale algo urgente. —Lo cierto era que tendría la mañana libre. Lo aprovecharía para hacer algo de ejercicio, un corto paseo hasta la playa bastaría. Aunque todavía no lo sabían, eran ellos los que se iban a encargar de investigar lo de las setas.

—Llámanos si hay algo demasiado grave de lo que no puedas ocuparte tú solo —dijo Albert subrayando la palabra grave por encima de las demás— ¡Ah! Y comprueba que el teléfono funciona —añadió recordando el mensaje de voz de la madre del chico—. Ayer por lo visto intentaron comunicar con nosotros y fue imposible.

—Estos chismes modernos a veces fallan. Pero descuida, lo tengo todo bajo control. —Sin ni siquiera disimular, cerró los ojos y estiró las piernas sobre la mesa. Antes del ejercicio había que descansar.

El día anterior lo esperó en la valla de entrada junto a las grandes letras “CEIP SANTA MARÍA MAGDALENA”, y también el día de antes, pero no apareció. Julen aguardó hasta que sonaron los primeros acordes de la sirena para coger la mochila del suelo y salir corriendo a la fila. A pesar de ser la más alejada de la puerta de entrada al

edificio, su profesor siempre era el primero en entrar a clase. Todo aquel que llegase, aunque fuera un minuto tarde, debía recuperarlo en tiempo de patio. Jack odiaba perderse el recreo y siempre llegaba de los primeros, pero como en los días anteriores, no había rastro de su amigo.

Posiblemente estaría recuperándose del susto de las historias. Si con los cuentos del abuelo pasó miedo fue una verdadera suerte que no hubiera ido a la cueva con ellos. Él, como Victoria, también sintió miedo, esa era la verdad, pero su amiga estaba paralizada y él no tuvo más remedio que ser el valiente. Su madre le contó que la niña que dormía en la cueva era Esther y que era posible que no despertara, ¡qué dormilona podía ser la gente! Su hermano también dormía mucho desde entonces. Llevaba dos días encerrado en su cuarto sin apenas comer. Mamá necesitaba estar con él para despertarlo, no fuera a pasarle como a Esther.

Una vez dentro de clase, sin apenas parpadear fijó la mirada en la puerta. Su madre siempre decía que si se deseaba algo con mucha fuerza acababa pasando. Oyó pasos en el pasillo, alguien se acercaba, quizás su deseo estaba funcionando… pero la que apareció en lugar de su amigo fue Lourdes, la jefa de estudios, con rostro risueño. Avanzó por el pasillo saludando a los niños de la clase con alegría y le entregó a su profesor una de las muchas hojas que llevaba en la mano.

—La lista —dijo con su dulce voz.

—Gracias —contestó el profesor. Se ajustó las gafas y empezó a leer la nueva lista en voz alta sin perder más tiempo. La jefa de estudios desapareció, todavía le quedaban algunas hojas por entregar.

—Mireia Acamer Bolufer.

—Presente. —Se escuchó una vocecita en las primeras filas.

—Josep Aliaga Cruanyes.

—Aquí —dijo un chico desganado pegado casi en la pared del fondo.

—Josep, ya sabes que tienes que decir presente.

—Presente —repitió con la misma desidia.

Su profesor inclinó la cabeza en señal de descontento. Josep había llegado a su clase procedente del curso superior sin normas, sin hábitos de trabajo, como una fierecilla encerrada en cuatro paredes... “Poco a poco”; se dijo; apenas llevaban dos meses de clase, un mes más y lo encauzaría por completo.

—Disculpe, profesor —intervino Julen desconcertado—. Debe haber un error, se ha saltado usted a Jack. Jack Adkins va delante de Josep.

—Me temo que no es un error Julen —explicó el profesor—. Ayer por la tarde llamó el padre de Jack, ya no vendrá a esta escuela. Sus

padres lo van a matricular en el Lady Elizabeth. Lo que ha traído la jefa de estudios es el nuevo listado actualizado.

Julen empezó a mover las piernas angustiado, aquella era la peor noticia que le podían dar. Su mejor amigo, su compañero de juegos, su medio hermano, se iba sin decirle ni siquiera adiós. Se oyó un grito en la clase, era de Victoria, que a algunas mesas de él se llevaba las manos a la boca.

—Tranquila, Victoria, no es el final del mundo. —Le animó su profesor.

La fluctuación de alumnos en aquella escuela era una constante. Estaban más que acostumbrados a aquellos cambios. No era nada raro que los alumnos extranjeros volvieran a su país de origen o al sistema inglés. Aunque a decir verdad el caso de Jack era diferente. Lo solía ver jugar con los niños del pueblo por la calle, era el único de su condición que se negaba a hablar en inglés, y dominaba a la perfección las dos lenguas oficiales.

—Susana Álvarez Cardona —siguió enumerando. Iban muy rezagados en las materias y no había tiempo que perder.

Tras anotar las faltas de los ausentes y mientras el delegado escribía subido a una silla la fecha del día, el profesor se puso sin demora a corregir los ejercicios del día anterior. Julen, aunque ponía toda su atención para entender las soluciones, no lograba concentrarse. El maestro le llamó la atención varias veces, primero por no seguir la lectura y después por no responder a una sencilla respuesta. En una de esas que su profesor se giró a la pizarra para apuntar más deberes, sintió los dedos de Vanessa, su compañera de la izquierda, golpeando su mano y tendiéndole una nota. Pero la autora era otra; Victoria, desde su sitio al lado de la ventana, le hacía señas con la mano. En silencio había movilizado a media clase para hacérsela llegar. La nota solo llevaba escrito lo siguiente: “Tenemos que hablar, sé lo que pasa. En cuanto salgamos al patio, sígueme”.

Tuvieron que esperar un poco más que el resto de los niños del colegio. Su clase era la primera en entrar y la última en salir. La siguió al salir de clase y subieron juntos las escaleras que conectaban el patio de abajo con el de arriba. Lo llevó hasta la esquina del gimnasio y la puerta de entrada. En el patio de arriba los niños siempre se amontonaban en el campo de fútbol o en los columpios, dejando aquel espacio libre. El maestro más cercano estaba varios metros atendiendo una disputa entre dos niñas que lloraban sin cesar, era imposible que los oyera, y lo que tenía que decirle era mejor que quedase entre ellos.

—Tenemos que ayudar a Jack y sé cómo hacerlo.

—Ya lo has oído, se ha ido. Su padre quería que volviese a ser inglés y lo ha conseguido.

—No —sentenció la niña con firmeza—. Se ha ido porque tiene un

buen motivo, pero podemos hacer que vuelva. ¿Acaso no lo echas de menos?

—A veces… —contestó Julen intentando disimular la congoja en su voz.

Lo echaba de menos a cada rato. Cuando se le ocurría una idea genial sobre qué hacer después del patio, cuando el profesor repetía su coletilla sin darse cuenta, cuando pasaba el balón jugando al fútbol. Él era el único que siempre acertaba en qué dirección iba a lanzarlo.

—Escúchame Julen, la niña que ha muerto…

—La niña estaba durmiendo… —corrigió Julen, mirándola con pavor. No había flores, solo aquellas formas extrañas, no podía estar muerta.

—Eso, la niña que dormía —rectificó Victoria. Si lo quería como aliado, debía tener cuidado. ¿Cómo podía ser tan infantil? Ella lo descubrió enseguida. Estaba muerta, fue tal el susto que perdió el habla. Pero ahora las cosas eran diferentes, ahora sabía quién era el enemigo. Y como en los cuentos, las brujas siempre recibían su merecido, bien fuera quemándolas en un horno o lanzándolas de un precipicio. Los buenos siempre ganaban, y ella pensaba ser uno de ellos—. Una bruja ha dormido a Esther y tenemos que encontrarla para que no duerma a Jack.

—Las brujas no existen, tú misma lo dijiste —contestó este, molesto.

—Pues hay una que sí que existe y quiere hacer dormir a los niños. ¿Recuerdas que Esther llevaba el disfraz de Jack? He estado pensando… ¿y si la bruja en verdad a quien quería dormir era a Jack?

Julen la miró con los ojos muy abiertos, sintió el frío corriendo por su columna, aquello no podía ser cierto. ¿Una bruja iba buscando a Jack?

—Si fuera así, ¿estarías dispuesto a ayudarle? —preguntó la niña interrogándolo con la mirada.

El niño respiró muy hondo intentando sacar todas las fuerzas y la valentía que sabía que en algún lugar encontraría.

—Sí —dijo finalmente—. Si Jack está en peligro, tenemos que ayudarle.

Victoria sonrió satisfecha, empezaba una nueva aventura, la caza de la bruja.

El ego de Albert de normal aumentaba cuando una mujer lo pretendía, pero en aquella ocasión solo tenía ganas de meter la cabeza por dentro del abrigo y hacerse invisible. Aquello no era ni adecuado ni correcto. Mientras Jessica hablaba con la conserje del instituto de Teulada, escandalizado comprobó cómo decenas de adolescentes en corrillos le lanzaban miradas provocativas. Una hasta tuvo la genial idea de que sería más efectivo si se bajaba la cremallera del jersey unos centímetros más. Horrorizado siguió a Jessi cuando emprendió por el pasillo, intentando mantener la vista al frente.

—Ve con cuidado o tendré que arrestarte. —Se mofó Jessica al ver la reacción que provocaba en las chicas—. Intenta aguantar, está cerca, es aquella puerta, la tercera a la izquierda.

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor. —Por alguna razón siempre acababa con alguien más joven que él, pero aquello era simplemente horroroso.

La mujer les estaba esperando con una taza con el dibujo de *le chat noir*. El interior también era de ese color, té negro. Antes de invitarles a sentarse les ofreció esa bebida, pero estos declinaron amablemente. Aquel brebaje era imbebible. Esperarían a la hora del almuerzo para recibir su dosis diaria de café.

—Me llamo Casandra Ibars, soy la tutora de Esther; por favor, tomen asiento. La mujer era menuda y gruesa y tenía un rostro agradable. Llevaba el pelo muy corto de color rojo, y tenía unos expresivos ojos castaños. Aunque era de esas personas que rezumaban bondad, estaban seguros de que no se libraría de la asignación de algún malintencionado mote por parte de los alumnos. Al decir su nombre comprobaron cómo arrastraba ligeramente la erre en las sílabas trabadas; probablemente el apodo tuviera relación con aquel hecho.

—Como sabrá, el cuerpo de Esther fue encontrado hace dos días en Poble Nou. —La mujer asintió visiblemente afectada. Habían declarado dos días de luto en el instituto, y su clase necesitó a tiempo completo la figura del psicólogo para calmar la conmoción—. Nos gustaría que nos hablara de cómo era.

—Pues la verdad es que no hay mucho que decir. Antes de que vinieran he hablado con los compañeros y todos coincidimos en lo mismo. Esther era una adolescente sin ninguna particularidad especial que no fueran las típicas de su edad.

—¿Puede ser más explícita? —Debía tratarse de un defecto personal. Su amiga Vanessa era maestra y daba por supuesto que todo el mundo estaba al corriente de cómo se comportaban los niños a esas edades. De momento y hasta que Lucas fuera creciendo, su único conocimiento era de los cero a los dos años.

—Ya saben. —Un par de ojos abiertos le decían lo contrario—.

Esther se creía más mayor de lo que realmente era, le gustaba ser el centro de atención y como muchas chicas de su edad, le gustaba jugar con esa condición.

—¿Cómo era la relación con sus compañeros? ¿Tenía algún enfrentamiento conocido? —preguntó Albert que imaginó a Esther como una de las chicas del corrillo.

—No creo, en general era una chica aceptada por sus compañeros. Se llevaba bien con todos, aunque pasaba la mayor parte del tiempo con Christian y con Pau. Esperen, no estarán pensando que alguien de mi tutoría tiene algo que ver… —Como todos, había oído las circunstancias en que la encontraron y pondría la mano en el fuego porque ninguno de sus alumnos sería capaz de hacer algo así.

—¿Qué relación tenía con esos chicos? —preguntó Jessi sin responderle.

—Bueno, en el caso de Christian yo diría que era algo más que amistad. En alguna ocasión fueron vistos con gestos, digamos, demasiado efusivos. Aunque en clase siempre se sentaba con Pau; es de los chicos más inteligentes de su clase y alguien a quien siempre viene bien tener cerca. —Tras ver la reacción de estos continuó—. Por eso les decía que sabía utilizar su condición.

—¿Es común que los chicos a esta edad consuman drogas?

—No, al menos nadie de mi tutoría, hemos trabajado mucho en ese tema —contestó la mujer al instante. Era como una gallina dispuesta a mantener a sus polluelos a salvo—. En el resto de las clases me temo que no les puedo ayudar. En ocasiones han aparecido elementos prohibidos, pero no dejan de ser drogas que caben en un cigarrillo, nada de otro tipo de substancias. Pueden preguntar al director del centro, pero estoy segura de que se hubiese corrido la voz de haberse encontrado algo diferente. ¿Necesitan algo más? En diez minutos tengo clase y he de hacer unas fotocopias todavía. —Pensaba hacerlo antes de la visita de los policías, pero encontrar a todos los profesores que daban clase a Esther en un instituto como aquel implicaba recorrer muchos pasillos y subir muchas escaleras.

—De momento eso es todo, le dejamos nuestra tarjeta por si averigua algo que pueda ser de interés.

La mujer la cogió y la guardó en un monedero con símbolos parisinos. La dejaron preparando el material necesario. Al salir casi chocaron con un par de estudiantes que se dirigían hacia allí con unos trabajos en la mano para entregar, como dijeron en voz alta, a *Casantra*. Jessica sonrió, conque aquel era su apodo; había cosas que nunca cambiaban, aunque parecía que las nuevas generaciones habían bajado el tono. En su época dedicaban lindezas mucho más crueles como “el cuervo”, “ojo tuerto” o “el gnomo”. Al subir al coche encendieron sus teléfonos, que habían tenido la precaución de poner

en modo silencio al entrar al instituto. Casi al instante compartieron la misma mirada de extrañeza. En los dos aparecían varias llamadas de Poli. Albert se adelantó en devolver la llamada.

—¡Albert! Menos mal que estoy aquí para atender llamadas urgentes. Si fuera por vosotros… —contestó Poli.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Albert de manera prudente.

—Nada, aquí todo en orden, ¿no ves que estoy yo al mando? Lo tengo todo controlado. Escucha, que antes se me había olvidado deciros... Conozco a la persona idónea para lo de las setas. Tenéis que hablar con Fernández, no encontraréis a nadie igual. Es una eminencia en el campo de la micología. Ya le he llamado para decirle que vais, por suerte está en casa.

—¿Por qué no has ido tú? —preguntó Albert molesto.

—¿Y dejar la oficina sola? Me temo que no, chaval. Alguien tiene que quedarse por si recibimos una llamada de urgencia. Y viendo lo rápido que tardáis en contestar, te diré que tenéis suerte de que esté yo al mando. No está lejos, os viene casi de paso. Fernández vive en El Verger. Te envío un mensaje con la dirección. —Tras estas palabras, colgó.

No sabía exactamente a qué ruta se refería Poli. Él solo cogía el coche cuando era estrictamente necesario, pero de primeras diría que estaban en direcciones opuestas. Jessica se lo confirmó. Tenían que alejarse para tomar la autopista, como mínimo tardarían treinta minutos en llegar. Jessica se apresuró en desconvocar el plan que tenía planeado para la hora de la comida. Había quedado con Maica para tratar de entender el porqué de la mirada de la prometida de su ex, pero tendría que esperar un día más.

Patricia descubrió satisfecha que la persona que pronto asumiría parte de sus tareas no solo era eficiente sino muy eficaz. Con una voz dulce y cálida, Julia, que así se llamaba la chica, le prometió que en cinco días a lo sumo podría terminar con los informes que tenía pendientes y asumir su nuevo puesto en la comisaría de Jávea. Las cosas poco a poco se iban solucionando. Con este nuevo ánimo fue a la oficina de Stephen.

—Mi querido Stephen, ¿cómo va ese resfriado?

—Patricia —dijo este carraspeando para liberar la mucosidad que

se agarraba a la garganta— ¡Qué sorpresa verte!

Patricia se acercó, pero él, distanciándola con el brazo, le tendió la mano en tono formal.

—Disculpa que no te salude como te mereces, pero todavía no estoy recuperado y no quiero contagiarte.

La nariz roja y los ojos vidriosos indicaban que todavía estaba atravesando dicho momento. Con esos síntomas Patricia estaba segura de que había ido al hospital. Pese a su porte seguro y su altanería, Stephen era un hipocondríaco redomado. En el tiempo que estuvieron juntos estuvo dos semanas sin salir por una calentura que le salió en la boca por un estado febril transitorio, pero él en contra de la opinión médica lo achacó a una bacteria que podía extenderse por toda su boca.

—Necesito un favor, Stephen; bueno, en verdad, varios favores —rectificó.

—¿De qué se trata? —dijo con la voz encharcada.

—La autopsia, la necesito cuanto antes.

—Imposible, Patricia. —Un estornudo le impidió continuar—. No es el único caso que llevamos entre manos. Y hemos recibido órdenes de arriba de ser muy escrupulosos con los tiempos. Creo que ya nos hemos portado bastante bien al cederte a Julia. —No podía haber sido de otro modo, lo habían solicitado desde la misma jefatura en Valencia. Suerte que Julia se presentó voluntaria enseguida y hasta se prestó a trasladarse de oficina—. Lo siento, pero lo que me pides no puedo hacerlo. Ahora mismo estamos todos bajo lupa. Tú también deberías ir con cuidado.

Patricia desoyó el comentario, eran los mismos perros con diferentes cadenas. Aquello era la novedad del principio, en un par de semanas habría pasado.

—Al menos acelera el análisis de las pertenencias, los padres nos han confirmado que el disfraz no era de la niña. Así podremos abrir una nueva vía.

Stephen asintió, aquello no tardaría tanto como la autopsia completa. Eso podía ofrecérselo.

—También necesito revisar uno de los informes de un caso antiguo.

—¿Y has venido para eso? —empezó una carcajada que se vio interrumpida por un ataque de tos repentino—. No tenías que haberte molestado, todos los informes antiguos están digitalizados. Eficiencia y eficacia, las dos palabras que indican un trabajo...

Patricia dejó de escuchar, se sabía de memoria el referido. Pero a Stephen le faltaba añadir algo a esa premisa, eficacia, eficiencia y personal disponible

—Necesito todo lo referente a un asesinato que tuvo lugar en El

Poble Nou de Benitatxell en el año ochenta y nueve.

—Te buscaré a la persona idónea. —Apretó el interfono y comunicó a la secretaria el nombre de la persona en cuestión.

El chico que entró, al igual que Stephen, no atravesaba por su mejor momento de salud. La nariz era una corriente de agua que interrumpía con un pañuelo demasiado empapado y los ojos, al igual que los de Stephen, estaban cubiertos por una telilla acuosa.

—Este es Gonzalo, nuestro informático —dijo manteniendo las distancias—. Es la persona encargada de la digitalización de todos los documentos. La comisaria de Jávea necesita unos informes, ayúdala en todo lo que te pida.

Gonzalo, con sus gafas de pasta negras, su jersey con de dos WC luchando y sus pantalones insípidos, rezumaba informático por todos los lados.

—¿Qué necesitas? —dijo el chico en tono amable. Al sonreír, sus ojos se cerraron hasta casi desaparecer.

—Se trata de un caso del año ochenta y nueve, que tuvo lugar en El Poble Nou de Benitatxell, el día treinta y uno de octubre. Por lo que hemos podido saber lo llamaron "El caso de la bruja".

—¿Del ochenta y nueve? —dijo el chico abriendo lo máximo posible las dos líneas que tenía por ojos—. Los archivos están digitalizados desde el año noventa y tres. Me temo que en ese caso tendremos que pasar al método manual. Si quieres puedo acompañarte a buscarlo. —Se ofreció el chico en el mismo tono cordial.

Patricia no pudo evitar echar una mirada escéptica a Stephen. Al parecer necesitaban más personal después de todo.

—Eso habrá que solucionarlo. De momento acompáñala a los archivos, y recuerda, todo lo que te pida.

El chico, haciendo uso una vez más del pañuelo, salió detrás de Patricia. Notaba las piernas entumecidas, después de tantas horas delante del ordenador, un poco de cambio de aires le vendría bien. Aunque con el resfriado, la humedad del sótano no sería demasiado buena para sus pulmones. Cogió su abrigo y aconsejó a la mujer que hiciera lo mismo.

Tomaron el ascensor que llevaba hasta el sótano, y tras una gran puerta acorazada llegaron a una sala concurrida por estanterías que formaban pasillos rectos de punta a punta. Patricia se abrochó el abrigo hasta el último botón; el sistema de ventilación resonaba por todos los rincones del sótano. El frío era palpable. Acompañó al chico hasta el tercer pasillo, donde vieron varias cajas con el número ochenta y nueve rotulado. Abrieron la primera de ellas, y comprobaron con desesperanza que los casos se amontonaban sin seguir ningún tipo de orden.

—Tendremos que ir una por una. ¿Quieres que lo examinemos aquí o prefieres verlo arriba? —El chico acompañó la pregunta señalizando con el dedo hacia la planta superior indicando su preferencia.

—Creo que arriba estaremos más cómodos —contestó Patricia. Ese fin de semana tenía a los niños y no quería pasarlo en la cama con los mismos síntomas. Antes de salir, una idea le iluminó—. Por cierto, ¿has descubierto algo de nuestro caso en el ordenador o en el teléfono?

—No, está en lista. Creo que en dos semanas tendré algo.

—Me temo que el orden de la lista ha cambiado. Acabo de hablar con Stephen, nuestro caso pasa a ser preferente —mintió Patricia.

El chico la miró dubitativo. No hacía más de dos semanas que Stephen los reunió para explicarles el cambio del procedimiento, ahora se haría respetando la entrada por fechas. Aunque lo cierto era que la enfermedad había minado sus fuerzas y estaba más aletargado. Además de la manera que se dirigía a la mujer, se notaba que era alguien de peso.

—En cuanto acabe con las cajas me pondré manos a la obra.

Patricia no pudo reprimir una sonrisa. El chico sacó las seis cajas polvorientas con esfuerzo y las dejó en el suelo. El abrigo de la mujer era de un blanco impoluto, suponía que no querría que cambiara de color. Gonzalo cogió una de ellas con ambas manos y tomando el ascensor de vuelta, volvieron al piso de arriba. Los policías iban y venían lanzando miradas furtivas a lo que allí estaba sucediendo. La mesa donde la dejó estaba llena de figuritas de héroes de acción que Patricia apartó con cuidado. Darth Vader sin saberlo por poco estuvo de perder la cabeza.

—Voy subiendo las otras, puedes empezar por esta.

Solo el año aparecía en el dorsal, ninguna otra información. Con el nuevo sistema digitalizado todo era más sencillo, pero en aquella época se trabajaba de otro modo. A principios de los noventa eran muy pocos los que tenían ordenador y quienes tenían los medios para adquirirlos necesitaban formar a unos empleados que se resistían al cambio. Su padre fue de los pioneros, pero incluso antes de aquel cambio que supuso una revolución, él ya contaba con un sistema muy eficaz. Con la ayuda de un bibliotecólogo ordenó el archivo en la comisaría de Madrid mediante un sistema de búsqueda por año, modus operandi o palabras clave. Lástima que la persona encargada del archivo de Denia no trabajara como él. Perderían un tiempo muy valioso examinándolas una a una. Apartó el polvo con uno de los pañuelos del paquete que el joven se resistía a empezar y suspiró aliviada, solo las primeras estaban desordenadas. Las siguientes carpetas tenía una pegatina en la solapa con la fecha. Pasó hacia delante y de nuevo la misma sensación de alivio, todas correspondían

al mes de enero y febrero y estaban ordenadas cronológicamente, no le llevaría tanto tiempo como había pensado al principio. Esperó al chico, que llegó esta vez portando las cinco cajas restantes de una manera más cómoda.

—Perdona, no encontraba la carretilla, ¡es lo que pasa cuando la gente no deja las cosas en su sitio! —Levantó intencionadamente la voz para que lo oyeran, pero sus compañeros habían dejado de prestar atención a lo que allí sucedía.

Patricia simplemente asintió y sin perder tiempo las limpió por encima antes de abrirlas; junto a la carretilla el chico se había procurado un trapo. Dos de ellas correspondían a los meses de marzo, abril y mayo; en cambio los casos del verano estaban distribuidos en una caja para cada uno. Y no era de extrañar, el número de habitantes en la costa aumentaba exponencialmente durante aquellos meses. Tenía que encontrarse por tanto en la última. El primer documento en esta correspondía a septiembre y el último al doce de diciembre. Pasó con fricción los primeros hasta llegar a la carpeta donde rezaba 31 de octubre El Poble Nou de Benitatxell “Caso de la bruja”. La sacó de la caja con un mal presentimiento. Cuando la desplegó encima de la mesa comprobó irritada que no se equivocaba. Al cogerla notó que era demasiado ligera al peso. Allí no había nada. La carpeta se encontraba vacía. Alguien se les había adelantado.

La persona que les invitó a entrar debía ser Fernández. Pantalones de pana marrón canela, camisa a cuadros abotonada hasta el cuello y un chaleco acolchado de color azul que no era necesario teniendo en cuenta que la chimenea de leña alojaba más troncos de los necesarios.

Aquella habitación era en verdad un templo al reino de los hongos. Las vitrinas dejaban a la vista objetos relacionados con la recogida de setas, navajas con distintas empuñaduras, cestas de mimbre de diversos tamaños, hongos fosilizados y decenas de manuales sobre el reconocimiento de estos. El color de las paredes, de un verde oscuro, alojaba infinidad de cuadros sobre distintos tipos de setas, cada uno con su placa informando de su nombre técnico. Jessi sonrió, era todo tal como lo había imaginado, excepto por un pequeño detalle. Fernández, era en realidad, una mujer.

—Hipólito me dijo que vendrían —dijo limpiándose las gafas, que unidas a un cordel, colgaban sobre su pecho—. La temporada de

lluvias ha empezado y en breve empezaremos el ciclo de jornadas micológicas con todo lo que ello conlleva, pero siendo Hipólito quien lo requería, no podía decir que no.

Jessi sonrió, Hipólito, así que ese era su nombre real. Desde que llegó a comisaria dio por supuesto que Poli era un apodo, y en verdad nunca se preocupó en averiguar cuál era su nombre real. Todavía se preguntaba qué era aquello oculto en Poli y que resultaba simpático a los ojos de Patricia o aquella mujer, y que ella no alcanzaba a ver.

—Tanto mi compañero como yo se lo agradecemos.

Buscó a Albert con la mirada, pero este, ajeno a la conversación, admiraba la colección de fotos que colgaban en las paredes. Su cara casi rozaba los cuadros ya que la luz era prácticamente inexistente, solo las llamas de la chimenea alumbraban tenuemente la habitación. La punta de su nariz quedó marcada en alguno de los cuadros.

—¿Le interesa el mundo de la micología, joven? —preguntó ajustándose las gafas en la punta de su diminuta nariz.

—Lo cierto es que, solo gastronómicamente hablando. El revuelto de hongos es de mis preferidos.

—Permítame dudarlo. No creo que haya probado alguna vez en su vida el micelio. —Dejó escapar vapor de su boca para empañar los cristales.

Este la miró sin entender.

—Comete usted un error de principiantes. Las setas o carpóforos son las fructificaciones de los hongos.

Albert le correspondió con la misma expresión de desconocimiento.

—Para que lo entiendan. El árbol sería el hongo y los frutos las setas. El hongo está compuesto por la seta, que es la parte que se ve y el micelio, la que está bajo tierra. —Había perdido la cuenta de las veces que se veía obligada a dar aquella explicación, pero si aquello servía para que no volvieran a cometer aquel grave error se daría por satisfecha.

—Supongo que nuestro compañero le habrá puesto al corriente de la situación —apuntó Jessi desviando la conversación al motivo que los había llevado hasta allí.

A juzgar por la decoración, aquella mujer podía pasarse horas y horas hablando sobre el mismo tema, era mejor encauzarlo hacia donde les interesaba. La mujer sacó la gamuza del bolsillo de su chaleco y se limpió las lentes de nuevo.

—Así es, me informó que se trataba de un asesinato.

—Alrededor del cuerpo se encontraron restos de este tipo de seta. —Jessi sacó de su bandolera las fotografías tomadas en el lugar del crimen— ¿La reconoce?

—Deben estar ustedes bromeando. ¿Quiere decirme que ninguno de sus investigadores ha sido capaz de reconocer esta variedad? —Se ajustó de nuevo las gafas. Debía tratarse de un acto reflejo—. Es la más común en su especie, se trata de la *psilocybe semilanceata.*

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Albert. Aquel nombre resultaba demasiado noble para una seta alucinógena.

—Todos los hongos, incluso los de esta variedad, tienen su nomenclatura en latín, y el nombre que se emplea para referirse a ellos coloquialmente. Esta en cuestión es la *psilociybe semilanceata,* en el argot común se la conoce como "mongui", "congui" o "bongui". —Se dirigió a una de las vitrinas y cogió uno de los manuales que guardaba—. Acompáñenme a la cocina, allí tendremos mejor luz.

Sin esperar respuesta, pasó a la habitación contigua. El frío de aquella habitación contrastaba con el calor del salón; ahora entendían el porqué del chaleco de la mujer. Abrió el manual sin consultar el índice. Las cubiertas desgastadas apenas se sujetaban al lomo por el uso. Les mostró una página en concreto y señaló la fotografía. El cuerpo largo y fino, y la corona en forma de campana, eran iguales a la que encontraron, pero no así la coloración. La de la cueva tenía ciertos matices azulados, mientras que en la que se reflejaba en la fotografía, predominaban los tonos claros.

—Como verán hay algunas ligeras diferencias, la pigmentación puede variar dependiendo de la latitud a la que se encuentra, el tipo de tierra o las inclemencias meteorológicas, pero puedo asegurar sin miedo a equivocarme que se trata de la misma variedad. Pertenecen al grupo conocido como hongos psilocibios —continuó la mujer—. Ustedes los conocerán probablemente como setas alucinógenas.

Jessi miraba la fotografía con curiosidad. En su juventud fueron varias las ocasiones en las que tuvo posibilidad de probarlas, pero un miedo atroz a las consecuencias, y sobre todo a que se enteraran sus padres le apartó la idea de la cabeza. Había escuchado infinidad de historias, colores cambiantes, apariciones de seres extraños… incluso algún incidente desagradable. Su mejor amiga del instituto se rompió las dos piernas tratando de escapar de un conejo gigante que según ella le perseguía. La caída fue estrepitosa, pero el castigo de sus padres aún fue peor.

—¿Pueden provocar la muerte? —preguntó Jessi observando la fotografía.

—La dosis letal sería aproximadamente de un kilo setecientos gramos de setas secadas o diecisiete kilos de setas frescas. Existen muy pocos casos documentados y en la mayoría se debieron por alguna afectación anterior del hígado o del riñón. Yo en su caso preguntaría a los familiares de la persona que ha muerto, en caso afirmativo podría deberse a un fallo hepático. Aunque claro, podría deberse a las

alucinaciones.

—¿Podría ser más precisa? —preguntó Jessi, a la que el tema empezaba a interesarle. La micología le parecía una especialidad muy aburrida, pero empezaba a encontrarle el atractivo.

—El *Psilocybe* contiene unas sustancias que en dosis elevadas son parecidas a la droga LSD. La *semilanceata*, en concreto, apenas contiene psilocina, sin embargo, su contenido en psilocibina es muy alto. Estas sustancias son las causantes de las alucinaciones.

—¿Cuánto duran los efectos?

—Pueden empezar a notarse al cabo de treinta o cuarenta y cinco minutos y pueden durar hasta seis horas. Como les digo, estas sustancias crean alucinaciones, pero también nerviosismo, percepción distorsionada del tiempo, del espacio y de la realidad, aumento de la frecuencia cardíaca, falta de coordinación, pupilas dilatadas… como ven, exactamente igual que cualquier droga.

—Pero no siempre es así —indicó Albert—. Yo mismo probé algunas en mi juventud y no recuerdo ninguna de esas sensaciones, más bien lo recuerdo como algo entretenido.

—Créame que las reacciones físicas las tendría. Respecto a sus percepciones de aquello, simplemente tuvo usted suerte. —Le miró por encima de las gafas—. No se puede saber el efecto concreto que tendrá en cada persona. Algunos pueden ser como usted dice, incluso divertidos. Pero en la mayoría crea ideas aterradoras de pérdida de control, paranoia intensa, ataques de pánico y miedo a la muerte. Todo depende de la compañía, el estado anterior y el lugar donde se encuentren.

—El cuerpo fue encontrado la víspera de Todos los Santos en la Cueva de las Brujas en el Poble Nou de Benitatxell —informó Albert.

La mujer sujetó con ambas manos las lentes para ajustárselas perfectamente. Sin decir una palabra, los dejó allí plantados y salió de nuevo hacia el salón. Jessi agradeció que dejara la puerta abierta y un ligero calor lograra colarse. La mujer apareció con un nuevo manual que desplegó encima de la mesa, llevaba por título “Las setas y el mundo de las brujas”.

—Como les he dicho antes, se pueden utilizar diferentes nombres para referirse al mismo hongo. En el caso de la que ustedes preguntan, en el País Vasco tiene un nombre muy peculiar. Se la conoce como “soruin sorrotz” o bruja aguda.

Jessi dejó soltar una exclamación, sintiendo un escalofrío por el cuerpo. Albert por el contrario la miró con cara de cansancio.

—¿Por qué la llaman así? —preguntó Jessica.

—Hay diferentes interpretaciones. Algunos dicen que se la conoce por ese nombre debido a la forma del mamelón, la parte alta de la

seta, que recuerda al sombrero de una bruja; otras, debido a su uso en rituales paganos relacionados con la brujería.

—¿Quiere decir que las brujas no solo existen, sino que matan con setas alucinógenas? —contestó Albert hartó de aquella superchería fanática.

—No sé por qué le sorprende tanto, joven. El consumo de plantas y hongos ha existido desde el principio de los tiempos. Seguro que ha oído hablar del peyote. Su uso es muy común incluso en nuestros días, en viajes espirituales en toda América Latina. Al igual que ese tipo de cactus, las setas han sido consumidas en liturgias para experimentar estados de no conciencia.

—¿Dónde es posible encontrarla? —interrogó Jessica.

—Me temo que esa información no les conducirá a ningún sitio. Se trata del hongo psilocíbico más común del mundo. En la Península puede encontrarse en prácticamente todo el territorio y, por si eso fuera poco, también pueden adquirirse por internet.

—¿Es posible comprar setas alucinógenas por internet? —Hasta donde ella sabía, aquello, al igual que cualquier droga, era ilegal en España.

—Por desgracia es mucho más fácil de lo que imaginan. La psilocibina está incluida en la lista de sustancias prohibidas en España, no siendo así las setas; es por eso por lo que existe un vacío del que abusan empresas y particulares. Eso, unido al hecho de que los hongos no pertenecen a nadie, y cualquiera puede recolectarlos, hacen de la venta de estos un mercado muy amplio. Hay tres empresas que trabajan en España, aunque estamos luchando por cerrarlas. Lo sabemos todo, dónde operan, quiénes son… Pero de momento nos estamos dando de bruces contra el sistema. Parece ser que la policía no está muy por la labor de tomarse estas cosas demasiado en serio. —Cogió un trozo de papel de la libreta que tenía encima de la mesa con anotaciones para las jornadas y apuntó los nombres—. Espero que puedan transmitirles a sus superiores la importancia de acabar cuanto antes con ese negocio. Ahora, si me disculpan, en unos días empezamos con las jornadas micológicas y todavía queda mucho por organizar.

—¿Y si los chicos mienten y se trataba de un ritual? —preguntó Jessi a su compañero una vez entraron al coche.

—¿Jessi, te estás escuchando? Son críos de quince años. Hasta donde yo sé, a esa edad lo único que se quiere es experimentar con lo prohibido, y empiezan así, por las drogas blandas. Me parece más fiable que se tratase de un mal viaje. Has oído a Fernández, si la persona tiene alguna afección hepática, puede producir la muerte. Tenemos que esperar al resultado de la autopsia para saberlo, pero supongo que la tendría.

Por una parte, quería que estuviera en lo cierto, le horrorizaba pensar que pudiera haber un rito detrás de aquellas acciones, pero la disposición del cadáver, y el resto de los elementos hacían pensar que en la muerte de aquella niña la alucinación del chico en forma de bruja había tomado parte, por mucho que su compañero se negara a reconocerlo.

No le quedaba nada más por hacer. Hasta que encontraran al culpable, la furia aguardaba esperando salir. De momento lograba aplacarla con el trabajo. Había encolado las sillas, arreglado el armario, fijado aquel estante que su mujer llevaba tiempo pidiéndole y que desde que murió Esther no había vuelto a mencionar. Lorena vagaba por la casa como una sombra, como una la brújula incapaz de marcar el rumbo a seguir. Cuando la encontró en el suelo sin apenas respirar, intentó ser su apoyo; sabía cómo debía hacerlo, pero fue en vano, Lorena no quería sujeción, solo deseaba caer y perderse en un mundo de sombras. Y él permanecía a la espera de ver un atisbo de voluntad por su parte para ejercer de bastón, pero hasta que no lo encontrara no había nada que hacer. Ella tenía que ser la primera en querer obrar el cambio.

Se limpió con la mano el sudor de su frente y bajó a la cocina a por un refresco, aunque no se lo tomaría allí. Pasó de largo del cuarto de Esther y fue hacia la buhardilla. Ese cuarto era simplemente el sitio donde su hija dormía, su mundo estaba más arriba. Como regalo de su sexto cumpleaños, Martín le regaló el mejor sitio de toda la casa. Masilló las paredes, restauró las vigas que caían formando el techo, completó un suelo de madera. Aquello pasó de ser un sitio húmedo amontonado de cajas, a un lugar de ensueño pintado de azul cielo, el color preferido de su hija. El esfuerzo fue doble ya que tuvo que construir una caseta en el corral para alojar las cajas que cambiaban de ubicación. Pero valió la pena, valió tanto la pena… Lo llenó de sus juguetes favoritos y pintó un arco iris para ella al que con el tiempo fueron añadiendo nubes y estrellas. Pero aquel tiempo pasó, y con los años se taparon con posters de actores y grupos de chicos, que todavía continuaban pegados. Reconoció uno de ellos, durante meses se vio obligado a escuchar sus voces día tras día y a seguirles en su gira de conciertos aguantando el frío de la intemperie. De haberlo sabido, habría entrado con ella. A pesar de que la música le sangrara los

oídos, habría disfrutado de cada segundo con su hija. Nunca más la habría dejado salir sola. Se hubiera quedado a su lado protegiéndola de todos y de todo.

Abrió el otro armario que le pidió instalar allí arriba, los dos de su cuarto no eran suficientes. Notó cómo las lágrimas se acumularon en sus ojos sin poder pararlas al ver que todavía guardaba pegado a una de las puertas uno de los dibujos que hizo de pequeña. Él estaba presente. Junto a la casa, la figura de papá, de mamá y de ella misma en medio de los dos. Recordaba aquel dibujo, lo hizo el mismo día que estrenó su vestido rojo con un gran lazo como cinturón y sus zapatos blancos de charol. De repente, le vino a la mente la idea del disfraz, no podía dejar que a su hija la enterraran así. Colgado en la percha vio su vestido favorito, era demasiado escotado, pero podría llevar encima una rebeca, así nunca tendría frío. Los zapatos, necesitaba unos zapatos, no podía morir descalza. Arrojó las cajas de los zapatos al suelo, necesitaba encontrar unos a la altura de su hija, pero ningunos parecían los apropiados. Le compraría aquellos que le pidió y le negó. Tenía tantos, le dijo, si fuera ahora… Solo faltaban los pendientes y la pulsera de aguamarina a juego con sus ojos. ¿Dónde guardaría el joyero? Rebuscó por todo el armario, hasta que al final lo encontró oculto entre las prendas de baño, pero no solo encontró lo que buscaba. Debajo de todos sus collares y pulseras encontró una bolsa, reconoció el contenido al instante, no era la primera vez que la veía. Al principio sintió un pinchazo de ansiedad, ¿qué hacía eso en su joyero? ¿Por qué su hija tenía aquella bolsa de setas? Creía tener la respuesta. Su niña lo había vuelto a hacer. Muy despacio, fue al lavabo de la planta principal y las dejó perderse en el agua. Esa era la última vez que las drogas tendrían lugar en su casa.

No había tenido tiempo de hablar con Maica, y tampoco lo tendría de disfrutar de una ducha caliente en el gimnasio. De vuelta en la comisaría, Jessica escuchaba a Patricia con la chaqueta abotonada hasta el cuello y todavía temblando de frío. El ambiente gélido de aquella cocina le había calado en los huesos y ni los veintisiete grados del coche fueron capaces de hacerla entrar en calor. Aunque aquello no era más que un reflejo de la realidad que obraba diariamente el cambio climático. Albert, por el contrario, hacía mucho que se había deshecho de todo abrigo y sin que Jessi se diera cuenta, bajaba la

temperatura del aire acondicionado de comisaría varios grados.

Miraron decepcionados a Patricia, aquel informe era clave para localizar al asesino que había esperado treinta años en la sombra para actuar de nuevo.

—¿Es posible que se traspapelara? —preguntó Jessi—. Con tantos documentos no sería algo extraño.

—No, ya lo hemos comprobado. Cuando Stephen supo lo ocurrido, puso a tres agentes a registrar todos los documentos y no solo los de ese archivo, sino todos los del año, y no encontraron nada.

—¿Y hay alguna manera de saber quién ha sido? ¿Huellas en la carpeta? ¿Restos de ADN?

Patricia negó con la cabeza.

—No iba a ser tan estúpido —comentó Poli—. Si se arriesga a robar unos documentos de un archivo policial, qué menos que tomar la precaución de ponerse guantes para no dejar pistas. Vamos, es lo que haría yo.

—¿Y las cámaras? —preguntó Albert, de pronto.

Patricia lo miró como si acabara de escuchar a un niño decir una tontería.

—Estamos hablando del año ochenta y nueve, eso significa horas y horas de grabación. Ver todas las grabaciones sería un trabajo de años.

—No, me refiero… —rectificó Albert para dar forma a su idea—. Si ha aguardado treinta años para cometer el mismo crimen, puede que robara los archivos recientemente. Si durante la primera investigación no dieron con él, no valía la pena arriesgarse a ser descubierto, pero ahora las cosas han cambiado. Quizás pensó que en aquellos documentos habría material que podríamos relacionar con el nuevo caso.

Patricia, tras valorar la idea durante unos instantes, dijo:

—Bueno, es una idea, no perdemos nada por probar. Hablaré con Stephen a ver qué se puede hacer, aunque no prometo nada. Con las nuevas normas de juego todo tiene que estar más que justificado. No podemos contar con que saquemos algo en claro por ahí y teniendo en cuenta que el responsable de la investigación murió, solo nos queda el testimonio de Toni. Sé que está de baja y no tiene por qué, pero conociéndolo, seguro que nos ayudará. Le pediré hoy mismo que haga un informe con todo lo que recuerde relacionado con aquel caso para tenerlo cuanto antes.

—Puedo ocuparme yo. —Se prestó Jessica. A no ser que Patricia fuera una de las dos personas que junto a ella aparecían en su lista de contactos, no tendría forma de avisarlo—. Puedo pedírselo y llevarlo mañana mismo.

Patricia asintió. De momento solo contaban con su recuerdo, que

esperaban que fuera suficiente.

Tardó más de lo previsto en llegar, Toni vivía en el inicio de la carretera de Denia y los diez minutos en coche desde su casa eran treinta corriendo. Su Opel se había unido a los aparatos que decidieron dejar de darle uso durante esa semana. El casero seguía mirando presupuestos para la caldera y desde la tienda le habían informado que el teléfono era insalvable. Esperaba no tener la misma respuesta del taller. Estaba empezando a creer que alguien le había echado un mal de ojo. Se calzó las zapatillas y empezó la carrera. Cuando llegó, observó que el cambio había hecho efecto en él; aunque las ojeras seguían ganando terreno bajo sus ojos, el corte de pelo le quitaba algunos años de encima. Seguía siendo un papá Noel ojeroso, pero ahora con un estilo más actual.

—¿Y mi pastel? No me digas que hoy me quedo sin merienda —rio haciendo notar que lo decía en clave de humor.

—Luego te invitaré a cenar, café incluido. El favor que tengo que pedirte creo que también abarcará el desayuno de mañana.

—¿Qué ha ocurrido? —La cara de circunstancias de Jessi le decía que nada bueno. Esta no tardó en confirmárselo.

—Alguien ha robado el informe. Sé que estás de baja, pero Patricia me ha pedido si puedes hacernos el favor de redactar todo lo que recuerdes sobre el caso de la bruja. No es necesario que lo escribas, yo te grabaré si me das tu permiso y después me encargaré de transcribirlo.

—Por supuesto —aseguró diligente—. Haré lo que pueda.

Andreu siempre tuvo la pena de no poder dar con el culpable, y sabía con certeza que murió con ese pesar, pero aquel robo significaba que estuvo muy cerca de dar con él. Sin perder tiempo, cerró los ojos esperando encontrarse con aquel punto de su pasado. En su mente visualizó un encuentro con su antiguo compañero en el habitual bar de antaño. Una buena cerveza fría en la mano, como solían hacer en los años en los que beber con moderación en el trabajo estaba bien visto. En el suelo cáscaras, de cacahuetes por doquier y algún hueso de aceitunas. En la mesa, la fotografía de Estefanía rodeada de cruces de mimbre. Abrió los ojos y empezó el relato en el mismo punto donde comenzó todo aquello.

Siempre consideró que las actividades extraescolares de los niños eran una buena inversión, pero en días como aquel, valían su peso en oro. Los lunes y los miércoles, Pablo tenía tenis y Harvey robótica. Pablo, con un balón del tamaño que fuera, era el niño más feliz del mundo; Harvey, en cambio, adoraba todo lo relacionado con la tecnología. En ese campo por desgracia estaban incluidos los teléfonos móviles. Y sobre ese punto precisamente estaba a punto de discutir con el padre de sus hijos. Estaba serena, con calma y buenas palabras le explicaría lo desacertada de su intención. A punto estuvo de perder los papeles en el coche, pero eso no iba a ocurrir. No con ella. No iba a cometer el mismo error que cometió su madre. Mike insistió en recoger a los niños; pero por suerte aceptó tras la insistencia de Patricia de enmendar el error del domingo. También, por qué no decirlo, sentía cierta curiosidad en ver la casa. Les abrió una mujer que según le dijeron sus hijos se llamaba Amira y hacía las veces de cocinera. Harvey no exageraba, es más, se había quedado bastante corto. No le había contado nada del tamaño desmedido de jardín alrededor de la casa.

—Señora, me pregunta el señor si va a tener a bien quedarse a cenar con nosotros —dijo la mujer solícita.

—No, muchas gracias. Solo he venido a traer a los niños.

—Adiós mamá, nos vemos mañana. —Harvey le dio un beso efímero en que sus labios apenas rozaron su mejilla y entusiasmado se fue a encontrarse con su videoconsola.

—Sí mami, ¡di que sí! —empezó a palmotear Pablo.

—Hoy no puedo cielo, la próxima vez. —Lo que Mike había adquirido, más que una casa parecía un castillo. No le extrañaría que el menú fuesen perdices, cochinillo o algún plato típico del medievo.

—¿Me lo prometes? —preguntó el niño con ojos suplicantes.

—Te lo prometo. Ahora ve dentro que hace frío. —Hizo su gesto especial que consistía en juntar los meñiques y el niño se fue contento.

Amira se quedó esperando algún gesto por parte de la mujer para acompañarla a la salida y volver a la cocina. Había apagado el horno, pero el cordero seguía dentro, si no lo sacaba, se quemaría demasiado. El señor estaba obcecado preparando la ensalada para sus hijos y no caería en aquel detalle.

—Amira, ¿serías tan amable de decirle a Mike que salga un momento? Necesito hablar con él.

La mujer obedeció y salió con paso rápido a la cocina a salvar la

cena y pasar el recado al señor de la casa. Este salió instantes después con la camisa y el pantalón cubierto con un delantal decorado con los característicos cuadros de Burberry.

—Patricia, te quedas a cenar?

—No puedo, quizás otro día. Pero necesito un momento para hablar contigo… Mike.— No estaba segura de las veces que había utilizado aquella frase en el pasado.

—Qué ocurre? Y por favor feel free de hablar en español, necesito practicarlo.

Empezaron así una nueva forma de comunicación, en la que él seguía utilizando su lengua materna y Patricia la suya.

—Tenemos que hablar sobre Harvey y en realidad también sobre Pablo. Quiero que sepas que no me parece bien la cantidad de regalos que les compras. Los estás mal acostumbrando, pero allá tú. Yo no pienso caer en ese juego. —El hecho de que fuera educada y le hablase con toda la calma posible no quitaba para que pudiera decirle un par de verdades.

Mike se secó las manos en un lateral del delantal donde llevaba un trapo con los mismos cuadros colgado. Su semblante, antes risueño, se tornó grave y unas finas líneas empezaron a aparecer en su ceño.

—Sabía que no lo verías adecuado, por eso no te pregunté. No son regalos, se trata de proveerles con lo necesario para que tengan en mi casa todo lo que puedan tener en la tuya. Consulté con un psicólogo antes de iniciar los pasos, quería estar preparado. Me recomendó que era conveniente que los niños tuvieran todo lo necesario en las dos casas para que no sintieran que cada cambio era una nueva mudanza. Sé que la situación no es fácil para ti y han sido demasiados años, pero esta vez quiero hacerlo bien. El trabajo ha pasado a un segundo plano, debes creerme, quiero pasar todo el tiempo posible con Harvey y con Pablo. Solo estaré por la mañana en la clínica. Así tendré todas las tardes para estar con ellos.

Patricia lo miró confusa, aquel no era el Mike que conocía. Por primera vez desde que nacieron los niños, los anteponía a su trabajo, y para Mike aquello era mucho decir. Y respecto a los regalos, no pensaba que pudiera cambiar de opinión, pero visto así tenía hasta sentido su punto de vista. No eran tanto regalos sino accesorios para que los niños no echaran en falta nada. Pero en el caso de Harvey se había sobrepasado y era hora de empezar a marcar límites.

—No voy a ser yo la que te diga cómo hacerlo, pero con Harvey has ido demasiado lejos. —Mike no pudo evitar una sonrisa. Patricia mantenía aquella costumbre de dar su opinión aun remarcando que no lo haría.

—De acuerdo, lo tengo claro, se acabaron las compras. Tienes mi

palabra, a partir de ahora solo lo necesario, lo verdaderamente necesario. La última compra será el teléfono y a partir de ahí nada más.

—¡No! —soltó enfadada—. De eso mismo te estoy hablando. Realmente espero que la idea haya sido tuya, porque Harvey tiene claro que nada de teléfonos con acceso a internet hasta que sea mayor de edad. Al menos lo tenía claro hasta ahora.

Patricia cerró la boca al instante, lo estaba haciendo. Se estaba convirtiendo en su madre y eso era algo contra lo que iba a luchar con todas sus fuerzas. Más serena continuó:

—Mike, no te puedes ni imaginar lo peligroso que puede ser para un niño de su edad. Yo trabajo en esto, sé de lo que hablo.

—*Precisamente por eso, Patricia.* —Esta lo miró indignada, ¿cómo podía decir que le iba a comprar un móvil por el riesgo que suponía? Abrió la boca para protestar, pero Mike, sin darle opción a seguir replicando, continuó su explicación—. *Entiéndeme, Patricia, todos sus amigos tienen uno y es normal que él también quiera. Ese modelo es el más seguro, nosotros podemos tener acceso a todo lo que vea. No solo el control parental le limitará el acceso a las aplicaciones que queramos, sino que sabremos en todo momento qué hace. Piénsalo, tiene nueve años, si no es hoy, en un par de años lo tendrá y es mejor que empiece desde pronto a saber cómo utilizarlo.*

Lo estaba haciendo de nuevo, estaba dejándose convencer. Había olvidado que Mike era especialista en dar un giro completamente inesperado a las conversaciones y ponerlas a su favor.

—Déjame pensarlo. —Fue toda su respuesta.

—*Claro, no hay prisa. Hasta que me des tu autorización, nada de teléfonos.*

Patricia se fue de allí pensativa, era un terreno que no había considerado. Sabía los riesgos que entrañaba para un adolescente y quería mantenerlo alejado de aquello todo el tiempo que pudiese, pero la realidad era que tarde o pronto tendría que dejarlo sumergirse en aquel mundo virtual lleno de peligros. La pregunta era si quería que fuese antes de lo que tenía previsto.

7

Los días pasaban entre el más intenso de los fríos y el más agobiante de los bochornos. Hacía mucho tiempo desde el último otoño. El tiempo se sucedía entre dos estaciones, y hasta que llegara definitivamente el invierno, el verano se dejaba asomar por las calles. No era raro ver por una misma acera a un transeúnte con las prendas típicas de la estación más cálida y a otro ataviado con jersey de lana y chaqueta de plumas. Aquella estampa aparecía reflejada en la comisaría. Patricia y Jessica, con sendas sudaderas, la de Patricia a rayas blancas y negras y la de Jessica ancha y de color rojo a juego con la diadema que le cubría gran parte de su frente. Poli y Albert, por su parte, seguían con camisetas propias de la estación anterior. Para cuando acabaron de escuchar la grabación de Toni, Albert estaba sudando. Patricia tenía el control del mando y la habitación se encontraba a su gusto.

—Estefanía de la Torre Rubio, un nombre muy pomposo para… —comentó Poli, pero calló al instante al caer en la cuenta de que aquel nombre pertenecía a la niña que murió tiempo atrás. Lanzó una mirada a Patricia, parecía que su comentario le había pasado desapercibido. Debía tener cuidado, ahora menos que nunca podía estropearlo. Si quería que lo viese de la misma forma que él la veía, tenía que ser comedido.

—Toni no recordaba si se encontraron también setas en el escenario del crimen —intervino Jessica que, como todos, había escuchado la impertinencia de su compañero—. Cree recordar que la niña murió por un traumatismo craneoencefálico, pero no puede estar totalmente seguro. Entré desde mi ordenador a la página central de la comisaría y logré dar con ella. Al menos donde vivía cuando murió. La casa sigue a nombre de su madre, Aurora Rubio.

—Poli y yo nos encargaremos de hablar con ella para completar el informe de Toni. Es bastante completo, pero nos falta información que la familia nos podrá aportar. Será interesante ver si hay alguna relación más con el crimen del presente, sobre todo en cuanto a las

personas que estuvieron directa o indirectamente relacionadas.

Poli sonrió satisfecho, Patricia lo volvía elegir. No podía decir que no había disfrutado de los días de descanso, pero se moría de ganas de volver a trabajar codo con codo con ella. Cuanto más tiempo pasaran juntos más fácil le resultaría empezar el cambio.

—¿Quieres que hablemos nosotros con los padres de Esther? —preguntó Albert, contento por volver a tener a Jessi como compañera —. Fernández nos explicó que si la chica tenía algún problema hepático, la causa de la muerte podía deberse al consumo de setas. Entonces solo nos quedaría averiguar quién pensó que sería una buena idea decorar el cadáver con cruces.

—¿Quieres decir que fue una muerte accidental y alguien al enterarse le decoró el cuerpo? Me parece muy rebuscado, ¿por qué hacerlo?

—La experta en ritos nos explicó que las cruces podrían estar ahí por un motivo, asegurarle la tranquilidad en la otra vida —apuntó Jessi.

—Quizás solo fue un envenenamiento fortuito y los chicos por su estado de inconsciencia pusieran las cruces —participó Albert ignorando el argumento de la doctora Ros.

—Podría ser una hipótesis interesante si no fuera por dos detalles —indicó Patricia—. Conseguir unas cruces tan perfectas como las que encontramos requieren amplia experiencia, y no creo que la tengan dos chavales de catorce años; y aunque la tuvieran, dudo mucho que tras el consumo de un estupefaciente tuvieran la habilidad para conseguir tanta precisión. Además ahora sabemos que treinta años atrás ocurrió lo mismo. Demasiada casualidad que haya dos muertes accidentales en el mismo sitio y con el mismo resultado.

—No perdemos nada por preguntar a los padres.

Antes de dar su consentimiento, el teléfono de Patricia empezó a vibrar en el bolsillo.

—¡Patricia! ¿Cómo estás? Soy yo, nuevo número. Tengo noticias que darte. —Le costó reconocer la voz de Stephen. Se había acostumbrado a su tono nasal, pero ahora sonaba como siempre, mecánica y automática. Como si alguien la hubiera dejado programada—. Respecto a las cruces, nada de interés, no hemos encontrado ninguna fibra ni nada que pueda contarnos el lugar concreto del que salió. Y el traje ya lo hemos analizado, se compró en una tienda inglesa llamada Iceland; en los bolsillos había unos paquetes de caramelos de promoción, resulta que solo los tienen en la tienda de Jávea. Pero eso no es todo, hemos encontrado varias cosas de interés… —Venía su pausa característica antes de revelar grandes noticias—. Los restos de tierra que había en el disfraz son del mismo tipo que había en la cueva, Murió allí mismo, y en los bolsillos han

aparecido restos de setas de la misma clase que encontramos en la escena. Nuestros técnicos lo han comprobado, se trata de la *psilocybe semilaceata*, un tipo de seta alucinógena. Es muy infrecuente que produzca la muerte, pero puede casar con los síntomas de envenenamiento que mostraba la chica.

Patricia escuchó en silencio, le llevaba varios días de ventaja. Stephen tuvo que irse antes de la escena, aquello solo corroboraba lo que ya sabían, el cadáver no había sido movido y en cuanto a la descripción del tipo de hongo, los expertos no podían superar a su especialista. No dijo nada, esperaba que lo siguiente que tuviera que decir les diera más información.

—La autopsia estará pronto. Los de arriba tienen miedo de que se repita y que no hayamos hecho nada. Les informé que no era la primera vez que ocurría y me han dado permiso para considerarla preferente.

—¡Eso es perfecto! ¿Podemos tenerla hoy? Aunque sea a última hora de la tarde. —El resto del equipo que volvían provistos con una taza de café la miraron esperanzados.

—¿Esta tarde? Que la consideren preferente no significa que sea la única. Con suerte la tendrás para principios de semana.

No insistió, sabía cuándo una batalla estaba perdida. Insistir solo le quitaría minutos para seguir trabajando y quedaba mucho por hacer.

Para Christian ayudar a su padre en la floristería era una lenta condena. Lo sentía como una tortura de la que todavía le faltaban tres años y treinta siete días para liberarse. Había aprendido a desarrollar ciertas estrategias que le permitían poder sobrellevarla. La más importante era bloquear su cerebro. Solo pasaba las órdenes que cumplía a rajatabla para que no tuviera ningún motivo para iniciar una contienda, nada más. Desde que su mano se estrelló con violencia sobre su mejilla, se volvió mudo y sordo, pero por desgracia no podía controlar uno de sus sentidos. Sus ojos no podían oscurecerlo y tenía que soportar verle el rostro diariamente. A la mañana siguiente volvería al instituto, la tregua que le ofreció su madre terminaba ese día. Era eso o hablar con el psicólogo. Se negó en rotundo, solo pensar en la verborrea incansable del *chapas*, como llamaban al psicólogo del colegio, le producía dolor de cabeza. Volver al instituto significaba

volver a ver a Pau, pero era preferible ver a la sabandija antes que sentarse en el despacho de aquel viejo charlatán. “Puedes ayudarnos en la tienda mientras tanto, te vendrá bien para tener la mente ocupada”, insistió su madre. Si ella supiera, precisamente aquel era el problema, su mente no paraba de dar vueltas a lo mismo. Esther estaba muerta, y esa era la realidad. Se clavó una espina de la rosa en el pulgar, una gota de rojo oscuro salió a la superficie, si tan solo pudiera sentir dolor… Se odiaba a sí mismo, desde la muerte de Esther el sentimiento que seguía dominando sus emociones era el de la rabia. Victoria lo contó con toda la inocencia posible, pero él pudo ver la verdad. Pau era el perro guardián de Esther, el amigo, el chico listo, del que nunca se enamoraban… si por él fuera, hacía tiempo que hubiera desaparecido de la ecuación que formaban los tres. En más de una ocasión pensó en darle a elegir a Esther, pero sabía que no era bueno apostar si no se tenía la seguridad de ganar. Pensaba que sería imposible guardarle rencor a un cadáver, sin embargo, no podía evitar odiarla con todas sus fuerzas. Terminó las trece rosas y miró a su padre, con un gesto le indicó que el trabajo había finalizado. Fue a su cuarto y arrastró la silla hasta la puerta, aquel era su pestillo. Tocó algo en su bolsillo. Desde que encontraron el cadáver había permanecido allí. Después de la visita de la policía se le ocurrió que quizás sería más seguro guardarlo en un lugar donde no se les ocurriera mirar y aquel sitio era perfecto por su simpleza. Juraría que fue convincente en su explicación, pero no sabía hasta qué punto creyeron en sus palabras. Con delicadeza para evitar que se quebrara, sacó la cruz de mimbre y la retuvo entre sus dedos, antes de dejarla oculta para siempre.

Poner un pie dentro de aquella tienda significaba abandonar España para sumergirse en tierras inglesas. En la entrada, una mujer con una gorra naranja de la marca del supermercado los recibió con una amplia sonrisa en la cara y un folleto del mes. Jessica aprovechó para ojearlo, su casa estaba apenas a dos calles de aquel sitio, pero apenas había reparado en él. El precio estaba marcado en moneda inglesa, y gran cantidad de productos costaban solo un *pound*, que con el cambio actual era un precio decente. Su despensa estaba llena después del encuentro con el innombrable y su congelador a rebosar con los táperes que su madre le guardaba de las comidas caseras que preparaba y que recogió tras la comida en “Porta de l’Aigua”. Cuando

empezara a vaciarse daría una oportunidad a aquel lugar.

—¿Podríamos hablar con el gerente o la gerente del supermercado? —preguntó Albert a la mujer.

—*Excuse me*? —dijo esta frunciendo el ceño.

—Queremos hablar con el gerente o la gerente —repitió este palabra por palabra. La nota mental de aprender inglés que apuntó en su cerebro durante el caso anterior había caído como las otras en el olvido.

—Perdone mi español no muy bien. *Wait a second.*

Se acercó a uno de los chicos que estaba reponiendo en el primer pasillo y los señaló con el dedo. El chico apartó las cajas hacia un lado y fue hacia ellos.

—¿Qué desean?

—Nos gustaría hablar con la persona responsable del supermercado.

—*Están buscando a Misses García, llámala por megafonía*. —Dicho esto, volvió a sus ocupaciones. Tenía una hora para ordenar todo el estante y todavía le quedaba un palé lleno en el almacén.

La mujer de la gorra, siguiendo sus indicaciones, fue a la caja más cercana y la llamó usando el altavoz del supermercado. En apenas unos segundos apareció una mujer bastante gruesa, con una recta melena de color blanco y cientos de pecas en una cara redondeada. Su atuendo era una camisa a rayas y una larga falda que dejaba ver unos calcetines blancos dentro de unas sandalias de tiras. El paradigma del vestuario inglés en España.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —En su pronunciación solo el ligero sonido de la erre revelaba su origen inglés.

—Mi nombre es Albert Escuder y ella es mi compañera Jessica Martí.

En la chapa que llevaba sujeta a la camisa con el logotipo del supermercado se leía Rosey García.

—Encantada de conocerlos, ¿han tenido algún problema?

—Somos de la policía de Jávea —soltó Albert sin diligencias—. Estamos aquí por un caso, necesitamos saber quién compró uno de los disfraces de Halloween que tienen a la venta.

—Es por la niña disfrazada de Benitatxell, ¿verdad? —Las pecas desaparecieron de su rostro que se volvió de color rojo—. Es terrible, mi marido me lo contó, él es español. No sé cómo puede haber tanto mal. Les ayudaremos en todo lo que podamos, ¿de qué disfraz se trata?

—Una larga capa negra con capucha y una máscara roja. —Jessi metió la mano en la bandolera para enseñar la foto.

—No es necesario, sé cuál dice —indicó la mujer—. Es el único que tenemos con esas características. Ese disfraz es nuevo, parece igual que el de una mítica película de terror, pero el color y los rasgos de la máscara son diferentes. Este año sin embargo, con el reestreno de *Drácula*, todo el mundo se ha decantado por el disfraz de vampiro. Ese que me muestra apenas ha tenido ventas, nos quedan muchos en stock.

—Necesitamos saber quién compró este disfraz en concreto —cortó Jessica. Primero Fernández y ahora aquella mujer se perdían hablando de su trabajo.

—Sí, deben encontrar al responsable. Si con eso les ayudo, haré todo lo que esté en mi mano. Acompáñenme.

La mujer los llevó a una oficina junto a la línea de cajas donde, tras una charla que no entendieron, una joven muy delgada que se encontraba dentro salió dejándolos solos.

—Pueden sentarse.

Albert y Jessica tomaron asiento detrás de la mesa de metal, la mujer se sentó en la su silla y a gran velocidad empezó a buscar sobre el teclado la información que necesitaban.

—Aquí tengo las ventas, treinta en total. —Giró el ordenador para que pudieran ver lo que decía.

—Podemos acotar más con el tallaje. El traje era una talla mediana —apuntó Albert tras ver que este detalle aparecía en el Excel que la mujer les mostraba.

—Perfecto, déjeme ver. Con ese resultado vienen diez.

—Todavía son muchos —masculló Albert. Era factible, pero malgastarían demasiado tiempo.

—En los bolsillos aparecieron unos caramelos como estos. —Jessi enseñó la primera página del folleto donde junto a un gran número uno seguido del símbolo del pound aparecía la imagen de las golosinas.

—Me temo que esa es una búsqueda sin resultado, vendemos centenares de esos caramelos diariamente, se agotan con rapidez en la línea de cajas —se lamentó la mujer.

—¿Sería posible ver si la persona que compró uno de los trajes, compró también esos caramelos? —añadió Jessica, que no estaba segura de que fuera posible.

—Por supuesto, deme un minuto. —La mujer se golpeó con la palma en la frente por no haberlo pensado, y acto seguido, volvió a teclear—. Aquí lo tengo, se realizó una compra de varios productos, entre ellos el disfraz con la talla mediana y dos paquetes de caramelos de esta marca. Déjeme ver... fue el día veintiséis de octubre a las dos del mediodía. Aquí está.

Les señaló la información con el índice que, al igual que todo su cuerpo, era de formas redondeadas. Aparte de eso, la persona compró varios congelados y algunos productos de primera necesidad. Por desgracia, el pago fue en efectivo, no podrían sacar nada por ahí.

—¿Existen grabaciones de ese día? —Se había fijado que, como en todos los supermercados, había cámaras controlando cada rincón sin dejar ningún punto muerto.

—Me temo que no, las grabaciones se guardan solo durante cinco días, después se vuelve a grabar sobre ellas. Lo lamento. Lo único que se me ocurre es que hablen con la persona que estuvo en la caja ese día, quizás recuerde algo. —La mujer observó la tablilla que colgaba de uno de los corchos de la pared—. En la caja cinco donde se hizo la compra estuvo... Lily. —Volvió a mirar la tabla—. Hoy está reponiendo, vengan conmigo.

La siguieron por el último pasillo, hacia el final de este, una chica joven con la mitad del pelo rapado y la otra en un escandaloso color azul, etiquetaba los restos de Halloween a mitad de precio. En las cajas del suelo asomaban productos rojos y blancos. La navidad pedía paso.

—Lily, son policías, necesitan hablar contigo. Es sobre la niña que han encontrado.

La chica, sin levantarse, dejó la pistola con las etiquetas en el suelo, sus ojos iban a juego con su pelo.

—¿Y yo qué tengo que ver? —dijo mascando una bola de chicle que se dejaba ver en su boca.

La encargada la miró con desaprobación, y esta, al darse por aludida, apegó con desgana el chicle en un trozo de papel que sacó del bolsillo.

—Necesitamos encontrar a la persona que compró un disfraz en esta tienda, en concreto un modelo con una capa negra y una máscara roja. Fuiste tú quien realizó la venta —explicó Jessica.

—¿El del nuevo modelo?

—Sí, ese —alentó la encargada.

—No sé, si no me da más pistas —dijo con la misma apatía—. He vendido unos cuantos.

—Buscamos uno que se vendió el lunes veintiséis a las dos del mediodía. Compraron varios artículos, entre ellos unos paquetes de caramelos.

—Déjeme pensar. —Tras una pausa contestó—. Creo que sí, debe tratarse de aquel tipo alto. En un principio se llevó un traje de vampiro, pero era demasiado infantil, le aconsejé ese de demonio.

—¿Aquel tipo alto? Según consta, se llevó una talla mediana —puntualizó Jessica.

—No era para él, sino para su hijo, al menos eso fue lo que me dijo.

—¿Podría describirlo? —preguntó Jess sintiendo que ahí había algo.

—Claro, muy alto, desgarbado, pelo corto entre castaño y rubio, con bastantes entradas, ojos azulados. Aquella vez llevaba gafas de sol, pero ayer vino sin ellas.

—¿Volvió ayer a la tienda?

—Sí, vino a darme las gracias; según dijo, al niño le encantó el disfraz.

—¿Recuerda a qué hora fue? —intervino Albert.

—Estaba a punto de acabar mi turno, de hecho, se ofreció a invitarme a tomar algo por las molestias. Tonteamos un poco, pero finalmente le dije que no, ya sabe cómo acaban esas cosas… Aunque tal vez debería haber aceptado, no estaba mal el tipo, pero con un hijo todo son complicaciones.

—El turno de mañana termina a las tres —cortó la gerente, cuya imagen de la chica iba empeorando por momentos. La habían contratado hacía poco, y algo le decía que no duraría demasiado.

—¿Podemos ver las grabaciones? —preguntó Albert.

—Por supuesto. Vengan conmigo.

—Lily, cuando termines de ordenar lo de Halloween, empieza a sacar lo de navidad y después ayudas a Claire en el almacén. —Un poco de trabajo extra no le vendría mal como toque de atención.

—Si no le importa, sería conveniente que nos acompañara —indicó Albert.

Lily sonrió abiertamente, Claire tendría que arreglárselas sola. Volvieron de nuevo a la sala de grabaciones, esta vez con la chica del pelo azul. La mujer seleccionó la grabación del día y avanzó hasta las dos y media; a partir de esa hora bajó la velocidad y empezaron a ver a cámara semi rápida a los clientes que pasaban por las tres últimas cajas del supermercado. La imagen era bastante buena.

—Ahí, ese es el hombre —dijo la chica señalando la cámara en el minuto cincuenta y tres—. Vaya, no lo recordaba tan guapo, tenía que haberle dicho que sí.

La cámara enfocaba a un hombre de rostro cotidiano; como había descrito la chica, el cabello era claro y pasaba un par de cabezas al resto de clientes. Por lo demás, los rasgos no tenían nada de particular. El hombre, tras unos instantes de charla, puso sobre la cinta los artículos que llevaba en el carro. Por último, cogió de nuevo varios paquetes de caramelos. Pagó en efectivo, esperaban poder ver los números de la tarjeta para asociarla a una persona. Por la protección de datos, la tienda no podía acceder a esa información, pero desde el banco, tratándose de un asesinato y con una orden, no

hubieran tenido problemas.

—¿Podríamos ver las cámaras del aparcamiento? —pidió Albert, quizás tuvieran más suerte con la matrícula.

—Yo… yo lo conozco —empezó a balbucear Rosey, quien tenía pegada la vista a la pantalla para ver con nitidez—. Sí, estoy segura, es él. Hace meses que viene todas las semanas, normalmente viene solo, pero en alguna ocasión ha venido con su mujer. —Lanzó una mirada recriminatoria a la joven, quien no se dio por aludida, y siguió con la misma actitud—. Como les digo, él y su mujer se hicieron la tarjeta de descuento conmigo. ¿Cómo se llamaba? James, John… No, Jack, se llamaba Jack, Jack Adkins, lo recuerdo porque ese es mi apellido de soltera.

La mujer, con presteza, buscó de nuevo en el ordenador.

—Aquí está, Jack Adkins. Dios mío, no me acordaba. Vive en el pueblo donde encontraron a la niña.

Les abrió la puerta una mujer lánguida, su rostro era agradable a pesar de la nariz aguileña y de las líneas rectas de su cara. Había algo en sus ojos que merecían compasión.

—¿Qué desean? —Les dijo, escondida tras la puerta con una voz demasiado dulce para su aspecto.

—Buenas tardes, mi nombre es Patricia Salcedo y mi compañero...

—Poli. —Este le chocó, más bien le agarró, una de las manos que se aferraban al quicio de la puerta.

—Somos de la policía de Jávea, nos gustaría hablar con tu madre.

—¿Con mamá? —La chica miró tímidamente en el interior de la casa de la que solo se veía oscuridad—. ¿Es por la niña… la niña que han encontrado?

—Todavía es pronto para afirmarlo, pero creemos que puede haber relación con la muerte de tu hermana —explicó Patricia.

La chica los contempló durante unos segundos, abrió ligeramente la puerta y echó una ojeada nuevamente al interior. Esta vez pudieron ver una mecedora muy antigua que ocupaba gran parte del recibidor.

—No sé si es buena idea, mamá está delicada de salud y esto solo la alteraría.

—Tranquila, somos profesionales, su madre ni notará que estamos

aquí.

Sin darle tiempo a reaccionar, Poli empujó la puerta y se coló en aquella casa. En la pared del recibidor había varios marcos de plata bastante oxidados con retratos de fotos antiguas. En la del medio, una señorona corpulenta de pelo largo y la misma nariz aguileña que la muchacha, los miraba de manera reprobatoria. Poli señaló la foto con cara de desagrado.

— ¡Vaya mujer!

— ¡Poli! —reprendió Patricia.

—Acompáñenme, mamá está en el comedor —dijo la chica con la mirada al frente.

La siguieron a la habitación contigua donde una mujer sentada en una butaca con los ojos cerrados lanzaba ronquidos entrecortados, solo se veía la mitad de su cuerpo, ya que la otra estaba oculta debajo del mantel bordado de la mesa camilla.

—Mamá. —La muchacha tocó suavemente el hombro de la mujer, que seguía dormida lanzando soplidos—. Mamá. —La chica subió el tono, pero su cándida voz parecía hacer el efecto contrario.

— ¡Señora, despierte! —gritó Poli.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Abrió los ojos intentando enfocar la imagen de los dos policías que esperaban delante de ella—. ¿A qué vienen esos gritos?

—Mamá, estos señores quieren hablar contigo, son policías —le dijo la chica con mucho tacto.

La muchacha acomodó dos sillas alrededor de la mesa camilla, pero Patricia, con un gesto de la mano, declinó la oferta.

—Queríamos hablar sobre el asesinato de su hija.

—¿Asesinato? —La mujer recreó la palabra entre sus dientes.

—Necesitamos información de lo que ocurrió.

—¿Ahora ya no tienen miedo de decirlo? Ya lo dije y no quisieron creerme —chilló alterada—. A mi Estefanía me la mataron, cuántas penas nos hubieran ahorrado si lo hubieran reconocido en su momento. No pudieron dar con el asesino y dejaron que la gente pudiera imaginar lo que quisiera.

—Vistos los nuevos sucesos… Ha aparecido un nuevo cuerpo en el mismo sitio donde murió su hija hace treinta años.

—Lo sé. Ha vuelto —dijo esto con una mueca extraña parecida a una sonrisa—. La bruja ha vuelto.

Poli, contemplando las fotos del mueble del televisor suspiró, aquella mujer había perdido la cabeza.

—Las brujas vinieron a visitarme hace varias noches. Eran ellas, las mismas que se llevaron a mi Estefanía. —Les relató con todo lujo de

detalles las pesadillas que le atormentaron la víspera de Todos los Santos.

Patricia se estremeció, parecía como si la temperatura hubiera bajado varios grados dejando un ambiente gélido y extraño. La chica, en un rincón, se restregaba los dedos de manera nerviosa entre las manos.

—De acuerdo… —dijo Patricia cuando terminó el relato sin saber muy bien cómo encajar todo aquello.

—¿Y de su hija que nos puede contar? —inquirió Poli todavía admirando las fotos del mueble del comedor. Aquella familia era el reparto perfecto para una película de terror —.¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

—Mi Estefanía era la mejor de las hijas y me la mataron. Ella se portaba bien con todo el mundo, era cándida, bondadosa, pero los niños se aprovechaban de su buena fue. Un día, hasta tuvieron la ocurrencia de ponerle gomas de mascar en el pelo, ¿y qué hizo ella? ¡Nada! Me dijo "mamá he sido yo sin querer". ¡Ay, mi Estefanía! —La mujer lanzó un lamento—. Aquel treinta y uno de octubre solo hacía un año del aniversario de la muerte de mi marido. Fuimos a llevarle flores. Las más bonitas que había en la floristería. Estefanía estaba como siempre, como ella era. —Señaló uno de los retratos, una chiquilla con dos trenzas y los mismos ojos negros y profundos que su hermana—. Solo tenía nueve años, aquel día iría por primera vez a las historias. Al principio me negué, pero insistió tanto, no tenía que haberla dejado ir.— La mujer se apretó el pecho.

—¡Mamá! —chilló la chica yendo hacia su madre.

—Está bien, hija, está bien —convino la mujer con la mano en el pecho—. A las seis se fue hacia el corral, yo me quedé con Águeda en casa, la tenía con fiebre. Estefanía me prometió que cuando terminaran pediría a alguien que la acompañara. Cuando el reloj dio las once encerré a Águeda en su cuarto y fui a por ella. Aquello no era normal, mi hija nunca hubiera dejado que me preocupara, era tan buena mi Estefanía. Llegué a casa de Antonio … —La mujer hizo una pausa para coger aliento—, las luces del corral estaban apagadas, aporreé la puerta hasta que salieron a abrirme, pero mi niña no estaba.

Patricia asintió, era la misma historia del informe de Toni. Andreu Espinosa había contrastado la información con las personas que asistieron a los relatos y todos afirmaron lo mismo. La chica no se presentó.

—Salimos a buscarla por todo el pueblo, no fue hasta la mañana siguiente que Antonio la encontró, fría y sola en aquel maldito agujero.

—¿Recuerda si se hallaron setas de alguna clase junto a su hija? —

preguntó Patricia.

—¿Pero que tonterías dice?

—¿En la búsqueda vio algo extraño o alguien que le llamara la atención?

—Mi hija no aparecía, ¿cree que la gente me interesaba lo más mínimo? ¡Y esa gente! —dijo con la furia proyectada en los ojos—. Esa gente que nos abandonó a nuestra suerte y dijo todo aquello de nosotras. Creían que no los escuchaba, que yo maté a mi hija, dijeron, que Estefanía se suicidó, que su madre la mató. Que saltó de lo alto de la cueva por mi culpa. Que la hija de la curandera mató a su hija. En vida de mi madre no se hubieran atrevido. ¡Cuántas veces vinieron a casa a buscar remedios!

—Mamá, es mejor olvidarlo —gimió Águeda con lágrimas en los ojos.

—¿Olvidar? Al contrario, ahora es el momento de ir con la cabeza bien alta.

—¡Cuidado! —gritó Poli señalando el brasero—. ¡Está ardiendo!

La mujer, apoyando los brazos en el sillón, dio un salto y empujó la mesa con fuerza hacia delante. Esta volcó dejando ver el brasero intacto.

—Vaya, me ha parecido que ardía —dijo Poli rascándose la pelusilla de la cabeza.

—¡Qué susto me ha dado! —dijo la mujer llevándose la mano al pecho de nuevo y recuperando la respiración.

Sin ayuda, se mantenía erguida entre el sillón y la mesa volcada; la mujer, al sentirse observada, ahogó un grito y se dejó caer con dificultad en el sillón.

—Mi corazón… —Cerró los ojos con dolor.

—Mamá, ¿estás bien? —La chica se acercó apresuradamente hacia su madre —. Mi madre tiene el corazón muy débil, no es bueno que sufra muchos sobresaltos —explicó a los dos policías. Arrodillada, sujetaba con delicadeza la mano de su madre entre las suyas.

—Y ahora, si pueden dejar a esta anciana con su dolor. —La mujer cerró los ojos invitándolos a irse.

—Les dejamos una tarjeta, si recuerdan cualquier detalle no duden en llamar, todo puede ser importante.

Poli y Patricia dejaron a las dos mujeres solas. Al salir contemplaron por última vez el retrato del recibidor, aquella mujer con su nariz larguirucha y su aspecto siniestro. Era igual que una bruja.

Fijaron como sitio de reuniones aquel punto en el patio. Los pequeños de primero se arremolinaban a mares en el columpio, y siempre creaban problemas que el profesor tendría que solucionar dejándolos solos con tiempo suficiente para empezar el plan.

—¿Has estado pensando en lo que te dije? —empezó Victoria, frotándose las manos.

—Sí, pero no sé cómo vamos a encontrar a la bruja.

—Necesitamos encontrar pistas, tenemos que volver al sitio donde Esther dormía.

—De acuerdo, lo haremos —dijo Julen, convencido.

—También tendrás que hablar con tu hermano, puede que también viera a la bruja —explicó Victoria viendo cómo una profesora atendía a una niña que había pensado que tirarse de cabeza por el tobogán era una buena idea.

—¿Christian? —preguntó el niño con timidez.

—Sí, Pau la vio y estaban juntos, tal vez él pueda decirnos más cosas. Mi hermano se niega a hablar del tema conmigo y hasta ha amenazado con contárselo a mamá si insisto de nuevo. No puedo arriesgarme.

Estaban completamente solos. Pepa, la profesora de cuarto, llevaba de la mano a la niña que lucía un considerable moratón en la frente.

—No sé… —Christian y él no hablaban, solo vivían en la misma casa. Hubo un tiempo en que compartían juegos y hasta dormían en la misma habitación, pero cuando aquellas explosiones rojizas le salieron en la cara, dejó de dirigirle la palabra. Se prometió que si alguna vez tenía algo así, se rascaría hasta hacerlas desaparecer. Al parecer, aquello te convertía en una especie de zombi de los más antipáticos.

—¿Quieres ayudar a Jack o no? —apremió Victoria nerviosa.

Este asintió, tendría que buscar la manera. La última vez que hablaron de algo similar, las cosas se torcieron de un modo que no imaginaba, pero esta vez tendría la precaución de hablar con él cuando nadie los oyese.

—Perfecto entonces. Hoy tengo natación, pero mañana, después del colegio, iremos a la cueva a buscar pistas.

—Victoria… ¿no crees que antes tendríamos que avisar a Jack? Si hay una bruja que quiere dormirlo, tenemos que decirle que vaya con cuidado.

—No me has dejado terminar. —Tenía razón, habían de avisar a

Jack—. Iba a decirte que antes de ir a la cueva buscaremos a Jack para ponerle sobre aviso.

Julen movió la cabeza repetidas veces, aquello era lo más importante, Jack tenía que saber que debía mantenerse alejado de las brujas.

El vuelo había llegado de madrugada. El desfase horario la tuvo despierta hasta las seis de la mañana, pero por fin había caído en un sueño reparador del que no tenía hora para despertar. En unos días empezaba una nueva ruta Helsinki-Bangkok, y de nuevo su biorritmo tendría que adaptarse a un nuevo huso horario. Tenía que utilizar todas las horas que le sirvieran de respiro, pero la persona que llamaba al timbre desconocía ese hecho. Se puso el antifaz a modo de diadema y bajó para ver quien había alterado su tan necesario descanso. No pudo pasar por alto la mirada que le dedicaron aquellos dos desconocidos a su pijama, o a lo que hacía de él, un camisón de raso con dos tirantes finitos. Después de varios días en Moscú donde el frío helaba hasta las entrañas, la temperatura de Poble Nou la definiría como una suave brisa.

—Estamos buscando a Jack Adkins. ¿Es este su domicilio?

—Sí, yo soy su mujer. —La mujer se abrazó para darse calor; aunque Benitatxell no era Rusia, a la intemperie de la calle el frío, también lograba su objetivo—. ¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Albert Escuder y ella es Jessica Martí, somos de la comisaría de Jávea.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la mujer, alerta.

—¿Podemos pasar? —preguntó Jessi para evitar que aquella mujer cogiera una pulmonía. A pesar de que el plumífero que llevaba mantenía su cuerpo caliente, no pudo evitar sentir un escalofrío cuando vio la prenda que cubría el cuerpo de la mujer.

La mujer, estirando el brazo y la mano hasta formar una línea perfecta, les señaló el interior de su casa, defecto profesional. Les invitó a la cocina donde empezó a calentar agua en el calentador de agua para el té. Había que ver lo que les gustaba a los europeos aquel invento. Jessi no recordaba ninguna habitación de hotel que no la tuviera. Hasta en España estaba empezando a calar aquella costumbre. Cuando el botón se apagó, la mujer sirvió tres tazas y, sin darles

opción a rechazarlo, puso en cada una dos bolsas de té inglés y se las ofreció.

—Nos gustaría esperar a su marido para contarles lo ocurrido —dijo Albert.

—¿Se trata de mi hijo Jack? —preguntó alterada; tenía que estar en la escuela. Cuando llegó, lo primero que hizo fue a darle un beso de buenas noches y dormía plácidamente en su cama. Ahora que iba al Lady Elizabeth, Jack se levantaba a las siete para ir a la escuela y ella a esas horas estaba durmiendo profundamente.

—No, es sobre una compra que hizo su marido, está relacionado con un caso que estamos investigando. Pero como le digo, empezaremos cuando llegue.

—¿Hablan ustedes inglés? —preguntó la mujer. Como esperaba, ambos negaron avergonzados—. Mi marido no tiene ningún conocimiento de su idioma y parece ser que soy la única que puede traducir a ambas partes. Así que tendré que enterarme de todos modos para poder traducirle, a no ser que quieran ir a buscar a alguien que lo haga.

Llamar a Patricia para pedir ayuda solo les serviría para recibir otra bronca, ya les advirtió sobre la necesidad de aprender inglés en la investigación anterior; y buscar a una intérprete sería perder tiempo. Albert le puso al corriente sobre las circunstancias y el paradero de la prenda adquirida por su marido.

—¡Dios mío! Debe ser un error, él lo compró para Jack —dijo en cuanto escuchó lo que tenían que decir—.Yo misma vi a mi hijo con ese disfraz. Esperen, se lo enseñaré. —Salió de la cocina. Tiempo que aprovechó Albert para diluir con rapidez el líquido de su taza por el desagüe. Jessi intentó darle una oportunidad pero tras quemarse la lengua y apreciar lo desagradable de la bebida, repitió el gesto de su compañero. Ambos pensaron que era de peor educación dejarlo intacto después de las molestias. La mujer regresó al cabo de unos momentos con el teléfono en la mano—. Lo ven, yo atendía el vuelo Madrid-Moscú y no estuve presente, pero Jack me envió una foto de nuestro hijo. Es este.

A juzgar por el modelo del teléfono, velar por la seguridad aérea estaba mucho mejor pagado que velar por la ciudadanía a pie de calle.

—Ese no es su hijo, sino Esther. Al menos son las mismas zapatillas que llevaba cuando murió.

La mujer se llevó las manos a la boca atónita, de repente vio con claridad que aquel no podía ser su hijo. Se escuchó una voz exultante en la entrada.

—*Darling! Mira lo que te he comprado*… —La efusión se acabó al encontrarse a aquellos desconocidos en su cocina. Sujetando un gran ramo de rosas rojas los miraba sin entender. Al final logró decir—:

Quiénes son ustedes?

Jessi no pudo dejar de pensar en la chica del pelo azul. Si su mujer supiera el valor de aquellas flores, las arrojaría al fuego. No fue la chimenea su destino, pero sí el banco de la cocina donde las dejó de manera brusca para apresurarse a ponerle al corriente de lo que aquellos dos policías le habían contado. Aunque su dominio del castellano rozaba la perfección, la fluidez con la que hablaba con su marido era vertiginosa. En el rostro del hombre apareció la misma cara de sorpresa, y al igual que hizo ella, enseñó la foto que le había tomado a su hijo delante del *Bull and Bears.* Cuando su mujer le indicó el equívoco, sus ojos se abrieron como platos, ¿cómo no se había dado cuenta? Aquel no era Jack. Suponía que el par de cervezas que se había metido en el cuerpo tendrían algo que ver o, más bien al contrario, de que no lo viera.

—¿No le pareció raro que su hijo no volviera a casa con el disfraz? —preguntó Jessica en tono de reproche. Como su cuñado, aquel hombre tenía una gran cruz dibujada. Ella ya había dictado sentencia. Jack Adkins padre era un ser no deseable.

La mujer tradujo con celeridad ambas partes.

—Mi marido dice que Jack le contó que se había...como se dice… —Buscaba en el gran abismo de idiomas que era su memoria la palabra rajar, solo le venía la palabra francesa e italiana—. Él se hizo un agujero y lo tiró —dijo finalmente.

Sin que ambas partes pudieran aportar nada más, esperaron a que el niño volviera de la escuela para que les explicase por qué su vestido había acabado en el cuerpo de aquella niña. Una hora y dos tazas rechazadas después, Jack volvía de la escuela. El susto que se llevó al ver a todas esas personas reunidas en la cocina de su casa aumentó cuando le explicaron el motivo. Cabizbajo, explicó todo lo ocurrido. Albert y Jessi se miraron con decepción, allí no había nada, habían perdido un tiempo valioso en un juego de niños.

Patricia no dejaba de darle vueltas, aquella casa era el decorado perfecto para una película de miedo; el crujir de los tablones de madera, los arcones y demás muebles, y qué decir de sus dos protagonistas, la anciana decrépita y su hija siniestra. De ahí Amenábar hacía un taquillazo seguro. Aceptó el café que Poli le

ofreció, los niños no estaban en casa y tenía tiempo. No quería reconocerlo, pero estaba empezando a disfrutar de los momentos que estaban con su ex. En esos instantes podía desconectar de su papel de madre sabiendo que estaban atendidos y sin tener que ir con prisas a buscarlos de nuevo. Por su parte Poli, salió como si nada. Se sentaron en la terraza del bar la Trillaora, situado en una de las salidas del pueblo. Patricia no pudo sino fruncir el ceño cuando observó que al lado del bar había una escuela infantil y, junto a esta, el cementerio. La camarera, una joven de pelo corto, salió en cuanto los vio.

—¿Qué va a ser? —Les dijo de manera seca.

—Dos cafés. —Pidió Poli—. El suyo corto con sacarina y el mío largo con un sobre de azúcar.

La mujer sacó del bolsillo de sus pantalones un bloc de notas con manchas de aceite y un boli bic con la tapa mordida.

—¿Y de comer? —Soltó en el mismo tono monocorde.

—Para mí un croissant de mantequilla a la plancha, tostado, pero no quemado. —Se adelantó Patricia, haciendo una pausa para que la mujer acabara de escribir. Era lenta, demasiado lenta para ser camarera. Aquel lugar era punto fijo de ciclistas, no se quería imaginar a la muchacha tomando nota de un grupo grande. Cuando por fin acabó, continuó—. Y para él, dos doughnuts de chocolate.

—Solo uno —rectificó Poli, golpeándose con orgullo la barriga.

—Un... doughnut...chocolate… —masculló la mujer escribiéndolo en el papel—. Listo. En un momento lo tenéis.

Devolvió la libretita al bolsillo trasero de sus pantalones, y se fue mordisqueando la capucha del bolígrafo.

—Creo que nos conocemos demasiados años —rio Patricia.

No había un solo destino en el que no hubieran coincidido. Primero en Madrid, luego en Valencia y más tarde en Jávea. Llegó a pensar en alguna ocasión que su padre tenía algo que ver. Algo así como un guardaespaldas de confianza que pudiera informarle de primera mano. Poli no reparó en el comentario, sacó del bolsillo una barrita energética que compró para momentos como aquel. Si aquella mujer era igual de lenta sirviendo, todavía les quedaba tiempo de espera.

—Así que el brasero estaba ardiendo...

—Te has dado cuenta, ¿eh? —dijo Poli llevándose la mitad de la barrita a la boca. Aquello no solo parecía comida para pájaros, sino que sabía igual.

—Creo que te conozco demasiado.

—Para estar medio inválida tiene bastante vitalidad, ¿has visto el salto que ha dado?

—Eso me ha parecido.

—Créeme, esa mujer es un paripé andante. Lo único que pretende es tener a la chica pegada a sus faldas, y para eso pretende estar más enferma de lo que realmente está.

—Pero, no me negarás que necesita ayuda. Aquellos sueños demuestran que está empezando a perder la cabeza… —Se estremeció de nuevo al recordarlos. No había escuchado en toda su vida nada tan mezquino y siniestro, y lo peor era que se empeñaba en hacerlos realidad—. Deberíamos llamar a servicios sociales, esa mujer necesita ayuda. La muerte de su hija la trastornó por completo.

—¿Por eso? No, los sueños sí eran reales. —Poli giró el cuello hasta que alcanzó a ver la barra. En ella su pedido esperaba ser entregado, pero la camarera estaba en esos momentos atendiendo a un grupo de cinco que había entrado hacía un rato por la puerta.

—Poli, no me jodas, que nos conocemos de hace años. No me vengas tú también con que las brujas existen.

—Claro que existen, pero no de la manera que tú crees. Tu manía por las rayas y círculos no te dejan ver la realidad.

—No te sigo.

—Siempre te ha gustado el arte, pero el arte malo. En tu oficina cuelgas semana tras semana cuadros que yo no recogería ni del vertedero. Ahora, que el de esta semana se lleva la palma.

Patricia lo miró esta vez disgustada. En su despacho lucía desde hacía unos días el cuadro número 17, una de sus obras preferidas de Jackson Pollock. Cuando vivían en Madrid, en más de una ocasión Poli se unió a ella y a su padre en las visitas a museos. Si bien su padre se empeñaba en ir al Prado, ella, por el contrario, encontraba maravilloso el Reina Sofía. Los dos eran unos apasionados del arte, cada uno en su estilo, y se empeñaban en hacerlo transmitir a un Poli que se pasaba la visita bostezando. Solo esperando la hora del cierre para ir a saciar el apetito en uno de los bares cercanos.

—Jackson Pollock es el máximo representante del expresionismo abstracto —explicó Patricia rememorando aquellos tiempos—. Y no solo eso, su forma de pintar era totalmente diferente al resto. Fijaba el lienzo al suelo y en lugar de pinceles, utilizaba palas de jardinero, cuchillos...

—No te enfades Patricia. Lo que tú llamas arte yo lo llamó un tío borracho haciendo el tonto.

En cierta manera tenía razón, Jackson Pollock sufrió de alcoholismo y murió a los cuarenta y cuatro años en un accidente automovilístico al conducir ebrio.

—Pues que sepas que, haciendo el tonto, su obra número 17A es de las más caras de la historia.

—¿Cuánto? —preguntó temiendo oír la respuesta.

—Doscientos dos millones de dólares.

Poli negó continuamente con la cabeza.

—Doscientos dos millones de palazos le daba yo al que se gastó ese dinero.

—Pues eso no es nada. Espera a ver este… —Escribió en el buscador "Intercambio" de "Willem de Kooping"—. Antes de que digas ninguna gilipollez, te diré que hasta que alguien ofreció la friolera de cuatro cientos cincuenta millones por la compra de "Salvador Mundo" de "Da Vinci". "Intercambio" fue durante muchos años el primero en el ranking de ventas. —Le acercó la pantalla a su cara—. Es una verdadera joya del impresionismo abstracto.

Poli gruñó, aquello no tenía sentido. Ante él, brochazos sin sentido componían el lienzo. La imagen de la camarera acercándose le tranquilizó, apartó el móvil de su cara.

—No entiendes una mierda de arte —le increpó Patricia.

—Al parecer lo suficiente para saber que la abuela no está loca. Suerte que Ernesto siempre fue mucho más vehemente que tú en sus explicaciones… Especialmente con uno de sus pintores favoritos.

Poli era la única persona que se atrevía a llamar a su padre por el nombre de pila, en lugar de comisario Salcedo.

—¿Con cuál?

—Con la cabeza más famosa de los premios del cine.

Patricia no tuvo ni que pensarlo; como Poli sabía, aquel pintor fue uno de los protagonistas en su caso más complicado.

—Goya.

—Así es, Francisco de Goya.

Poli le debía mucho a aquel pobre infeliz, sus pinturas negras eran un reflejo de lo que él mismo sintió en su época más oscura. Los demonios que le perseguían tenían la misma forma. Durante largo tiempo no solo se quedó sordo, sino ciego. Incapaz de ver el mundo exterior o escuchar las pocas voces que quedaron para salvarlo. Ir a Madrid, cambiar de aires, fue el primer paso para una nueva vida que empezaba poco a poco. Cuando Ernesto le mostró "La lechera de Burdeos", supo que había esperanza. Aquel cuadro, de los últimos que pintó Goya, le enseñó que las sombras podían dar paso a la luz.

—Quita esa monstruosidad de palazos sin sentido, y pon "El conjuro".

Patricia tecleó con rapidez. Allí, ante sus ojos, aparecieron los sueños de la madre de Estefanía hechos realidad.

Juraría que el cuadro que hacía meses tuvo Patricia colgado en su despacho, era exactamente igual que el mural representado en la pared del pasillo de su amiga Maica; la artista en cuestión, con gran jolgorio ocupaba todos los espacios que alcanzaba su diminuto cuerpo. Así que aquel era el misterio, el nacimiento de la pintura abstracta fue así de simple, sus hijos les hacían el trabajo.

—Tranquila, son rotuladores lavables —aclaró su amiga—. Un poco de agua y se va. Vayamos al comedor, allí estaremos más tranquilas.

El comedor, o lo que una vez fue, se había convertido en un almacén de artilugios de la niña: la hamaquita, la trona, el parque infantil, la manta… y juguetes, decenas de juguetes por doquier.

—Siéntate donde quieras. En un minuto estoy contigo. —Su amiga se dirigió a la cocina, del que provenía el sonido del vapor circulando por la válvula de la olla a presión.

O más bien donde puedas, pensó Jess. Apartó el gran oso de peluche que ocupaba un asiento en el sofá como uno más de la familia, y se acomodó entre muñecas y piezas de construcción. Casi dio un salto cuando notó algo en su pierna. Allí estaba la niña, cogida a su pantorrilla dando saltitos. Las visitas siempre llevaban diversión y no pensaba perdérselo.

—Hola, pequeña, ¿cómo estás?

—Tachu, tachu. —Jessi se dobló para oírla mejor. Su sobrino, recién cumplidos los dieciocho meses, empezó a parlotear que daba gusto; la estimulación a la que estaba sometido por su madre seguro que tenía algo que ver. En cambio, la hija de Maica no daba grandes avances en ese sentido.

—¿Cómo dices?

—Tachu, tachu —repitió, enseñándole el rotulador que llevaba en la mano.

—Ah, qué quieres hacerme un tatuaje.

Sin esperar confirmación, la niña le cogió la mano y empezó los trazos curvilíneos igual que los de la pared. Tras unos instantes, tiempo que le dio para pintar ambas manos, su amiga volvió a aparecer por la puerta.

—Ya está el puchero listo. Con la olla a presión se hace enseguida, pero me da un miedo ese aparato, se oyen tantas cosas.

—Yo creo que también estoy lista. —Le enseñó la obra de su hija.

— ¡Ay, cariño!

La niña, soltando risitas, volvió sus pasos hacia el pasillo, todavía quedaba un trozo de pared para recrear su arte.

—No te preocupes, se va con agua. ¿Quieres quedarte a comer? Carlos no tardará en venir.

—Sí, me encantará verle.

Carlos y su familia vivieron durante su adolescencia en Llíria. A su padre, constructor de profesión, le otorgaron varias obras públicas para supervisar y decidió mudarse durante los años que duró el contrato. En el instituto Camp de Turia conoció a Jessi y su amistad se elevó a la categoría de noviazgo el último año de instituto, pero aquello no iba con ellos; volvieron a su antigua relación con total normalidad y ninguno de los dos sintió celos cuando el otro le presentó a sus respectivas parejas. Jessi a un par de ellos y Carlos a Maica, con la que llevaba saliendo desde los veinte. Maica tenía un gusto a los chismes demasiado exagerado para Jessi, era muy hipocondríaca y maniática. Pero cuando Carlos la eligió, ella también lo hizo.

—Perfecto. —Sonrió su amiga—. Me dijiste por teléfono que te encontraste a Iván en el supermercado. —Se frotó las manos con el paño que colgaba de su delantal, lista para el cotilleo.

—Sí, y no iba solo. Una chica de larga melena le acompañaba

—¿Has conocido a Laura? —preguntó, completamente excitada—. ¿Qué te pareció?

—No sabría cómo describirla. Muy... ¿influencer?

—¡A que sí! ¡A mí también me lo pareció! La cuestión es que creo que lo es. Su Instagram está lleno de fotos de ella posando, incluso creo que le pagan por anunciar ciertas marcas. Pero cuéntame… ¿cómo fue el encuentro? ¿Qué te dijo?

—Por eso quería hablar contigo, fue todo muy extraño. La chica me miró como si fuera de otra galaxia y luego hubo un par de comentarios que no entendí. Además, no me gustó nada su forma de mirarme, ¿qué es exactamente lo que tenías que contarme sobre Iván?

Su amiga se levantó nerviosa jugueteando con el trapo de cocina.

—Pues verás... básicamente cuenta la historia al revés.

—No te entiendo.

—Tú eres él, y él eres tú.

—Sigo sin entenderte.

—Pues digamos que él te dejó y tú no paraste de acosarle durante meses.

La rabia fue subiéndole por las mejillas. El grado de acoso que sufrió fue tal que hasta pensó en denunciarlo.

—¡Será hijo de puta! —gritó.

—Jessi… —Su amiga miró hacia el pasillo torciendo la cabeza. Entendía que estuviera enfadada, pero las palabrotas en su casa estaban prohibidas. Su hija ahora se había convertido en un loro. No hablaba, pero repetía a su manera todo lo que escuchaba.

Se oyó el juego de llaves, seguido de un correteo de pasos que acabó en risas estridentes por parte de la pequeña. Carlos apareció cargándola al hombro mientras esta se moría de risa.

—¡Jessi! —gritó su amigo al verla. Esta, sin moverse, seguía con las mejillas encendidas en fuego. Su amigo, sin reparar en aquel detalle, dejó a la niña en el suelo, que no quedó satisfecha y empezó a sollozar.

—¡No sabía que vendrías! —La abrazó con gran afecto atrayéndola hacia él.

Maica los miró con cariño. Al principio no supo cómo afrontar la relación que tenían y los celos la acompañaron durante algún tiempo, después supo ver que el vínculo que les unía era una fuerte amistad. El abrazo se vio interrumpido, la niña aumentó sus lloros y su padre volvió a cargarla haciéndole cosquillas en compensación.

—Carlos, ¿puedes salir antes esta tarde? —preguntó Maica recordando la visita al pediatra.

—Creo que no, tenemos mucho trabajo en la reforma del chalé que estamos haciendo —contestó por encima de las risotadas de la niña.

—Pero puede quedarse tu padre, ¿no? —dijo dándolo por hecho—. La niña sigue con mocos. Me han dado cita a las seis.

—Está bien. —Suspiró. Era una batalla perdida, la hipocondría de la madre se traspasaba ahora a la hija. Hasta que el médico no le diera el diagnóstico que ella esperaba oír, no pararía. Por suerte habían dado con un pediatra que siempre asentía dándole la razón, para después indicarles lo que realmente era necesario.

—Y dime, Jessi, ¿a qué se debe tan grata visita? —preguntó su amigo.

—Pues verás, se trata de… —empezó su mujer.

—Nada, solo quería veros —cortó Jessi. Hacía tiempo que no coincidía con él y no quería arruinar la comida por el maldito bastardo de su ex.

Carlos captó la mirada de su mujer. Allí pasaba algo, pero si no quería contarlo, sus motivos tendría. Él solo podía animarla y sabía exactamente cómo.

—¿Quieres una ensalada de las mías? —animó su amigo.

Jessi asintió riendo, las ensaladas de Carlos eran básicamente todo lo que pudiera acompañar a la lechuga y al tomate: tronquitos, piña, gambas, queso… Un día que volvían del instituto, Carlos se quedó a comer en casa y se ofreció a preparar una con algún complemento

más. En aquella época pensó que los nachos y los cacahuetes también servirían. La cara de su madre fue todo un poema.

—Te ayudo, me lavo las manos y voy —dijo Jessi enseñándole la obra de su hija.

—Yo de ti no me las lavaría. En el futuro pueden valer miles de euros. Pero si insistes, te espero en la cocina. ¿Tú también nos ayudas, artista? —dijo descargando a la niña que, muy contenta. empezó a aplaudir.

Maica fue con ellos a separar el caldo del puchero y preparar unos fideos de primero, mientras que la pequeña ayudaba a su padre echando los ingredientes. Por petición de la pequeña incorporaron parte de los garbanzos. Maica, en voz muy baja, tanto que incluso en algunas partes Carlos tuvo que leerle los labios, le contó el verdadero motivo de la visita de Jessi. Cuando ya estaba la comida preparada y Carlos estuvo al corriente de la situación, se oyó abrirse la puerta del baño y tras unos segundos apareció Jessi.

—¿Estás segura de que se quitan solo con agua? —Jessi les mostró las manos que seguían igual de manchadas.

—Claro, son rotuladores lavables.

Maica cogió un trapo, lo mojó debajo del grifo y lo restregó por su piel, pero aquello no desaparecía... la tinta… ¡la tinta era diferente!

—¿Qué has hecho? —Miró a la niña que, subida al taburete, se estaba comiendo parte de la ensalada que había ayudado a preparar y ya empezaba a mostrar signos de cansancio—. No te preocupes Jessi, ahora te traigo acetona, con eso se irá.

Tras muchas friegas logró hacerlo desaparecer en parte, aunque un ligero difuminado quedó en su piel. El tiempo que tardó Maica en borrarlo, Carlos aprovechó para dar de comer a la pequeña medio plato de fideos, pero los ojos se le cerraban a cada cucharada. Se terminó él mismo el plato para no dejar ninguna prueba y acostar a la pequeña para empezar la comida de los adultos sin que Maica pudiera protestar.

Fue muy divertido recordar anécdotas de instituto de Camp de Túria en Llíria. Aunque nunca perdieron el contacto, sus caminos cogieron rumbos distintos. Carlos se casó muy joven y empezó una vida más casera, mientras que Jessi tomó otro camino. Lo que tenían en común era esa época del pasado, una época preciosa que nunca olvidarían. Tras el postre, se levantó.

—Lo lamento, pero tengo que volver al trabajo. Os ayudo a recoger.

—Nada, déjalo. Hasta las seis que vayamos al pediatra tengo tiempo —contestó Maica.

—Te acompaño a la puerta. —Se ofreció Carlos. Ya por el pasillo le dijo—: Me lo ha contado Maica, es por Iván, ¿verdad? Si te sirve mi

opinión de algo, yo no lo movería. Se va a casar, y nos contó la prima de Maica que con toda probabilidad se muden a Madrid, los que te conocemos sabemos la verdad. Además, no es el mismo, parece que ha cambiado. Creo que desenmascararle ahora solo podría llevarte problemas.

—¿A qué te refieres? ¿Es mejor que la chica piense que soy una acosadora?

—¿Es mejor que sepa que fue él? —rebatió su amigo—. Si su novia llega a enterarse que no solo fue un mentiroso sino un obsesivo, puede...

—Que cancelen la boda —continuó Jessi, que empezó a verlo con claridad meridiana.

Tenía toda la razón, si el precio que tenía que pagar por seguir desaparecida de su vida era ese, estaba dispuesta a pagarlo. En su día pagó uno mucho más alto

El jueves era día de partido. Albert se ajustó las espinilleras por encima de las piernas. Aunque se trataba de un partido amistoso, sus amigos no iban con contemplaciones. En más de una ocasión, alguien había acabado con algún brazo roto o un moratón en el costado, eso en el mejor de los casos. Casados contra solteros, unos de color negro y los otros de color amarillo. Aunque no hacía falta ninguna distinción, la silueta de cada uno ya lo ponía en una categoría. Los solteros, con tiempo para ir al gimnasio, lucían abdominales y piernas fuertes; mientras que los que llevaban anillos en el dedo anular, lucían una incipiente barriga que asomaba por debajo de la camiseta. A la que se sumaba una ojera pronunciada si el matrimonio venía con hijos.

—¡Vamos, Albert! Que te duermes —dijo Roger que no tenía uno sino dos niños, dándole un codazo.

—No he pasado muy buena noche. —Un bostezo de varios segundos acompañó sus palabras.

Todos los miembros del equipo de los casados, sin excepción, lo miraron fulminantemente.

—No, no es lo que pensáis. —Albert no pudo sino mover las manos en señal de rendición. Tenía todas las papeletas para ser el centro de los golpes ese día—. Al menos no esta vez. Es por el caso.

—Vaya. —Roger le intentó dar ánimos con una palmada de ánimo en el hombro—. ¿Por el caso de la niña?

Albert solo asintió en mitad de otro bostezo, el resto del equipo le correspondió con miradas de ánimo. Normalmente intentaban sonsacarle información de los casos en los que trabajaba. Parecía vivir en un capítulo de C.S.I. permanente. Pero aquello era diferente, una niña había muerto. No podían imaginar ni por un instante que algo así llegase a pasarle a sus hijos. Los niños debían ser intocables, por desgracia había demasiados indeseables en el mundo a los que no les importaba hacerles daño.

—¿Empezamos o qué? —preguntó uno de los casados que acaba de venir del baño. Viendo la apatía de sus compañeros, cogió el balón y lo lanzó a Albert que lo receptó con una mano.

—Joder, Albert, a ver cuándo te casas y pasas a nuestro equipo. A ver si ganamos de una vez.

Roger se levantó y, cogiendo otro balón, intentó hacerlo rodar con un dedo. Era lo único que mantenía entretenido a los gemelos, y se había vuelto un experto.

—Muy bien el jueguecito, ahora aprende a marcar y ya lo tenemos todo.

—Verás de lo que soy capaz. —Se fue decidido dando botes a la pelota.

El resto le siguió hasta el campo de balonmano. Albert se agachó para ajustarse una de las espinilleras que todavía notaba suelta, con la rodilla en el suelo observó a sus compañeros entrar al campo. Era todo tan previsible. Roger besó su anillo de casado, Arnau apuntó al cielo... Eran pocos los que no seguían algún ritual. Él entró con el pie derecho, pero podía haber sido perfectamente el izquierdo. No creía en esas supersticiones, no podía hacerlo, aquello le había alejado para siempre de la persona que más amaba en el mundo.

8

Estefanía 1990

Es curioso lo que viene a tu mente antes de morir. Recuerdo el día en que murió papá. Incienso. Recuerdo que olía a incienso. Eso, y las palabras de fondo que venían de la sala donde velaban su cuerpo sin vida. Águeda estaba en su cuarto, llorando en silencio. Lágrimas sigilosas caían por sus mejillas. Las de mamá eran diferentes, venían con gritos que desgarraban, con blasfemias que harían taparse los oídos al mismísimo satanás. Si mamá supiera por qué papá murió no hubiera llorado, pero no pude contárselo. Era un secreto. Un secreto de la abuela y mío.

El día era claro, las motas de polvo se veían a contraluz volando en el ambiente. El criterio fue unánime, el vestuario de verano era el más indicado para la jornada. Albert, con una camisa negra y unos vaqueros; Poli, con una camisa de algodón que le venía un poco grande y unos pantalones de lino que no le habían visto nunca; Patricia optó por un vestido de gasa azul eléctrico y Jessi, que seguía siendo la más friolera, se puso su camisa de cuadros rojos y negros encima de una camiseta negra con unos labios. Tras ponerse al corriente de las pesquisas del día anterior, alguien con más frío que Jessi hizo su aparición, a la que Patricia recibió con efusividad.

—Chicos, os presento a Julia, la nueva miembro del equipo, ha venido a presentarse. De momento, hará parte del trabajo desde Denia, pero estará con nosotros en unos días. Esperemos que de manera definitiva.

Albert se levantó para saludarle con dos besos. Jessi lo imitó para no parecer descortés; aunque algo le decía que, si no se hubiera tratado de un chica joven y bonita, un saludo como el de Poli, que lo único que hizo fue levantar el brazo sin ninguna efusión, hubiera bastado. Julia era unos centímetros más alta que ella, llevaba una corta melena de color rubio claro y tenía unos alargados y bonitos ojos castaños. Al igual que Patricia y al contrario que Jessi, que no tenía ni pizca de maquillaje en su piel, se había maquillado de manera sutil, excepto las pestañas. Estas se curvaban muy negras por encima de sus ojos. Tenía un rostro muy agradable, lo que Jessi calificaría de una

niña mona. Y decía niña, porque la falda escocesa con tirantes y el jersey negro de manga corta parecía el uniforme perfecto para un colegio de pago. Solo que allí no dejarían entrar a los alumnos con unos zapatos de tacón de muchos centímetros de altura.

—Su función consistirá… —siguió Patricia ajena a la radiografía que le estaba haciendo Jessi en ese momento—, en hacer parte de mi trabajo, sobre todo en cuanto a burocracia se refiere. Así podré centrarme más en ayudaros con los casos.

—Encantada de conoceros a todos; como ha dicho Patricia, mi función consistirá en hacer parte de su trabajo que, como es evidente, ella no puede asumir debido a la carga que tenéis ahora mismo —dijo la chica. Su voz dulce también era la apropiada para una niña mona —. De momento sigo en Denia, pero en unos días me incorporaré. Estoy aquí para lo que necesitéis, si puedo echaros una mano en cualquier ámbito de la investigación, lo que sea, no dudéis en pedirlo.

Patricia asintió complacida. No se tomó aquello como una contrariedad a sus órdenes, sino como un buen propósito de predisposición. La chica parecía dispuesta a ahorrarles un montón de trabajo.

Les interrumpió el teléfono de Patricia con una llamada de la comisaría de Denia. Lo puso encima de la mesa y conectó el manos libres esperando escuchar la voz de Stephen con novedades, pero fue otro el que contestó.

—¡Hola, Patricia! ¿Me recuerdas? ¡Soy Gonzalo! El informático, nos conocimos el otro día.

Aquella efusividad sonaba a recordatorio de citas, Albert no pudo evitar una sonrisa divertida.

—¿Habéis encontrado algo en el ordenador de la chica? —contestó rápidamente para evitar cavilaciones. A ella le había sonado del mismo modo.

—Sí, te llamaba para eso. En el teléfono nada relevante, llamadas frecuentes a amigos, multitud de selfies, mucha actividad en redes sociales, pero… —Hizo la misma pausa de Stephen—. Revisando el ordenador hemos encontrado algo. En los meses de verano se visitó con bastante frecuencia una página web de venta de setas alucinógenas. Justo hace un mes se produjo una compra en esa página. Como viene siendo habitual, solo permiten pagar con PayPal o con tarjeta de crédito. Te paso en unos momentos el nombre de la web. Tardaremos unos días en averiguar la dirección a través del dominio web. No aparece ningún contacto, solo un apartado para resolver dudas, nada de direcciones, teléfonos, e-mails...

—¿Algo más?

—Nada más, bueno… Lo más significativo es una página que se ha visitado con frecuencia en modo incógnito por las noches. Solo decirte

que los gustos en cuestión de porno del padre o de la madre son bastante extraños. Pero no creo que tenga relación. Del resto, lo típico: buscador, redes sociales, prensa...

—Gracias Gonzalo, en cuanto tengas algo, avísame por favor —apostaba por el padre como consumidor de vídeos sexuales. Su negativa por ceder el ordenador podía deberse a aquel hecho.

—Durante el fin de semana seguiré buscando. ¿Quieres darme tu teléfono personal y si consigo algo te aviso enseguida? —preguntó el chico cruzando los dedos de su mano izquierda.

—De acuerdo. —dijo dudando. Nunca daba su teléfono personal, pero aquel chico había demostrado ser de gran utilidad y con las nuevas directrices, les convenía tenerlo de cara. Albert volvió a asomar la misma sonrisa, Gonzalo, el informático, sin esfuerzo le había sacado el móvil. Poli pensaba lo mismo pero su expresión no fue tan jocosa.

Silenció el teléfono y lo guardo en su bolso de Hermes. Hasta que acabaran la reunión, nada de interrupciones.

—Preguntaremos a los padres, pero me parece muy raro que le dejaran tener tarjeta de crédito a esa edad.

No quería centrar toda la investigación en aquel punto hasta estar seguros de que esa era definitivamente la causa de la muerte, pero tenían que avanzar. Y primero Fernández y luego los de la científica confirmaron que, aunque no era común, la *psilocybe semilanceata* podía provocar los efectos que aparecieron en el cadáver.

—Yo creo más bien que se la robó a los padres —opinó Albert.

—¿Y no se dieron cuenta de que habían hecho una compra de ese tipo? —preguntó Patricia, que a partir de entonces pensaba estar más atenta a los gastos bancarios.

—No tienen por qué. Es tan fácil como saber los números; si la cantidad no es muy elevada, y los padres no revisan el extracto bancario con frecuencia, puede pasar totalmente desapercibido —contestó Albert. No les explicó el motivo, pero siendo apenas un adolescente se vio obligado a hacer uso de la tarjeta de su madre en muchas ocasiones y sabía lo fácil que resultaba.

Patricia pensó en su hijo, Harvey solo tenía nueve años, pero ya empezaban a distinguirse en él los rasgos típicos de la preadolescencia. Siempre les intentó inculcar, tanto a él como a Pablo, valores como la lealtad, la justicia y la confianza. Pero ahora que una nueva figura formaba parte de sus vidas, podían diluirse.

—Pues una visitita a esos vendedores de setas les hará cantar rapidito. Déjamelo a mí, Patricia —contestó Poli con un palillo en la boca para quitarse los restos de las tortitas de arroz de la mañana.

Hacía días que Poli estaba irreconocible. Si bien de su cajón seguía

saliendo comida, la mayoría era de dieta. No se pasaba todo el día sin apenas levantarse, y hasta había empezado a echarse perfume. Pero en cuanto a la investigación, seguía siendo él mismo; entraba en modo desconexión cuando alguien se alargaba en explicar detalles. Esperaba el resumen y la información precisa que Patricia siempre le ofrecía.

—Me temo que para eso tendremos que esperar unos días. Como ha dicho el informático, en los datos de contacto no viene nada.

—Supongo que no querrán arriesgarse a que la policía se presente allí —opinó Jessi.

—¿Tú crees? —participó Albert—. Yo estaba pensando más bien en la gente con adicción. Imagínate lo que sería tener en la puerta de casa a decenas de adictos a los viajes. —Le vino a la cabeza la serie de *Walking Dead* con los zombis rodeando la casa de los no infectados. Tenían razón en querer evitar esa imagen.

El bolso Hermes vibró con insistencia. Gonzalo, con varios iconos, saludaba a su nuevo contacto. No pudo evitar la tentación de guardarlo como Darth Vader. Abrió la copia adjunta que le enviaba.

—De momento solo tenemos el dominio web —leyó el nuevo mensaje—. Atentos al nombre, "setasdealucine", podéis echarle una ojeada a ver si encontráis algo llamativo hasta que tengamos una dirección a la que ir.

Albert sonrió, nadie podía olvidar un nombre como aquel.

—No será necesario esperar, Jessi y yo sabremos dónde encontrarlos, ¿tienes algún plan para hoy? —preguntó a su compañera que, como él, sabía quién les daría encantada aquella información.

Águeda poniendo los pies de puntillas y con todo cuidado se acercó a su madre. Los soplidos se escapaban de su pecho ininterrumpidamente. Pasó la mano delante de sus ojos, que permanecían entreabiertos. Nada. Ni el más ligero movimiento. Dormía profundamente. Fue hacia el mueble del comedor; empezó a abrirlo por los lados, un chirrido sonó; miró a su madre; seguía durmiendo. Abrió los centímetros necesarios para hacerse con lo que andaba buscando y salió de la casa. Sabía dónde tenía que ir. Necesitaba un teléfono y solo había una persona en aquel lugar en la que podía confiar.

La carnicería de Enrique estaba repleta de gente, pasó de largo y

dio varias vueltas a la manzana esperando a que se vaciara. Cuando el último cliente salió, y sin nadie más en la calle, Águeda golpeó el cristal y empezó a saludar tímidamente con la mano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Enrique, empujando la manivela para dejarla entrar.

—Necesito que me hagas un favor; tengo que hacer una llamada.

—Sí, claro, mi teléfono está detrás del mostrador. —Fue hasta allí y le tendió el móvil sin ni siquiera pensárselo.

La chica extrajo del bolsillo de su bolso negro la tarjeta, y observó el teléfono como si fuera la primera vez que veía aquel aparato. Enrique la observó con pesar, eran tantas las ganas de salvarla que, sin saber cómo, se había ganado un hueco en su corazón. Aquella mujer que seguía siendo una niña había vivido tanto tiempo en las tinieblas que merecía ver la luz.

—¿No tenéis teléfono en casa?

—Sí, uno de los antiguos, pero no funciona —contestó tímidamente. No tenían nadie a quien llamar. Muerta Estefanía, y tras cobrar fuerza los rumores que apuntaban a su madre como la causante, el teléfono simplemente dejó de sonar.

—Yo te enseñaré. —Con calma y mucho tacto le mostró el funcionamiento principal, dejando que fuera ella quien marcara los números. La chica sintió el frío del aparato en su oreja—. Te esperaré fuera.

—No, quédate. —Enrique solo asintió y permaneció junto a ella.

—Policía de Jávea, Patricia Salcedo al habla —se escuchó desde la otra línea.

—Soy Águeda.

—¿Águeda?

—La hermana de Estefanía, vinieron ayer a hablar con mamá. —Si por un instante pudiera dejar de serlo. Pensaba que con la aparición de la otra niña pararían los rumores y las miradas, pero iban a más. Tenía que ayudarlos avanzar.

—Claro, Águeda. —El rostro anguloso de la chica se dibujó en su cabeza—. ¿Está todo bien?

—Sí, es solo que… Creo que tengo algo que contarles. Si pudieran venir a Poble Nou…

—En quince minutos estamos ahí. Nos vemos en tu casa. —Patricia hizo una señal a Poli que, sin perder ni un minuto, se levantó, pero antes tuvo la precaución de coger una de aquellas barritas. Tenía que leer lo que llevaban, juraría que era lo mismo que las semillas que daban a los pájaros. Pensó con melancolía en los bombones que antes guardaba. Hacía días se los había terminado de una sentada; si iba a

empezar la dieta, iba a hacerlo sin distracciones.

—¡No, no! ¡En casa no! —interrumpió esta—. Tiene que ser en otro sitio.

Enrique, con una sonrisa en los labios, le señaló su local, estaría más que encantado de ayudar a la chica.

—Pueden venir aquí, carnicería Poble Nou, en la calle del mercado.

—Número diecisiete —apuntó Enrique en voz baja. La chica, devolviéndole la sonrisa, lo repitió.

—De acuerdo, ahora nos vemos.

—¿Dónde vamos esta vez? —Poli se apretó con el índice las gafas de aviador que se compró en la óptica del pueblo. Todavía recordaba la cara de la chica cuando se las probó, no pudo sino asentir cuando Poli afirmó que era igual que Tom Cruise en Top Gun.

—Vamos a ver a la hermana, pero esta vez parece que la madre no nos acompañará.

Albert se repantigó en el asiento de copiloto de su coche, el trayecto hasta Alicante iba a ser largo. El día anterior, después del partido, había tenido visita y le faltaban horas de sueño. Aprovecharía para echar una cabezadita; sacó lo que llevaba en el bolsillo y lo dejó en el salpicadero; se puso las gafas de sol y, antes de que Jessi arrancara, el sueño se apoderó de él.

Cuando despertó, lo primero que vio fue una serie de casas iguales. Se restregó los ojos, quizás seguía soñando.

—Buenos días —dijo Jess a su lado apoyada contra el volante.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó este entreabriendo los ojos.

—Hace un rato, pero me sabía mal despertarte. Estabas tan encantador, hilillo de baba incluido.

Albert se secó con celeridad la comisura con la mano, no había señal de lo que Jessi decía. Esta, divertida, sacó la lengua a modo de burla. Lo cierto era que acababan de llegar, el frenazo que dio Jessi intencionadamente era lo que despertó a su compañero.

—Ninguna de las casas tienen número y son todas iguales. —Observó Jessi.

Albert leyó de nuevo la dirección que les facilitó la experta en

micología. Número diez, pero sin ningún número en la puerta sería difícil encontrarla. Salieron del coche y empezaron a pasear deteniéndose en los buzones, quizás allí apareciera más información para facilitar el trabajo al cartero. En la cuarta casa encontraron el número oculto tras la sombrilla del rellano. Siguiendo esa numeración, la casa que buscaban sería la penúltima de la calle. Jessi llegó antes y se asomó por la puerta de entrada que apenas le llegaba a la cintura; no pudo evitar una sonrisa cuando vio el interior.

—Creo que la tenemos —gritó a su compañero.

A Albert, la verja le quedó por arriba de las rodillas, en su caso profirió una sonora carcajada al ver lo que se encontraba por toda la entrada.

—¿Esto va en serio?

Desperdigado por los azulejos de la entrada y por la escalera que comunicaba a la vivienda, había decenas de figuritas de duendes, muchos de ellos refugiados debajo de setas de diferentes colores. Uno de ellos sujetaba con las manos un cartel en el que se podía leer: "Bienvenido a un mundo mágico".

—Parece que no les importa que sepan lo que se cuece aquí dentro —observó Jessi.

Esta acercó el dedo al pulsador, pero Albert, con un gesto rápido, le sujetó el brazo.

—Espera, tengo una idea. Sígueme la corriente.

No le fue difícil meter la mano entre la verja, abrir la cerradura y entrar. Jessi, detrás de él, esperaba impaciente el papel que pronto le tocaría interpretar y que se empezaba a temer. Llegaron a la puerta de entrada y golpeando la aldaba anunciaron su presencia. Tras varias sacudidas, se abrió la puerta y ante ellos se presentó un chico de unos veinte años con una barba que hacía tiempo que necesitaba un buen corte, una larga melena que ansiaba el agua y una camiseta roja en la que se podía leer "Keep calm and Smoke Weed". La camiseta apenas lograba tapar los gallumbos, que era la única prenda extra que llevaba.

—¿Sí? —dijo el chico sin apenas abrir los ojos.

—Verá… —Albert empezó a carraspear. El humo mezclado con el olor que salía del recibidor le invadió la garganta.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó arrastrando las palabras pesadamente.

—Queremos comprar setas, nos ha dicho un amigo que las vendes. ¿Podemos hablar? —señaló la mesa de metal del descansillo y las dos sillas a juego.

—No sé… no sé de qué me hablan.

—Sabemos con certeza que vendéis setas alucinógenas.

—Creo que será mejor que se vayan…

—Huele fenomenal. ¿Es sativa? Dime que también la vendéis. —Se adelantó Jessi entrando en la casa.

—No, es indica —contestó el chico con letanía sin impedirle la entrada.

El humo flotaba por la estancia que, con todo cerrado, había creado un tanque de contención. Jessi dio una larga expiración y soltó el aire por la boca.

—Huele que alimenta, ¿puedes hacerme uno?

—Bueno… —dijo el chico arrastrando los pies descalzos hasta el sofá donde en el reposabrazos tenía todo el instrumental necesario para la operación.

Albert entró tras él con la precaución de dejar la puerta abierta para hacer la estancia respirable. El chico, con una habilidad pasmosa, lio un cigarrillo provisto de hierba que le pasó a Jessi.

—Gracias, esta noche me vendrá muy bien. Creo que cogeré un par de cogollos también junto a las setas. —Cuando iba a guardarlo en la bandolera, el chico se lo cogió de la mano y lo encendió.

—No, insisto, pruébalo. Luego hablamos de las setas.

—Está bien —dijo Jessi poniéndose el cigarrillo en la boca. Desde el instituto solo lo había probado en un par de ocasiones, de eso hacía ya mucho tiempo, esperaba que la falta de experiencia no la delatara.

Aspiró el aire, por suerte este pasó fácilmente por sus vías respiratorias sin que le produjera un ataque de tos.

—Está...bueno —dijo notando el potente sabor de marihuana por toda la boca.

—Prueba otra —dijo el chico dándole una calada al suyo y soltando el aire lentamente por la boca.

Jessi obedeció y dio un par de caladas más esperando que con ello se quedara satisfecho.

—Entra muy bien, pero luego da un buen colocón —riendo mostró una ristra de dientes amarillentos.

—Espero que las setas sean igual de buenas. —Cuando el chico se giró apagó el resto de cigarrillo en el cenicero. Para su desgracia empezaba a notar como los músculos de su cara se tornaban en una sonrisa involuntaria.

—Pero tía, eso se compra por la web, ¿la habéis visto? Mola, ¿eh? La he hecho yo.

—Enhorabuena —soltó Albert dándose cuenta del efecto que estaba produciendo en Jessi. Cualquiera dirían que habían ido a por un arsenal de marihuana —.Estamos interesados en comprar la *psylocibe semilanceata.* Vendéis de ese tipo, ¿verdad?

—Claro, tío.

—Nos gustaría comprar algunas.

—No, tío. No vendemos setas sueltas. Solo vendemos el kit, kit, kit. — Jessi rio de manera exagerada ante tal ocurrencia.

—Lo siento —dijo esta, intentando ahogar la sonrisa que empezaba a ser descontrolada.

—¿Vendemos? ¿Sois más? —interrogó Albert.

—Claro tío, somos dos, yo solo me ocupo de la página web.

—¿Podemos hablar con esa persona?

—No sé, tío… Dime lo que queréis y yo le pregunto, no le gusta hablar demasiado.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

En la puerta se dibujó a contraluz la silueta de una mujer larguirucha con el cuerpo parecido a un insecto palo.

—Mamá, has venido pronto. —El chico se dio prisa en apartar las cenizas que se apreciaban en el sofá lleno de chinas.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo la mujer, dejando el bolso en el perchero y las zapatillas en la entrada.

—Tranquila mamá, son amigos.

—¿Es vuestro el coche que está en la calle? —increpó la señora sin prestar atención a su hijo.

—Necesitamos hablar con su hijo a solas.

—¿Qué es lo que quieren?¿Qué has hecho? —preguntó esta sin amedrentarse—. Todo lo que tengan que decirle me lo pueden decir a mí.

—Yo me ocupo, mamá, son amigos. Solo quieren maría, la chica entiende.

—¿Amigos? Son de la policía, idiota.

El joven intentó abrir los ojos lo máximo que le permitía el estado en el que se encontraba.

—No creo que hayan venido desde Jávea por cuatro plantas de marihuana. En el salpicadero del coche he visto la placa con la foto de este hombre. Aunque no entiendo muy bien sus métodos. —La chica, a un lado del sofá, aunque intentara disimularlo, empezaba a tener la misma expresión que permanecía de forma continua en el rostro de su hijo—. ¿Qué es lo que quieren?

—Se trata del negocio de setas alucinógenas que su hijo, junto con otra persona, tienen montado en la web.

La reacción no tardó en llegar, y fue la última que Albert se esperaba.

—¿Qué quieren saber? —dijo la mujer ocupando uno de los

sillones.

Albert se fijó entonces en las manos de la mujer. Presentaban los cortes y las heridas comunes de la gente que trabaja la tierra.

—¿Usted, es la otra persona?

La mujer la miró con el rostro muy serio.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo sin responder a la pregunta.

—Ha fallecido una niña tras ingerir una de sus setas alucinógenas. La compra se hizo el día cinco de octubre. Se trata de la *psylocibe semilanceata.*

La mujer ni se inmutó.

—¿Y nos quieren cargar el muerto? Nosotros solo vendemos a mayores de edad.

—Y… ¿cómo lo comprueban? —preguntó Albert sabiendo lo que iba a responder.

—Como legalmente nos obligan.

—Con una ventana de inicio en el que los menores de edad pueden mentir fácilmente.

Las risitas a coro de Jessi y el chico del pelo largo iban en contraposición con la seriedad que Albert reflejaba en su rostro.

—El problema sería, en todo caso, de los padres.

Albert torció el gesto, molesto, por personas como aquella el mundo era un lugar peor.

—El resultado es que una niña ha muerto tras consumir una de sus setas.

Sin decir nada más, la mujer se acercó al baúl que servía como reposapiés de uno de los sillones. Extrajo una cadenita con una llave que llevaba colgada al pecho y abrió el arcón dejando ver en lugar de mantas, decenas de carpetas. Sería mejor darles la información y que se fueran cuanto antes. Después solo tendría que volver a empezar.

—¿Dice que lo adquirió en el mes de octubre?

—Sí, octu...octu...octubre —dijo Jessi, intentando abrir los ojos y parecer lúcida.

La mujer sacó una de las carpetas y empezó a buscar con detenimiento.

—¿Dónde fue el envío?

—En Poble... Poble Novo... —Por más que quisiera, la lengua estaba demasiado laxa y no podía articular bien.

—El Poble Nou de Benitatxell —rectificó Albert, cada vez más convencido de que el trayecto de vuelta le tocaría hacerlo a él.

La mujer leyó con detenimiento la ficha.

—Lo que me temía, es prácticamente imposible que una niña pudiera trabajar con esto. Vean ustedes mismos, nosotros no vendemos setas alucinógenas, sino las esporas y el material para plantarlas. La persona adquirió un kit avanzado. Es imposible que una niña o alguien que no fuera experto pudiera conseguir que crecieran. —La mujer le tendió la hoja.

Albert la leyó con detenimiento, la compra había sido para un kit avanzado que constaba del pan de setas, el sustrato, la bolsa de conservación y demás elementos para hacerlas crecer. Tenía razón la mujer, era bastante improbable que alguien sin experiencia pudiera hacerlas crecer. El envío se hizo días después de la compra a Poble Nou. La hoja era una especie de albarán con datos concretos, en su cerebro se activó una alarma, algo le había llamado la atención. Volvió a releerla, esperando encontrar lo que había aparecido ante sus ojos como un destello.

—Necesitaré que me preste esta información —dijo Albert, intentando encontrar lo que era, pero antes de dar con ello; la mujer se la quitó de las manos y con rapidez volvió a esconderla en el arcón.

—Me temo que ya le he dicho demasiado.

—La próxima vez vendremos con una orden y le puedo asegurar que no será lo único que nos llevaremos —amenazó Albert intentando dominarse.

—Cuando vengan, me complacerá explicar a sus superiores los métodos que utilizan. —Señaló a Jessi que con los ojos cerrados parecía completamente dormida. Albert la despertó como pudo y pasando el brazo de su compañera por los hombros, logró sacarla de allí.

—Dame las llaves, será mejor que conduzca yo.

Jessi le tendió las llaves, que a punto estuvieron de caer al suelo ante la risa descontrolada de esta.

—Albert, que se te escapan —dijo con los ojillos cerrados y los labios curvando una sonrisilla.

—Madre mía, Jessi, ¿cuánto hace que no fumabas?

—Pues la última vez… déjame… que lo sé… no me lo digas que lo sé...

—¿En el instituto tal vez?

—Pues fue… fue… fue en el chalé de mi amigo Quique, que de eso hace… hace...

Albert la ayudó a entrar al coche y le puso como pudo el cinturón de seguridad.

—En el instituto, ¿no?

—Respuesta correcta —contestó Jessi sin dejar de dibujar la

sonrisilla del rostro y notando como sus músculos se relajaban—. Premio para Albert.

Tras esto cerró los ojos y ya no despertó en todo el trayecto.

—¡Vamos, Julen! —Victoria estiró la manga de su amigo hasta hacerla pasar por encima de sus dedos—. Jack estará a punto de llegar.

A lo lejos vio acercarse el autobús escolar con el nombre del colegio inglés y el dibujo de dos niños uniformados y muy sonrientes.

—¡Está allí! ¡Corre! —Victoria salió a la carrera arrastrando la manga de la chaqueta de su amigo.

Cuando llegaron a la parada ya empezaban a bajar los primeros niños. De las primeras en bajar fue Ona, que al ver a Victoria salió gritando escopetada y con la capucha por encima de la cabeza. Su examiga Ona, convertida ahora en archienemiga, se cambió al colegio inglés hacía dos cursos. Todos los días la esperaba para ir a jugar, hasta que un día simplemente la cambió por otra de las niñas que bajaban del autobús. Al día siguiente, Victoria la recibió con globos de agua, podía haber sido una broma sin maldad si no fuera porque era enero y estaban en plena ola de frío. El monitor del autobús se lo tomó mal, su madre se lo tomó muy mal, pero la madre de Ona se lo tomó aún peor. Desde ese día, tenía prohibido acercarse a ella. Tras varios niños, salió Jack.

—¡Jack! —gritó Julen al ver a su amigo.

—Julen, Victoria… —Se quedó parado en el último escalón. Por su expresión, cualquiera diría que si no fuera porque varios niños se apretujaban en las escaleras del autobús intentando bajar, hubiera vuelto de regreso a su asiento en el bus.

—¿Cómo… Cómo estás? —preguntó Julen, lamentando que no demostrase tanta alegría como él.

—Tengo que ir a casa. —El chico bajó, y sin decir nada más, empezó a andar.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —Victoria lo sujetó del hombro, pero este, como si la mano de la niña fuera fuego ardiendo, se apartó de un salto.

—¡No me toques!

—Vale, vale. —La niña apartó la mano dolida.

—Jack, ¿qué te pasa? —preguntó Julen, que ya empezaba a notar cómo las lágrimas empujaban por salir.

—Lo siento, me tengo que ir a casa.

El niño salió corriendo, dejando a los dos amigos plantados. Julen bajó la vista notando cómo una lagrimilla empezaba a recorrer su mejilla; con disimulo para que Victoria no lo viera, se la secó con la manga que le caía por encima de los dedos. Ni siquiera habían tenido tiempo de decirle que una bruja quería dormirlo.

Llamaron al cristal de una puerta atiborrada de ofertas de hamburguesas y embutidos. Poli se relamió; en su nevera, antaño repleta de carne y salsas, ahora solo podía encontrarse verde y más verde. Tras unos instantes, oyeron un tintineo de llaves acercándose. El hombre que salió a abrirles debía ser el propietario, al menos eso parecía por el delantal blanco salpicado con manchas que llevaba.

—Águeda les está esperando dentro —les informó de manera cortés.

Los llevó hacia la puerta que se veía detrás del mostrador. Si la casa de la mujer era digna de una película de miedo, aquel sitio no tenía nada que envidiarle. Rieles con ganchos colgando, máquinas trituradoras, aparatos con cuchillas lo suficientemente grandes para hacer en pedazos un animal entero. Pero fue otro elemento el que captó la atención de ambos, un gran caldero hirviendo con tripas. Águeda, sentada en una silla con las piernas muy juntas, se estiraba la falda que le caía por debajo de las rodillas.

—¿Qué querías contarnos? —inició Patricia, que esperaba que la entrevista resultara más provechosa que la del día anterior.

—Mi madre se disgustaría mucho si… —La chica apenas levantó la cabeza.

—No tiene por qué saber que hemos venido.

La chica se levantó y empezó a pasear nerviosa por la habitación.

—El otro día, cuando vinieron a casa, mi madre… ella, no lo hizo con maldad, estoy segura, pero no dijo la verdad.

—No dijo la verdad, ¿sobre qué? —preguntó Patricia con curiosidad. Su compañero, en cambio, parecía más interesado en ver

lo que había dentro del caldero del que se desprendía un olor muy característico.

—Es sobre mi hermana Estefanía… verán… ella era… mamá no les ha contado… pero ella era...

—La mejor de las hijas —afirmó Poli mirándose las uñas y dejando de prestar atención al caldero—. Lo sabemos, todos dijeron lo mismo. —No escuchó toda la grabación de Toni, parecía que le habían dado cuerda, pero aquella frase se repitió en los dos únicos momentos que prestó atención. Todos coincidían en qué la niña era tímida y buena.

—Pero ella… La gente no dijo toda la verdad, ellos no sabían...

—Eso es así, en el cajón todos son buenos —reconvino Poli.

Patricia le echó una mirada reprobatoria por su falta de tacto.

—Lo que mi compañero quiere decirle... —Intentó buscar las palabras más oportunas en aquella situación—. Es que es normal que se muestre cierto respeto hacia la memoria de alguien que ha muerto, puede ser por superstición o simplemente por educación, pero en general, la gente es bastante cortés. En estas situaciones solo se recuerdan las cosas buenas.

Enrique, que permanecía en un silencio absoluto junto a la máquina envasadora, solo asintió. Aquella policía tenía razón, cuando murió el alcalde de Benicàssim, la iglesia se llenó de plañideras, la misma gente que día tras otro reprobaba su actitud insolente y sus aires de mujeriego.

—No, se equivocan, mamá no lo veía, nadie lo veía. Para ella Estefanía era la hija perfecta, pero ella era… era...

—¿No te dejaba jugar a la pelota? ¿Te robó los cromos? —empezó a decir Poli como si le hablara a una niña pequeña. Estaba empezando a sacarle de quicio aquella chica y sus paseos constantes.

—Es normal entre hermanos que se den situaciones molestas, pero… —volvió a salvar la situación Patricia.

—¡No! —gritó la chica cesando los pasos—. Ella era la encarnación del mal.

Si su intención era que reinara el silencio, lo consiguió, solo el sonido de los vapores de la olla ocupó la habitación.

—Era una bruja, como lo fue mi abuela —dijo la chica con total seguridad—. Lo conseguía todo con estratagemas sucias, mentía constantemente, mamá no lo veía, pero no era buena. Yo, no debería decir esas cosas… pero… Estefanía tenía dos caras, delante de la gente mayor representaba el papel de niña buena, sabía cómo hacerlo; pero con los niños sacaba a relucir su verdadero carácter.

—¿Y cómo era? —preguntó Patricia cada vez más interesada en aquella faceta de la niña muerta.

—Primero se ganaba tu confianza con pequeños favores, palabras amables… Pero cuando ya te tenía en sus redes empezaba la tortura. Y hay algo más… algo que mamá no sabía. Aquel día no iría a las historias, quería formar su propio círculo, tenía unas historias mucho más interesantes que iba a empezar en un nuevo sitio. Desde que papá murió el año anterior, estaba convencida que todo estaba relacionado con ella. No paraba de decir que papá murió para salvarla y que la bruja no se la llevara.

—¿Quiénes iban a formar parte de ese círculo? —preguntó Patricia con la mirada clavada en aquella joven.

—No me enteré, solo sé que pensaba empezar en la Cueva de las Brujas.

En un principio no se percató, los descuidos de Antonio eran tan mínimos que podían pasar desapercibidos, el bote del café, las zapatillas… pero iban a más. Todos los días intentaba adelantarse a sus movimientos para hacérselo más fácil, pero cada vez resultaba más complicado. Por suerte los cuadernos iban haciendo su función. Recordaba como su padre, sin estudios, pero el hombre más sabio que conoció, siempre solía decir: *"Teresita, más vale un lápiz corto que una memoria larga",* y tenía razón.

El padre de Teresa se esforzó en aprender a leer y a escribir cuando nadie iba a la escuela, cuando el hambre apremiaba y solo importaba el trabajo. Fue gracias a su tío Salvador, "*El seminarista"*, que los visitaba los fines de semana. Cuando volvían de faenar en el campo, mientras su madre preparaba lo poco que podía ofrecer; él aprendió a descifrar aquellas formas que impregnaban los papeles a la luz de la lumbre. El tío Salvador, viendo la habilidad de su sobrino propuso llevárselo con él a la iglesia donde lo destinaban, *"El xiquet té cap per als estudis, germà, deixa que vinga amb mi"* pero el abuelo de Teresa no quiso oír una palabra, siendo el mayor y con cinco bocas más que alimentar no podían permitirse prescindir de él. Le ofrecieron al mediano en cambio, al tío Nicolás, de constitución endeble y de carácter delicado, no aguantaba ni las horas de sol ni el trabajo de campo. Poco sabían que sería la última vez que los verían. La guerra empezó poco tiempo después y sus cuerpos fusilados fueron encontrados en la vicaría. No se les permitió llorarles, en la zona roja no podían lamentar las muertes de nacionalistas, aunque su tío fuera

un republicano devoto. El padre de Teresa sintió las muertes, más la de su tío, por el que sentía adoración, que por la de su hermano. Nunca lo dijo, pero agradecía que no fuera su cuerpo el que yaciera sin vida en aquella iglesia de Bellreguard. La vida le había dado una nueva oportunidad y pensaba aprovecharla. Se dedicó en cuerpo y alma a prosperar, siempre provisto por las hojas y el lapicero que consiguió en el estraperlo a cambio de varios racimos de uva. Lo anotaba todo, los productos propicios para abonar la tierra, los precios que podía pedir por la cosecha, las fechas en las que era más conveniente plantar… Sobrevivieron a las miserias de la posguerra gracias a su paciencia y esfuerzo en la agricultura. Nadie tenía unos campos como los suyos. Sus hermanos se fueron al cumplir la mayoría de edad, pero él permaneció en Benitatxell, fiel a sus campos, fiel a sus padres. Cuando murieron legaron las tierras a su hijo mayor, quien cuando la muerte lo visitó en su cama sereno y tranquilo pasó el legado a Teresa. Su marido y ella siguieron la tradición con orgullo, y durante años vivieron holgadamente de lo que la tierra les daba gracias a los consejos que sobrevivieron en aquellas hojas. Pero la vejez les llegó y las fuerzas empezaron a flaquear. Los campos empezaron a cubrirse de maleza, no fue hasta la vuelta de su hija Belén cinco años atrás que recobraron las fuerzas para que volvieran a brotar, al menos uno de ellos. En él cultivaban frutas y verduras de temporada que vendían en la puerta del corral, nadie tenía un género como el suyo, y así podían alimentar a las tres bocas que ahora vivían bajo su techo.

9

Se miró en el espejo y se vio sin verse. Un espejismo, un corazón sin motivos para latir, un amasijo de huesos rotos. El bote de pastillas caía sobre su mano inanimada. Se puso una en la punta de la lengua dispuesta a sumergirse de nuevo en aquel mundo de sombras. Desde que se llevaron a Esther, estaba vacía. Martín rompía las cosas para volver a arreglarlas, aquella era su terapia, su salvación. Pero ella no tenía nada a lo que agarrarse, sin Esther estaba perdida. Su hija estaba destinada a cumplir sus sueños y alguien se la había arrebatado. ¿Cómo podía seguir si no tenía nada por lo que luchar? Había intentado salir a la calle pero volvía al momento. Cada persona que encontraba en su paso le recordaba su desgracia. Escuchar aquellas palabras de ánimo solo le traía más dolor. Era tan fácil decir lo siento cuando el hijo de uno dormía tranquilo en su cama. La suya sin embargo seguía en una fría tabla, quizás con el cuerpo abierto por la mitad. Martín le enseñó la ropa que llevaría cuando por fin pudieran enterrarla, ¿acaso importaba ya? Su Esther ya no estaba, solo su cuerpo, no su alma, no su esencia. Sacó otra pastilla y otra más hasta llenar su boca con aquellos comprimidos; tragar, un simple gesto y estaría con Esther. Hacía poco que había escuchado los pasos de Martín subiendo a la buhardilla, se podía pasar horas allí; para cuando la encontrara, ya estaría muerta. El asesino no solo se había llevado a su hija, sino sus ganas de vivir. En algunas pesadillas lo veía como a alguien sin rostro, una sombra negra con dedos como garras; en otras, sin embargo, era una bruja que se mantenía oculta tras el disfraz. Disfraz, escupió las pastillas en el lavabo hasta que no quedó ninguna. Disfraz, el asesino también llevaría una máscara para ocultarse. Era alguien real. Intentó hacer acopio de todas sus fuerzas, los días a base de química la habían debilitado, pero saldría de las sombras. Alguien se había llevado a su pequeña y pagaría por ello. La rabia empezó a adueñarse de su cuerpo. Una rabia que a partir de ahora se convertiría en su disfraz. Ahora tenía un motivo para vivir, quien lo hubiera hecho pagaría por ello.

Poli tenía mal cuerpo, nunca se intentaba involucrar demasiado en las investigaciones, y ahora entendía el motivo, no es que fuera vago, ni siquiera que hubiera perdido interés por su trabajo, el problema era que aquello le afectaba demasiado. Sus chascarrillos, por qué no reconocerlo, a veces rozando la insolencia, no eran sino un intento de ocultar lo que sentía. La niña de ahora, la de hacía treinta años… El caso empezaba a interesarle de verdad. Nunca se leía los informes, Patricia siempre le resumía lo que realmente importaba, el resto era paja, pero cambiando por primera vez la costumbre, empezó a leer el informe de la escena del crimen. Tras la charla con la chica en la carnicería, volvió a comisaría a por los documentos, leyó lo que Toni dijo del informe forense, traumatismo craneoencefálico. Los forenses siempre tenían la mala costumbre de escribir un sinfín de palabras técnicas que solo ellos entendían. Poli estaba seguro, aquello lo hacían para justificar unos sueldos descomunales; en verdad no sabía lo que cobraban por hacer ese trabajo, pero suponía que sería una cantidad elevada. Si no ¿cómo sería nadie capaz de elegir una profesión como esa? No podía pensar en nada peor. Tener que ver diariamente cadáveres, ¿a quién le podía gustar aquello? Cierto que él era policía y también tenía que verlos, o al menos tendría que hacerlo si Patricia no lo liberase de esa tarea. Pero lo suyo era diferente, era solo un momento, un estadio de la investigación, después pasaban a adentrarse en la vida de la persona, en sus familiares, en su ambiente… y podían entonces tener una imagen de cómo fue en vida. Pero los forenses, ellos solo hablaban con los muertos. Se adentraban en sus pulmones, en su cerebro, en su cuerpo... Imaginaba que los futuros forenses serían los niños que se entretenían con aquel juego de molestar a un paciente clavándole aquella pincha en el cuerpo. Un sinsentido, la verdad. El tema era que esas palabrejas no servían de nada, con lo fácil que sería poner ahogamiento, asfixia… Palabras conocidas que era lo que a ellos les importaba, ¿qué más daba si había sido la vértebra superior o el occipital derecho?

Se sentó en su butacón, dispuesto a centrarse en una nueva ocupación, y se puso a ojear las fotos de Patricia que tenía en su teléfono; debía ser cuidadoso y pasar las nuevas al disco duro. Si alguien cogía su móvil y las encontraba, no podría explicarlo y estaba seguro de que le causaría problemas. Se levantó satisfecho de ver que podía hacerlo sin necesidad de darse impulso con los brazos, cogió el portátil de la mesa y de vuelta a su sitio especial. Creó una nueva carpeta con el mismo nombre, pero diferente número; aquella sería la número trece, hasta ahí parecía llegar la superstición del caso, no

creía en aquellas idioteces, pero cambió el nombre a doce más uno, no por él, sino por ella. En todas lucía hermosa, más que hermosa. Los años habían madurado sus rasgos, pero conservaba aquella belleza que ya tenía de joven. Los mismos rasgos de las fotos que tenía guardadas en el cajón de su dormitorio tomadas en la mejor época de su vida. En Madrid.

Se tapó con el almohadón, el timbre de la puerta le atravesó los tímpanos, recordaba vagamente algo del día anterior. Albert… estaba con él, la casa de aquel chico, el olor a marihuana… de nuevo el timbre. Ni las peores de las resacas eran nada parecido con el dolor que le atravesaba como agujas, eso y la sequedad de la garganta que le raspaba como si llevara días vagando por el desierto sin agua. ¿Qué hora sería? Abrió los ojos como pudo, las diez la mañana. ¿O sería de la noche? ¿Tanto había dormido? El sol se colaba por los huecos de las persianas, anunciando el nuevo día. Y el timbre, de nuevo el timbre que no cesaba. Se levantó y fue al baño. Con el sonido de fondo, se lavó los dientes, notaba el mal gusto del vómito en la boca, y el olor del baño se lo confirmó. No recordaba haberse levantado a vomitar. Albert. Se miró en el espejo y su cabeza empezó a dejarle ver imágenes del día anterior. Albert ayudándola a salir del coche, Albert sujetándola en el ascensor y Albert recogiéndole el pelo mientras… ¡Menuda mierda! El timbre dejó de sonar y un nuevo sonido se hizo presente, llaves en la cerradura, voces de fondo, alguien estaba intentando entrar en su casa. El nuevo estado de alerta paró en parte los pinchazos que sentía; con ambas manos se mojó la cara de un barrido para despertar todos sus sentidos. Solo había una persona a parte del casero que tenía las llaves de su casa.

—¡Sorpresa! —Le atravesó el tímpano la voz chillona de su madre.

—Le he dicho a mamá que era muy temprano para venir, pero ha insistido —se disculpó su hermana que era la dueña de la otra voz que se escuchaba.

Jessi cerró la puerta del cuarto de baño deseando que no tuvieran necesidad de utilizarlo y salió a su encuentro. No había que ser un genio para saber que la habían despertado y por su aspecto, las horas de sueño no habían sido suficientes.

—¿Temprano? Si son las diez de la mañana. —Para su madre todo lo que pasara de las nueve era una hora prudencial para despertar a

alguien.

Jessi las miraba plantada en el pasillo, todavía notaba el gusto amargo en la boca y los pinchazos volvieron a tomar presencia en su cabeza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su hermana viendo lo demacrada que estaba.

Su madre, lanzando un grito y sin esperar respuesta, fue hasta ella y, tomándole la cabeza con ambas manos, la bajó hasta su altura para tomarle la temperatura con sus labios.

—No tienes fiebre, pero ese color de cara, estás muy amarilla hija. Yo diría que estás incubando un buen resfriado —dictaminó sin dudar como lo haría un buen médico de familia— ¿Te has tomado algo? —Jessi solo negó con la cabeza—. Menos mal que ha venido tu madre. Tienes las infusiones que te di, ¿verdad? Ahora te preparo una con miel y limón. —Le dio un nuevo beso y se perdió en la cocina dejando a las dos hermanas. Aunque no pudiera verlo, sabía que habría estampado sus labios de color rojo en su frente.

La miel llevaría más de diez meses, desde la última ola de resfriados de enero. Las plantas algunos menos, y los limones, los compró para darles otro empleo, pero ahora aquel parecía el mejor uso posible. Se dejó caer en el sofá, un poco de mimos no le harían mal. Su hermana, de pie, la examinaba con otro criterio.

—Me da a mí que ese mal que tú tienes se trata de otra cosa —dijo con una sonrisa en los labios—. Voy a empezar a preocuparme, la última vez que estuve aquí con Lucas también estabas de resaca.

—Shhh, déjala, un poco de sus brebajes no me irá mal.

Desde la cocina se oía hacía rato el microondas en funcionamiento, lo que hubiera puesto dentro estaría ardiendo.

—¿Por qué no me habéis avisado? —Aplastó la cabeza sobre el gran almohadón de plumas con el tapizado más horroroso que existía. Quien hubiera dibujado los detalles estaría en primero de carrera. Los barcos tenían una forma espantosa y los delfines de cabeza desproporcionada solo se podían intuir. Sara se sentó en una de las butacas que gritaba apartamento veraniego por todas partes. El dueño del piso que Jessi tenía alquilado tenía un gusto demasiado simple para su criterio. Cuadros de budas, objetos decorativos marineros. Eran pocos los elementos que Jessi había incorporado. Si ella viviera allí, todo aquello estaría en una caja en el trastero. Su madre apareció sujetando la taza con un trapo de cocina.

—Bébetelo mientras esté calentito, es bueno para la garganta. —Le arrimó la taza a los labios, pero solo notar el contacto del cristal le quemó la lengua.

—También deberías tomarte un paracetamol, será bueno para el

dolor de cabeza —dijo Sara. Si su hermana tenía lo que ella pensaba, sería lo único que le haría efecto.

—Tengo en el bolso. Te traigo un vaso de agua y te lo tomas, sin rechistar, ¿eh?

Jessi aprovechó la situación para cogerle el vaso de las manos y dejarlo en el suelo; hasta que no bajara al menos diez grados, seguiría siendo imbebible.

—¿Dónde está Lucas? —No había reparado hasta entonces que el pequeño no estaba con ellas.

—Se ha quedado con papá. Mamá se ha empeñado en venir a comprar ropa en la tienda esa del puerto donde le compramos varios conjuntitos a Lucas. A ver cómo le explico que no le podemos comprar vestidos, si viene con la idea del rosa metida en la cabeza.

Su madre era única. Valencia estaba a veinte minutos de su pueblo y podrían encontrar exactamente lo mismo, pero cuando descubrió aquella tienda se convirtió en un referente. Apareció con la medicina y un vaso de agua, la pastilla era diminuta, pero a ojos de Jessi era gigante. Intentó tragársela, pero tras varios intentos, desistió. Su madre, parloteando sobre su torpeza, se fue con el vaso y la pastilla de vuelta a la cocina para deshacerla y ponerle un poco de azúcar para mejorar el gusto. Con la nueva fórmula, se la tomó tras varios sorbos y pasó al segundo brebaje que ya empezaba a atemperarse.

—¿Quieres que me quede? —dijo su madre tras apartarle los pies y sentarse en el sofá muy cerca de ella.

—No, mamá, de verdad, se me pasará. Ayer ya fui al médico, me dijo que todo bien, solo un resfriado pasajero. —Las mentiras piadosas con su madre no eran mentiras, sino más bien salvoconductos.

—Bueno… —Se giró hasta ver la barriga de su hija mayor—. Tampoco me gustaría que Sara volviese sola en el coche si puede ir acompañada, por si se cansa.

Aquella era una afirmación sin sentido, su madre no tenía carné. Una vez lo intentó, pero varias clases prácticas con su padre en el Polígono de Rascaña a la salida norte del pueblo la hicieron desistir. Tras cada práctica, el coche volvió con un nuevo rasguño, y al décimo las prácticas terminaron.

—¡Por mí no te preocupes! Si Jessi te necesita, puedo volver sola. —No pudo evitar una sonrisa burlona a su hermana cuando su madre se volvió hasta Jessi analizando de un vistazo la gravedad de los síntomas.

—Si me necesitas, me quedo —dijo de manera contundente, brindándole la oportunidad de elegir.

Jessi contestó al instante, la elección era fácil.

—No, de verdad, Sara te necesita más que yo y la pequeña Isabel

todavía más.

Esta vez fue Jessi la que correspondió con la lengua fuera a su hermana una vez su madre se giró para prestar toda la atención a la futura bebe.

—Tienes razón, no me quedaría tranquila dejándola sola, y si ya has ido al médico... Eso sí, en ocho horas te vuelves a tomar uno, y para comer otra vez una infusión. Si empeoras, me llamas y tu padre me traerá.

Jessi asintió, no solo no iba a empeorar, sino que pensaba mejorar rápidamente para la salida nocturna que tenía planeada.

—Y ve con cuidado hija, ¡cualquiera diría que alguien te ha echado un mal de ojo!

Al oír esto, Jessi escupió parte de la infusión, que dibujó una mancha en el sofá.

—Primero se te rompe el teléfono, luego el calentador, después el coche, y ahora esto… parece que alguien te ha mirado tuerto, hija.

Aquella afirmación hubiera pasado desapercibida en otra ocasión, una más de su madre, pero ahora cobraba sentido.

—Mamá, si fuera así, ¿hay algo para el mal de ojo?

—Por supuesto, tienes que ponerte un lazo rojo y no desatártelo hasta que se caiga por sí solo. También pondré una estampita por si acaso y mañana mismo le haré una visita a San Miguel con tu padre. Es más, por la tarde iremos también a San Vicente a pedirle.

Jessi asintió complacida, no sabía si tendría efecto, pero su madre iba a cubrir todos los flancos.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad? —participó su hermana. Su mente era científica, había estudiado Ciencias Químicas. Sabía que todas las manifestaciones tenían el origen en algo totalmente explicable, y en el caso de su hermana tenía nombre y apellidos—. Solo te diré una palabra, Murphy.

—¿Murphy? ¿Ese es el que te ha echado el mal de ojo? ¿Quién es ese Murphy? —preguntó su madre.

—Edward Aloysius Murphy fue un científico alemán, mamá. Formuló su ley en 1949, después de descubrir que estaban mal conectados todos los electrodos de un arnés para medir los efectos de la aceleración y deceleración en pilotos.

—¿Y qué tiene que ver con lo que le pasa a tu hermana?

Había olvidado la faceta científica de su hija. Al sexto mes de quedarse embarazada de Lucas se cogió la baja, y desde entonces no había vuelto al trabajo. La mejor decisión que pudo tomar. Con el sueldo de Eduardo no tenía necesidad de trabajar y Lucas y su futura hermanita con quien mejor estarían era con ella, y con su abuela, por

supuesto.

—La ley de Murphy explica… —empezó a divagar Sara ante el ceño fruncido de su madre.

Jessi no conocía la historia, pero sí el significado, aunque por si acaso, haría caso a su madre y se colgaría un lazo rojo, al fin y al cabo no tenía nada que perder.

Patricia se acercó a la televisión y apretó el botón de apagado. Esta vez, la hora de los dibujos se alargó más de lo que pretendía, pero necesitaba aquel tiempo como aire sus pulmones. El rato en que sus hijos tenían los ojos cara a la pantalla era el único tiempo que podría adelantar trabajo sin verse interrumpida. Los estrictos sesenta minutos para ver televisión los fines de semana se vieron multiplicados por tres. Si Julia no aparecía el lunes en la oficina para quedarse, iría a secuestrarla ella misma. Junto al trabajo atrasado redactó el informe de la visita a la chica. No sabía cómo, pero tenían que averiguar el nombre de las personas que iban a conformar el círculo.

—¡Mamá! ¡Creo que hemos visto mucha tele! —confesó Pablo con un ligero arrepentimiento. Tenía pensado avisar a su madre, pero empezó de repente uno de sus capítulos favoritos, Peppa en la nieve, y no podía perdérselo, ni ese ni los que vinieron a continuación.

—Lo sé tesoro, por un día no pasa nada, todavía tenemos tiempo de hacer muchas cosas. Ha llegado la hora de elegir, ¿qué queréis hacer? —La pregunta era retórica, ya tenía la respuesta—. Si me permitís una sugerencia, me ha dicho un conejito que hay una exposición de Lego muy entretenida en Altea.

Uno de sus vecinos tenía dos hijos de la misma edad que Harvey y Pablo. Cuando le habló de la exposición y lo mucho que se divirtieron los niños, no lo dudó. Eran pocos, por no decir ninguno, los planes que podían satisfacer a partes iguales a un niño de cinco años y a otro de nueve.

—Ya lo hicimos con papá —contestó Harvey, todavía jugando con la tablet, malhumorado. Su madre le había confirmado que había tomado una decisión respecto al iPhone, una decisión nada justa, según su modo de ver.

—Está bien… —contestó Patricia, a la que no le pasó desapercibido el tono que gastó su hijo—. Harvey, apaga eso, por favor. —Su hijo,

con apatía, dejó el aparato a un lado—. ¿Y al cine? ¿Qué os parece que vayamos esta tarde a ver una película?

—Nos va a llevar papá el fin de semana que viene. —Su hijo volvió a gastar el mismo tono incisivo.

—Bueno, podéis ver otra película con papá. Según tengo entendido, esta semana estrenan Trolls.

—¿Hablas en serio? ¡Eso es para niños! —Cada palabra suya era como un dardo envenenado buscando diana, pero en lugar de diana buscaba acertar en el centro de su paciencia.

—¡Sí! ¡Trolls! Yo quiero ir, mami —canturreó Pablo con emoción.

—Pues decidido, ya tenemos plan. Esta tarde película y palomitas.

—Yo me quedo en casa, si llegaran a encontrarme mis amigos viendo eso…

—Vas a venir sí o sí, y no hay más que hablar —zanjó Patricia—. Si te ven tus amigos dirán que eres el mejor hermano del mundo.

Enfadado, escondió la cabeza entre los hombros. Trolls era simplemente basura. De pequeño le gustaban aquellos extraños seres parlanchines de colores, pero ahora se había hecho mayor y, como a todos los de su clase, le parecían para bebés. Patricia se dio cuenta del enfado de su hijo; en parte tenía razón. Trolls era demasiado infantil para él, para compensar, dijo:

—Hagamos una cosa, hoy Pablo decide los planes y mañana haremos lo que tú quieras.

En un principio ni se inmutó rechazando la idea, pero poco a poco fue estirando el cuello saliendo del caparazón que había formado con su cuerpo y, riendo entre dientes, dijo: ¿Estás segura? ¿Lo que yo quiera?

Patricia se arrepintió al momento al ver aquella sonrisa maligna en boca de su hijo, quizás había hablado demasiado pronto.

—Siempre que no sea muy peligroso y sea adecuado para Pablo, claro —matizó ante la duda.

—Lo será. —La sonrisa estiró sus labios hasta que los hoyuelos aparecieron en sus mejillas, y eso solo ocurría cuando algo malo de verdad estaba tramando.

La taberna era de diminutas proporciones, y todavía parecía más

pequeña en aquella calle estrecha, pero la comida era excelente. Las reservas debían hacerse con varios días de antelación, que se convertía en semanas en los meses de verano. Los turistas y los residentes habían descubierto las bondades de la comida mediterránea que se cocinaba con cuidado y con mucho saber hacer en La Rebotica. Su amiga Érica por suerte era previsora y por eso pudieron pasar entre los clientes que se agolpaban en la entrada esperando que alguna mesa se vaciara lo antes posible para poder disfrutar, aunque fuera del segundo turno de cena. Con la seguridad de la reserva confirmada, esperaron en la barra con una copa de vino tinto.

—¿Qué tal todo? —Le preguntó moviendo la copa con cuidado para oxigenar el vino. Érica era una experta catadora de vinos, y al contrario que Jessi, que lanzaba la copa a los labios en cuanto le servían, su amiga seguía el ritual aprendido en una de sus muchas catas realizadas.

—La verdad es que bastante estresada, estamos inmersos en un caso demasiado complicado. —Dio un largo trago que vació medio vaso. Su amiga Érica, en cambio, no había probado ni gota, apenas estaba empezando con el siguiente paso, olisquear los matices que se desprendían del vino.

—Sí, lo he oído, se trata de una niña, ¿verdad? Es terrible —dijo con la nariz por encima del cáliz de la copa.

El tumulto congregado en el bar hacía difícil que pudieran escuchar la conversación, se oían voces hablando indistintamente como ruido de fondo.

—Y no solo el hecho de que sea menor, sino todo lo que le rodea. —Jessi apuró lo que le quedaba de un trago—. Es espeluznante. La encontraron con el cuerpo envuelto en cruces de mimbre y con un disfraz siniestro que resultó ser de otro niño.

—¿De otro niño?

—Un niño inglés llamado Jack, que vive en Poble Nou y habla mejor que tú y yo el castellano. Le dejó el traje para poder ir a unas historias que cuenta un hombre mayor, cuyas condiciones para asistir son un poco extrañas: ser mayor de nueve años y no haberse disfrazado para celebrar Halloween.

—¿Entonces el asesino se equivocó? ¿Querían matar a ese niño? ¿Jack, has dicho? —preguntó Érica, que empezó a arrepentirse por la curiosidad.

—No, es decir, no hemos abierto esa posibilidad —empezó a dudar Jessica.

—Perdona por las preguntas, mejor me cuentas cuando todo pase, supongo que querrás desconectar. Tengo algo que creo que te va a encantar, y te aseguro que te servirá de desconexión. —Se acercó la copa a los labios y dio un sorbo que mantuvo en la boca durante unos

segundos, llevándolo a todos los rincones de su cavidad bucal. Jessi indicó al camarero que volviera a llenar la suya y, como antes, empezó a beber sin seguir ninguna instrucción.

Cada día daba gracias por aquel esguince de tobillo en el gimnasio que le permitió conocerla . Lo normal era que la gente la avasallara a preguntas para conocer de primera mano los casos en los que se veía inmersa, pero Érica esperaba pacientemente a que todo acabara. El camarero que atendía las mesas hizo un alto en el trajín constante de platos y las acompañó a la mesa que tenían reservada. Entraron en la primera sala; al igual que en las otras, las mesas se agolpaban intentando ocupar el máximo espacio posible. La primera vez que fue se sintió incómoda por verse invadida, solo tenía que alargar un poco el brazo para tocar al señor de la mesa de al lado; eso, unido a lo cargado de la decoración de las paredes, hacía que el sitio produjera cierta sensación de claustrofobia. Sin embargo, cuando probó el primer bocado, aquella sensación desapareció y supo con certeza que se haría asidua de aquel lugar, nunca había probado nada tan delicioso.

—¿Qué te parece Nueva York para celebrar el fin de año? Carolina y yo por fin hemos logrado cuadrar plantillas y tenemos una semana libre. Si quieres apuntarte, contamos contigo —comentó Érica nada más sentarse. Tenía pensado contarle el plan de viaje en el postre, pero no pudo aguantar, Nueva York era la ciudad fetiche de Jess.

—¿Hablas en serio? ¡Me encantaría! —Por vergüenza y porque tendría que hacerlo sobre la mujer que estaba silla con silla detrás de ella, no se puso a saltar de la emoción. No podía saltar, pero sí sonreír, que fue lo que hizo durante todo el rato—. Navidades en Nueva York. Me encanta. Y por fin volveré a ver a Carolina después de tanto tiempo. Ya sé que es muy casera, pero últimamente parece una monja de clausura.

—Esta vez tiene turno de urgencias. Hay demasiados compañeros en el hospital enfermos, el brote de la gripe ha contagiado a muchos, la gente no lo piensa, pero somos los más expuestos a enfermar. Yo me he salvado en enfermería por los pelos, pero ella tiene que doblar turnos. Hace días que solo nos vemos de paso. Cuando ella libra, soy yo la que trabaja, parece que nuestras plantillas están condenadas a no juntarse nunca. Ha sido un milagro poder coincidir en navidades.

El camarero las interrumpió con la carta en la mano, Érica le fue señalando la comida que pedirían. Jessi bebió el último sorbo de la copa y pidió una nueva. Érica empezó a hacerle gestos medio en broma medio en serio, de asombro.

—No me mires así, ya contaba con llamar a un taxi para regresar a casa —contestó.

—Yo tengo un plan mejor, ¿por qué no te quedas en casa?

—Qué va, imagino cómo estará Carolina cuando llegue del trabajo, solo querrá descansar.

—Cuando acabe el turno irá directa a casa de sus padres a comer, no me quedó muy claro de quién era el cumpleaños, si de la hija de su primo por parte de padre o de la niña de su prima. Ya sabes que la familia de Carolina parece una saga italiana.

—¿Y tú...no irás? —preguntó con prudencia, aquel era un tema peliagudo.

—Quizás a la próxima —contestó sin darle importancia.

—Pensé que ya los habías conocido. —La última vez que habló con ellas le pareció entender que iban a dar el paso.

El camarero apareció en ese momento portando las alcachofas a la plancha con jamón.

—No, poco a poco —dijo con su habitual sonrisa—. Para ellos ya fue muy duro afrontar que su hija pequeña era homosexual como para saber que llevamos tres años viviendo juntas. Su padre todavía está digiriendo la noticia.

—No puedo entender que aún haya gente que piense que es un problema —replicó Jessi indignada— ¿En qué siglo vivimos?

—No, yo los entiendo, los padres de Carolina son muy mayores. Su padre está a punto de cumplir ochenta años, son de otra época, es otra mentalidad.

Aquellas personas no sabían lo que se perdían, Érica era una belleza de mujer y no solo por fuera, lo cual era evidente, su belleza interior era incluso más grande. Cuando la conocieran se darían cuenta del gran error que estaban cometiendo. Tras una cena deliciosa y alguna copa más se quedaron solas en el local, cuyos dueños empezaron a lanzar indirectas barriendo la sala donde estaban.

—¿Te apetece una última en *la Llum* antes de ir a casa? —ofreció Érica.

Tras aceptar el plan, anuló el taxi. Esperaban ser las únicas del local, pero se sorprendieron de lo animado que estaba. En la barra se juntaba un grupo grande, todas ellas mujeres, como pájaros sedientos; otras bailaban alrededor de una chica muy rubia que, como en trance, se dejaba llevar por los ritmos que el dj marcaba desde su mesa de mezclas. Los pocos hombres que había estaban recluidos en una de las mesas, sorbiendo las pajitas con frenesí.

—Prométeme que, si algún día me caso, que lo dudo, no me obligaréis a llevar eso. —Señaló el falo que adornaba la cabeza de la chica rubia.

—Palabrita del niño Jesús. —Érica empezó a dibujar la señal de la cruz sobre su cuerpo, pero a mitad lo dejó, no recordaba el orden correcto—. Si algún día te casas tengo el plan perfecto para ti, y

tranquila, nada de penes ni de vaginas decorativas entra en el lote.

—¿Y qué sería? —Casarse era lo último de sus preferencias, tampoco tenía con quién, pero sentía cierta curiosidad por imaginar cómo sería su despedida.

—Estaba pensando en un viaje a Formentera, snorkel, calas, restaurantes locales, mercadillos...

—Visto así, igual me decido a pasar por el altar, solo me falta encontrar al afortunado —sonrió Jessi, complacida.

—Te lo pondré más fácil, no hace falta que te vistas de blanco, bueno sí, pero con ropa más ligera, este verano ya tenemos plan.

Jessi le guiñó un ojo y, juntando las yemas de su dedo índice y pulgar, hizo el símbolo de ok dándole su aprobación.

El grupo de mujeres que se apiñaban en la barra parecía crecer por momentos, y no dejaban huecos libres por los que colarse.

—Mejor voy a pedir en la barra de dentro, te dejo por si quieres ir planificando detalles de tu falsa despedida.

Atravesó la cristalera que comunicaba con la otra sala del local. Jessica esperó observando al grupo que cada vez bailaba a más velocidad, la futura novia parecía una peonza, dando vueltas sobre sí misma ante sus amigas que le coreaban con vítores y aplausos; parecía que en cualquier momento iba a salir despedida. Los cuatro únicos hombres del local dejaron sus bebidas en la mesa y empezaron a bailar, acercándose disimuladamente al grupo. Uno chocó de forma casual con una de ellas; tras una charla, el resto de los chicos se unió al corro.

—Qué malas son las mujeres —dijo Érica que llegaba con los dos combinados.

Y qué previsibles son los hombres, pensó Jessi, que dejó de contemplar la escena para prestar atención a su amiga.

—Déjame que averigüe, te han intentado poner un broche de los que llevan o quizás... alguna te ha echado la bebida por encima en uno de sus giros.

—No, el tema no iba conmigo. Pero a alguien le estarán pitando los oídos hasta mañana. Las dos chicas que estaban esperando detrás de mí, solo te diré que vaya par de brujas, lo más bonito que estaban diciendo de ella era glotona rencorosa.

—Madre mía, como está el patio, espero que no fuera a la novia peonza.

—No, la novia se llama Carla, ventajas de esperar tanto rato. La chica que insultaban se llamaba como tú. Es curioso, no sabía que tu nombre fuera tan popular. —Removió con la pajita y sorbió un largo trago de la copa.

Su nombre no era nada común, de hecho, ella tampoco conocía a nadie más que se llamara…

—¡Jessi! —gritó una chica que atravesaba la puerta de cristal en ese momento—. Pero, qué casualidad, ¿también vienes a la despedida?

—¿La conoces? —Érica no podía abrir más los ojos.

—Es Laura, la novia de Iván —explicó Jessi por lo bajo sin presentarlas—. No, solo estamos tomando algo. Enseguida nos iremos a casa.

—Un placer verte. —La chica se vio arrastrada por su amiga. Ambas se unieron al corro de la novia, quien al verla le cedió el gran honor de llevar la diadema con forma de pene.

Érica bebía pequeños sorbos mientras miraba de un lado a otro de forma nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Jessi, descolocada.

—Nada, no pasa nada. Todo está bien.

—Espera un momento. —Miró a Laura que empezaba con los giros imposibles y seguidamente a Érica que seguía haciendo chiribitas con los ojos absorbiendo la pajita con ansia. No le hacía falta sumar dos más dos.

—Lo siento, Jessi, son las dos chicas que iban detrás de mí en la cola. —Le confirmó finalmente.

Jessi siguió observando a Laura, que girando sobre sí misma, parecía estar a punto de despegar. Sintió unas ganas enormes de ayudarla a iniciar el vuelo.

No fue tan mala idea dejarle elegir después de todo. Hasta podía decir que ella hubiera elegido lo mismo. Después del McDonald's que eligió Pablo para cenar después del cine y que le removió el estómago hasta altas horas de la noche, la elección de Harvey era simplemente perfecta. El *Peix i Brases* de Denia era una de las mejores opciones. En el coche, este apremiaba a su madre a aumentar la velocidad, pero las curvas del Montgó con sus hijos en el coche parecían hasta peligrosas. De haber ido sola, en menos de diez minutos hubiera atravesado la montaña, pero con ellos detrás no habían llegado si quiera al campo de tiro.

—Mamá, ¿quieres acelerar? Parecemos tortugas.

—Tranquilo, Harvey, no hay prisa. La reserva es a la una. —Miró por el retrovisor, estaba formando una gran cola detrás de ella. Con la cantidad de ciclistas que ocupaban la carretera los fines de semana y la estrechez de los carriles, nadie se atrevía a adelantar. Aumentó ligeramente la velocidad, pero no por contentar a Harvey, sino por callar las maldiciones que seguro le estaban lanzando desde los otros coches.

El empujón de velocidad fue bueno para llegar a hora al restaurante. El gerente, un hombre alto y delgado, ataviado con traje y chaqueta y con unos cuantos retoques estéticos no demasiado resueltos, les atendió en el atril de entrada. En cuanto dio su nombre los acompañó a la mesa que tenían dispuesta.

—Con el nuevo comensal de su reserva hemos tenido que cambiar la disposición de las mesas, pero permítanme decirle que todavía disfrutan de una de las mejores vistas al puerto —explicó el hombre, de manera servicial.

—¿Qué nuevo...? —No le dio tiempo a acabar. Desde una de las mesas junto a la cristalera que daba al exterior, Mike, de pie, les saludaba con la mano.

—He llamado yo para cambiarlo. Por suerte mi gran Motorola me deja hacer esas cosas. —Dicho esto, salió a encontrarse con su padre.

Aquello solo tenía un nombre. Si actuaba así a los nueve años, no podía imaginarse en qué ser abominable se convertiría en la adolescencia.

Después de muchos ruegos, logró convencer a su amigo Carlos para que le consiguiera el teléfono de Iván, que a partir de entonces volvía a ser conocido como el innombrable, y así quedó grabado en el móvil prestado. Cuando se fue de Llíria pensaba que dejaba atrás su antigua vida, no imaginaba ni por un momento que su vida de antaño la perseguiría hasta aquellas costas. ¡Con la cantidad de destinos turísticos que había, y su prometida tenía que veranear allí! No pudo pegar ojo en casa de Érica, y no por la dureza del colchón, sino por lo que pasó la noche anterior. Después de mucho pensar, decidió tomar cartas en el asunto y acallar esos rumores que pronto llegarían hasta el último rincón del pueblo. No es que conociera a mucha gente allí,

pero no le apetecía estar de boca en boca. El teléfono sobre la mesa esperaba. Inspiró todo el aire que le permitía albergar sus pulmones y empezó a soltarlo poco a poco por la boca escuchando cómo salía lentamente de su cuerpo. Repitió aquella respiración varias veces hasta que sin darse cuenta tenía el teléfono pegado a la oreja esperando oír la voz del innombrable. Tras varios tonos colgó, aquel no sería el día. Una parte de su ser suspiró aliviada por no tener que hablar con él; otra, sin embargo, empezó a sentir un cosquilleo por los pies. El balón estaba en su tejado, su número en su teléfono, y en cualquier momento podía llamarla. Se calzó las zapatillas y salió a correr, era la mejor manera que conocía para tener su mente en blanco.

10

El trayecto al colegio fue una versión reducida de lo que había sido el domingo. La palabra papá se repetía en la boca de su hijo mayor cada cinco minutos. Un sentimiento de mala madre la inundó, pero no veía el momento de dejarlo en la puerta de la escuela y salir huyendo al trabajo. La pantalla de su coche se puso a parpadear de nuevo con el mismo número desconocido que desde que subieron al coche la estaba incordiando, probablemente de algún seguro. Pulsó la tecla, sin los niños podía expresarse a sus anchas.

— ¡Patricia! ¡Por fin! Llevo una hora llamándote.

—¿De qué número me llamas? —preguntó al reconocer la voz de Stephen.

—Marcajes nuevos, algunos cambios que están haciendo los de arriba. En breve os pasarán a vosotros también una nueva marcación. Se trata de centralizar las llamadas y desviarlas a la extensión oportuna. —No dio su opinión. Algo le decía que aquel nuevo sistema algo tenía que ver con grabar las llamadas y tenerlos controlados. Ernesto le había enseñado a ser cauteloso y no pronunciarse jamás. Pero a juzgar por lo que Patricia dijo después, no hizo lo mismo con su hija.

—¿Pero se puede saber qué chorradas están haciendo? Si piensan que vamos a resolver mejor los casos con nuevos números es que no tienen la cabeza en el sitio.

—Escucha, tengo buenas noticias que darte. En realidad, tres buenas y una mala. —Si los estaban grabando como él pensaba, sería mejor no dejar que se extendiese con más insultos.

—La autopsia, ¿la tenéis? —La ilusión la llevó a mirar inconscientemente a la pantalla del coche y por poco estuvo de pegar a uno de los pocos coches que había aparcados en la vía. Sería mejor seguir la conversación sin movimiento. Buscó un hueco que no le fue difícil encontrar y, con vistas a la playa del Arenal, continuó escuchando a Stephen. Estaba empezando a llover, dejó que el cristal

se cubriera de agua para no ser molestada por el ruido del limpiaparabrisas.

—Sí, esa es una. Pero déjame empezar por la mala. No hemos conseguido nada con las grabaciones. Nos hemos remontado varias semanas atrás, pero nada, ningún movimiento hacia esos archivos. Es más, prácticamente ningún movimiento en absoluto. Gonzalo ha estado haciendo horas extras para poder llevar a cabo el trabajo. Puedo ampliar más, pero no creo que sirva de mucho.

Patricia asintió; al darse cuenta de que no la veía dijo:

—Sí, creo que tienes razón. —Compartía su opinión. Era prácticamente imposible, y algo le decía que hacía mucho tiempo que aquellos documentos fueron sacados de allí.

—Voy con las buenas noticias entonces. Julia se incorporará hoy de manera definitiva con vosotros; y respecto a la otra… tenemos los resultados de la autopsia, como imaginábamos, el contenido del estómago ha revelado que comió setas...

Le pareció que tras la última palabra venían unos puntos suspensivos.

—¿Tenéis algo más?

—Las setas nos han contado algo que no sabíamos. Hemos tardado un poco más porque se ha tenido que llevar la muestra al laboratorio de Alicante. Allí, como sabes tienen más medios que nosotros, y en el estado en que se encontraba no ha sido fácil averiguar a qué tipo correspondía. No te puedes imaginar el gran número que hay.

—¿A qué te refieres? ¿No es la misma que encontramos en la escena del crimen?

—Sí, también ingirió setas alucinógenas. Pero no fueron esas las que le causaron la muerte, sino otra más peligrosa…

En esta ocasión los puntos suspensivos eran más que eso, eran una pausa demasiado intencionada. Patricia tenía ganas de apremiarle a gritos.

—Los restos que hemos encontrado no son de setas alucinógenas, sino de setas venenosas. En concreto la *amanita phalloides*; el forense no es especialista en el mundo de la micología, pero por lo que ha podido comprobar sí que se ajusta a las causas del fallecimiento y al estado que presentaba el cadáver cuando lo encontramos.

—¿Una seta venenosa? ¿Cómo es posible?

—Y por si eso fuera poco… —siguió con la misma intriga—. Han aparecido restos de cuero cabelludo, no ha hecho falta comprobar que fueran de la chica porque es imposible.

—¿A qué te refieres?

—Pues es imposible que fueran de ella, porque son de varón.

Cuando tengáis a alguien en la lista de sospechosos podremos hacer la comparativa y creo poder prometerte que ahí tendrás preferencia absoluta.

—De momento solo tenemos a los dos niños que estuvieron con ella durante la noche, empezaremos por ahí. Tramitaré la orden hoy mismo, pero si estuvieron juntos no es raro que hayan podido llegar restos de cabellos hasta ella.

—Si el cabello es de uno de los dos, el caso acabará pronto, ahora te envío el informe. Como verás, quien dejó el cabello, tiene muchas posibilidades de ser el asesino, y eso es algo en lo que nosotros podemos ayudaros.

Abrió las ventanas de par en par con intención de airear la habitación, unas pequeñas gotas de lluvia lograron colarse. Después del encierro de su hijo, aquel lugar rezumaba hormonas pueriles por todos los costados. Por fin regresaba al instituto, aquello era buena señal, poco a poco todo volvía a la normalidad. Quitó la colcha y las sábanas y las dejó en el suelo. El olor se concentraba allí más que en ningún otro sitio. Limpió todos los muebles a conciencia, a base de agua y unas gotas de amoníaco, hasta que el cuarto relució.

La estantería era otro cantar, trastos y maquetas que se negaba a tirar acumulaban montones de polvo. Para limpiarla a fondo necesitaría la ayuda de un taburete. Con la intención de dejarlo todo inmaculado, fue a por él. Como esperaba, cada estante le ocupó una media de veinte minutos. Cuando quiso darse cuenta, ya llevaba una hora solo con eso. Oyó la voz de Julen llamándola a gritos y trastabilló en el taburete, en un rápido movimiento se consiguió sujetar al estante; sin embargo, una de las maquetas bailó y cayó al suelo; por suerte, las sábanas amortizaron el golpe y no se rompió en mil pedazos.

—¿Mamá, qué haces ahí? ¿Y Christian? —No había rastro de su hermano. Este llevaba días como un ogro en una cueva. Había intentado hablar con él sobre la bruja, pero al igual que los ogros, no apreciaba las visitas.

—Limpiando un poco, cariño, ¿cómo has venido tan pronto?

Julen la miró extrañado y, señalando su reloj de Mickey, dijo:

—No mamá, no es pronto, hoy vengo muy tarde. El profe se ha

quedado después de clase a repasar matemáticas y yo me he quedado para sacar muy buena nota. —Se señaló orgulloso en el pecho sabiendo que su madre acogería feliz la noticia.

—Muy bien hecho, cielo. —Bajó del taburete y le rascó la cabeza dibujando su caricia de recompensa.

—Me muero de hambre, ¿qué hay de comer? —preguntó el niño ronroneando como un gato.

—¿Comer? ¿Qué hora es?

Se respondió mirando el despertador de la mesita de noche. Más de las dos, Christian no tardaría en llegar y Julen tenía que volver al colegio en solo una hora.

—Ahora mismo te lo preparo, corazón. Ve poniendo los cubiertos.

El niño salió cantando alegremente dejando a Irene en la habitación. Pasó el trapo por el penúltimo estante y bajó del taburete. Esperaba tenerla terminada para cuando Christian llegara. Suponía que después del primer día apreciaría volver a la seguridad de su cuarto sin ser molestado, pero al menos quería procurarle unas condiciones higiénicas básicas. Había crema de verduras del día anterior, solo era calentarlo, le daba tiempo a cambiar las sábanas. Sacó de la cómoda un nuevo juego y lo ajustó en la cama que ya había tenido tiempo de airearse. Solo quedaba recoger las usadas y dejarlas en la lavadora. Las juntó de un tirón y al notar que pesaban más de lo esperado le vino la imagen de la maqueta, que seguía envuelta en ellas. Las desplegó poco a poco y vio con tristeza que una de las partes se había soltado, se acercó un poco más y comprobó que el color era ligeramente más claro. Conforme sus ojos se acercaron más, vio con claridad que aquello no era parte de la maquinaria, era algo distinto. Algo hecho con mimbre. Una cruz de mimbre. Dándose cuenta del hallazgo, volvió a dejarlo todo en su sitio. Como ella misma sabía, había secretos que era mejor no descubrir jamás.

En comisaría, Jessica esperaba lo que Albert tenía que contarles con gran ansiedad, fue él quien respondió la llamada de Patricia y, tras oír la palabra “venenosa” de la boca de su compañero, esperaba con ansia que colgara para saber más. Tras un breve instante que pareció mucho más, finalizó la conversación y se dirigió a sus compañeros:

—Patricia viene de camino, me ha pedido que salgas Poli; pasará a

recogerte para ir a hablar con los padres.

Poli, que estaba recostado en su asiento, sin esperar ninguna otra explicación arrancó su chaqueta de la silla y se fue con paso rápido a la entrada. Albert miró por la ventana, aquella chaqueta no sería suficiente abrigo para el tiempo que hacía. La lluvia ya empezaba a pegar con fuerza contra los cristales.

—¿Qué ha pasado?

—Tienen los resultados de la autopsia, no te lo vas a creer, setas venenosas. Lo que la mató fue la ingesta de una seta venenosa. Esto cambia el asunto; si todo va bien, en unas horas tendremos la orden para pedir toda la documentación referente a la venta.

—¿Cómo es posible? —empezó a cavilar Jessi imaginando un sinfín de posibilidades para la venta de setas venenosas.

—Si me preguntas, no creo que hayan sido ellos, lo que venden no son las setas en sí sino panes de setas. No soy experto, pero creo que es imposible que crezcan unos sin contaminar los otros. Aunque si con ello podemos cerrarles el negocio, me daré por satisfecho. Patricia me ha recomendado que hablemos de nuevo con Fernández por si pudiera darse el caso, pero lo dudo. Y otra novedad, han encontrado un cabello, de sexo masculino. Estoy de acuerdo con Patricia en empezar por los chicos, pero de nuevo tenemos que esperar la orden.

—¿Y del archivo qué ha dicho? —preguntó Jessi, que junto a la palabra "venenosa" fue la que más le llamó la atención en la conversación.

—Del archivo nada. Han visto las imágenes de las últimas semanas, nada relevante, se han remontado a dos semanas antes del asesinato, pero es como buscar una aguja en un pajar. —Albert se dejó caer en su asiento—. Y eso teniendo en cuenta que hayan sido robados recientemente.

Treinta años era mucho tiempo y muchas oportunidades. La comisaría no había cambiado de lugar desde los años ochenta, pero eran muchas las personas que habían podido entrar en los archivos y hacerse con aquellos documentos.

—Creo que no vamos a sacar nada de ahí, y es una pena —siguió Albert—. Algo me dice que en ellos hubiéramos encontrado la clave. Si alguien se ha tomado la molestia de robarlo es porque sabe que Andreu descubrió algo que podía llevarnos hasta el asesino.

—¿Sabemos si Andreu Espinosa murió por causas naturales? —preguntó Jessi frunciendo el ceño.

—Eso ya es especular mucho —dijo Albert, volviendo a su postura original—. Me parece muy rebuscado.

—Quizás Toni también esté en peligro, debería advertirle —siguió, sin prestarle atención, apretándose la pulsera roja de su muñeca.

Albert se acercó a su compañera en un gesto fraternal, posó su mano en la frente de esta, quien la apartó de un manotazo.

—¿Qué haces?

—Lo que me temía, tienes fiebre, deberías irte a casa. Jessi, estás viendo fantasmas donde no los hay. El asesino es alguien real, puedes quitarte de la cabeza que se trate de un ser de otro mundo.

Él sabía a ciencia cierta que no eran más que fantasías de un loco, la brujería solo existía en mentes desquiciadas.

—Es este caso y todo lo que le rodea, es tan… siniestro, el lugar, los ritos… —No le dio más explicaciones, si lo hiciera su compañero probablemente iría corriendo a pedirle la baja médica por trastorno. Desde que empezaron con el caso notaba a Albert muy irascible con todo lo relacionado con rituales, no quería ni imaginarse lo que pensaría si viera el estado de su casa. El estudio era un recopilatorio de páginas y páginas sobre ritos mágicos, brujería…. suerte que ni a él ni a su familia les dio por entrar.

—Acompáñame. —Fue lo único que contestó Albert.

Juntos fueron a la sala común donde como era habitual una pizarra resumía los datos que habían ido recopilando.

—Mira a estas personas. A mí me parece que son demasiado reales para ser fantasmas.

—Albert, eso no sirve de nada. Tampoco podemos asegurar que el asesino sea uno de ellos. —Tenía el pomo sujeto para salir de allí, pero Albert la retuvo.

—Míralos, ¿quién de ellos ha estado obsesionado durante treinta años para robar toda la documentación y volver a matar?

Jessi se quedó pensativa, quizás su compañero tenía razón y allí estaba la respuesta. Analizó todos los rostros, todas las expresiones, y después de un tiempo considerable que a ella le pasó como un minuto, una sonrisa misteriosa se dibujó en su rostro.

—Creo que tengo la respuesta, al menos una de ellas.

Jessi miraba el panel fijamente, Albert intentó averiguar a cuál de esas personas estaba observando, pero para su sorpresa, no era una foto lo que Jessi contemplaba sin pestañear.

La única tregua que dio el tiempo fueron las primeras horas de la

mañana, cuando el sol se coló por las nubes. Ahora se unía al frío la lluvia que arreciaba con fuerza. Salieron del coche con paso rápido para evitar las gotas que, a ráfagas ladeadas, atizaban con fuerza como cientos de agujas. El paraguas era innecesario, se habría roto al intentar abrirlo, aceleraron el paso para llegar a la casa, aunque lo que en verdad deseaban era acabar cuanto antes con aquello. El agua y la humedad convirtieron los escasos cabellos de Poli en una maraña; Patricia, por el contrario, podría ser la protagonista de un anuncio, su larga melena caía a ambos lados de su cara y cientos de gotas minúsculas le decoraban el pelo.

—¿Tienen algo ya? —Les espetó la mujer nada más verlos. No pasaron por alto su rostro; si antes carecía de cualquier tipo de expresión, ahora la furia cubría sus facciones.

—¿Podemos entrar? —preguntó Poli levantando una ceja—. No sé si se ha dado cuenta, pero estamos empapados.

Esta simplemente se hizo a un lado con hartazgo. Poli fue a sentarse en una de las sillas, pero la expresión de la mujer le hizo cambiar de idea. La hubiera ignorado de buen gusto, pero sintió cómo la pupila de aquella mujer se clavaba en su interior y esperó de pie junto a Patricia. Otra hora de ejercicio de pie.

—Y bien, ¿qué es lo que quieren?

Las cortinas de flores oscuras impedían ver el agua estrellándose contra el cristal, pero se imaginaba cómo las gotas se juntarían entre sí formando ríos verticales.

—Tenemos nuevas noticias sobre su hija, ¿está su marido? —En el colgador de la entrada estaban los dos abrigos, pero no había rastro del hombre.

—Está arriba, pueden ir a buscarlo si quieren, aunque no creo que esté en condiciones de hablar con ustedes. La última vez que lo vi apestaba a alcohol.

Poli fue el encargado de ir a buscarlo y bajarlo por la escalera, el hombre olía a brandy; sin mirar a su mujer, se sentó en la punta opuesta del sofá con los ojos cerrados.

—Nos han llamado del instituto forense, han determinado las causas de la muerte de su hija.

La máscara de rabia de la mujer se evaporó, tragó saliva y su rostro adquirió aquel color ceniciento que tenía la primera vez que la vieron. Patricia observó una de las sillas, eran distintas a la primera vez que llegaron, el marido ahogaría las penas en el alcohol y ella al parecer en interiorismo. La decoración del salón también había cambiado, y sobre la cubierta del piano estaban las fotos de la niña.

—Su hija tomó un psicotrópico, conocido como setas alucinógenas. Todavía tenemos que averiguar cómo fue posible, pero junto a estas

ingirió una seta venenosa.

—No, no es posible —dijo la mujer levantándose como un resorte, indignada.

—Se han encontrado restos en su estómago, no hay ninguna duda —verificó Patricia.

—No, es imposible —repitió de nuevo—. Las drogas en esta casa están prohibidas. Esther lo sabe.

—Lo lamento. Sus amigos también lo han confirmado.

—Ella nunca… Fue otro, tuvo que ser Christian. Sí, fue él, él le obligaría, mi hija nunca haría eso. Ese chico la mató. Desde que empezó a nombrarle vi que en un par de ocasiones olía a tabaco, ese chico la mató. Él le dio esas drogas.

—Me temo que no fue así, fue ella quien adquirió las setas.

—Eso se lo ha contado él, ¿y se lo creen? Como pueden ser tan estúpidos, no lo ven, ha sido él.

—Tanto Christian como Pau nos han confirmado que fue ella quien adquirió las setas. Además, hemos averiguado algo tras analizar el ordenador de su hija.

El padre, con rostro nervioso, se frotaba las manos continuamente contra las perneras; la madre, de pie con los brazos cruzados, esperaba.

—Se hizo una compra desde su ordenador a una página de venta de setas alucinógenas y se pagó con este número de tarjeta.

La mujer seguía en silencio con los brazos en cruz. El hombre en cambio se levantó como pudo y fue hacia la mesa del recibidor donde junto a una lámpara de sal se encontraba su cartera. Sin decir una palabra se la tendió a Patricia que, tras comprobar los números, solo asintió con la cabeza. Ya lo habían confirmado con el banco.

—No es posible. Me lo prometió… —dijo la mujer mirando con agravio a los policías.

—Solo fue una vez y confesó al momento, nos prometió que no volvería a hacerlo —explicó el hombre.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó Patricia. Poli esta vez los miraba en silencio sin tomar parte.

—Esther comenzó a cambiar cuando empezó el instituto —explicó el marido. El olor a brandy llegaba hasta ellos, pero parecía muy lúcido—. Siempre fue una niña muy buena, pero con el cambio empezó a comportarse de manera diferente. Mi mujer encontró hace meses un movimiento en nuestra cuenta de una compra online a una tienda de semillas de marihuana, yo nunca reviso los extractos bancarios y me pasó totalmente desapercibido. En un principio pensábamos que se trataba de un error, pero cuando nos disponíamos

a llamar a la tienda para denunciarlo...

—Esther nos confesó que había sido ella. —La mujer siguió en el relato—. Pero estoy segura de que era para alguien más, ese Christian le obligaría a hacerlo.

—¿Y no se dieron cuenta de ese último movimiento?

—Después de aquel incidente estuvimos durante semanas revisándolo al detalle, pero después de un tiempo paramos, quizás por miedo a encontrar algo que no queríamos —continuó el marido.

—Me lo prometió —contestó la mujer con un nudo en la garganta.

Cuando se fueron, el hombre seguía con una nebulosa en la cabeza, incapaz de coordinar o entender todo aquello.

No les fue difícil encontrar la casa, habían pasado muchas veces por allí. Dejaron el coche en el aparcamiento de la estación de autobuses en la avenida Palmela. Jessi, disimulando, acarició su lazo rojo, aquella cinta atada a su muñeca estaba funcionando. A primera hora de la mañana le llamaron del taller, su coche estaba listo, cincuenta euros, un apaño menor dijo el mecánico, el fin de su mala suerte, pensó Jessi.

Subieron por el camino Frechinal hasta el *skatepark* con una gran vista de la línea de costa. Siguieron por la calle Roques y conectaron con la calle con más flores de Jávea, *el carrer Estret*. Llegaron a la *Plaça de Baix* donde uno de sus accesos conectaba con la calle mayor. Se trataba de una de las más transitadas de Jávea, no solo la biblioteca y un par de tiendas se encontraban allí, sino los bares más conocidos del pueblo. La casa, como Toni afortunadamente recordó, estaba justo al lado de la mercería, una antigua casa señorial que no lucía todo lo majestuosa que podría hacerlo debido al enclave. Sus grandes dimensiones no se apreciaban del todo por la estrechez de la calle donde se encontraba.

—No sabía que un sueldo de policía diese para tanto.

—Me da a mí que se trata de una herencia —opinó Albert debajo de su paraguas—. Lamento comunicarte que nuestro sueldo solo nos dará para un estudio como mucho.

Utilizó el picaporte para llamar, al cabo de unos instantes escucharon pasos y apareció ante ellos un joven con el rostro lleno de

acné. Su cara era como un mapa, llena de puntos rojos y agujeros donde no había podido ceder a la tentación de explotarlos.

—Hola, buenos días —dijo entusiasmado de tener visita.

—Estamos buscando a la mujer de Andreu Espinosa. —Por la diferencia de edad debía tratarse de su nieto.

—Es mi abuela —confirmó el chico—. ¿De verdad quieren hablar con ella? La abuela normalmente no tiene muchas visitas. —El timbre de su voz iba desde la más aguda de las notas de la niñez que dejaba atrás al grave que pronto adquirían sus cuerdas vocales—. Solo la visitaba la tía Conchita, pero murió el diecisiete de agosto.

Por suerte pensó el chico. Aquella mujer fue una vieja alcahueta muy impertinente, hasta para morir fue un incordio, solo a ella podía ocurrírsele morir el segundo día de vacaciones. Estuvo varios meses en cama y cada noche parecía que iba a ser la última, pero aguantó, vaya que si aguantó. Aguantó hasta que deshicieran las maletas en el hotel de Benidorm donde iba a pasar una semana con su madre.

—Aparte de tía Conchita, nadie. Todas han muerto. Yo soy el único que está siempre con la abuela —dijo con orgullo, golpeando el pulgar contra su pecho.

Jessi le creyó, el atuendo del chico era más bien anticuado; el jersey con cremallera de un gris apagado y los pantalones de pana eran más bien de la época de sus padres. Estaba segura de que aquel chico con la piel surcada por la pubertad se sentiría más cómodo oculto entre las viejas paredes conocidas de su niñez que en el desconocido mundo exterior al que, por otra parte, pronto tendría que enfrentarse.

—¿Está en casa tu abuela?

—Sí, pasen, está en el salón, yo los llevaré hasta ella.

La casa era tal como se la habían imaginado, techos altos con vigas de madera y muebles que debieron valer en su tiempo un buen dinero.

—¡Andreu! ¡Ven, que va a empezar Rex! —dijo la mujer.

— Abuela! ¡Mira quién ha venido! —gritó el chico acercándose a la mujer para hacerse oír.

—¿Qué dices, hijo?

—Lamentamos molestarla, pero somos...

La mujer ladeó la cabeza sutilmente para contemplar la visita, se fijaron que iba en silla de ruedas.

—Policías, ¿verdad? Todos tienen el mismo porte. Aunque mi Andreu siempre vistió como es debido. —Lanzó una mirada de acritud a la vestimenta de los jóvenes policías—. Andreu, hijo, ponme a grabar la serie, ¿quieres? Todavía no he aprendido a gastar esos cacharros modernos.

—Pero me tienes a mí abuela.

—Eso es verdad. —La mujer acarició el grasiento cabello de su nieto, que se relamió como un pequeño cachorro.

—¿Y se pueden saber qué quieren? —Volvió con el mismo tono amenazador que había dejado al dirigirse a su nieto.

—Necesitamos hacerle unas preguntas sobre un caso que llevó su marido.

—Mi marido está muerto —contestó fríamente—. No sé en qué puedo ayudarles yo.

La mujer era como un témpano de hielo y, viendo la manera de tratar a su nieto, solo había una manera de atravesar aquella capa dura y fría.

—Es por un caso que llevó. Hace unos días apareció el cadáver de una niña, no mucho mayor que su nieto.

—Dios mío. —La mujer se llevó la mano a la boca. Sus ojos pasaron a una expresión triste. Como esperaba, la capa empezaba a resquebrajarse—. No me había enterado, ¿una niña?

Su nieto, sentado frente al aparato de la televisión, permanecía en completo silencio fingiendo ignorar la conversación. Temía que si reparaban en su presencia le obligarían a dejar de escuchar y tenía mucho interés en saber lo que aquellos dos policías tenían que contar.

—Apareció el día treinta y uno de octubre en un lugar de Benitatxell llamado la Cueva de las Brujas.

—Como Estefanía.

—¿Lo recuerda? —preguntó Jessi esperanzada.

—Ese caso nos ha acompañado durante toda la vida, mi Andreu no llegó a reponerse del todo. Aquel caso le afectó demasiado, hacía poco que había pasado de tráfico a investigador y aquella chica, solo era una niña. Mi hija acababa de nacer cuando aquello sucedió.

Jessi no pudo evitar hacer cuentas, el chico debería tener unos trece años. Por eso la mujer trataba de aquel modo a su nieto, su hija lo tuvo siendo una adolescente, y con seguridad lo había criado ella.

—Pensamos que los casos están relacionados y, puesto que su marido fue el investigador principal, nos preguntábamos si conservaba alguna información de los hechos.

—Después de aquello volvió a tráfico, de donde nunca debía haber salido. Mi Andreu era demasiado sensible para aquellos horrores, aquello fue una espina. Hasta el último momento estuvo revisando sus archivos por si había pasado algo por alto.

—¿Sus archivos? —preguntó Albert mirando a Jessi con aprobación. Cuando le expuso su idea al principio le pareció descabellada, ¿qué interés tendría en apropiarse de aquellos archivos?

Ahora entendía el motivo.

—¿Podríamos verlos? —preguntó Jessi, solapándose con Albert.

—Me temo que no es posible. —Negó la mujer con la cabeza, que al parecer era de las pocas partes de su cuerpo que podía mover con facilidad—. Cuando mi Andreu murió, me deshice de todo aquello, ya había quitado demasiado tiempo de nuestra vida. Lo siento.

—¿Hay algo que recuerde que su marido dijera? —dijo Albert en un último intento de obtener algo de todo aquello—. ¿Algo relacionado con el caso?

—Lo siento, pero no puedo ayudarles. Andreu se cerraba en su despacho, yo sabía que le importaba por cómo le cambiaba la cara. Nunca quiso hacerme partícipe de todo aquello, ya era bastante con el peso que cargaba sobre sus hombros.

—¿Sería posible que viéramos el despacho de su marido?

—Como quieran, pero ya les he dicho que me deshice de todo. —La mujer pidió al chico que, se levantó como un resorte, que los acompañara.

Las estanterías lucían vacías y solo había un antiguo sillón de tela roja y un escritorio también desprovisto de todo. Jessi se acercó, no sería la primera vez que había visto compartimentos secretos en muebles como aquel, toqueteó los cajones, debajo del tablero buscando escondites secretos, pero nada.

—¿Están buscando si el abuelo tenía cajones secretos? —dijo el chico adivinando sus intenciones—. Mola.

—Aquí no hay nada —dijo Albert, que hacía lo propio con la estantería—. Será mejor que nos vayamos.

El chico, como un guardaespaldas, los acompañó a la puerta. No habían avanzado un par de pasos cuando el chico los llamó entre silbidos.

—¿Son de la policía de verdad?

—Mira chico, no tenemos tiempo para esto —zanjó Albert, pero Jessi, por una leve intuición, decidió hacerle caso y le mostró la placa. El joven se acercó bajo la lluvia para observarla con detenimiento.

—¿Es de verdad?

—Tienes mi palabra. —Jessica no pudo sino sonreír al comentario.

—Esperen un momento, vengo enseguida.

—Jessi, ¿en serio quieres jugar a los detectives con el chico?

—Tengo una corazonada.

Al momento apareció el chico con una carpeta en la mano con el logotipo de la policía de Denia.

—¿Cómo tienes tú esto? —preguntó Albert, sorprendido.

—La abuela me pidió que me deshiciera de todo, ya han visto que ella no puede hacer mucho, pero me quedé con esta.

Jessi sonrió, su corazonada había sido cierta. La mujer apenas podía mover el cuello y las manos, no era posible que tuviera la energía suficiente para limpiar el estudio. En cambio su nieto tenía, no solo la fuerza, sino una disposición absoluta por atender cualquier petición de su abuela. El chico le tendió la carpeta a Jessi, pero cuando estaba a punto de cogerla, se la quitó de las manos.

—Prométanme que me lo devolverán si no pueden resolverlo. De mayor voy a ser policía y resolveré lo que el abuelo no pudo.

—No puedo prometerte eso, pero sí que haremos todo lo posible. —Le contestó con ojos sinceros. Bajo esa piel repleta de pubertad se veían unos ojos bondadosos y unos rasgos agradables. El chico miró a ambos lados con gesto dubitativo.

—Supongo que hasta que llegue ese momento les será más útil a ustedes.

Estaba empezando a oler a chamuscado, por más que intentara alejarse del secador, su madre sin contemplaciones apuntaba directo a su cabeza. Más que secarle el pelo parecía querer secarle las ideas. Victoria miró a las niñas de su alrededor, todas sin excepción, cual pequeñas ratas mojadas, se encontraban en la misma situación. Decidió dejar de moverse, era una batalla perdida. Observó a través de la cubierta de la piscina climatizada. Los árboles se movían con fuerza. Cerró los ojos e intentó disfrutar de aquella sensación de extremo calor que sentía en la cabeza imaginando que se encontraba a la intemperie del frío. Sola, rodeada del viento y la lluvia, aquel calor era la única fuente que tenía para no morir congelada. Cuando estaba empezando a disfrutar del vaho que nublaba el ambiente, el secador se paró y su madre, no contenta con el resultado, le encasquetó el gorro de lana que su abuela tejió para ella. Ya lista para la temperatura exterior, salió de la mano de su madre.

La piscina del pueblo se encontraba junto al campo de fútbol, en el polígono residencial del ensanche, lejos, muy lejos de casa. Tenían que subir la carretera dejando atrás el supermercado “Más y más”, la tienda de piensos y, pasados los suministros de piscina, llegaban al punto decisivo. En el cruce de la calle *Les Capelletes* y la calle *Del Pou*

se determinaba el nuevo rumbo a seguir. Ambas sacaron los puños, Belén siempre unía su suerte a los impares, Victoria a los pares. Los agitaron varias veces y mostraron su decisión. Una sacó cinco dedos, la otra ninguno.

—Esta vez subiremos por la calle *Pare Plácido* hasta la avenida *Alacant,* y de ahí seguiremos por la calle *De la Pau* hasta casa.

Victoria no pudo sino abrir mucho los ojos, ella siempre elegía la calle *Del Pou* que, aunque era más empinada, las llevaba directas a casa.

—Nos vendrá bien para bajar los dulces de estos días. —Belén, sonriendo, pellizcó la barriga de su hija a través de la chaqueta—. Podemos pasar si quieres por la floristería y juegas un rato con Julen.

—No, no quiero jugar con él.

Su madre se detuvo y la miró extrañada.

—Tiene muchos deberes hoy, no ha podido terminarlos en clase — dijo acelerando el paso para evitar que su madre leyese la mentira en sus ojos.

Tenía que evitar a toda costa entrar a la floristería, a Julen podía escapársele el plan y mamá ya le había advertido sobre el peligro de inmiscuirse en cosas de mayores. A punto de llegar a la avenida *d'Alacant* vio cómo llegaba el autobús del *Lady Elizabeth* y los estudiantes empezaban a apearse del vehículo. Dos de los niños, al ver a Victoria, salieron escopeteados como si hubieran visto al mismo demonio, uno de ellos era Jack. La madre de Victoria, sin moverse, contempló asombrada la reacción que provocaba.

—¿Victoria, hay algo que quieras contarme?

Victoria solo asintió, era hora de hablar con mamá.

Solo le quedaba un cuaderno, el último que podría rellenar. El día anterior se sorprendió en una casa que desconocía. No fue hasta que sintió a Teresa a su lado que fue consciente de dónde estaba. El cambio estaba empezando, sus recuerdos se iban apagando lentamente y era necesario dejarlos por escrito. Necesitaba grabarlo todo, su vida, sus sueños, y sobre todo, a su Teresa. Al final no quedaría nada más que un inmenso vacío en su interior, sin formas, sin nombres, sin recuerdos; aquellas letras serían lo único que le dejaría volver a la

antigua realidad. ¿Sería posible que olvidase a su Teresa? No le importaría perderlo todo con la condición de que permaneciera en él su recuerdo por siempre, el amor que sentía por aquella joven pizpireta que se convirtió en su mujer. Abrió el cuaderno, las primeras hojas estaban ocupadas por los monstruos, arrancó las hojas del cuaderno despidiéndose de aquellos seres que lo acompañaron año tras año, no quería recordarlos, no necesitaba recordarlos. Los lanzó al fuego que calentaba la estancia. Teresa a su lado los observó consumiéndose con las llamas. No habría ninguna otra noche de los cuentos del abuelo, de eso estaba segura. Aquello le dio paz. La bruja no volvería, ya no tenía motivo para hacerlo.

El papel salía de la impresora que estaba dispuesta en la sala común. Patricia lo sacudió para secar la tinta que por otra parte ya estaba seca. Si no tuviera los labios rojos hubiera besado aquellos documentos. La puerta golpeó contra la pared, sacudida con fuerza por un Albert que entraba gritando. La nueva incorporación al equipo, Julia, salía en ese instante del cuarto de baño. Con una toalla intentaba quitarse la humedad de sus cabellos que, al igual que su ropa, estaba empapada tras pasar largas horas esperando en la puerta de la comisaría a la intemperie sin que nadie le abriese.

—¡Lo tenemos! —Albert dejó la carpeta eufórica encima de la mesa sin prestar atención a la chica.

—¿Qué es lo que tenéis? —Patricia dejó con cuidado los documentos impresos dentro de la carpeta, cogió las hojas que había dejado Albert y empezó a leerlas por encima. En la tercera línea dijo —: ¿Pero cómo?

—Idea de Jessica, pensó que la persona más obsesionada con el caso fue precisamente el policía que lo investigaba.

Patricia la miró satisfecha, después de la metedura de pata en el caso anterior estaba resarciéndose a pasos agigantados.

—Vamos por el buen camino. —Esta vez señaló los papeles que minutos antes eran folios blancos en la bandeja de la impresora—. Tenemos las órdenes del juez para desmantelar el negocio donde se compraron las setas y también, para conseguir las muestras de ADN de los chicos. Se ha empezado a filtrar a la prensa y desde arriba han priorizado nuestro caso. Demos un vistazo a lo que habéis traído.

Sin esperar instrucciones Julia se levantó a fotocopiar el material y dio una copia a cada uno junto a un subrayador amarillo. Poli lo dejó a un lado, mejor esperaría el resumen. El folio de Jessi empezó a llenarse de palabras destacadas con aquel color; Patricia, al igual que Jessi, destacaba lo importante incorporando anotaciones a los costados. Remarcó como había recordado Toni que, al contrario que Esther, no apareció ninguna seta en el escenario de crimen, la muerte de la chica fue debido a un traumatismo craneoencefálico. Albert prefirió hacer una lectura rápida y precisamente por eso fue el primero en encontrarlo.

—Dejad eso, id a la página diez —dijo presuroso.

—Es mejor leerlo con calma, todo puede ser importante —contestó Patricia continuando con una de las anotaciones.

—Hazme caso, ve a la página diez —repitió.

—¡Vamos no me jodas! —exclamó Poli, que fue el primero en hacerle caso. Así se hacían las cosas, directos al grano quitando la paja —. Hazle caso al chaval Patricia.

Tanto Patricia como Jessi pasaron a la página indicada, el cruce de miradas fue instantáneo.

—Ahí tienes la relación —contestó Albert satisfecho.

Julia entró de nuevo con un café caliente para cada uno y una sonrisa de perfecta anfitriona. Como una más ocupó un sitio en la mesa, pero en lugar de café, un té rojo era lo que contenía su taza.

—Patricia. —Se atrevió a decir Jessi mirando a Julia de refilón—. ¿Crees que es bueno? Es decir, ¿no crees que deberíamos dedicar todos los recursos al nuevo caso? Después de tanto tiempo, las pistas se habrán enfriado demasiado.

Patricia negó con rotundidad.

—Al contrario. Es precisamente el tiempo lo que pone cada cosa en su sitio. Lo que antes tenían miedo de contar ahora lo dirán sin problema. No puede ser casualidad.

—¿Quieres que nos encarguemos nosotros? —preguntó Albert, que esperaba seguir formando equipo con Jessi.

—No, vosotros seguiréis en el presente, Poli y yo nos iremos al pasado. En algún punto del camino nos volveremos a encontrar.

11

Estefanía 1990

Ahora noto las lágrimas en mis mejillas y la sangre en mi cabeza. El día que papá murió no derramé ni una lágrima, es más, no sentí ninguna pena. Yo pude vivir gracias a que él murió. La abuela me lo contó. Esa noche la bruja me quería a mí más que a nadie, a las doce tendría nueve años, y aquello me convertía en especial, pero pasó de largo. Ya tenía el cuerpo de papá en mi lugar. Hoy, sin embargo, ha conseguido encontrarme. El dolor es insoportable, me quema el cerebro. Pero dentro de él veo con nitidez por qué he llegado hasta aquí. Ha sido por los cuentos que inventamos, "Los cuentos de Estefanía".

La enterraron en la más estricta intimidad, pero aun así hubo muchas personas que se acercaron a dar el pésame. ¿Cómo se atrevían? Ninguna de ellas sabía lo que era perder a un hijo; ninguna de ellas sabía cómo se quedaba tu ser cuando te arrancaban una parte de él; ninguna era si quiera capaz de imaginar el sufrimiento tan grande y la larga agonía que suponía para una madre saber que nunca más volvería a ver a su hijo. El párroco del pueblo tuvo el descaro de presentarse en su casa, para darle apoyo, dijo, viejo inútil, ¿qué sabría él del amor tan grande que se tiene hacia un hijo? Dios la acogerá en su seno, aseguró. No quería ser parte de un dios que se llevaba a los niños... Las gafas de sol ocultaban su mirada de odio hacia aquellas personas que en rigurosa fila esperaban a lanzar palabras vacías que no podían llenar el hueco tan grande que había en lo que una vez fue su corazón. Ya no había sitio para más lágrimas la rabia había ocupado todo el espacio posible. Saludó a la última con un ligero apretón de mano. Estaba segura de que una de ellas mentía y, cuando supiera quién se llevó a su hija, sería ella la que se ocultaría bajo un disfraz para cumplir su venganza.

No imaginaban ni por un segundo que unas jornadas micológicas llevasen consigo a tanta gente. Aquel pequeño pueblo escondido en la montaña se había convertido en un reclamo turístico donde ríos de gente recorrían las calles adoquinadas. En la puerta del único colegio, grandes carteles anunciaban el acto, y en los bares que dejaron atrás se anunciaban a bombo y platillo degustaciones donde las setas eran los elementos principales. En uno de ellos les explicaron dónde encontrar el polideportivo municipal, al día siguiente empezaría allí la primera de las charlas micológicas. Encontraron a Fernández que daba instrucciones a unos y a otros.

—Ya puedes buscar más sillas, aquí no habrá sitio ni para la mitad —espetó con su voz dominante a un chico delgaducho.

—Se lo acabo de decir, no hay más. Se han equivocado en el pedido y solo han traído treinta. —El chico, a pesar de que iba en manga corta, estaba sudando a mares.

La mujer lo miró enfadada, aquella no era la respuesta que quería escuchar. Se quedó con los brazos en jarras esperando una reacción más favorable.

—Lo único que se me ocurre y que sirva... —dijo este rascándose la espalda— …es traer las de la escuela.

La mujer le dedicó la misma mirada y tras unos instantes en los que los dos se quedaron en silencio, espetó:

—¿Y puedo saber a qué estás esperando?

El chico salió a toda prisa. El dinero que el concejal le había prometido por echar una mano no valía ni una cuarta parte del trabajo que aquella arpia le había mandado realizar. Desde las seis de la mañana estuvo colocando sillas, colgando carteles por todo el pueblo, haciendo de guía para los turistas que habían empezado a llegar, y ahora aquello. El pueblo no era muy grande, pero el colegio estaba justo en la otra punta y las sillas, como sabía, eran de las viejas de hierro.

—¿Y bien? ¿Han podido desarticular el negocio? —preguntó la mujer en cuanto el chico salió escopetado por la puerta.

—Creo que puedo asegurarle que hoy será el último día. —A esas horas ya estarían desmantelando el negocio que madre e hijo habían montado y con suerte a lo largo de la mañana tendrían más datos sobre la hoja de envío en la que Albert creyó ver algo importante.

La mujer sonrió satisfecha ajustándose las gafas en el puente de la nariz.

—Les felicito entonces y díganme, ¿en qué puedo ayudarles esta vez?

—Hemos encontrado una nueva variedad en el estómago de la niña, una seta venenosa, la *amanita phalloides*. Queríamos preguntarle

si es posible que pudiera crecer junto a las otras y pasar desapercibida.

—Es materialmente imposible. Se lo mostraré. —La mujer empezó a andar en dirección al escenario—. Los hongos se contaminan muy fácilmente, no podría crecer sin contaminar las otras. Además, por apariencia son completamente distintas. La *psilocybe semilanceata* puede confundirse con la *mycenas*, la *coprinus*, incluso la *conocybes* u otros *psilocybes* como el *psilocybe liteonitens* y *caeruela*. Pero con la que ustedes me muestran, imposible.

Apoyado en el atril encontraron el libro que ya conocían, lo abrió por la página correspondiente.

—Como verán son completamente distintas, incluso alguien neófito en la materia sabría distinguirlas. La *amanita phalloides* tiene un sombrero, de cinco a quince centímetros de ancho; aunque inicialmente es redondeado y hemisférico, va aplanándose a medida que va madurando. El sombrero presenta una coloración típicamente verde oliva. El velo himenial, tiene un centímetro o centímetro y medio de diámetro, y está situado debajo del sombrero —repetía una por una sin necesidad de mirar las letras, el contenido que aparecía junto al dibujo—. Las láminas, muy numerosas, están separadas. El pie es blanco con escamas verdosas diseminadas y tiene una longitud de entre ocho o quince centímetros. Imposible confundirlas.

Los dos miraban la seta con fijación, era una suerte poder contar con el dibujo, la explicación era demasiado enrevesada.

—Y les diré que al igual que la *semilanceata* —continuó la mujer—. La *amanita phalloides* también es comúnmente conocida con otros nombres como oronja verde, canaleja u otro que tal vez les pueda interesar más, también se la conoce como la seta del diablo.

—En caso de que les fueran ofrecidas en pequeñas porciones, ¿podrían diferenciarlas por el sabor? —preguntó Albert cortando de raíz aquella explicación.

—De nuevo la respuesta es no, la *amanita phalloides* tiene un sabor suave y dulzón, en cambio la *psilocybe semilanceata* es amarga. —Tras unos segundos añadió—. Aunque es perfectamente normal, si la *psilocybe semilanceata* fue engullida en primer lugar.

—¿Por qué? —preguntó Jessi al instante.

—Como ya les dije, durante el viaje se alteran todos los sentidos, y aunque no se trata de un tipo de drogas de anulación de la voluntad como la burundanga, es posible que durante el período alucinatorio la tomase sin ser consciente de ello.

Se oyó el sonido de las puertas y con satisfacción vio cómo el joven entraba jadeando con dos sillas en cada mano.

—La pregunta es cómo llegó allí —dijo Albert pensativo—. Si no es posible que creciera junto a las otras, alguien tuvo que ofrecérsela

después.

—Soy la primera que quiere ver a esa gente entre rejas, pero es imposible que ese tipo de setas venenosa creciese en un pan de setas junto a las de otro tipo. Así que si buscan el origen tienen que investigar en otro sitio. —Bajó del escenario dispuesta a colocar las sillas correctamente. El chico las había dejado demasiado separadas.

—¿Podría haberlas tomado por propia voluntad si creyera que una de esas alucinaciones se lo pedía? —preguntó Jessi siguiéndola escaleras abajo.

—Sí, es una explicación perfectamente válida —contestó la mujer desde el último escalón.

Jessi se giró para mirar a Albert. Sus labios se movieron, solo eso, pero Albert leyó perfectamente lo que acababan de decir porque la misma palabra cobraba forma en su mente. Alguien disfrazado de bruja yendo hacia la cueva. La alucinación que creyó ver el chico quizás fue real.

Era un día de luto. Poli y Patricia entraron a Benitatxell por la carretera principal, que conectaba con la calle “Les Capelletes”, para evitar el cementerio. Aun así, no pudieron pasar por alto las gentes vestidas de negro en señal de duelo. Esther ya descansaba en el nicho, pero no lo haría en paz hasta que descubrieran al asesino.

Por indicación de Jessi aparcaron en el parking del colegio, y bajaron andando a encontrarse con el primero de los tres nombres que aparecía en el informe. En la puerta de la casa, un anciano en una silla leía un cuaderno; mientras que una mujer a su lado ordenaba frutas dentro de una caja.

—Estamos buscando a Belén. Mi nombre es Patricia Salcedo, inspectora policial de Jávea.

—Belén está en el cementerio —indicó la mujer sin dejar su tarea —. Esos padres, como comprenderán, necesitan ahora todo el apoyo posible.

—También necesitan que encontremos al responsable.

—¿Qué es lo que quieren de Belén? —preguntó la mujer desviando la atención momentáneamente de las cajas.

—El nombre de su hija ha aparecido en un informe antiguo, en el

caso de Estefanía. La niña que murió hace años en la misma cueva. Supongo que lo recordarán —remarcó con cierto reproche.

El hombre lentamente fue alzando la mirada hasta dejarles ver unos ojos opacos por las cataratas.

—Quizás yo pueda serles de ayuda —dijo irguiéndose poco a poco.

—Antonio, no creo que sea buena idea. Tendríamos que esperar a que llegase Belén.

—No te preocupes, estaré bien. Tú quédate en el puesto. Por favor, vengan conmigo. —El hombre que, pese a la curvatura que empezaba a formarse en la espalda seguía siendo de gran altura, fue llevándolos con lentitud hasta la cocina—. ¿Quieren tomar algo antes?

—Un café estará bien, gracias —respondió Patricia, agradecida. Aquella mañana Pablo se había resistido a levantarse, y la carrera por llegar a tiempo al colegio le hizo perderse su café matutino.

El hombre empezó a abrir cajones al azar; dejando ver donde guardaban la vajilla, las conservas, la cubertería...

—Juraría que estaba en este estante —indicó abriendo un cajón—. O quizás mi mujer lo guardó junto a la leche. —Cuando se disponía a abrir la nevera, Patricia lo interrumpió.

—¿Sabe qué? Olvídelo. Un día de abstinencia me vendrá bien.

—Perdonen, últimamente tengo la cabeza algo confusa —dijo el hombre rascándose los cabellos blancos de la coronilla.

Patricia le sonrió dulcemente; conocía los síntomas. Aquello era el inicio; lo peor estaba por llegar.

—Y bien, ¿en qué puede ayudarles este viejo? —Les señaló la mesa de mármol, e invitó a los policías a tomar asiento junto a él.

—Fue usted quien encontró el cadáver en la Cueva de las Brujas, ¿verdad? —preguntó Patricia recordando las palabras de la madre de Estefanía.

—Sí. Yo encontré los ojos muertos de aquella niña... —Se quedó perdido en su memoria con la mirada en un punto muy lejano—. Aurora vino buscando a su hija, pero Estefanía no estuvo en los cuentos. Los gritos que profirió al enterarse despertaron a algunos vecinos, y juntos nos pusimos a buscarla de inmediato por todo el pueblo. Faltaba poco para las doce, y las historias antiguas cuentan que las brujas vagan durante esa noche buscando niños a los que llevarse. No fue hasta la mañana siguiente que encontré a la niña, rodeada de cruces, en la cueva de las brujas.

—Nos hemos enterado de que Estefanía pensaba crear una especie de historias paralelas en ese mismo lugar.

—Sin duda no podía haber buscado mejor sitio —participó Poli al que empezaban a rugirle las tripas. Aquella cocina olía de maravilla—.

La cueva de las Brujas.

—No se dejen llevar por supersticiones. La cueva de las Brujas debe su nombre a otro tipo de maleantes. Esa cueva se remonta a muchos siglos atrás. —No había duda de que era un buen orador. Su voz modulada, marcaba un ritmo de subidas y bajadas en la entonación que atrapa a quienes lo oían. Hasta que sus recuerdos se esfumasen, sería un gran contador de historias—. Durante el imperio romano ya estuvo habitada por los íberos, dándole uso como corral y vertedero. No fue hasta finales del siglo XII que pasó a convertirse en la guarida preferida de alguien. No de quienes ustedes piensan, sino de otros al igual que las brujas, muy peligrosos, pero mucho más humanos, los bandoleros. La leyenda cuenta que los contrabandistas ahuyentaban a las gentes haciéndoles creer que allí habitaban brujas. Para ello derramaban azufre que producía misteriosas llamas. El miedo fue lo que llevó a los habitantes de Poble Nou a llamarla "La Cueva de las Brujas".

—Y allí precisamente empezaría con sus historias, que iban a llamarse "Los cuentos de Estefanía" —contestó Belén agarrada al marco de la puerta.

La voz de Antonio era tan atrayente que no repararon que dos figuras más estaban en la sala con ellos.

—Quería empezar unas historias en la cueva, donde ella fuera la protagonista. Según dijo, tenía algo muy tenebroso que contarnos.

—¿Y ustedes fueron? —preguntó Patricia.

—¿Con Estefanía? —La miró divertida—. No, por supuesto que no. No está bien hablar de los muertos, pero ella producía un cierto rechazo, su manera de hablar, de vestir, de comportarse... Al principio nos fascinó, la niña mayor, la repetidora... nos hizo falta tiempo para saber cómo era en realidad. Además, aquel era el primer año que podíamos asistir a las historias de mi padre. Yo no quise saber una palabra de sus cuentos. Su plan era como una especie de boicot, pero no fue como tenía previsto. Todos prefirieron venir al corral. Se lo mostraré.

Belén salió de allí, y apareció momentos después con un álbum de fotos antiguo. En la fotografía que les mostró, lucía orgullosa al lado de su padre y, junto a ella, una niña bastante gruesa con larga melena, que por los rasgos debía tratarse de Lorena. Al otro lado, una niña de pelo rojo con la mirada triste apuntando al suelo; y sentados en el suelo, montones de niños de todas las edades.

—¿Podemos quedárnosla? —pidió Patricia.

—Por supuesto, cójanla.

Una vez en sus manos, Patricia la miró con detenimiento. Decenas de ojos expectantes, menos los de la niña pelirroja, que era la única que no miraba a cámara, esperaban las historias sin saber que en ese

instante un asesino estaba al acecho.

—¿Cómo podíamos imaginar que alguien aprovecharía las historias para hacerle daño a la nieta de la curandera? —se lamentó la anciana —. Cuando mi hija se despertó al día siguiente y se enteró de que Estefanía había desparecido, nos contó lo de los cuentos. Antonio fue hacia la cueva sin demora.

—¿Hay algo que recuerden que pueda sernos de utilidad? ¿Sucedió algo inusual o fuera de lo común esa noche?

—Nada —se adelantó la abuela—. Fue una noche de los cuentos como cualquier otra, solo que con un trágico final.

—Entiendo —Patricia se aclaró la garganta. Venía la parte difícil. Dejar al nieto para el final era parte de la estrategia. Si quería tenerlos receptivos no era bueno empezar acusándolo—. Necesitaríamos también hablar con Pau.

—¿Con Pau? ¿Por qué? —gritó la anciana cambiando su tono de voz a notas más coléricas—. Él ni siquiera había nacido.

—No es por el aquel caso, como entenderá…

—Lo traigo enseguida. Mamá, por favor, solo hacen su trabajo — Belén subió a buscar a su hijo que apareció de su mano momentos después.

—Pau, tenemos que preguntarte cuántas setas llevasteis al lugar — indagó Patricia mirándolo fijamente a los ojos.

—Tres, una para cada uno.

—¿Estás seguro?

—Sí, Esther las llevaba en una bolsa de plástico. Solo había tres.

—¿Fue ella quien las repartió?

—De eso... no estoy seguro...

—Es importante que lo recuerdes.

—Pues creo recordar… —observó el mármol fingiendo dudar, pero lo cierto era que recordaba perfectamente quién fue el responsable de sacarlas de la bolsa—. Fue Esther —dijo finalmente—. Sí, estoy seguro. Fue ella. Ella las sacó de la bolsa. Solo había tres, una para cada uno, cualquiera hubiera podido tomar la suya.

—¿Eran todas iguales?

—Supongo que sí —dijo confuso—. Aunque no puedo asegurarlo; estaba muy oscuro.

Patricia asintió; era posible entonces que la variedad letal estuviera en la misma bolsa de las setas alucinógenas.

—Y una última cosa Pau. Necesitamos una muestra de tu ADN.

El chico sin rechistar abrió la boca y dejó que aquella policía tomara parte de su saliva ante las quejas de su abuela. Con

tranquilidad volvió a cerrarla. Jamás tocó a Esther. Sus cuerpos nunca se juntaron. Era imposible que quedara en ella alguna parte de él.

Las campanas tocaban a muertos. Hoy era el día en que enterraban a la niña. Águeda cerró la puerta con llave y dio varias vueltas. Los vecinos volvían a sus casas de riguroso negro, pero por primera vez las miradas no iban con ella. Se notaba la pena en el ambiente, cubierta por un cielo que amaneció como el día anterior. La llovizna era el presagio de la tormenta que estaba a punto de formarse. Las gotas le cubrían la cara y el frío helaba sus carnes. Poco importaba. Ella se sentía flotar. En la esquina, Enrique la esperaba con un gran ramo de flores. Aquel era el primer día del resto de su vida.

Estaba tan hermosa en su ataúd; parecía una princesa de cuento de hadas, pero al contrario que en los cuentos, su hija no despertaría. Hacía largo rato que el enterrador había sellado la tumba y el olor a yeso fresco le acariciaba el olfato. Sacó la petaca del bolsillo y dio un nuevo trago. La bruja había vencido, y Martín sabía perfectamente de dónde había salido la manzana envenenada. Salió decidido del cementerio. Sabía dónde encontrarla, solo que en esta ocasión la bruja tenía el cuerpo de un hombre.

Durante el pésame no se atrevió a saludarlo, se escondió detrás de su mujer como un cobarde. Ahora no tendría lugar donde esconderse. Entró al bar con paso tambaleante, y se dirigió a la mesa junto a la ventana. Todos los adultos se levantaron de las sillas de plástico al verlo; todos menos uno, que permaneció sentado, y sobre este precisamente tenía la mirada clavada.

—Tú… florista… cobarde… Tu hijo tenía que haber muerto. —Con dedo amenazante señalaba al único comensal que seguía sentado en la silla.

—Martín, no digas eso —dijo uno de los hombres intentando

calmar el ambiente.

—Tu hijo tenía que haber muerto —repitió al hombre con furia intentando mantener el equilibrio.

—Por favor, Martín, cálmate —razonó el hombre que intentaba mediar. Hizo un intento por sujetarlo, pero este de un manotazo le apartó el abrazo.

—¡Levántate! —gritó fuera de sí.

Iñaki, sin decir nada, se levantó lentamente desoyendo los consejos del resto de clientes, y se puso a escasos centímetros de él.

—Haz lo que tengas que hacer y vete.

Toda la rabia que Martín había acumulado durante días se encerró de repente en su puño; lo apretó con fuerza hasta que notó las uñas clavándose en la palma de la mano. Con gran fiereza chocó su puño, primero contra la cara; y después contra el estómago del hombre, que se dobló de dolor. El resto de los clientes dieron un paso con intención de parar aquella agresión sin sentido.

—¡Dejadle! —chilló Iñaki escupiendo sangre por la boca. Como pudo se incorporó de nuevo a escasos centímetros de él.

Martín de nuevo golpeó en la boca del estómago. El nuevo golpe fue mucho más duro e Iñaki cayó al suelo sin posibilidad de levantarse.

—Tu hijo tendría que haber muerto —repitió con lágrimas en los ojos y los nudillos rojos.

De vuelta de las jornadas micológicas Jessi por primera vez conducía al lado de Albert en paz. Ni una vez había intentado poner una emisora de música. De fondo se escuchaban los ruidos típicos de la carretera, que a aquellas horas eran pocos; intercalados con el rugir de las tripas de Jessi.

—¿Y si comemos algo antes de volver a comisaría? —le preguntó Albert llevando la mano al panel para bajar la temperatura del aire acondicionado.

—¿Qué te apetece? —Siendo más de las tres, para ella cualquier opción sería admisible.

—Te dejo elegir, aunque si quieres demostrarme tus dotes culinarias, por mí encantado. Toni me llamó el otro día, y aprovechó

para contarme lo bueno que estaba el pastel que le hiciste.

Jessi sonrió, solo le faltaba saber uno de los contactos de Toni, ya tenía dos de tres.

—Pues lo máximo que puedo hacer es poner algo al microondas o al horno. No sé por qué la vitrocerámica ha dejado también de funcionar.

—El calentador, ahora la vitrocerámica… Tendrías que hablar con el casero.

—Te olvidas del teléfono y del coche. Estoy en racha, pero poco a poco se va solucionando —movió la muñeca enseñando el lazo rojo que ahora la decoraba—. El coche está reparado, el teléfono comprado y en cuanto a la vitrocerámica, el técnico viene mañana. Lamentablemente, para la caldera que corre más prisa, el casero sigue mirando presupuestos. Llevó días duchándome en el gimnasio.

—Podías haber venido a casa —contestó Albert centrado en buscar la temperatura ideal.

No sabía en qué momento empezaron a hablar con aquella cordialidad. Hacía poco que la línea de compañeros de trabajo iba ampliando horizontes.

—Te lo agradezco, pero esta tarde he quedado con Érica y aprovecharé para ducharme en su casa.

El teléfono de Albert empezó a sonar con el número personal de Patricia en él. Este lo vinculó al coche de inmediato.

—Escuchad atentamente. No tenemos mucho tiempo. Me acaban de avisar. Los compañeros de Alicante se han desplazado a la dirección que disteis del negocio de las setas. No han encontrado nada. Ni rastro de apuntes, documentos… ni una mísera referencia. La mujer indignada les ha contado que hacía meses denunció a la policía que alguien había utilizado su dirección postal para aquello. Envió un correo contando lo ocurrido. Lo han comprobado en su ordenador y al parecer se equivocó en una letra al correo que mandó a la policía y por eso nunca se envió. Lo tenía bien atado desde el principio.

—Diles que miren si tiene algo a su nombre, un campo, una caseta… seguro que no ha podido desmantelar un negocio como ese en tan poco tiempo. Y las cuentas, seguro que encontramos algo —dijo Albert de carrerilla.

—No hace falta que me digas cómo hacer mi trabajo —expuso Patricia con severidad—. Acabo de hablar con jefatura y para eso necesitamos otra orden. La que tenemos solo contempla la casa familiar. Nuevo gobierno, nuevos protocolos. Vamos a lo importante. Escuchad lo que vais a hacer. Después de esta llamada apagaréis el teléfono, tú y Jessica. Será entonces cuando os llame repetidas veces desde el teléfono de la oficina para informaros de las novedades;

lamentablemente no os las podré dar porque nadie contestará. En tres horas volveréis a conectarlos y entonces sí hablaremos; será cuando os diga que hace falta una nueva orden. Me diréis que habíais ido a apoyar a la policía de Alicante en el domicilio por si había problemas. En estos negocios nunca se sabe. Y será entonces cuando me contéis que habéis conseguido lo que necesitamos. ¿Queda claro?

—Doy media vuelta —dijo Jessi.

—Claro entonces. Os cuelgo. Ya tenemos el ADN de uno de los chicos, vamos a por el segundo. —Tras esto, Patricia colgó.

—Giro en la próxima rotonda para buscar la salida de la autopista.

—La mujer se sentirá demasiado intimidada si vamos los dos. Iré yo solo. Puedes adelantar la hora del baño. Llévame a casa y cojo mi coche.

—¿Estás seguro? —preguntó Jessi.

—Créeme, será lo mejor...

Quería evitarle añadir a su lista de mala suerte lo que había olvidado de aquella tarde. Era mejor que Jessi siguiera sin recordar como el efecto del humo del cannabis la obnubiló por completo.

No era difícil adivinar el lugar de donde venían. Sus ropas negras hablaban de muerte. Christian, con la mirada altiva, la mujer con la mirada baja sin enfrentarles. La reconocieron al instante. La niña de la foto. Su pelo no conjuntaba con los miles de pecas que cubrían su rostro; el rojo de antaño había desaparecido a favor del negro azabache que se dejaba ver debajo de un pañuelo de seda. De repente les pareció que volvía a ser aquella niña que por primera vez asistía a las historias, incapaz de levantar la mirada del suelo.

—Lo lamento. La floristería está cerrada.

—Mi nombre es Patricia Salcedo y este es Poli. Somos agentes de la comisaría de Jávea. El otro día hablaron con nuestros compañeros. —Se presentó Patricia tendiéndole la mano.

Irene se quedó con la mirada clavada en las uñas infinitas de color rojo de la policía; zarandeó la cabeza al darse cuenta del tiempo excesivo que había dedicado a aquel detalle y presta le tendió la mano.

—¿Necesitan hablar de nuevo con mi hijo? —preguntó intentado

cubrirse la cabeza con el pañuelo que el viento movía indecoroso.

—Lo cierto es que con él y con usted. Estamos investigando la muerte de una niña que también falleció en la cueva hace años. Se llamaba Estefanía.

Si intentó ocultar el asombro que le causó aquel nombre, fue en vano. Sus ojos verdes absorbieron la información como cristales y sus manos inmóviles no ofrecieron resistencia al viento que soltó el pañuelo dejando la cabellera al descubierto. El estado duró varios instantes; primero, al no acertar la llave que abría la puerta de la tienda y después, al derramar parte del agua que intentó verter en un vaso.

—Christian, sube por favor. Comprueba si Julen ha llegado.

Era imposible que hubiera regresado del colegio, pero hizo caso a su madre y subió a casa. El escondite que había encontrado para la cruz de mimbre de repente parecía absurdo. Si aquellos policías pretendían buscar entre sus cosas; mejor sería ponérselo difícil.

—¿Sabe entonces a quién nos referimos?

La mujer tomó asiento en una de las sillas de mimbre que servían como soporte para las vasijas y vasos de decoración.

—Hablan de la niña que se llevó la bruja, ¿verdad?

—De esa misma —dijo Poli toqueteando un geranio que por la acción perdió varios pétalos.

—Ha aparecido su nombre, junto al de Lorena y Belén en el informe del caso.

—Hubo un hombre que nos preguntó por aquello. Disculpen, fue hace mucho tiempo. No recuerdo su nombre…

—Andreu Espinosa —apuntó Poli que empezaba la misma operación en unas margaritas.

—Sí, ese mismo —rectificó Irene sin prestar atención al desastre que estaba originando Poli en la floristería.

—¿Y qué fue lo que le contaron?

—No demasiado en realidad. No coincidimos mucho con Estefanía, que en paz descanse. —Una cruz en el cuerpo acompañó a sus palabras—. Empezó en nuestra clase en septiembre y aquello pasó a finales de octubre. Belén, Lorena y yo éramos las únicas niñas de la clase, supongo que aquel hombre dio por supuesto que al ser niñas nos correspondía ser su amiga.

—Tenemos entendido que pensaba instaurar una nueva tradición —comunicó Patricia—. Algo como los cuentos de Estefanía, en el mismo lugar donde fue encontrada.

—No lo recuerdo, hace mucho tiempo —contestó desviando la mirada hacia el suelo.

—¿Alguien fue a la cueva? —preguntó Poli soltando la margarita totalmente deshojada.

—No. Todas fuimos a los cuentos. Era nuestro primer año. Nuestros primeros cuentos.

—Lo sabemos, hemos visto las fotos —contestó Patricia. Sin embargo, algo ocultaba aquella mujer que tenía la misma mirada de la chiquilla que fue entonces—. ¿Cómo era Estefanía?

—Ella era… Era una buena niña.

La puerta se abrió de repente acompañada del tintineo de los cristales que colgaban del techo, e hizo su aparición Iñaki con el rostro completamente desfigurado.

—¡Dios mío! Estás sangrando —clamó la mujer asustada.

—No es nada —dijo este sin darle importancia. Fue al mostrador, cogió uno de los trapos y lo mojó en el vaso que Irene no había terminado de llenar. Con él, se enjuagó las heridas del rostro—. ¿Se puede saber quiénes son ustedes? —El derrame en el ojo apenas le permitía ver a aquellos intrusos

—Son de la policía. Han venido a preguntar por Estefanía.

—No conocemos a nadie con ese nombre. —Se mojó el labio de nuevo. Seguía sangrando por las heridas abiertas y el escozor era insoportable.

—Déjeme hacerle memoria. Es la niña a la que mataron de la misma forma que a Esther hace treinta años —informó Patricia.

—No sabemos nada de eso. No tenemos nada que ver. ¿Se puede saber cuándo van a dejar de molestar a nuestra familia? Al final van a conseguir que todo el mundo piense que tenemos algo que ver. ¡Váyanse y déjenos tranquilos!

—Nos queda una última cosa por hacer. —Patricia le tendió la hoja con la orden. El hombre con rabia la leyó varias veces y fuera de sí la rompió en mil pedazos.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber la mujer casi temblando.

—Ocurre que de aquí no nos vamos sin una muestra de ADN de su hijo —dijo Poli acercándose peligrosamente al hombre.

—De Christian, ¿por qué? —preguntó la mujer con gran nerviosismo.

El hombre se alejó del policía y echando fuego por los ojos empezó a gritar el nombre de su hijo, que bajó instantes después por las escaleras.

—Abre la boca —gritó su padre ante la pasividad de Christian. —Te digo que abras la boca —bramó de nuevo.

Con insolencia sin dejar de mirar a su padre dejó la boca abierta incluso después de que Patricia se llevara pegado en el algodón la

saliva de su boca.

La ducha de Jess podía esperar. Llevaba días con algo rondándole por la cabeza, y era mejor ir ahora que Albert no estaba con ella. Aceleró su coche hasta la consulta de la psicóloga y la encontró, como días antes, con los mismos ropajes y con una nueva flor cuya variedad no pudo precisar.

—No la esperaba —constató la doctora Ros en cuanto vio a Jessi en su puerta.

—Disculpe que me presente así de improvisto. Necesito hablar con usted. Si está con algún paciente puedo esperar.

—No me gusta llamarlos pacientes, sino amigos. Con gusto le atenderé cuando termine.

La mujer la invitó a la sala de espera, aunque con seguridad la llamaría de otro modo. En aquella estancia las sillas también eran de colores; en esa ocasión, Jessi eligió la de color rojo. El sonido del mar se oía por todas partes. No había ninguna fuente, pero el agua parecía brotar de las paredes. Echó una ojeada a los libros que tenía esparcidos encima de una mesita de madera de color blanco en el centro de la sala; los títulos eran tentadores. Reconoció el nombre de un autor que había leído hacía tiempo y empezó la lectura. Iba por la mitad, cuando escuchó el sonido de la puerta cerrarse. Con rapidez hizo una foto con su móvil a la portada. Ya tenía siguiente libro de lectura.

—Cuando quiera… —indicó la doctora Ros.

Entraron en la sala de desconexión, como llamó a la consulta, y tomaron asiento cada una en un color alrededor de la mesa de metal.

—Veo que ha caído en el mundo de las supersticiones. —Le señaló el lazo rojo que ahora rodeaba la muñeca de Jessi como un amuleto preciado.

—Solo por precaución. Desde que hemos empezado con el caso he ido enlazando una desgracia tras otra —recordó todos los útiles que decidieron dejar de funcionar en pleno uso—. No sé si es magia, o qué es, pero desde que lo llevo va todo mejor. Al menos no me hará daño.

—Es perfectamente normal. Pascal antes que usted ya conocía su efecto.

—¿Pascal? —Jessi recordó haber escuchado aquel nombre en una de las clases del instituto; física tal vez.

—Pascal fue un científico —confirmó la mujer—. Su fundamento estaba basado en la creencia de Dios. Planteaba cuatro escenarios posibles: si crees en Dios y existe, irás al cielo; si crees en Dios y no existe, no ganarás nada: si no crees en Dios y no existe, será el mismo resultado, pero... —hizo una pausa—. Si no crees en Dios y existe, entonces no irás al cielo. Las malas lenguas dicen que siendo ateo durante toda su existencia, en los últimos momentos de su vida, pidió un sacerdote para recibir la extrema unción. Como su misma teoría reza, ante una situación que no supondría ningún perjuicio y solo podía aportar algún beneficio, la opción a elegir estaba clara. Aunque no creo que haya venido por eso. Se trata de la niña, ¿verdad?

—El otro día… —empezó a explicar Jessi—. Iba a decir algo cuando creyó que la niña tenía nueve años. Recuerdo que dijo que la edad podía tener importancia. Verá, ha salido a la luz un caso que está relacionado. Hace años mataron de una forma parecida a una niña y esta sí que tenía nueve años. La misma edad que deben tener los niños para ir a las historias. ¿Por qué creyó que el nueve puede ser importante?

—El nueve es un número con una gran carga simbólica. Es el último de la serie de cifras, anuncia a la vez un fin y un nuevo comienzo. Por tal razón el nueve se asocia a la idea de un nuevo nacimiento y germinación, y simultáneamente a la idea de la muerte. No es de extrañar que la palabra nueve venga del vocablo “novo”, que significa nuevo. Muchas tradiciones veneraban el número nueve. En la cultura vikinga, por ejemplo, cada nueve años se reunían en el templo de Upsala para festejar y sacrificar a nueve animales de cada especie y a nueve humanos durante nueve días. Esas nueve personas se ofrecían voluntariamente para hacer el sacrificio. Era su forma de pedir protección a las dioses. Como ve, unos tenían que morir para que los otros pudieran continuar. —Se giró para mirarla frente a frente—. Sigo creyendo que las cruces de mimbre que encontraron tenían el fin de honrar a la víctima, quizás por el sacrificio. Al igual que en el ciclo de la vida, para que unos vivan, otros tienen que morir.

—Para que unos vivan, otros tienen que morir… —repitió Jessi.

—Para que exista el bien tiene que existir el mal, son dos caras de una misma moneda. La misma teoría del yin y el yang está fundamentada en estos principios. Le diré que la vida no es blanca ni negra, sino que tiene matices. Pero en aquellos que eligen el negro, como fue el caso de su compañero con las sillas, debemos ayudarles a que vean la luz. Las personas que han sufrido un dolor intenso tardan más en comprenderlo y se aferran a la oscuridad. Haría bien en hablar con su compañero, no es difícil ver que algo le atormenta. Hay algo que le inquieta, por mucho que se empeñe en ocultarlo.

Victoria sintió un escalofrío al ver la cueva de nuevo. Estaba precintada con una cinta, como la que pusieron en el colegio mientras arreglaban los columpios, pero al contrario que en la escuela, en esta la palabra policía se repetía por todas partes. Pasaron por debajo, sin el cuerpo dentro, parecía una cueva cualquiera. Antes de hablar, se aclaró la garganta. La última vez perdió la voz por el susto; ahora no volvería a ocurrir. Jack había decidido no ser su amigo, pero otros niños podían estar también en peligro y tenía que ayudarlos. Era su obligación encontrar a la bruja.

—¿Has traído todo lo que te dije? —preguntó a un Julen que a su lado miraba en todas direcciones.

—¿Estás segura de que la bruja no aparecerá? —titubeó el niño sin dejar de observar a su alrededor.

—Claro que no. Las brujas solo cogen a los niños por la noche. Por el día no hay por qué preocuparse —soltó muy segura de sí misma.

—¿Y cómo la vamos a encontrar si solo salen de noche? —recapacitó Julen centrando su mirada en la niña.

—¡En algún sitio tienen que dormir, Julen! Y ahora ayúdame a buscar alguna pista. ¿Has traído todo lo que te dije?

El niño dejó su mochila en el suelo y le enseñó todo lo que había traído: una lupa de un juego de mesa, unas bolsas de plástico que cogió de uno de los cajones de la cocina, y unos guantes de los muchos que tenían sus padres en la tienda. El perfecto kit del detective. Victoria asintió complacida. Se había disgustado mucho al enterarse que no había cumplido una de sus misiones al no poder sonsacar nada a su hermano Christian sobre la bruja, pero al menos contaban con el perfecto kit del detective.

—Tú quédate quieto. Eres el encargado de avisar si viene alguien.

Sin darle opción a réplica, la niña se ajustó los guantes que le venían varias tallas grandes; guardó las bolsas en los bolsillos de su trenca, y lupa en mano, empezó a examinar la zona. Julen, aburrido junto a la cinta, dejó de vigilar y se unió a ella en la búsqueda. Se pasaron horas investigando. Cuando acabaron, eran los dignos propietarios de varios paquetes vacíos de snacks, que acordaron que había comido la bruja. Victoria encontró una piedra con forma de luna, que aseguró ser una especie de amuleto. A parte de eso, nada más. Si algo habían sacado en claro, era que las brujas sabían dónde esconderse.

Tras la visita a la psicóloga fue directa a casa de Érica. Nunca una ducha le había sentado tan bien, era la quinta vez que enjabonada su cuerpo. Después de muchas duchas rápidas en el gimnasio, su cuerpo necesitaba aquello. Tras una hora encerrada, sus dedos empezaron a encogerse formando pliegues infinitos. Se anudó la toalla por el cuerpo, y tras desenredarse el pelo, se dispuso a secárselo.

—¡Jess! ¡Te están llamando! —Érica intentó abrir la puerta, pero su amiga tenía la mala costumbre de encerrarse por dentro. Golpeó en la puerta por encima del sonido del secador que paró un instante.

—¡Cógelo! Salgo enseguida.

De nuevo el sonido del secador.

—¡Pero es un número extraño! —gritó Érica aporreando la puerta.

Se trataba de un teléfono móvil que Jessi no tenía guardado. Con toda probabilidad de alguna compañía telefónica. Estuvo a punto de colgar, pero paró al instante, tal vez fuera alguien en apuros. No podía olvidar la historia en la que estaba metida su amiga.

—No se preocupe, Jessica Martí le atenderá enseguida —dijo con su voz sosegada habitual.

—No me lo puedo creer. ¿Es este el número de Jessi?

Aquella respuesta en forma de pregunta no se la esperaba.

—Si es usted quien ha llamado. —El formalismo lo utilizó por pura cortesía; la persona sin duda era joven.

—Necesito hablar con ella.

—¿Quién eres? —dijo recordando haber escuchado aquella voz en alguna parte.

—Soy Laura, la prometida de Iván. Dile que necesito hablar con ella urgentemente.

Érica aporreó la puerta hasta que consiguió que por fin se abriera. Dentro, Jessi con el pelo todavía húmedo, se enrollaba una toalla como podía. No entendía cómo la gente podía conseguir un nudo perfecto a la primera. A ella por más que lo intentase no dejaba de caérsele por los lados.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —Antes de responder y a pesar del vapor que cubría el baño, que se disipó un poco al abrir su amiga, pudo leer en los labios de Érica de forma clara un “lo siento”.

—Así que este es tu teléfono —soltó la voz.

—¿Disculpa? —dijo con el teléfono apoyado en el hombro,

intentando ajustarse la toalla.

—Soy Laura, la prometida de tu exnovio —señaló las últimas palabras por encima de las demás, como remarcando la diferencia que había entre una y otra.

—¿Cómo tienes mi número? —Fue lo único que se le ocurrió decir antes de que la toalla cayera definitivamente al suelo.

—Iván recibió tu llamada. Al contrario que tú... —Aunque no podía verla sentía como la señalaba—. Él no tiene tu contacto guardado. Me preguntó si lo reconocía y mira, resulta que sí.

—Yo… —Las palabras se acumulaban en su cerebro intentando cobrar forma.

—Jessi, nos vamos a casar. Comprendo que para ti sea difícil, pero tienes que entenderlo. Él ya no te quiere. Por mucho que insistas, ahora está conmigo. Ahora me quiere a mí.

—Pero tú no lo entiendes...

—Claro que lo entiendo, no es muy difícil ver lo que pasa. Todavía sigues enamorada de él, pero nos vamos a casar y te pido por favor que lo dejes en paz.

Ya no había vuelta atrás, Laura debía saber la verdad y si por ello cancelaban la boda, podía tener la conciencia tranquila; no sería por su culpa. Decidió sacar a la luz lo que en su día calló, pero no tuvo opción, ya que la chica le colgó. Con la mano que tenía libre apartó el vapor que cubría el espejo; el cabello que estaba seco se había vuelto a humedecer en contacto con el mojado. Parecía una ratilla mojada, pero sus ojos mostraban determinación. Cuando Érica asomó la cabeza con un sutil "¿cómo ha ido?" Tenía claro que la guerra había empezado y una de las partes tenía todas las de perder.

¿Quién le iba a decir que con un par de paseos y cambiando el chocolate y los bollos por aquellas tortitas que no tenían sabor, iba a tener tantos resultados? La báscula le contaba diariamente todos sus progresos, y él muy contento le respondía con kilos de menos. De momento ya podía ver los números sin necesidad de apartar la grasa de su barriga, que iba disminuyendo a una velocidad vertiginosa. Incluso se notaba más ligero, ya podía levantar y bajar los brazos varias veces sin fatigarse. Por no hablar de los paseos, cada vez eran más largos y de más tiempo. Si seguía así no tendría que envidiar en

nada a aquellos jóvenes que entraban y salían del agua admirados por las chicas de las toallas. No es que los kilos le hicieran menos atractivo, quien lo era, lo era y punto. Pero en verdad el nuevo físico que iba confiriendo su cuerpo le gustaba cada vez más. Estaba dispuesto a cambiar, no solo el cuerpo, sino todo su aspecto. Al día siguiente tenía un nuevo trabajo junto a Patricia y estaba decidido a sorprenderla con un nuevo estilo. Todavía quedaban un par de meses para su visita semestral a la peluquería, pero lo adelantaría. Iba a probar una nueva, se anunciaba como barbería y así lo indicaba el cilindro rotatorio de la entrada. Se preguntó si aquellos mocosos que se veían detrás del cristal conocían su significado. Él desde luego que sí.

Los antiguos barberos eran los encargados de practicar las sangrías y para destacar las venas que iban a ser cortadas sujetaban el brazo del paciente con un rodillo. Después de la operación se tapaban las heridas con vendajes para limpiar la sangre. Más tarde estos vendajes se ataban al rodillo y se dejaban secar en la calle. En un principio los cilindros fueron blancos y rojos, el azul se incorporó más tarde. Algunos decían que, en homenaje a la bandera de estados unidos; y otros, con los que Poli compartía opinión, por el color de las venas.

Excepto por el cilindro, aquella barbería era totalmente actual. Las paredes eran de cristal y se podía ver todo lo que sucedía de puertas para adentro. Los barberos apenas eran unos chiquillos, pero trabajaban con maestría. Uno de los jóvenes que ocupaba el butacón frente al espejo tenía una barba perfecta. Entró con las nuevas gafas de sol puestas. Uno de los asientos estaba vacío; aquel sitio le estaba esperando.

—Quiero algo moderno, estoy cansado de llevar siempre lo mismo. —Sin quitarse las gafas tomó asiento ignorando a los chicos que, sentados en un sofá de cuero, esperaban su turno con revistas de motor en las manos. Uno de los barberos que volvía de limpiar las brochas se plantó detrás de él y, resignado, observó los escasos pelos que cubrían la redondeada cabeza de Poli.

—¿Había pensado en algo en concreto?

—Sorpréndeme —dijo mirándolo por el espejo con una gran sonrisa.

El barbero lo miró con detenimiento. La única solución que parecía adecuada era raparlo, pero solo conseguiría que quedara al descubierto una cabeza de proporciones considerables. Los chicos que estaban por delante de él repararon en el salto de turno, y empezaron a hacer aspavientos para demostrar su descontento. Uno de ellos dejó la revista y se levantó con intención de increparle. El peluquero se las ingenió para evitar la escena que se iba a desarrollar.

—Luciría perfecto con una barba hipster. Espere un par de días,

una semana quizás, y venga entonces. Hágame caso, usted ha nacido para llevar barba.

—¿Barba? —dijo Poli acariciándose la barbilla y valorando la idea.

—Sí, es lo que se lleva ahora. Habrá visto que todo el mundo luce una.

El mismo peluquero llevaba una barba recortada al milímetro, el macarra que leía revistas y ahora esperaba detrás de él mirándolo de un modo nada amistoso también llevaba. Quizás era el momento de sucumbir a los designios marcados por la moda.

—De acuerdo, haré lo que dices —dijo convencido al fin.

Se acercó al espejo para contemplar los pocos pelos que cubrían su rostro y que en breve crecerían hasta formar una barba que nada tendría que envidiar a la de aquellos tipos. Salió de allí tarareando una canción, solo faltaba el vestuario y estaría listo para dar el primer paso que cada vez estaba más cerca. Patricia lo vería con otros ojos, y él iba a hacer todo lo posible para cumplir sus expectativas. Sabía que el listón estaba alto, pero nada podía pararlo.

Iñaki se secó las perlas de sudor que empezaban a cubrir su sien. Se quitó la gorra y la usó a modo de abanico. Las gotas se enfriaron en contraste con el frío. Había conducido por el camino de Cabanes con las luces apagadas. Solo tuvo que conectarlas una vez al ver un coche que, en dirección opuesta, se acercaba. El único que, como él, circulaba bien entrada la noche. Todo era sigilo, los sonidos chirriantes del verano dormían a punto de comenzar el invierno. Arrastró la verja tras de sí hasta que quedó totalmente cerrada. Conectó la linterna una vez estuvo dentro del invernadero. Sacó la llave que solo él custodiaba y entró en la habitación. Focos perfectamente alineados daban luz continua a dos jaulas de cristal de las que brotaban varias setas. Las arrancó una a una y las puso en una bolsa negra. Salió, y con la luz tenue que destelleaba la linterna, las depositó debajo de los ramajes que esperaban ser quemados. A la mañana siguiente, en plena luz del día, arderían hasta que solo quedaran cenizas.

12

Albert salió del coche para estirar las piernas, fue mala idea dormir en el interior. Estiró el cuello que notaba acartonado, intentando hacer desaparecer de su cabeza la necesidad de cafeína. La comida no era problema, podría aguantar, pero su cerebro pedía cafeína a gritos. No le dijo nada a Patricia; su móvil estaría inoperativo hasta que lograra conseguir la información. Tarde o temprano la mujer tendría que salir. El día anterior intentó hablar con ella; se negó a recibirlo. Tenía paciencia, tendría paciencia. A las seis en punto de la mañana la persiana se movió de nuevo, con el mismo propósito que durante la noche, vigilarlo. Media hora después aparecía la mujer por la escalinata, bordeando los gnomos de jardín.

—¿Acaso no tiene nada mejor que hacer? Sé que ha pasado aquí la noche. Si no se va inmediatamente llamaré a la policía.

—Sabe que yo soy policía —contestó Albert con tranquilidad.

—No le he visto a usted en mi vida —contestó esta, moviendo la cabeza indignada.

—Pienso quedarme aquí hasta que hable conmigo y le aviso que puedo ser muy persistente. Necesito la copia de la venta, solo eso —lo dijo como un ruego; no había ninguna amenaza velada.

—No sé de qué me está hablando. —La mujer giró sobre sus talones y dio media vuelta.

—Se lo pido por favor, estamos hablando de una niña. Hay algo en esa hoja que está mal. Solo necesito verlo de nuevo. Ahora lo último que me preocupa es el tipo de negocio que tiene usted montado.

Los pies de la mujer se anclaron al suelo.

—Se permite juzgarme. Repudia lo que hago. —Se fue girando muy despacio hasta tenerlo frente a frente—. Pues volvería a hacerlo una y mil veces y le diré por qué. Cuando el padre de mi hijo ingresó en la cárcel no quedó nadie, ¿quién iba a querer estar con la mujer de un violador? Se lo puedo decir. Nadie. Ni los amigos, ni la familia. Todo el mundo desapareció. Que yo lo sabía, que yo lo permitía… Le puedo

asegurar que yo misma lo hubiera matado con mis propias manos de haberlo sabido. —Lágrimas de rabia caían a raudales por su rostro impasible—. Me hubiera roto las rodillas fregando si hubiera tenido la oportunidad, pero nadie quería tener a la mujer del violador en su casa. La calle y la necesidad cambian a las personas, créame.

—Lo sé —dijo Albert—. Yo también tuve que ser un niño de la calle, pero elegí otro camino.

—Ojalá yo hubiera tenido opción, pero no la tuve. Cuando fui demasiado vieja para cumplir mi papel en las calles renací de nuevo, como ya lo había hecho antes. En aquella época me hubiera dejado morir, pero por mi hijo decidí sobrevivir costase lo que costase. No me siento orgullosa, pero volvería hacerlo.

—Por desgracia los padres de Esther no tienen la oportunidad de intentar sobrevivir, y el único consuelo que les queda es saber quién mató a su hija. No se trata de un chantaje. Créame que estoy solo, no hay nadie más. El código de lealtad del que le hablo es el de la calle que ambos conocemos.

La mujer lo miró fijamente y tomando una decisión, sin decir una palabra entró en la casa. Con cuidado sujetándolo con la punta de unos guantes, salió instantes después con el papel en la mano.

—Negaré siempre lo que acaba de ocurrir aquí.

Albert cogió el papel buscando aquello que le pareció anómalo en su día y lo encontró. Habían estado equivocados desde el principio. Llamó inmediatamente a Patricia, esperando que no fuera demasiado tarde.

Pau se perdió largo tiempo analizando la foto que tenía enfrente. Era una suerte que Esther no pudiera verse, si por un momento pudiera despertarse, odiaría a sus padres por siempre. No había ni una sola imagen de ella en su extenso álbum en redes sociales, que apareciera con el cabello recogido. Y, sin embargo, en la foto que habían elegido para decorar su lápida, tenía la frente totalmente despejada. Y el vestido con el que la enterraron; otro error de los grandes. La rebeca de lana por encima de aquel vestido de verano era simplemente ridícula. Nadie, ni vivo ni muerto, conjuntaría la calidez de la lana con el frescor de la seda. En cambio, de los pendientes, no podía decir una palabra. Fueron una buena elección. Tenía los ojos

cerrados y no se podía ver el conjunto perfecto que formaban, pero si con algunos tenía que morir, era con esos. La pulsera y los pendientes estaban incrustados de pequeñas aguamarinas, del mismo azul que sus pupilas. Sus hermosos ojos, ni él podía decir la contrario. Esther era muy bella, todos lo decían, pero él no sentía nada. Su manera de andar, su modo de pestañear, su larga melena, sus ojos infinitos solo le causaban indiferencia. Desde su muerte su madre le atosigaba diariamente preocupada por cómo se sentía. Nadie supo ver que la imagen de Esther no le llamaba ni lo más mínimo la atención, que realmente era él quién se aprovechaba de ella.

Jessi se apartó del muro donde estaba el cartel con información de la escuela en cuanto vio a su compañero.

—¿Se puede saber dónde estabas? Ha sido horrible. Creía que me poseía el espíritu de Poli. Hasta he ido a comprarme todo lo que había en el horno de una mujer muy simpática. Mónica, creo que se llamaba —dijo en tono lastimero enseñando una bolsa con un croissant dibujado.

—Dime que todavía te queda —preguntó Albert sintiendo su estómago totalmente vacío.

Jessi sacó una bolsa de rosquilletas y otra de empanadillas, y se las ofreció a Albert. Este las hizo desaparecer en cuestión de segundos.

—Vaya cara que llevas, ¿noche movida?

Su compañero tenía los ojos rojos y los rizos se le escapaban de su intento de moño. Si el día anterior era ella la que necesitaba un baño, ahora era él.

—Digamos que me ha costado una noche en vela conseguir lo que quería, pero al final lo tengo. —Le mostró el papel—. No me preguntes por qué. No podemos decir de donde ha salido.

—¿Cambia alguna cosa? —preguntó Jessi limpiándose con una servilleta los dedos que estaban pringosos de la empanadilla de hacía unos instantes.

—Lo cambia todo. Mira la dirección de envío.

Se escuchaba de fondo el griterío de los niños del colegio, algunos de ellos ya se estaban acercando a la verja.

—No puede ser. —Ahora que sabía lo que buscaba, no le costó

reconocer el nombre de la calle.

—Y eso no es todo. Fíjate en la hora.

Los ojos de Jessi saltaron las líneas a gran velocidad hasta dar con lo que Albert quería decir.

—No pudo ser ella —declaró con los ojos muy abiertos—. A menos que…

—Los del instituto lo han confirmado, no pudo ser Esther. Ella no compró las setas y nunca se enviaron a su casa.

—¿Lo sabe Patricia?

—Sí, se lo he dicho en cuanto lo he sabido. Han llegado justo a tiempo. Ellos se ocupan y nosotros… —señaló con su dedo índice el interior del edificio—. Vamos al pasado por ellos, ¿entramos?

La mujer los recibió sin el más ligero signo de emoción, con gran hastío y sin ninguna convicción, les invitó al interior de la vivienda.

—¿Qué quieren ahora? —preguntó Lorena con los brazos en jarra —. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? El culpable se encuentra a unas calles de distancia. Pueden dejar de perder el tiempo viniendo aquí. Fue Christian. Él fue quien mató a mi hija.

—¿Y su marido? —preguntó Poli afinando el olfato por si notaba alguna traza de restos de alcohol flotando en el ambiente.

—Búsquenlo en el bar; estoy casi segura de que lo encontrarán allí. —No había ningún resentimiento en la voz, sino una completa desgana por la situación.

—Han aparecido nuevas informaciones. Hace años hubo un asesinato, en el mismo lugar donde murió su hija, la chica se llamaba Estefanía. —Patricia hizo una pausa esperando ver la reacción que provocaba el nombre en la mujer, pero si la hubo pasó totalmente desapercibida, Lorena seguía con la misma actitud cerrada.

—¿Y qué tiene que ver eso con Esther?

—Todo —dijo Poli cogiendo la figura de arcilla con el nombre de la hija. Esta en un acto reflejo se la quitó de las manos y la volvió a poner en su sitio—. El mismo lugar, el mismo día, las mismas cruces.

—No deja de resultar extraño —continuó Patricia—. Que no nos lo dijera.

—No sé qué tiene que ver —dijo en un tono mordaz—. Les puedo asegurar que la muerte de Estefanía no tiene relación con la de Esther.

—Nosotros creemos que sí.

—Están perdiendo el tiempo, pero si con ello consigo que por fin se dediquen a investigar al verdadero culpable, hablaré. —Entró en el comedor y tomó asiento en el sofá. Sin ofrecerles sitio continuó—: ¿Qué quieren saber? ¿Cómo era? Se lo diré, Estefanía era un ser arrogante, manipulador, recogía todas las cualidades que un adulto detestaría, pero que, en cambio, resultaban admirables para unas niñas de nueve años como nosotras. La chica mayor, la repetidora, alguien con más saber hacer que nosotras. Belén, Irene y yo éramos las únicas niñas de la clase y decidió que fuéramos sus esbirros. Irene fue la única que no se mostró de acuerdo y la solía mantener a raya. Sí, Irene —comentó al ver la expresión de los dos policías—. No se dejen engañar, aunque ahora parezca una mosquita muerta en su floristería, en esa época era la peor de nosotras. Belén y yo, éramos las niñas inocentes, las influenciables, nos dejamos engatusar por aquella chica más mayor que nosotras y empezamos a seguirla. Hasta ese momento Irene había sido la que decidía cómo, cuándo y dónde… Al verse destronada empezó algunas artimañas para recuperar su posición y lo estaba consiguiendo, por eso Estefanía se inventó aquello de sus propios cuentos. No solo nosotras, sino toda la clase empezó a prestarle atención. El cuento principal, decía, iba sobre la bruja. La bruja a la que según ella se ofreció su padre para salvarla. Ella se empeñaba en creer que era realidad. Su abuela fue la curandera del pueblo durante muchos años, trataba remedios para todos, mal de ojos, de amores… supongo que parte de esas supersticiones pasaron a su nieta. Nos convocó a las siete de la tarde en la Cueva de las Brujas. Según dijo, tenía una nueva historia que nos pondría los pelos de punta. La bruja buscaba a alguien más para llevarse, a alguno de nosotros, y ella sabía a quién quería llevarse. Como ven, nada tenía sentido, pero esa era su manera de sentirse especial. Nadie acudió, era el primer año en que podíamos asistir al corral y era algo que llevábamos mucho tiempo esperando. Pero se lo repito, si creen que la persona que mató a mi hija es la misma, están muy equivocados. Ya se lo dije, es ese Christian, él la mató, registren en su cuarto, en su armario, seguro que encontrarán las setas.

Poli y Patricia intercambiaron una mirada, no habría necesidad. Hacía poco que las habían encontrado.

Los niños se arremolinaban en la valla, algunos empezaron a lanzar preguntas a aquella extraña pareja que, con la vista fija, miraba con detenimiento el patio de su colegio. Una de las profesoras al darse cuenta de la situación, fue rápidamente hacia allí apartando a los niños que, pegados a la verja de entrada, intentaban averiguar de qué iba todo aquello.

—¿Buscan a alguien? —preguntó la maestra de inglés dispersando a los niños con aspavientos.

—Necesitamos hablar con uno de los profesores del centro. Josep Ferrer. Somos policías.

—¡Dios mío! —La mujer se llevó las manos a la boca—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no. —Jessi acompañó la negación moviendo las manos—. Se trata de una investigación en curso. Solo necesitamos hablar con él.

—¡Qué susto! Pensé que había ocurrido algo grave.

En verdad así era, pero la chica no pareció relacionarlo con lo ocurrido días atrás.

—¿Puede abrirnos? —preguntó Albert señalando la cerradura.

—Por supuesto. —La chica rebuscó las llaves entre sus bolsillos. No las encontró. Deberían estar en su bolso; o quizás en la mesa de cuarto, ¿o era quinto? Eso era lo que ocurría al no tener clase propia, y confesó para sí misma, ser un poco despistada.

Cada vez era más elevado el número de niños que, con alguna excusa, se acercaban a aquel foco de distracción. Especialmente el grupito de quinto que, murmurando entre sí, iban acercándose disimuladamente. Dio un barrido con la mirada, su compañero más cercano estaba bastante lejos.

—Hay otra entrada —dijo al fin—. Bajen por el *carrer Molí* hasta la avenida de Alicante**,** quizás sea mejor que accedan por allí. Así no pasan por delante de los niños.

Estos asintieron esperando algo más de información por su parte. La chica, leyendo sus intenciones, sacó el brazo entre los barrotes y les señaló unas escaleras en las que no habían reparado, al lado de un parquecito infantil.

—Cuando lleguen abajo tuerzan a la derecha, a unos metros verán la otra entrada del colegio.

Siguieron las instrucciones de la mujer y llegaron a un amplio muro que protegía un edificio blanco de dos plantas. Si había alguna duda, el cartel al lado de la entrada les anunciaba el nombre del centro escolar, “Santa María Magdalena”. Jessi se preguntó si con los nuevos aires que corrían, los nombres de los colegios se cambiarían a otros con menos connotaciones religiosas. De los cinco de su localidad, más de la mitad llevaban un santo por nombre.

Apretaron el timbre. Tuvieron que esperar largo tiempo a que la puerta se abriera ante ellos. Subieron los tres escalones y llegaron a la entrada de la escuela. Una ventanilla a la derecha y un banco a la izquierda, donde una mujer llena de pecas esperaba su turno. Albert sin preguntar, se acercó a la ventanilla. Una mujer mayor de pelo corto y castaño aporreaba sin cesar las teclas del ordenador. Como Albert observó, no le cundiría mucho pues, aunque con rapidez, su índice era el único encargado de realizar todo el trabajo.

—Disculpe.

La mujer lo ignoró y siguió aporreando el teclado.

— ¡Disculpe!

—*Vol esperar un moment?*

—Somos policías. Es urgente.

La mujer dejó el dedo en el aire unos segundos y lo propulsó con rabia sobre la tecla que seguro aparecería repetida en la pantalla. Suspiró, y sin decir una palabra, salió por una puerta interior.

Jessi se levantó del banco y se colocó junto a su compañero.

—¿Le has dicho a quién buscábamos?

—Supongo que lo habrá imaginado.

Al cabo de unos momentos apareció un hombre joven de rostro amable, con una barba de tres días del mismo espesor que su pelo. Se ajustó las gafas con ambas manos y les chocó las manos. No conocían al hombre con el que tenían que hablar, pero desde luego aquel no era.

—Mi nombre es Santi Bolufer, soy el director del centro. No les esperábamos tan pronto, acompáñenme.

Les guió hasta la sala de profesores que estaba a unos pasos. Una de las profesoras de espaldas acaparaba el único ordenador que había; dos de ellos terminaban su almuerzo en la mesa, y el resto, sentados en unos butacones de los años ochenta dispuestos a modo de sofá, charlaban animadamente.

—Juanen, son de la policía, para la charla sobre seguridad vial. —Uno de los que estaban sentados a la mesa, se limpió con la mano las migas que se quedaron en la comisura y envolvió el bocadillo restante en el papel de aluminio que estaba encima de la mesa.

—Creo que se está confundiendo... Puede almorzar tranquilo —dijo Jessi moviendo el brazo.

El profesor llamado Juanen, muy feliz, volvió a desenvolver el almuerzo con el fin de terminarlo.

—Estamos buscando a uno de los profesores, pero no a este. Buscamos a Josep Ferrer.

Uno de los hombres de la butaca se levantó en el acto.

—Soy yo. —Allí sentado no habían reparado en su altura, a pesar del metro noventa de Albert, el hombre le pasaba una cabeza.

—Nos gustaría hablar con usted.

—¿Ha ocurrido algo? —Su casa estaba a poca distancia de la escuela y siempre iba a pie, nada relacionado con multas de tráfico. El único motivo por el que la policía iría a buscarlo al trabajo sería...— ¡Mi mujer! ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

Todos los ojos se posaron entonces en Albert y Jessi. Esta adelantándose a su compañero, informó:

—Tranquilo, su mujer está bien. —En verdad no tenía ese dato, pero esperaba que así fuese.

—Estamos volviendo a contactar con todas las personas que conocieron a una niña que estuvo en su clase —aclaró Albert.

El hombre movió la cabeza en señal de asentimiento y solo dijo:

—Entiendo.

La sirena empezó a sonar, Jessi observó sorprendida cómo la chica del ordenador se levantó segundos antes, como si supiera el momento preciso. En cuestión de segundos no quedó casi nadie en la sala.

—Si pueden esperar a las doce y media… ahora mismo tengo clase y vamos muy rezagados.

El director, que había permanecido junto a los policías, intervino:

—Yo me quedaré con tu grupo, podéis hablar tranquilos. —Tenía infinidad de trabajo a realizar, pero lo haría más tarde. Las tareas burocráticas se acumulaban día tras día por peticiones de la Consejería, que siempre parecía inventar algo nuevo para quitarles tiempo de lo verdaderamente importante.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Según hemos podido saber, fue usted el profesor de una niña que murió en la Cueva de las Brujas hace ahora treinta años —reveló Jessi.

—¿Se refieren a Estefanía?

—Esa misma, Estefanía de la Torre Rubio. ¿Podría darnos detalles? De la clase, de la niña…

—Un cuarto, muy buenos niños. Estefanía se incorporó en septiembre; había repetido el curso anterior. No es que fuera mala, pero era de las nacidas a final de año, del uno de noviembre, y eso en algunos alumnos se nota. Además el año anterior había faltado mucho a clase. Tuvo una neumonía que su madre, entiéndame, es lo que se dice, exageró para tenerla más en casa. Su marido había muerto hacía poco y Aurora empezó a proteger a sus hijas de manera desmedida. Como les digo, fue muy poco tiempo el que estuvo en mi grupo. Las clases empezaron a finales de septiembre y ella murió un mes después.

—¿Qué relación tenía con las niñas de la clase?

—Han visto el pueblo, no es demasiado grande. Ahora hay más niños debido a la gente de fuera que se ha quedado a vivir aquí, pero antes no era así. La ratio era muy baja, aquel año solo había tres niñas en clase. Yo procuré desde el principio ponerlas en el mismo grupo para facilitar el contacto. Yo diría que se llevaban bien, al menos en mi clase así era.

—¿Y con el resto de los compañeros?

—Lo normal en aquella época era que los niños jugaran por una parte, y las niñas por otra. Aunque estoy seguro de que el policía que vino habló con todos. Tendría que ver alguna foto para recordar a todos los que iban a la clase. Entiéndanlo, han sido muchos años y muchos alumnos.

El hombre se giró hacia una de las estanterías de color crema dispuestas detrás de los butacones. Se encontraba repleta de viejos álbumes rojos y verdes, la mayoría con el lomo despellejado.

—Espero que quede alguna. El policía que llevó la investigación en su momento nos las pidió. Supongo que, como nosotros, estarán obligados a guardar esos documentos.— La secretaria se quejaba constantemente de la falta de almacenaje para guardar documentos. Había documentos de matrícula desde la inauguración de la escuela, en 1932—. En cuanto vea las caras en las fotos les podré ser más preciso. Pero ya les puedo avanzar que en la clase no hubo ningún conflicto ni nada reseñable.

El hombre sacó un álbum verde. Algunas de las fotos se colaron por debajo queriendo escapar, y el butacón se llenó de fotos antiguas. Albert cogió una en lo que parecía una salida de carnaval.

Él tenía una parecida. Su madre con mucho ingenio y lo poco que tenían en casa le confeccionó un disfraz de robot mucho más que decente. Salió de casa exaltado por mostrarlo, pero su alegría se convirtió en decepción al ver que un chico de su clase llevaba uno completamente nuevo, con todos los artilugios y con sonidos. La alegría desapareció y pasó a aguantar las burlas de los que no sabían lo que era vivir sin nada. Movió la cabeza a ambos lados para desenfocar la escena.

El profesor llamado Josep Ferrer recogió las fotos, suspirando por el trabajo extra que supondría volver a pegarlas. Jessi se apresuró a ayudarle en la recogida.

—No se preocupe, no será difícil saber el orden correcto, la vestimenta me dará la pista. —Les enseñó una en la que niños y niñas iban vestidos de pastorcitos—. Esta es de esa clase. ¡No lo recordaba! Los hermanos Chulvi, Jesús, Raúl… muchos han dejado ya el pueblo. El único que queda es Nicolás, el nieto del antiguo carnicero. Unos alumnos excelentes, tenían su propia liguilla de fútbol. Al terminar la escuela jugaban en la pista hasta tarde. Había que ver cómo daban al

balón, casi todas las tardes me quedaba a verlos.

Jessi recogió una fotografía sobre el butacón en la que reconoció a Estefanía. El profesor aclaró:

—Estas son de su curso anterior.

—¿Podríamos hablar con la persona que llevó esta clase? —Jessica señaló a un hombre con gafas de sol oscuras y un bigote al estilo de la época, quizás la pista estaba en el antes y no cuando ocurrió. Quizás el error de Andreu Espinosa fue centrarse únicamente en las tres únicas niñas de su clase.

—Me temo que no es posible. Murió hace algunos años.— Su voz adquirió un timbre de tristeza—. Solo quedamos Elvira y yo de los de antes.

En las fotos, caras de niños y niñas sonrientes, algunos ya no vivirían allí; otros serían padres; otros estarían ahogados en sus profesiones y otros quizás guardaban un secreto desde hacía treinta años... Abrió el álbum donde todavía quedaban algunas fotos.

—¿Nos las podemos quedar? —dijo Jessi levantando el plástico y quitando otra foto de Estefanía con el pelo corto, que se resistía a salir de las páginas. Cuando al final lo consiguió, el pegamento seguía solidificado en la parte trasera de la fotografía.

—Supongo que no habrá problema, ¿necesitan algo más?

Los dos policías negaron con la cabeza. Agradecido, se levantó dispuesto a volver a la seguridad de sus cuatro paredes.

Aurora contempló con enojo las flores. Estaban secas. Solo había pasado una semana desde que lucieran nuevas en la lápida, y ya habían empezado a marchitarse. Su vecina Ernestina la saludó con pena. Todos se preocupaban de mirarla con el mismo tono lastimero. Sus ojos decían lo siento, pero las palabras eran mudas. Ella les respondía, ¡vaya si les respondía! Con la misma ira que había aguardado durante años en su interior, absorbiendo la maldad que el resto veía en ella. La hija de la curandera, la mujer del hombre que murió, la madre de la niña que se llevó la bruja. Quitó las flores y las reemplazó por otras. Las mismas que año tras año decoraban la lápida de Adolfo y Estefanía. No eran artificiales, detestaba aquellos trozos de plástico. Tras años luciendo en la lápida estaban secas, pero eran de verdad. Las plantas morían al poco de sacarlas de la tierra, pero

una vez secas aguantaban durante años. Como ella. En la lápida solo dos fotos y un grabado, “tu familia no te olvida”. No puso fecha, no quería recordar. La atroz víspera de todos los santos, no solo le arrebató a su marido sino a su hija mayor. Cuando Adolfo murió, una parte de ella se secó; y con la muerte de Estefanía su corazón se marchitó del todo. Alguien le rozó en la espalda intentando mostrar su dolor. La alejó de malas maneras. Solo había una persona con la que estaba dispuesta a compartirlo y por primera vez después de tantos años no estaba a su lado. Águeda se escapaba de sus manos y no había nada que pudiera hacer para retenerla.

Lo encontraron solo. En la última mesa del local, brindando con sus fantasmas. Los pocos tertulianos que disfrutaban del almuerzo lo hacían a varias mesas de distancia. Algunos con café, dominó y todas las horas del reloj; otros, con agua, bocadillo y el tiempo justo para volver al trabajo. Todos ellos alejados de aquella figura que desprendía alcohol y desesperanza. Sin embargo no dejaban de mirarlo furtivamente desde que dos desconocidos, ajenos al pueblo, se sentaron para compartir mesa con él.

El hombre parpadeó varias veces hasta conseguir mantener la mirada fija en uno de los forasteros, una mujer, que sentada frente a él lo miraba fijamente. La reconoció. Era la misma policía que días antes le había preguntado por su Esther; pero no como la niña que fue, sino como la hija que estaba muerta y enterrada.

—No quie... no quie…habla… —La lengua seca como el mimbre se apegaba a su paladar y le impedía articular palabra.

—No quiere hablar con nosotros, y sin embargo es lo que va a hacer ahora mismo. En aquella sala estaremos más cómodos. —Patricia señaló el almacén que hacía las veces de oficina. La dueña del Ca Toni Mónica, muy amablemente, les había ofrecido aquel lugar para tener algo de privacidad.

—Aprovechemos ahora que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad. —Poli lo cogió del brazo para levantarlo. Este se liberó con gran fiereza dándole un golpe con el codo.

Era tal la indignación que sintió el policía, que fue decidido hasta la mesa más cercana y sin preguntar si quiera cogió prestada la botella de agua del almuerzo. Patricia, adivinando sus intenciones, le dejó

hacer. Aquella sería la única manera de poder hablar con el hombre en unas mínimas condiciones. Sin dar opción a nada, Poli le vació como una fuente toda la botella por encima de la cabeza. El agua fue resbalando por toda su cara hasta llegar a la camisa que también quedó empapada. Martín parpadeó con intención de apartar las gotas que se acumulaban en sus ojos.

—¿Qué demonios? —Lanzó cuando fue capaz de entender lo que había ocurrido. El frescor del agua le procuró una claridad que hasta ahora no veía.

—Así está mejor. ¿Le ayudo a levantarse ahora? —preguntó Poli con una sonrisa en los labios. Viendo que las miradas de los presentes estaban puestas en él, con la botella todavía en la mano, dijo alzando la voz: —¿Alguien más quiere que le despeje?

Todos los contertulios sin excepción bajaron la vista atentos a la ficha que completaba la serie; o al reloj, que por alguna extraña razón, avanzaba más rápido en aquel bar que en el trabajo.

El hombre se levantó inseguro, y trastabillando, se logró enderezar y seguirlos. El balanceo de su cuerpo hablaba sobre la falta de equilibrio que todavía, y por unas horas más, reinaría en su cuerpo. En el almacén, decenas de cajas de botellines se apilaban junto a una mesa y varias sillas, formando torres. Muchas de refresco, pero en su gran mayoría de cerveza.

—¿Qué quieren esta vez? —dijo el hombre, que tras el chapuzón parecía haber logrado la posibilidad de encadenar palabras. Su jaqueca, sin embargo, no disminuía, sino que iba a más. Estaba empezando a notar chispas en su frente. Cerró los ojos y envolvió la cabeza con sus dedos cuya presión aligeró el efecto de la corriente que sentía.

—Le voy a decir lo que va a ocurrir. Yo le contaré lo que pasó, y usted intentará explicarme por qué no dijo la verdad. Por más que lo intento no logro entender por qué nos lo ocultó, haciéndonos perder así un tiempo muy valioso en la búsqueda del asesino de su hija.

—Yo no…

—¿Ha entendido las reglas? Yo hablo y usted escucha. —Patricia le perforó con la mirada y este guardó silencio al instante—. Empecemos por las setas. Esther nunca las compró. Era imposible que lo hiciera, ya que a esa hora estaba a kilómetros de distancia, en una clase en su instituto. Su mujer tampoco pudo; hemos comprobado que estuvo visitando a un cliente. Por tanto solo nos queda una opción. Usted.

El hombre entreabrió los ojos, pero siguió en completo silencio.

—Fue usted el responsable, sin embargo el paquete no se envió a su casa. Nuestro compañero se dio cuenta al leer el nombre de la calle. Es el mismo que el de la floristería, “*Llebeig*”. Las setas se enviaron allí —El hombre negó repetidas veces con los dedos aferrados a su sien .—

No es necesario que se moleste en negarlo. Hemos encontrado a Iñaki en el momento justo en que se disponía a hacer desaparecer las pruebas, las setas que cultivaba para usted.

Las corrientes atravesaban su cerebro como un circuito eléctrico sin retorno.

—Las setas… él se equivocó… algo falló… hizo crecer una venenosa… debía haberlo visto… él mató a mi hija.

—Eso no es posible. No podía haber cultivado una variedad junto a la otra sin contaminarla. En el invernadero solo había setas alucinógenas. Setas, para usted. Nos lo ha confirmado, primero fueron plantas de marihuana, después setas… Nada es suficiente, ¿verdad? Nos ha confesado que lo acompañó a varias clínicas de desintoxicación, y al no conseguir resultados, lo ayudó a encontrar una manera de poder sobrellevarlo con drogas más blandas. —Lo cogió del brazo y le señaló el tatuaje que tenía el hombre en la flexura del codo—. Cuando lo vi por primera vez me llamó la atención lo extraño del sitio para hacerse un tatuaje de la cara de su hija. Era por ocultar los pinchazos, ¿verdad?

—Ustedes no lo entienden. Nadie lo entiende. Estoy vacío. Desde que logré dejar la heroína no he vuelto a tener ni un día, ni un mísero día, la misma sensación que me daba aquello. Solo mi hija me daba la única razón para mantenerme limpio, y aun así era más fuerte que yo. El cuerpo me pedía más, primero la marihuana lo logró, pero con el tiempo tampoco fue suficiente. Luego probé con las setas, no quería volver a aquel infierno de la adicción y aquello solo eran al fin y al cabo, drogas blandas. Mi mujer me lo advirtió, el mínimo desliz sería el final. Intenté esconderlo como pude, la primera vez enviaron el paquete de las semillas de marihuana minutos antes de que ella volviera del trabajo, y por poco lo descubre. Le pedí a Iñaki el favor. Al principio pareció no entenderlo, pero al final consintió en ayudarme. Para él era fácil cultivarlas, y nadie prestaría atención a los paquetes, los reciben diariamente en la tienda. En caso de ser descubierto, siempre podía decir que se habían equivocado en el envío. Eran unas inofensivas setas.

—Su amigo intentaba mantenerlo alejado del infierno de la heroína, aun haciendo algo que no compartía. Es posible que le queden secuelas tras los golpes que le propinó, pero puede estar tranquilo, no va a presentar ninguna denuncia contra usted. Por alguna razón se niega a manchar su nombre.

—Porque es tan culpable como lo soy yo. Aquellas setas mataron a mi hija. Habían pasado también por sus manos, si tan solo se hubiera deshecho de ellas, si no me hubiera hecho caso… ¡Oh, dios mío! —Sentía en cada uno de sus poros la culpa recayendo en él, pero sentirse el único responsable de la muerte de su hija solo lo invitaba a coger de nuevo aquella jeringuilla que lo destrozó una vez y que le llamaba

cada vez más fuerte—. Una de esas setas que me dio mató a mi hija.

—En esas setas no estaba la que mató a Esther; si ha consumido con frecuencia, sabe la apariencia que tienen, quizás los niños no, pero tanto usted como Iñaki se hubieran dado cuenta de la diferencia.

El hombre empezó a sollozar como un animal herido. Nada tenía sentido. Solo le quedaba un camino por seguir que terminaría con el brazo lleno de agujeros y su cuerpo en la morgue. Patricia notó esa desesperanza en sus ojos, había visto muchos casos así en adictos. Sintió la necesidad de ser el último eslabón que intentara atarlo a la vida.

—Cuando lo necesite, Iñaki volverá a estar por usted, como ya lo estuvo antes; y como también lo intentó su hija.

—Esther…

—Usted nos lo dijo, ya dio la cara por usted cuando confesó una compra a una tienda de semillas para salvarlo, también lo hizo al quitarle las setas… Quería proteger a su padre de sí mismo. Quería darle la segunda oportunidad que usted parece no querer tener.

Aquella mujer tenía razón. Su hija confiaba en él. Desde el cielo le demostraría lo orgullosa que podía sentirse de su padre.

—No dejo de pensar en que es un error volver al pasado. Deberíamos centrar todos los recursos en el nuevo caso —opinó Albert de vuelta a Jávea—. El caso de Estefanía ha prescrito, la investigación que nos debe importar es la de Esther.

—Si el resto de ADN que se encontró en el cuerpo es de uno de los chicos, estará resuelto, ya oíste a Patricia. Pero no puedes negar que existe una relación con el crimen del pasado, y tenemos que encontrarla.

—Estarás conmigo en que los chicos no pueden ser los responsables de la muerte de Estefanía. Alguien que no ha nacido no puede cometer un crimen. ¿O tengo que empezar a preocuparme? —hizo el amago, como tenía costumbre, de tomarle la temperatura. Jessi lo apartó antes si quiera de que la mano de Albert rozara su frente.

—Las cruces de mimbre envolviendo los cuerpos, la Cueva de las Brujas, el número nueve…

—Definitivamente debo preocuparme….

—He vuelto a hablar con la doctora Ros. —Albert necesitaba toda la información para poder verlo como ella. Había llegado la hora de contarle su encuentro con la psicóloga.

—Jess, no puedo creerme…

—Escúchame al menos —agradeció el no tenerlo enfrente y que su atención estuviera en la carretera. Así le sería más fácil contarle—. ¿Recuerdas que nos dijo que el número nueve podía tener importancia?

—Por favor, Jessi….

—Creo que es importante. Me dijo que el nueve tenía relación con el principio y el final. Para que unos vivan otros tienen que morir. Un sacrificio. La disposición del cadáver, las cruces… parece un ritual, y casa perfectamente con esa idea. Estefanía pensaba que su padre murió por salvarla. Tal vez alguien pensara que iba a morir y sacrificó a Estefanía y ahora ha pasado lo mismo con Esther.

—Pero Esther no tenía nueve años cuando murió…

—Hay algo que no logramos ver. No dejó de pensar… y si en verdad querían matar a Jack, el niño del disfraz, él sí tenía nueve años.

—Jessi, escúchame, es imposible que el asesino los confundiera, para darle las setas debía quitarle la máscara.

—Lo sé, no sé si toda esta información en realidad nos aleja más de la resolución del caso.

Albert, que tenía los brazos en cruz desde que Jessica había pronunciado el nombre de la experta en ritos, no pudo sino asentir.

—Ya sabes mi opinión, cuánto menos se involucre esa supuesta doctora Ros en la investigación, mejor.

—No fue lo único de lo que hablamos. Albert, nos conocemos hace tiempo…

—A veces creo que demasiado —sonrió intentando suavizarse.

Jessi, sin dejar de mirar la carretera, le dio un manotazo en el pecho.

—El tema es que si hay algo que te preocupa sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—No hay nada que me preocupe.

—Sabes que si algún día, por lo que sea, necesitas desahogarte…

Este la miró divertido. Jessi le propinó un nuevo manotazo.

—No me refiero a ese tipo de desahogo, sino a uno más bien espiritual. Tú solo… —Lo miró de reojo para volver la vista de nuevo al camino—. Solo quería que supieras que puedes contar conmigo.

Esta vez fue Jessica la que llevó la mano al panel para poner algo

de música, y se encontró con la mano de su compañero, quien dejó el coche en completo silencio.

—Pasó hace tiempo, solo lo saben mis amigos más íntimos. La superstición me quitó a mi madre.

—Albert, lo siento…

—Hace mucho tiempo de eso. No he vuelto a hablar con nadie del tema y no creo que lo haga. Los psicólogos no me ayudaron demasiado en su momento y digamos que les tengo cierta fobia.

—No todos tienen por qué ser iguales. Quizás alguno pueda ayudarte. No soy muy buena dando consejos, pero he podido comprobar hace poco que lo que no superamos de nuestro pasado se vuelve un nudo cada vez más difícil de aflojar. Prométeme que lo pensarás al menos. —Echó una rápida mirada a Albert antes de tomar la rotonda de entrada a Jávea. Vio cómo una lágrima asomaba de su mirada de color verdoso que hizo desaparecer al instante. Aquella expresión de perfil, nostálgica y triste, le caló en el corazón.

Nunca se había fijado, pero el cartel de la floristería, ¡era simplemente horroroso! No solo las letras desentonaban con el fondo sino que el tono no era el adecuado. No podía creer que fuera de su color favorito. A Victoria le gustaba el rosa, pero el fucsia, el brillante, el que daba luz; y aquel era de la gama de los más claros, triste y apagado. Si los colores ya estaban mal elegidos, la palma se la llevaba el intento de flor que había al lado, ni un niño sería capaz de hacer semejante aberración. Entró decidida, dispuesta a corregir aquella monstruosidad, pero tendría que esperar ya que la madre de Julen estaba enganchada al teléfono.

—¡Hola Victoria! —saludó la mujer con el auricular en su oído y la vista puesta en una libreta.

Por un momento dudó de si hablaba con ella o con la persona al otro lado línea, aunque era seguro que sabía que estaba allí. La puerta no solo hacía un ruido chirriante y molesto al entrar, sino que había un colgador con cristalitos que anunciaba las visitas. Otra cosa a mejorar, pensó resolutiva. La mujer estaba apuntando algo en el bloc de notas que tenía dispuesto al lado del teléfono, y por su expresión no estaba demasiado de acuerdo con el pedido. El marido de doña Ernestina había fallecido a principios de año y la anciana no estaba

dispuesta a dejar pasar la oportunidad de demostrar a todos lo mucho que lamentaba su perdida. Debía llevar margaritas, la primera flor que le regaló de manera furtiva siendo unos niños; calas, la flor que adornaba la solapa de su amado esposo cuando por fin se casaron en la iglesia de Santa María Magdalena; y girasoles, porque su Alonso era un entusiasta de sus semillas. No sabía exactamente cómo iba a conjuntar todo aquello.

La niña se acercó al mostrador; pasó parte de su cuerpo por encima para ver si a ella la parecía acertada la elección de la persona del teléfono. Irene la dejó hacer sin evitar una sonrisa, conocía a Victoria desde siempre y estaba acostumbrada a sus gestos que, sin intención de ser molestos, sí eran de mala educación.

—Julen está arriba haciendo los deberes, sube si quieres —dijo en voz baja señalando la puerta derecha del local—. No, doña Ernestina… no… no le decía a usted… Sí… lo tengo, estará para el jueves sin falta… sí, está claro...margaritas, calas y girasoles … Sí, bueno los girasoles en el medio podían cambiarse por...sí, entiendo… no… no… estará bonito.

Victoria subió las escaleras imaginándoselo, bonito no era la palabra, aquel ramo sería precioso. Elegiría esas mismas flores para la inauguración de la nueva tienda. Habría centros de flores, cientos de flores por todas partes, y aquel sería uno de ellos. La niña asintió varias veces complacida, deseosa de empezar cuanto antes a diseñar su obra de arte. Habría tiempo, cuando acabara con Julen, hablaría con su madre de los detalles, de los canapés, del nuevo formato para el toldo... Ya lo tenía pensado, una tela por supuesto rosa fucsia de fondo y las letras de color amarillo chillón, y alrededor flores silvestres de varios colores, como las que tenía el abuelo en el campo. Con estas cavilaciones llegó al cuarto de Julen, al que encontró como su madre había dicho, enfrascado en las tareas. Ella lo había terminado todo en apenas cinco minutos, era pan comido, pero Julen no parecía pensar lo mismo. Por encima de la cabeza de su amigo vio que solo había podido resolver el primer problema, y además la respuesta era incorrecta.

—Victoria, ahora no puedo jugar, tengo que acabar esto —contestó a la cabeza de su amiga que se alzaba unos centímetros por encima de su hombro izquierdo—. Esta vez son demasiado difíciles.

Llevaba más de media hora intentando encontrar la solución. Su profesor nunca les obligaba a hacer los ejercicios de la derecha, los del asterisco rojo, pero el director no lo sabía y nadie se atrevió a decírselo.

—Si es facilísimo, déjame a mí. —Alargó el brazo por encima del hombro y le arrancó el lápiz de la mano intentando no tocar las puntas mordidas. Empezó a cantar las soluciones. Julen sin decir una palabra miraba cómo los espacios en blanco empezaban a llenarse.

—Ves, y aquí la respuesta es cien, porque tienes que multiplicar esto con esto, pero luego hay que restar cincuenta. —Escribía números y números para él sin sentido. Se limitó a asentir, a la mañana siguiente se esforzaría por intentar comprenderlo—. Y aquí pones lo que son, meetrooooss. —Escribió la medida con su característica letra grande y redondeada.

—Gracias —dejó escapar Julen con la vista fija en aquel resultado.

—Muy interesante quien ha venido a darnos clase después del patio… —soltó Victoria. Julen levantó los hombros, su hombro izquierdo chocó con la barbilla de Victoria cuya cabeza no había cambiado de posición—.¿No me digas que no te has fijado?

—¿En qué? —Se levantó tras cerrar el libro y lo guardó en la mochila, ya empezaba a ponerle nervioso tener la cabeza de Victoria tan cerca. Esta aprovechó para robarle el sitio, le encantaban aquellas sillas con ruedas. Julen se sentó en la cama.

—¿Cómo que en qué? Tienes que utilizar la cabeza, ¿no lo ves? No es casualidad que después del patio nos haya dado clase el director. —Iba de un lado a otro dándose impulso con las piernas y dejando que la velocidad hiciera el resto.

—Sé que era el director, ¿y qué pasa? —le dijo al cogote de Victoria que era lo único que podía ver.

—Ay Julen, a veces creo que no sabes nada. —Se dio impulso contra la pared y se puso al lado de su amigo. Este observó desde la cama el perfil de la niña, era una mezcla de maldad y determinación —. Creo que sé lo que está pasando. —Giró la silla moviendo los pies para ponerse frente a frente—. Si el director ha venido es porque nuestro profesor estaba ocupado; y estoy segura de que ha tenido algo que ver con los dos que estaban a la hora del patio en la puerta de entrada.

—¿Qué dos?

—Ves como no sabes nada, si hubieras querido jugar conmigo a la cinta te hubieras enterado —dijo encantada de poder chincharle.

—O puede que tuviera que ir al médico… —contestó alzando los hombros. Victoria siempre tenía tendencia a ver las cosas como quería.

—Te equivocas, es por esos dos. Yo sé quiénes son. —Se acercó al oído de su amigo que se quedó muy quieto esperando oír la respuesta. Victoria bajó la voz al extremo y dijo—: Son policías.

—¡Eso tú no lo sabes! —contestó el niño levantándose de pronto.

—Claro que lo sé. Estaba al lado, con mis nuevas amigas que son mucho más divertidas que tú, y lo oí todo. Son policías y buscaban a uno de los profesores, a nuestro profesor. —En realidad eso no lo había escuchado, pero solo hacía falta sumar dos más dos.

—¿Por una multa de tráfico? —La policía, según él sabía, solo se ocupaba de los coches mal aparcados y de los ladrones, y no quería ni pensar que su profesor pudiera haber robado algo.

—Si aparcas mal te dejan una notita en el espejo, no van a buscarte. Te ponen un papel diciéndote lo que tienes que pagar. Querían hablar con él sobre… —Miró a ambos lados dando dramatismo a la palabra que estaba a punto de decir—. Jack.

—¿De Jack?¿Por qué?

—¿Lo has olvidado? Te lo dije el otro día, Esther llevaba el disfraz de Jack cuando la mataron.

—No, no es cierto —dijo el niño tapándose los oídos muy fuerte—. Mamá lo dijo, no está muerta.

Victoria cansada de la actitud infantil de su amigo, se abalanzó sobre él obligándole a quitar las manos de sus oídos que parecían pegamento. Tuvo que hacer mucha fuerza para conseguirlo. Cuando por fin lo consiguió, lo lamentó al instante. Sin darse cuenta le había clavado los uñas, y uno de los cortes que le había hecho estaba empezando a sangrar.

—Julen, yo...

El niño la miró sin pestañear. En sus ojos, Victoria percibió algo que no había visto nunca en él.

—¡Vete! —dijo apretando los puños.

—Julen, perdona… —Intentó tocarle el hombro pero este la apartó al instante.

—¡Vete! —repitió de nuevo con más fuerza.

—Yo solo...

—¡He dicho que te vayas! —Lleno de furia la empujó de un golpe y Victoria sin esperárselo cayó hacia atrás.

—¿Qué está pasando? —La madre de Julen que había acudido al escuchar los gritos, boquiabierta observaba la escena desde la puerta.

Victoria, con lágrimas en los ojos, escapó de allí. Más que por el dolor, por una pena inmensa. Era la primera vez que veía a Julen mirar a alguien de aquella manera, con maldad y con rabia, y se lo había dedicado a ella.

Después de haber estado tanto tiempo encerrada en el almacén con aquel hombre, ella también apestaba a alcohol. Solo veía el momento de llegar a casa y darse un buen baño, finalmente tuvo que ser una ducha rápida. No había puesto un pie dentro cuando Mike empezó a llamarla, preocupada descolgó el teléfono. Le indicaba la hora de la cena, las ocho. Lo había olvidado por completo, solo fueron tres palabras, "te lo prometo", prometo que la próxima vez me quedará a cenar en casa de papá. Su hijo Pablo lo había guardado a fuego durante una semana.

Se presentó con una botella de vino, no era de las que Mike prefería, sus gustos estaban un par de cientos de euros por encima, pero era la que tenía en casa y no tenía tiempo de ir a por otra.

—Patrisia, bienvenida, me alegra que al final… Pero pasa, *it's cold outside. I'm sorry but I'm* ocupado i*n the kitchen. I'll come in a second.* ¿Es *wine*? No tenías que haberte molestado. —Su forma de hablar ahora era el *Spanglish,* pero siempre dentro de la cadencia de la lengua inglesa—. La mesa está preparada, en unos momentos la cena estará *ready*.

Mike era un amante de la puntualidad británica, para él las ocho en punto era cuando el minutero marcaba las ocho, ni un minuto antes ni un minuto después. El hombre tras acompañarla al salón, donde estaban sus hijos, fue hacia el pasillo de la derecha, Patricia supuso que allí estaría la cocina. Los niños parecían diminutos dentro de aquel enorme salón. Los techos medirían más de seis metros de alto, y el blanco relucía por todas partes a juego con tonos tierra, que hacían la estancia más descomunal.

—Mamá, mamá. —Pablo fue corriendo hasta ella para abrazarse a sus piernas, como había hecho desde que empezó a andar. No pudo evitar mirar con cierto reproche el pasillo por el que Mike desapareciera. También aquello se lo había perdido, sus primeros pasos, sus primeras palabras… Respiró, no era momento de hacerse mala sangre.

—Hola mamá. —Harvey con prudencia saludó a su madre, y bajó los pies del sofá en el acto.

Patricia observó la escena, un paquete de snacks salados encima de la mesa, un vaso de un refresco con demasiada cafeína y una tablet, a la que habría estado dando uso hasta que ella llegó.

—*Thanks* Amira —dijo el hombre de vuelta al salón, pasándole un billete verde a la asistenta.

Ahora entendía la pulcritud del delantal cuando la recibió.

—De nada señor, nos vemos mañana. —Fue tal la rapidez en desaparecer que pareció un truco de magia.

Cuando el reloj marcó las ocho en punto ya estaban todos sentados

en la mesa empezando el banquete.

—Papá cocina genial —exclamó Harvey. Patricia solo sonrió. Su hijo querría decir que Amira cocinaba genial, pero no quería parecer descortés de primeras. Fuese quien fuese el responsable de preparar aquel *roostbeef* con brócoli y verdura, era un chef de primera. El pudding de después no se quedaba atrás y el vino por qué no decirlo, tampoco.

A Pablo en la última cucharada del pudding se le cerraron los ojos sin remedio y Harvey hacía tiempo que se deshacía en bostezos. Subieron los cuatro, Mike con Pablo en sus brazos. Los arroparon a cada uno en su cama y les desearon las buenas noches. Patricia observó lo que pudo ser y no fue. Su exmarido se había convertido en el Mike que siempre quiso, cariñoso con sus hijos, atento con ella. Aquel no era Mike, sino la versión que ella hubiera deseado que fuera en su matrimonio. Cualquiera que los viese desde un agujero pensaría que eran la familia perfecta, pero era muy tarde para eso.

—Será mejor que me vaya —dijo esta tras cerrar la puerta de la habitación de su hijo pequeño.

—*¿Nos tomamos la última? Nunca dijiste que no a una buena ginebra. Tengo gyn monkey* 47.

Ya en el salón Mike fue hacia el mueble bar a preparar los combinados, Patricia no sabía qué tipo de juego estaba planeando, pero tenía claro que no iba a tomar parte en aquella partida.

—Me voy —dijo con la seguridad de que aquel era el momento correcto.

—*Antes tengo que pedirte un favor* —soltó de improvisto concentrado en mezclar la bebida del combinado que él sí iba a tomar—. *Tengo planeado un viaje con los niños y necesito tu permiso. Quiero ir a Londres con ellos.*

—¿A Londres? Pensaba que buscabas un lugar más apartado. Un lugar donde compartir la vida con los hogareños. —Viendo la cara de desconcierto de Mike, cambió el discurso. Estaba decidido, no iba a ser como su madre—. Londres será una gran elección para ellos.

Mike lentamente fue hacia la cristalera que ocupaba gran parte de la pared lateral del comedor, a través de la cual se veía el jardín. La tenue luz de las luces exteriores recortaba las siluetas de los árboles en la oscuridad.

—*Si quiero ir a Londres es para que conozcan a mi familia* —constató con la mirada lejana.

Patricia empezó a recoger sus cosas, de repente el Mike de gran atractivo de antes se había vuelto el de siempre. El padre que estuvo ausente durante todos aquellos años.

—Me parece buena idea, es hora de que Pablo conozca por fin a sus

abuelos —dijo sin poder evitarlo.

—*No iremos a casa de mis padres. Quiero que los niños me acompañen para algo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.*

—Puedes hablar sin problemas Mike, ya te he dicho que te daré la autorización —dijo empezando a ponerse nerviosa por el secretismo.

—*Quiero que los niños conozcan a mi mujer y a mi hijo.*

Mike siguió mirando por la ventana que daba al jardín sin poder ver la cara sin rostro de Patricia.

13

Estefanía 1990

Si la abuela y yo ideamos “Los cuentos de Estefanía” fue por dos trenzas, dos trenzas cortadas en mi mano. Me odiaban porque me tenían miedo. Con los cuentos lo tendrían de verdad. Veía en sus rostros el mismo recelo que tenían al ver mi abuela, la curandera, la bruja del pueblo. Pero el miedo a veces hace valientes y por su culpa las dos trenzas acabaron cortadas. No le dije a mamá quiénes fueron. Solo pensé con calma como cobraría mi venganza. La abuela me ayudó, pero murió antes de que juntas pudiésemos completar la tarea. Eso me ha llevado a estar sola y con la muerte a punto de llevarme en la Cueva de las Brujas.

Sonrió, con un poco de suerte conseguiría matarla. Observó de nuevo. No solo eso, nadie podría entorpecerle el camino a casa. Contaba con la seguridad de matarla y que nadie pudiera hacer lo mismo con ella. Movió la mano e hizo su jugada, sonrió de nuevo, estaba en racha. Contó despacio:

—Cinco, seis… —De un movimiento lanzó la ficha de vuelta al inicio y avanzó sin temor hasta la seguridad del hogar. Tenía una nueva oportunidad para acabar. Lanzó de nuevo y lo que vio la llenó de satisfacción. Movió la ficha, cada casilla era como una victoria, como su nombre. Mamá estuvo muy acertada cuando se lo puso.

—Gano otra vez. —Sus abuelos ya no tenían los reflejos de antes. Su madre era la única rival, pero la suerte no la había acompañado—. ¿Queréis que juguemos otra vez?

—Cariño, creo que cinco partidas son suficientes. —Sin darle tiempo a rechistar, Belén guardó las fichas y los dados en el cubilete, y los introdujo en la caja de plástico—. ¿Por qué no sales a jugar con tus amigos?

—No me apetece, hace mucho frío.

Sabía que le mentía, el frío no era ningún obstáculo para Victoria. Ella no tenía miedo a nada. Se fijó en su largo pelo negro, sus ojos castaños… Se parecían tanto físicamente, pero ahí acababa el parecido. Por dentro eran completamente diferentes. Ella siempre fue

miedosa, en cambio Victoria era puro nervio y valentía.

—¿Quieres venir a la huerta con los abuelos? Vamos a recoger las verduras.

—¡Vale! —dijo la niña encantada de poder hacer algo diferente.

Su madre la miró de soslayó dispuesta a sonsacarle.

—Cariño, pues si en la huerta hace el mismo frío que en la calle. Cuéntame qué pasa. Te has enfadado también con Julen, ¿no es verdad?

—Bueno, un poco —dijo esta apretando la punta del pie contra el suelo como si fuera una bailarina.

—Primero con Jack, ahora con Julen. ¿Qué es lo que has hecho? —Otra característica de su hija, de la que ella carecía, eran las ganas de dominar siempre.

—Nada mamá, no he hecho nada. —Algo había de cierto, al menos con uno de ellos, y estaba segura de que era mejor empezar por él—. Jack simplemente es tonto y ya está, desde las historias no quiere volver a saber nada de nosotros, ¡imagínate que hasta lo han cambiado de cole! Ya lo viste, en cuanto me vio, salió corriendo como si estuviera endemoniada.

Su madre la observó con curiosidad, preguntándose qué habría de cierto en todo aquello.

—¿Y con Julen?

—Con Julen… con él… ha sido diferente —bajó los ojos hasta la puntera que parecía que iba a perforar el suelo—. En ese caso yo, yo… —Levantó los ojos a su madre y se le cubrieron de lagrimones que corrían como pucheros por sus mejillas—. Ha sido culpa mía mamá. —Se abrazó a su madre, quien la recibió entre sus brazos

Belén empezó a acariciarle el pelo como cuando era pequeña. Eran cosas de niños, con el tiempo lo vería de otro modo, pero sabía que el dolor que sentía era real.

Jessi hizo uso de la bandolera para abrir la puerta de la comisaría. Sus manos estaban ocupadas en sujetar su nueva creación pastelera que había cocinado la tarde del día anterior. Una tarta de tres chocolates, que estuvo lista en dos intentos. En el primero la gelatina no llegó a cuajar y los chocolates se desparramaron por todos lados.

La segunda fue sencillamente perfecta, las capas parecían estar dibujadas a escuadra y la consistencia era la adecuada. No es que se encontrara con ánimos de cocinar, sino que intentaba a toda costa mantenerse atareada para desenfocar el sentimiento que sentía desde que había visto a aquel Albert de ojos tristes.

—Mirad lo que os he preparado… —dijo levantando la tapa.

Poli, con una empanadilla en la mano, se acercó a ver el contenido.

—Gracias, pero ya no me van esas cosas. Muchas calorías, mucho azúcar.

Jessi miró la empanadilla, Poli adivinando su opinión informó:

—Es vegetal, las ha traído Julia. Nada de contenido graso, todo fibra. —Se levantó la camisa y dio golpecitos a la barriga. Jessi comprobó asombrada que la mole de grasa de su compañero iba disminuyendo por días.

Decepcionada fue a la sala común para encontrarse a Julia y Albert hablando animadamente y comiéndose las "deliciosas" empanadillas de la chica. Dejó el pastel en la nevera sin ni siquiera enseñarlo.

—Jessi, siéntate y prueba una. Están buenísimas.

Negó con una sonrisa que intentó evitar que luciera falsa, pero no lo consiguió. Se quedó mirando el álbum de fotos que les dio el profesor, intentando que pasara desapercibida la maldita sensación que, a pesar de odiar, no podía evitar sentir desde que los había visto tan compenetrados. ¡Se podía saber qué le pasaba!

—¿Y Patricia? —preguntó empezando a ordenar algunas de las fotos. Trabajo que le permitía no tener la vista en ellos.

—Ha sido convocada a la jefatura de Valencia. Nos ha pedido que estemos al tanto por si llega la comparativa de ADN de los chicos para actuar cuanto antes. Aunque siendo sábado, si a las dos no ha llegado, tendremos que esperar. El laboratorio no se pone en funcionamiento de nuevo hasta el lunes.

Jessi seguía con la vista clavada en las fotos: las que cogieron de la escuela, las que estaban en el informe de Andreu Espinosa, la de la noche de los cuentos; decidió ordenarlas cronológicamente. Como le dijo el profesor, no sería difícil, los disfraces le darían la pista. El pegamento en todas ellas se había convertido en una sustancia seca que se negaba a abandonarlas. Comparó las fotografías de antes y después de los cuentos. La que más llamaba la atención era la niña de pelo rojo. En las fotos anteriores a la muerte de Estefanía estaba alegre, risueña, despreocupada; y en las siguientes la tristeza era perpetua en su rostro. Julia y Albert se unieron a la tarea, hasta Poli que apareció con intención de coger una más de aquellas saludables empanadillas, se quedó junto a sus compañeros con la vista fija en la mesa. Los ojos de todos saltaban de foto en foto, pero los de Jessi

seguían mirando fijamente a la niña de pelo rojo.

—Albert, ¿puedes pasarme una lupa?

Albert la miró con la misma expresión que si le hubiera pedido un estetoscopio.

—Creo que la tengo en la gabardina, voy a por ella.

—Gracias —dijo esta, acercando la foto a su cara.

—Claro que no tengo, ¿por qué iba a tener una lupa?

Poli con una sonrisa fue a su escritorio y volvió con lo que buscaban.

—Esta gente joven, os quitan de internet y no sabéis nada de nada —dijo bamboleándola en la mano.

Jessi contempló con la lupa tres fotografías: una anterior, otra tomada en los cuentos y otra posterior. El color rojo aparecía en dos de ellas de una forma en la que antes no había reparado.

—¿Ves lo mismo que yo? —Jessi le pasó la lupa a Albert—. Fíjate en la niña pelirroja.

Albert acercó la lente, nunca pensó que tuviera que utilizar una; y sin embargo, allí estaba como un Sherlock Holmes moderno. En la primera, niños y niñas se apelotonaban en la puerta del colegio para salir en la foto. Enfrente, tres niñas de rostro inocente sonreían a la cámara, al lado Estefanía intentaba unirse al grupo, una niña de pelo color pelirrojo la mantenía alejada con el brazo, quizás fuera eso. Se fijó en la misma niña en la otra fotografía, allí junto al abuelo mirando al suelo. Y en la otra… De pronto se fijó en un detalle en el que no había reparado, dejó la lupa sobre la mesa y miró a Jessi. Allí había algo.

Enrique se sintió un poco incómodo, hacía demasiado tiempo desde la última vez que visitó al antiguo dueño de la carnicería. Y al contrario que en las anteriores, aquella visita no era por cortesía sino por necesidad. Pensó en Águeda y ella le infundió valor. Estaba decidido a salvar a aquella mujer con alma de niña. Aquel era el paso decisivo para conseguir sacarla de las sombras. Con determinación golpeó la aldaba. La mano que abrió la puerta no dejaba de temblar.

—Enrique, hijo, qué alegría le das a este viejo.

Abrazó al hombre notando el temblor de su envejecido cuerpo.

—Pasa hijo, no te quedes en la puerta, que el frío es malo para jóvenes y para abuelos. Amparo, hija, tráenos un café, ¿quieres?

Amparo, una mujer de mediana edad y rostro amable, fue hasta la cocina y volvió instantes después con una merienda digna de un conde.

—Mi hija, que es más terca que su padre, no cedió hasta que di mi bendición para tener algo de ayuda en casa. Si te soy sincero, ahora no sé qué haría sin ella —bajó la voz para evitar ser oído por la mujer que, con gran soltura, preparaba hasta el último detalle.

—Voy a la cocina a dejarle preparada la cena, ¿le apetece una tortilla de ajos tiernos para cenar? —preguntó esta.

—Y… —dijo don Agustín con media sonrisa.

—¿Una morcilla quizás?

—Que sean dos, así será una cena perfecta, ¿Enrique, quieres quedarte? Amparo es la mejor cocinera que conozco. Está casi a la altura de mi mujer, que en paz descanse.

—Lo siento, tengo que volver a la tienda a dejarlo todo listo para mañana.

Agustín lo miró con orgullo, desde el principio supo que aquel foráneo era el digno heredero de su tienda. Amparo regresó a la cocina resignada, llevaba varios meses intentando reducirle el consumo de carne, pero en todas las comidas sin excepción tenía que haber una pieza de su carnicería.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Va todo bien por la tienda?

—Todo viento en popa.

—Mi hija me comentó que estás innovando con las hamburguesas.

—Nada fuera de lo normal, verduras, quesos... y estoy probando con algunos sabores nuevos.

—En mi época no se llevaba nada de eso, pero supongo que ahora es lo que la gente quiere. Mi hija me dijo que la de panceta y setas no tenía parangón. Si necesitas ayuda…

Enrique observó el continuo baile de su mano intentando llevarse el café a los labios.

—Se lo agradezco, pero es de otro cariz el favor que quiero pedirle.

—Claro hijo, lo que necesites.

—¿Habría alguna posibilidad de que me acompañara a hablar con su hermano, el párroco del pueblo?

—Con Lorenzo, claro que sí hijo, ahora mismo si es preciso. No te hacía yo mucho de iglesia, ¿puedo preguntar para qué lo necesitas?

Enrique empezó a contarle la solución para sacar a Águeda definitivamente de las sombras.

Llegaron a la floristería. Dentro, Irene tras el mostrador, permanecía quieta y con la vista fija en la puerta.

—¿Podríamos? —Albert señaló desde fuera la cerradura de la floristería.

La mujer a través del cristal se abrazó, masajeándose los codos con sus manos.

—Ya está cerrado.

—Necesitamos hablar con usted.

—¿Solo conmigo?

Los dos se miraron sin entender, pero ambos asintieron. Irene dio varias vueltas a la llave y la puerta se abrió. Albert, cuyos ojos empezaron a tintarse de rojo, estornudó. Mucha gente encontraba aquellas flores como un adorno perfecto; a él solo le producían alergia. Su mirada se posó entonces en la puerta que comunicaba con la casa.

—Podríamos quizás hablar arriba.

Antes de aceptar la petición, Irene llamó a su hijo pequeño. Este apareció instantes después trotando por la escalera.

—Julen, mamá necesita que le ayudes. Eres el encargado de la floristería ahora. Si entra algún cliente, tú eres quién manda.

Julen la miró con los ojos muy abiertos. El encargado de la floristería, aquello sí que era una misión complicada, no sabía si… Su madre lo leyó en sus ojos.

—Si necesitas ayuda mamá estará arriba, solo tienes que llamarme.

Julen respiró tranquilo, mamá estaba allí, como siempre. Una vez subieron al salón, al oír la casa en silencio, Jessica preguntó:

—¿Su marido y su hijo mayor?

—Están en el invernadero, estamos probando unos injertos nuevos. —La mujer seguía protegiendo su cuerpo con los brazos.

—¿Hace mucho que lleva esa pulsera? —preguntó Jessi apuntando la muñeca izquierda de la mujer.

—Sí… yo…. no sé… no lo recuerdo, supongo que sí. —La mujer tapó la pulsera con su mano y lentamente la ocultó por debajo de su vestido.

Jessi sacó las imágenes de la bandolera que siempre colgaba a un lado de su cuerpo, y se las tendió a la mujer. Esta las tomó con cierta reticencia.

—¿Se reconoce en ellas? —preguntó Albert tomando parte en la conversación.

—Sí, soy… Somos nosotras, pero hace mucho tiempo de aquello. —Apenas se reconocía en aquella chiquilla de ojos claros y mirada altiva y desafiante.

—¿No ve nada que le llame la atención?

A un lado Belén y al otro Lorena, sus dos inseparables. Unos pasos más allá Estefanía, intentando formar parte de algo que no podía ser.

—No sé qué es lo que tengo que ver.

—Esta fotografía fue tomada en el colegio el nueve de octubre, semanas antes de que asesinaran a la niña; esta otra, en los cuentos, la misma noche en que murió Estefanía; y la última, en el colegio de nuevo, meses más tarde.

—Lo siento, pero no sé a dónde quiere ir a parar.

—Se lo diré —explicó Jessi mostrando su propia muñeca—. Al igual que yo, ha caído en las supersticiones. En la primera foto nada adorna su mano, pero en la segunda aparece un lazo rojo. Y ahora mire todas las posteriores, si antes aparecía en todas riendo, en las que se hicieron después de los cuentos no solo lleva la pulsera roja, sino que su semblante es serio y triste. ¿A qué se debió ese cambio?

—Esa noche murió Estefanía. Aquello me afectó, solo era una niña.

—En los cuentos, nadie sabía que había muerto. El cadáver de Estefanía se encontró a la mañana siguiente. Sin embargo, usted sufrió el cambio antes de conocerse la noticia. ¿Por qué necesitaba el lazo rojo? ¿De qué quería protegerse?

Los ojos de la mujer evitaban a los dos policías, mientras estos aguardaban ansiosos a abrir la puerta de lo ocurrido treinta años atrás.

—Irene, cuando fue a los cuentos, ya sabía que Estefanía estaba muerta… —empezó Albert, esperando que la mujer los llevase hasta el pasado.

La mujer los miró por primera vez, encontraron un ligero matiz a los ojos de su niñez; y aquella niña de entonces fue la que empezó a hablarles:

—“Las historias del abuelo no serán nada comparado a lo que tengo que contaros. Alguien morirá esta noche, la bruja vendrá a por uno de vosotros”, decía cuando el profesor no escuchaba. “Mi padre murió por mí y por eso me salvé. No tendréis la misma suerte, uno de vosotros morirá y yo sé quién será”. Los asustó a todos sin excepción, yo sabía que mentía, siempre lo hacía. Pensaba darle una lección. Había conseguido un disfraz de bruja y pensaba ir a la cueva con él. No se lo dije a nadie; los chicos solo pensaban en el fútbol; y en cuanto a Lorena y Belén, no se hubieran atrevido. Cuando llegué…

ella… ella ya estaba muerta. Tenía razón, la bruja buscaba a alguien, y al no encontrarlo se la había llevado a ella. Yo, era solo una niña, fui a casa corriendo y me encerré en mi habitación. No dije nada, mi madre pensó que estaba asustada por las historias y me ató un lazo rojo a la mano, aquello me protegería, me dijo. A la mañana siguiente la encontraron, y yo estuve varias semanas sin salir de casa. Mi madre lo entendió y me permitió quedarme encerrada. No sabía que en el fondo tenía miedo a que alguien pudiese leerlo en mis ojos. Desde entonces siempre he llevado un lazo rojo. —Se apretó la muñeca con fuerza—. Yo también fui a la cueva, podía haber sido yo, pero la bruja se llevó a Estefanía.

—Y, treinta años más tarde, se ha llevado a Esther. —No pudo evitar decir Jessi.

—No fue la bruja la que se llevó a Esther, son dos asesinatos diferentes.

Jessi la observó, pero solo leía verdad en su rostro.

—Son dos crímenes exactamente iguales, solo separados por treinta años en el tiempo. El mismo día, el mismo sitio, los mismos elementos. —Sacó del bolsillo de la bandolera protegidos con plástico las fotografías de las dos niñas.

—Es imposible, Estefanía, ella no… —Apuntó con el dedo temblando la fotografía—. No estaba así, lo juro, cuando yo la encontré no había cruces de mimbre. Solo estaba ella, muerta, ninguna cruz. Ella, sola y muerta, en la Cueva de las Brujas.

Desde el coche, Patricia observó el gran complejo de las Artes y las Ciencias de Valencia. Por la avenida del profesor López Piñero, tentáculos parecían salir de la pared lateral de uno de los edificios. Miró hacia el otro lado, la imponente ciudad de la Justicia, doce plantas y ciento catorce mil metros cuadrados. Un gran edificio que albergaba todos los juzgados de la ciudad que en su época estuvieron dispersos, y que ahora se concentraban en uno solo, sirviendo para impartir justicia en la capital. Aunque ese día había alguien que no buscaba justicia, un sentimiento mucho más rastrero y bajo le movía por dentro. Respiró hondo antes de entrar en su despacho.

—¡Vaya! ¿Pero a quién tenemos aquí? Si es la joven Salcedo, ¿no es cierto?

Desde su poltrona la miraba como un carroñero. En un gobierno de animales, los buitres y las hienas eran los primeros en escalar.

—Hola, Amancio —saludó Patricia penetrándole con la mirada. Si pensaba que iba a amedrentarse ante él, estaba muy equivocado.

—A ver qué tenemos aquí... —Su dedo anular lucía un escandaloso anillo de oro, y en su muñeca una esclava del mismo material. Cogió el informe y lo leyó como si lo viera por primera vez. Juntó los labios y lanzó un largo soplido, acto seguido miró a Patricia.

—Contaminación de la escena del crimen, posible destrucción de pruebas... buff… —Esta vez la exhalación duró un par de segundos más que la primera.

Patricia, erguida sin ceder un milímetro, se mantuvo con la cabeza muy alta.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó el hombre intentando ocultar la sonrisa que peleaba por aparecer en su rostro.

—Necesitaba saber la identidad de la víctima, eso es todo —contestó sin ninguna emoción.

—Entiendo… —dijo este haciendo sonar los eslabones de su pulsera entre sí—. Bueno, por ser la primera vez no creo que tenga importancia, ¿verdad?

—Eso tienes que decidirlo tú, no yo —contestó Patricia sin pestañear. Conocía la clase de tipos como Amancio. Te observaban con cuidado para que te confiaras, y cuando estabas a su alcance desplegaban el vuelo con las garras por delante. Todavía le sobrevolaba en círculos sin atreverse a caer en picado, de otro modo no hubiera esperado a que su padre iniciase sus vacaciones para llamarla al orden.

—Sí, por ser la primera vez… —Dejó con cuidado el informe dentro del sobre y lo depositó en la mesa—. No obstante, lo tendremos cerca por si acaso.

—¿Puedo irme ya? —dijo sin dejar de mirarle a los ojos—. Si has continuado leyendo, verás que detrás de la máscara había una niña.

Dio su autorización con un leve movimiento de mano y Patricia salió sin mirar atrás. Amancio, sin levantarse del asiento, pidió a su secretaria por el interfono que cerrase la puerta. Estiró las manos y las juntó por detrás de la nuca. Desde su ventana en el cuarto piso apenas veía las formas geométricas de la ciudad de las artes y las ciencias. Nada comparable a las vistas de la décima planta. Ernesto Salcedo, el paradigma del gran policía, casi un héroe nacional, admirado y respetado a partes iguales, pero su reinado estaba cerca del fin. Pensaba escalar, vaya si lo iba a conseguir. La silla de Ernesto caería y él pensaba acomodar su honorable trasero en ella.

No llegaron las comparativas de ADN, habría que esperar al lunes. Estancos en el hecho de que las cruces fueron puestas con posterioridad, Patricia que por teléfono parecía cansada y malhumorada a partes iguales, les dio descanso en su día libre, retomarían el lunes la investigación. Albert supo al instante como iba a aprovecharlo.

En Denia desde una silla azul, observaba como una mujer le inspeccionaba a través de unas gafas picudas. Los destellos de luz de la ventana tornaron sus ojos de un color camaleónico. La mujer se levantó con precaución, arrastró la silla negra y tomó asiento delante de él.

—No tenga miedo, puede decirme que ya sabía que iba a volver —soltó Albert en un tono más agresivo del que pretendía.

—Le digo con total sinceridad, que creía que no volvería a verle en la vida. No puedo leerle la mente, ni lo pretendo. Pero no hace falta hacerlo para ver que hay algo que le preocupa.

Albert, todavía tenso, permanecía con las brazos apretados entre sí.

—Como le dije a su compañera, no es difícil ver que algo le atormenta; algo detonado por el caso que llevan, en el que la muerte y la superstición cobran tanta presencia. Debe saber que la muerte habita en nosotros desde el mismo día que nacemos, y es necesario tenerla cerca. No demasiado, para no empezar a morir antes de lo necesario; pero no muy lejos para saber que todo inicio tiene un final.

—No sé cómo afrontarlo. La superstición se llevó a una de las personas que más amaba —dijo al fin.

—Háblele de tú a tú, intenté hacer las paces con ella. Si le sirve de ayuda, muchas de las personas que acuden a mí, encuentran más fácil escribirlo. Cuando se sienta preparado escriba, tómese todo el tiempo que necesite, no lo haga hasta que no esté listo. Cuando sienta que puede empezar a liberar parte de esa carga empiece a escribir, quizás esa no sirve, ni la siguiente, pero encontrará el modo de encontrar el mismo idioma que habla la muerte.

Sacó la cartera, pero la mujer con un gesto le indicó que guardase el billete en el mismo lugar. Se fue de allí con el firme propósito de plantar cara a sus fantasmas. Para ello antes tenía que verse con uno de carne y huesos.

14

¿Por qué no podían volver a Inglaterra? Todos esos años su padre intentó que se sintiera como un inglés más, y ahora que no solo se sentía, sino que quería volver a su lugar de origen, su padre se negaba. Sus amigos de clase eran ingleses, el castellano solo lo utilizaba en las clases obligatorias y tan solo si le pedían participar; comía sin rechistar todos los platos tradicionales que su padre elaboraba, incluso el *sheperd's pie* que tenía aquel sabor tan fuerte… Ahora que se había convertido en el niño que su padre deseaba que fuese, era él, el que quería quedarse. Cada vez veía más lejos la posibilidad de abandonar aquel pueblo, y aquello le llenaba de ansiedad. Sus padres empezaron a preocuparse por el hecho de que se pasase el rato que no estaba en el colegio en casa. Incluso, que los fines de semana, se empeñase en asistir a las *extra lessons* del colegio inglés. Hasta le animaron a verse con sus antiguos amigos españoles, pero no podía, aunque quisiera no podría, solo le causaría problemas. A Victoria no la echaba nada de menos, lo único divertido de estar con ella era reírse a sus espaldas. Julen… a él sí que lo extrañaba, más incluso de lo que llegó a imaginarse. Pero no podía volver a verle. Quería mantenerse alejado de todas esas historias y la única forma era esa. Fue hacia el autobús preocupado, si tan solo sus padres entendieran que tenían que volver. Pero no le dio tiempo a pensar nada más, algo se abalanzó sobre él y luego vinieron las sombras.

La barra de labios trazaba el contorno de sus labios de un rojo brillante para darles grosor. Patricia se maquillaba todos los días por costumbre, muy poco, de manera sutil. Polvos para cubrir las pocas imperfecciones que tenía y colorete para sonrosar las mejillas. Los ojos dependían de si había alguna reunión importante, en caso contrario

solo una fina raya de color azul. Pero hoy sus ojos presentaban todas las posibilidades: rímel, una larga y curvada raya negra y un ahumado que destacaba todavía más sus ojos felinos. No sabía qué esperar de aquella velada, en verdad todavía no tenía claro por qué había aceptado la invitación. Algo o mucho tenía que ver con el hecho de que los niños no estuvieran en casa. Cuando volvieran de Londres le esperaban de nuevo anécdotas sobre lo maravilloso que era papá. O quizás, aunque le costara reconocerlo, con el hecho de que Mike hubiera rehecho su vida y ella estuviera todavía en la casilla de salida. Movió la cabeza dando un barrido para apartar aquellos pensamientos y ocupar su mente en uno nuevo. El otro tema que le rondaba era el caso. Tenía todo fotocopiado, subrayado lo más relevante, en círculos aquello que valía la pena comprobar de nuevo y tachado lo que no aportaba ningún dato a la investigación. Algo le decía que el descubrimiento de sus compañeros sobre las cruces era importante, ella se lo perdió por culpa de un hombre. Amancio Ortiz. Una persona, un caso, no podía estar más equivocado. Pero tratándose de él, ¿qué podía esperar? Lo reconoció, vaya que si lo reconoció. Fue el mismo que intentó con fichas escondidas dificultarle escalar posiciones en su tiempo en Valencia, y el que presuroso se adelantó a regalarle el oído cuando su padre ascendió hasta convertirse en su jefe. Stephen tenía razón, debía andarse con ojo. Pegó los labios entre sí para mantener uniforme el color, con eso había terminado, estaba lista para la cita. Se volvió a preguntar si hacía lo correcto, parecía tan repentino… Cuando recibió el mensaje por la mañana invitándola a cenar contestó al instante que no, inventando una buena excusa. No era de las que mezclaban trabajo y placer. Pero mientras revisaba el caso, el teléfono sobre la mesa parecía llamarla a gritos para que cambiara de opinión. A las doce aceptó su invitación. Tras un emoticono de una cara sonriente le indicó el lugar y la hora. Hacía tiempo que no frecuentaba aquel lugar; que recordara, los platos eran principalmente hamburguesas. La ropa que eligió iría acorde con aquel sitio. Unos pantalones de cuero negro, sus botas altas del mismo color y la blusa blanca con botones plateados. Se planchó el pelo hasta conseguir que sus rizos desaparecieran a favor de una melena que, sorprendida, comprobó que la caía más abajo de la cintura. Hacía muchos años que no se alisaba el pelo, pero aquella noche tenía un buen motivo. Sabía que era la mejor opción para el encuentro que estaba a punto de producirse.

Jessi aprovechó el día libre para ir a Llíria con los suyos. Desde que Lucas nació, cedieron sus largos paseos subiendo la cuesta de Santa Bárbara, a favor de la senda totalmente plana que conducía al parque de San Vicente. Para Jessica siempre fue su opción preferente, incluso antes de que naciera su sobrino, pero su hermana por alguna extraña razón prefería la subida en pendiente a lo que una vez fue la ermita de la patrona de las tempestades, y que ahora no era más que un amasijo de piedras. Solo la pared principal se resistía a caer. Cierto que la vista desde allí era espectacular y alcanzaba hasta la Sierra Calderona, pero Jessi no la cambiaba por el enclave del parque natural de uno de los patrones de su pueblo. Disfrutaba con cada paseo, ya fuera en bicicleta, corriendo, o el que menos, pisando huevos con su madre. El primero lo completaba en media hora, para el segundo necesitaba algo más de tiempo y para el tercero con suerte, una mañana entera y eterna; y teniendo en cuenta que solo había pocos kilómetros desde su casa al parque, aquello era mucho decir. Su madre era asidua a iniciar una conversación con todo aquel que le dedicase un saludo con algún extra. Su récord estaba en treinta, para ser exactos treinta y tres. Esas fueron las incautas personas que dieron pie a una conversación. De momento llevaban cuatro y apenas estaban en el inicio, hacía muy poco que habían dejado atrás el cuartel de la guardia civil. Jessi, que se había adelantado con Lucas, se giró para comprobar que, apartadas a un lado del paso de ciclistas, su madre ya había atrapado a la quinta víctima o más bien había sido atrapada por ella, una especie de víbora común. Aquella mujer de nariz saliente era vecina de los padres de Iván y en la ruptura le constó que fue una de las responsables de divulgar todo lo que salió por boca de su ex. Sin ni siquiera saludarla, Jessi se alejó tirando del carrito hasta salir del primer puente. Su hermana, acelerando el paso, fue a su encuentro.

—Espero que no te haya tocado la barriga, no sea cosa que te pase su veneno.

—He escapado en el momento justo. —Sara sacó a Lucas del carro para que corriera detrás de una mariposa que lo tenía hipnotizado—. ¿Crees que llegaremos para comer?

—A ver, déjame pensar, estamos en el primer puente, nos queda otro más, pasar el centro ocupacional, el jardín, seguir la acequia, llegar a la ermita… Con suerte llegaremos para la cena. —Las dos empezaron a reír. A la cena era exagerado, pero empezar a comer a las cuatro era una posibilidad—. Estará sedienta, menos mal que allí puede beber todo lo que quiera.

—Me temo que va para largo. —Sara desde lo alto del camino se giró para comprobar que las dos dentro del túnel gesticulaban hasta el punto de que parecía que hablasen en lenguaje de signos. Lucas a varios metros estaba ensimismado observando el vuelo de la mariposa. Sara miró a su hermana y le dijo en voz baja—. Cuéntame, ahora

puedes hablar con tranquilidad.

Había intentado empezar la conversación varias veces, pero cada vez que daba un detalle de la investigación, su madre lanzaba un lamento acompañado de una persignación. Avanzaron hacia el siguiente puente para evitar que la chismosa la oyera. Con su hermana no tenía ese problema, era una tumba. Y así se le quedó la cara, como si se tratara de un muerto dentro de un féretro, al escuchar lo que Jessi tenía que contarle. Lucas, ajeno a las palabras de su tía, seguía contemplando a la mariposa que había hecho un alto a un lado del camino.

—Madre mía, Jessi, ¿crees que volverá a ocurrir? Me refiero, han pasado treinta años entre uno y otro, pero ¿crees que hay posibilidad de que vuelva a pasar? —Tenía el corazón en un puño. Solo eran unas niñas, no quería ni imaginar que alguien pudiera hacer daño a Lucas o al bebé que pronto traería al mundo. Se acarició la barriga en un acto instintivo.

—No, no tiene por qué. Es complicado, pero al haber dos casos iguales tenemos más posibilidades de encontrar al asesino y que todo acabe de una vez. Hay varias personas que tuvieron relación en los dos casos y las estamos investigando.

Se arrepintió al momento de haberla puesto al corriente, solía contarle los casos, pero no parecía el tema más apropiado para una embarazada; y viendo cómo cubría su barriga con ambas manos, ella pensaba lo mismo.

—Lo siento, no tenía que haber dicho nada. —Esperaba que aquello no hubiera traspasado la placenta y llegase a oídos del bebé. Maica un día se extendió en explicarle la gran sensibilidad que podían sentir los bebés dentro del vientre materno.

—Por este no te preocupes, hace rato que no lo noto. Espero que mamá tenga razón y signifique que será muy dormilón.

Ojalá, pensó. Lucas, con apenas cinco meses de gestación, empezó a dar fuertes patadas y hasta que cumplió el año y medio no supieron lo que era dormir más de cuatro horas seguidas por la noche. Bueno, ella no lo supo. Eduardo tan pronto finalizó su baja por paternidad se mudó al cuarto de invitados y pudo dormir del tirón. Ella lo aceptó sin protestar, estaba tan cansada que no tenía fuerzas para discutir lo contrario, en cuanto Lucas se dormía caía sobre la cama en cualquier posición. Ahí empezó una larga sequía sin sexo. No lo echaba de menos debido a su agotamiento, pero le pareció extraño que Eduardo tampoco. Luego se enteró de que en efecto no había sido así…

—Mejor hablemos de cosas más agradables —indicó Jessi acariciándole la barriga, y como si entre ellos empezará una relación muy especial el pequeño que todavía no tenía nombre se hizo notar—. Dile a la hermana de Eduardo que se olvide, porque alguien ha elegido

tía favorita.

—¡Qué se habrá creído! —Su madre avanzaba hacia ellas como si mil demonios la estuvieran poseyendo—. ¿Se puede saber quién se cree que es esa chismosa? Pero ¡ah! No se ha quedado la cosa así. Las cosas bien claritas le he puesto. Cada vez que pienso lo que ha dicho...

—Mamá, ya sabes cómo es. Si se muerde se envenena —dijo Sara entre risas, pero Jessi, al contrario que su hermana, notó cómo su cuerpo se volvía rígido.

—Pues la víbora esa —empezó su madre—. No tiene otra cosa que decirme, que te estás metiendo por medio para que Iván no se case, que él mismo se lo ha dicho, que el otro día le enseñó todas tus llamadas en su teléfono. La muy… pero tranquila que ya le he dicho yo cuatro verdades. Iván siempre me ha caído bien, pero si me entero de que es verdad que ha salido de él llegar a insinuar si quiera eso, acaba de ganarse a una enemiga.

Isabel volvió la vista con furia, la mujer había desaparecido engullida por el túnel. No sabía el qué, pero algo pasó en la ruptura. Esa mujer precisamente fue la que le contó que Iván había dejado a su hija y por eso Jessi se fue a Jávea, para intentar olvidarlo. Jessi se cerró en banda, cuando le preguntaba solo decía que eran cosas que pasaban, pero conocía a su hija demasiado bien, y sabía que algo grave estaba ocurriendo. Igual de bien como para saber que nunca actuaría de esa forma. Jessi sintió la rabia acumularse en todo su ser, nunca le confesó a su madre el motivo y todo lo que vivió tras la ruptura, simplemente marcó distancias, pero había llegado el momento de que ella también supiese la verdad.

Lo primero que vio al despertar fue a varias figuritas de super héroes mirándola a los ojos con gesto triunfal. Aunque parecía que más que a ella, miraban al chico que a su lado dormía a pierna suelta. Con el calor de la noche sus rizos habían vuelto a su forma original y con ellos la magia había terminado. Pensó que, alisándolo, sin llegar a parecer de su edad, le quitaría algún que otro año para que no se notara tanto la diferencia, pero no fue así. Si pensó que se presentaría a la cita vestido de manera más formal, estaba muy equivocada. Los inodoros luchando no fueron nada en comparación a todos los personajes de la saga de Star Wars ocupando cada rincón de la camiseta que lucía. No llegaría a la treintena, pero en la comisaría le

pareció algo más. En la puerta del Geographic, le dio la impresión de que era mamá yendo a recoger a su hijo adolescente. A punto estuvo de dar media vuelta. Gonzalo, adelantándose con un saludo efusivo, le demostró que la había visto, y Patricia se vio en la obligación de ir a su encuentro sin saber cómo iría la velada. Y fue bien, demasiado bien. La cena fue mucho mejor de lo que esperaba, le sorprendió la facilidad de palabra del chico y sorprendida comprobó que se reía con cada uno de sus chistes, sin forzarlo, de manera natural. Y si la cena fue bien, el postre todavía mejor, la vitalidad de la edad la dejó mucho más que satisfecha. Pero wonder woman en lo alto de una pila de cómics le sugirió que se fuese a casa y ella aceptó. Siempre había que hacer caso de las super mujeres.

Se calzó las zapatillas y se fue a correr sola, desde la mañana habían pasado muchas cosas. Nunca llegaron a completar el trayecto a San Vicente. Cuando tras un ataque de sinceridad puso a su madre al corriente ante la satisfacción de Sara, quien siempre le había animado a hacerlo, Isabel se convirtió en una loba protegiendo a sus crías. No comieron a las tres, ni siquiera a las cuatro, el reloj marcaba la seis de la tarde cuando su madre apareció por casa, y media hora más tarde Jessi corría temiendo lo que iba a pasar. El móvil empezó a vibrarle sujeto a su antebrazo, intercalando los pitidos con las notas de *Copacabana* que salían de los auriculares. Siguieron con *El último baile*. No le hacía falta ver quién era, a esas alturas Iván ya estaría enterado de que la verdad estaba escapando del baúl en el que permaneció oculta durante mucho tiempo. Sin dejar de correr, lo sacó de la funda y apagó el teléfono. Sus pies la llevaron más allá del pueblo vecino de Marines. Con la frente llena de sudor, volvió a casa. Su hermana la esperaba en las escaleras de entrada con Lucas en el regazo.

—Lucas y yo nos quedamos a dormir, ¿qué dices? ¿Te apetece noche de pijamas en casa?

Jessi asintió, a la mañana siguiente tendría que madrugar, pero esa noche necesitaba sentir a los suyos.

15

Estefanía 1990

Rozo con mi mano la seta del diablo que me dio la abuela, la que tenía que matarlos por haberme hecho sufrir todos estos años. Papá murió en mi lugar y alguien más iba a morir la víspera de todos los santos, alguien que merecía morir. Solo que no tenía que ser yo.

La autopista le quitó a Jessi media hora de tiempo, pero los tramos a sesenta y ochenta en la carretera de Gata en la que los lunes se solían amontonar los coches, le hicieron llegar con diez minutos de retraso. Sin tener tiempo de ir a casa a dejar la maleta, fue directa a la comisaría. Tras varias vueltas, le tocó aparcar en la otra parte del río Gorgos. Maleta en mano fue como una turista más a su puesto de trabajo. Cuando llegó, se encontró delante de la puerta, a la última persona que esperaba ver aquella mañana.

—¡Jessica, por fin, menos mal que te encuentro! —dijo Érica moviendo los brazos nerviosa—. ¿Dónde te habías metido? Ayer se puede decir que pasé la noche en la puerta de tu casa.

—He venido directa desde Llíria —corroboró Jessi señalando el equipaje—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y allí qué pasa?¿Qué no tenéis cobertura? —añadió sin dejar de mover las manos, pasando por alto la pregunta.

—Digamos que Iván ha encontrado un buen motivo para llamarme y yo para desconectar el teléfono.

—Entiendo… —ladeó la cabeza con empatía, pero al recordar el motivo que la había traído hasta allí, volvió a su pose histérica—. Escucha, tengo algo que decirte. No sé si es meterme donde no me llaman, e igual puedo tener problemas. Pero Carolina, tras mucho insistir, me ha dado permiso.

—¿Permiso para qué? —preguntó Jessica extrañada.

—Ayer llegó un niño a la UCI, lo atendió Carolina. Estaba muy grave y sigue en estado crítico, alguien intentó atropellarlo. Desde entonces ha permanecido en urgencias y ya vamos por la quinta

operación. Es terrible, no sabemos si podremos salvarle. Las próximas cuarenta y ocho horas serán vitales. El golpe fue muy fuerte, le ha afectado varios órganos. A pesar de su edad está demostrando tener una resistencia increíble, de lo contrario no hubiera sobrevivido, ¿quién puede ser capaz de hacer daño a un niño de nueve años?

—¿Nueve años? —preguntó Jessi con temor.

—Por eso te llamaba. Ayer hablamos con el padre y, Jessi, creo que es el mismo Jack del que me hablaste. El del caso de la bruja.

—¿Encontraron cruces en la escena? —preguntó Jessi temiéndose lo peor.

—Ya sabes que nosotras solo nos ocupamos de la parte médica. Vino un policía local a hablar con el padre. Yo estaba en otro box, Carolina, que está llevando al niño desde la UCI, hizo de traductora, que yo sepa no ha mencionado nada de cruces, pero le puedo preguntar. Jessi, ¿tú crees que puede ser el mismo asesino?

Algo le decía que aquello no podía ser casualidad.

A pesar de estar en la misma clase, Christian llevaba días evitándolo. En los pocos intentos en que pretendió entablar conversación, este había escapado sin ni siquiera mirarlo. Realmente llegó a pensar que todo lo ocurrido serviría para unirlos más, y sin embargo estaba siendo el desenlace para apartarlo definitivamente de su vida. Esa desagradable sensación tenía que acabar y el momento había llegado. Christian era el único castigado en la sala de guardia. Pau entró y se acercó al profesor. En voz baja le informó que el director lo buscaba de manera urgente. Sin dudar de su palabra salió de allí dejando a los chicos solos.

Lo tenía todo pensado, el despacho del director estaba en el otro edificio, tardaría al menos quince minutos en ir, descubrir el engaño y volver. Cuando lo descubriera, él contaría que alguien de primero que no conocía le había transmitido la información.

Christian lo observó con el ceño fruncido. Pau tomó las llaves que había en la mesa y tras cerrar la puerta se las guardó dentro de los bolsillos.

—Hoy es el día que hablarás conmigo —dijo mirándolo a los ojos.

Christian lo miró desafiante, la única conversación que quería tener

con él era con los puños. Eran tantas las ganas que tenía de verlo rodar por tierra…

—Abre esa puerta —escupió con rabia.

—No pienso irme hasta que hablemos, y si no es hoy, mañana lo intentaré de nuevo. Y si no al siguiente, hasta que te dignes a dirigirme la palabra. Desde que murió Esther….

—¿Esther? ¿Quieres hablar de ella? —Sintió el nombre en su boca como un pinchazo en el alma.

—De todo lo que ha pasado. Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—Eres un pedazo de hijo de puta —dijo escupiendo las palabras—. Eso es lo que eres, ¿ayudarnos mutuamente cuando hacías todo lo posible para que te eligiera a ti? Y al final, por lo visto, lo conseguiste.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quieres hablar? —Apretó de nuevo los puños con fuerza. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no estrellarlos en aquella cara de panoli que lo miraba con ojos suplicantes—. ¿Quieres hablar de tus quedadas en solitario? ¿De cómo querías robármela? Eres un hijo de puta, siempre habías babeado por ella, siempre siguiéndonos a todas partes hasta que te la llevaste.

—Christian, no sabes lo equivocado que estás…

—¿No? ¿Y por qué mantuvisteis en secreto que os veíais a solas? Tu hermana lo dijo el día que se decidió que ella llevaría el disfraz de Jack. Os oyó hablando a solas en tu habitación… —La saliva salía disparada de su boca con las palabras que lanzaba como balas—. Me lo tenía que haber imaginado, pero nunca pensé que alguien tan enclenque y palurdo como tú, pudiese ser su tipo. Eres simplemente asqueroso.

El chico se limpió la frente con la mano muy despacio, haciéndole ver dónde habían ido a parar los flujos que salían de su boca.

—Esther y yo solo éramos amigos —dijo con voz calmada—. Si vino a mi casa fue por ti. Dime Christian, ¿hiciste el trabajo de ciencias que nos pidieron hacer? ¿No te sorprendió que no te lo pidieran? Te explicaré por qué de repente tienes un nueve en física, fue porque tu nombre aparecía junto al mío y junto al de Esther.

Christian lo miró sin comprender, no era muy aplicado en los estudios, dio por hecho que había sido un error que no pensaba indicarle a la profesora.

—Lo mandaron justo antes de las fiestas, esos días no viniste a clase porque estabas trabajando en la tienda. Esther sabía que en esas fechas tenías mucho trabajo, así que me propuso que lo hiciéramos juntos y yo acepté. Y lo hice por ti, no por ella. Haría cualquier cosa por ti, hasta mentir. Los policías me preguntaron quién había

repartido las setas aquella noche en la Cueva de las Brujas, les dije sin dudar que fue Esther, pero recuerdo perfectamente tu mano saliendo de aquella bolsa.

Christian se llevó las manos a la cabeza, era algo que había olvidado por completo.

—No tienes por qué preocuparte. Tu secreto estará a salvo conmigo.

Sin decir nada más, sacó las llaves y abrió la puerta de nuevo. De fondo se oían los pasos rápidos del profesor, estaba preparado para defender su versión. Christian se quedó pensativo. La rabia desapareció de su cuerpo, incluso el dolor pasó sin más. Lo que cubría ahora su cuerpo era la pena, una pena honda y profunda.

Jessi entró sin saber cómo afrontar todo aquello. Nada más puso un pie dentro, Julia le obsequió con un café; lo necesitaba. Dio un sorbo y notó el dulzor, aquella taza llevaba dos sobres de azúcar. La chica prestaba atención a todos los detalles. Fue a la sala de reuniones donde Albert se llevaba a la boca uno de los pasteles que había en una bandeja encima de la mesa. Poli, contra todo pronóstico, anteponía una tortita de arroz con una, apenas visible, capa de chocolate negro.

—Los chicos me han dicho que solías traerlos de la pastelería, te cojo el relevo si quieres.

Jessi asintió, hacía mucho tiempo desde la última tarta de la pastelería Soler.

—Julia, ¿podrías decirle a Patricia que venga?

Patricia aparecía instantes después con un nuevo café en la mano, esta como un perro guardián tomó asiento detrás de ella.

—Julia, si no te importa… —apremió Patricia señalando la puerta.

—Os dejo solos —contestó la chica en tono amable—. Sigo con mi trabajo.

—El niño del disfraz con el que encontramos a Esther está en el hospital, han intentado matarle —soltó Jessica cuando la puerta se cerraba.

—¿Cómo? —preguntó Albert, dejando en el acto el pastel de crema.

—Mi amiga Érica y su novia trabajan en el Marina Salud —explicó a más velocidad de lo que acostumbraba—. Ayer Jack ingresó tras

sufrir un atropello. Está muy grave, todavía no saben si sobrevivirá.

—¿Han encontrado al culpable? —preguntó Albert.

—¿Algún conductor borracho? —añadió Patricia. De repente, le vino a la cabeza la imagen del padre de Esther borracho en el bar.

—No lo sé, no ha podido contarme mucho más. Se ha hecho cargo la policía local, ayer fueron al hospital a hablar con el padre de Jack.

—No tiene lógica, debe haber sido un accidente. No es ni el mismo lugar ni el mismo modus operandi —opinó Patricia.

—¿Y si hemos estado equivocados desde el principio y a quien realmente querían matar era a Jack? —Soltó Jessi expresando lo que todos pensaban y se negaban a verbalizar.

—Jessi —calmó Patricia—. No es posible que alguien le diera aquello a Esther por error. Tiene que tratarse de un accidente. Hasta que no vayamos, no lo sabremos. Yo iré al Marina Salud a hablar con el padre. Tú y Albert iros a hablar con la policía local, cuanto antes lo averigüemos mejor.

—Voy contigo al hospital —se apuntó Poli tirando el paquete vacío de tortitas a la papelera.

—No, quédate. Creo que será mejor que alguien se quede en la oficina —dijo Patricia con la mirada clavada en la puerta.

—Pero ahora tenemos a Julia —replicó este.

—Hazme caso, quédate. Julia tiene otras cosas de qué ocuparse.

Tras esto cogió sus cosas y salió de allí. La visita que le esperaba se presentaba desgarradora.

Patricia entró por la puerta de urgencias tras una camilla empujada a gran velocidad. Preguntó en la recepción, y le acompañaron al lugar donde el padre de Jack llevaba una noche sin dormir tirado en una de las sillas. Tenía los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño.

—Mi nombre es Patricia, soy policía en Jávea. Mis compañeros hablaron con usted por el disfraz de Jack.

El hombre en trance, sin escucharla, solo pudo decir:

—Mi mujer está de camino. No le he dicho que Jack está grave, ¿cómo le explico? ¿Cómo le digo que nuestro hijo está ahí dentro jugándose la vida? ¿Cómo se lo digo? ¿Cómo se lo digo? —sacó el teléfono y lo apretó

contra la mano de Patricia.

—*Como ella se lo diría a usted, intentando calmarla* —contestó esta apartándolo con suavidad.

—*¿Calmarla? Alguien ha intentado matar a mi hijo. Sus compañeros me dijeron que podíamos estar tranquilos y casi me lo matan. Si no es que lo han hecho ya…* —observó la puerta como había hecho a cada rato, temiendo que uno de los médicos que cruzaba el pasillo entrara a darle la noticia que no quería escuchar.

—*Todavía no podemos asegurar que haya sido la misma persona.*

—*Pues averígüenlo pronto, porque más niños pueden estar en peligro* — empezó a estirarse con fuerza la cabellera desde la sien.

—*Cuénteme todo lo que sepa.*

—*Todo es culpa mía, no tenía que haberle dejado ir. Si no le hubiera comprado ese maldito disfraz, nada de esto hubiera ocurrido. Desde esa noche todo cambió, Jack estaba asustado, no quería hablar con nosotros, pero sabíamos que algo ocurría. Insistió tanto en cambiar de colegio, si hubiera seguido en el mismo no hubiera tenido que ir solo a esperar el autobús y nada de esto hubiera ocurrido.* —El hombre se echó las manos a la cabeza—. *Tenía que haberlo acompañado, no tenía que haberlo dejado ir solo.*

Patricia sintió lástima del hombre, sus manos no paraban de estrujar sus cabellos que al igual que él, necesitaban agua. Podía entender perfectamente el sentimiento que dominaba su cuerpo hasta casi romperlo por dentro.

—*No volverá a pasar.* —Frotándose los ojos se levantó de su asiento —. *En cuanto acabe esta pesadilla nos volveremos a Inglaterra como él quería. Cuando mi hijo despierte cogeremos el primer avión de vuelta.*

—*Primero cuénteme lo que pasó ese día.* —Pidió Patricia tomando asiento.

—*Ya hablé con aquel policía del pueblo* —dijo con los dedos perforando sus ojos—. *Ya se lo conté todo.*

—*Cuéntemelo a mí también.*

El hombre tras una larga exhalación tomó asiento de nuevo y empezó a hablar:

—*Jack había ido, como todos los días desde que lo cambiamos al Lady Elizabeth, a esperar el autobús. Los fines de semana se empeñó en ir a las extra lessons que ofrecen. No habían pasado ni veinte minutos desde que salió de casa, cuando llamaron al timbre. Era el padre de su amigo Julen, venía a avisarme, alguien había reconocido a mi hijo tirado en el suelo. Se ofreció a llevarme y desde entonces estoy en esta maldita sala viendo cómo mi hijo se juega la vida ahí dentro. Esperando que en cualquier minuto se abra esa puerta y me digan lo que ningún padre tendría que escuchar*

jamás. —Su voz empezó a quebrarse y Patricia no pudo sino ofrecerle su abrazo, que el hombre sin pensarse tomó con los brazos abiertos.

En la pared todavía quedaban restos de sangre. El golpe había sido muy fuerte, no sabían si el chico sobreviviría. Nada en la investigación hacía prever que Jack fuese el objetivo, solo un disfraz intercambiado en un juego de niños, pero ahí estaba debatiéndose entre la vida y la muerte. La policía local llegó enseguida. Nadie había visto nada, eran las siete y cuarto de la mañana. Muchos se despertaron con el ruido, lo único que alcanzaron a ver fue al niño bañado en un charco de sangre, de su propia sangre. La ambulancia llegó en el acto. Cuando la vida de Jack ya pendía de un hilo, lo habían conseguido mantener con vida. Albert volvía del inicio de la calle escuchando aquello por tercera vez.

—Y como les decía, los médicos hicieron un trabajo ejemplar para mantener vivo al chico. —El hombre estaba literalmente embutido en el traje de policía. Grueso y bajo, apenas llegaba a Jessi a la altura de la barbilla—. Desde luego, haremos todo lo que esté en nuestra mano por ayudarlos, pero no consigo entender por qué están aquí. Debe tratarse de un conductor borracho, por suerte aquí no suelen pasar esas cosas, pero a veces ocurren.

—¿Hay alguna cámara de seguridad cercana? —preguntó Jessica apartándose del hombre para evitar el olor tan desagradable a sudor que desprendía.

—No, la única cámara está en el banco y porque les obligaban. En el resto de los comercios no hace falta. Entiéndame, esto que ha sucedido está fuera de lo normal. En Benitatxell no se roba, no es necesario proteger los comercios. Y además… estamos nosotros —enfatizó con gran orgullo.

—No roba, pero al parecer sí mata —contestó Albert cortante.

—Créanme, eso lo ha tenido que hacer alguien de fuera. No soy racista, no es que esté en contra de los extranjeros, para nada. —Alzó ambas manos—. Dejan buen dinero en el pueblo, pero también tienen otras costumbres. Solo hay que verlos después de un partido, lo que yo diga, un conductor borracho. El día anterior hubo partido en la liga inglesa, perdió el Leeds, solo les digo que hagan como yo y sigan esa línea.

—Es curioso que siempre que alguien inicia la frase no soy racista,

acaba con un pero que lo pone en primera línea de aquella opinión. —No pudo dejar de comentar Albert.

El hombre refunfuñó mostrando su contrariedad.

—Hagan lo que quieran, pero apuesto que en menos de dos días les doy al culpable y créanme si les digo que necesitarán traductor para el interrogatorio.

—¿No hubo ningún testigo? —preguntó Albert.

—No, una hora más tarde y hubiera habido decenas de ellos, pero por desgracia a las siete y cuarto de un domingo no había nadie. Hemos preguntado a todos los vecinos de la calle. Como ven hay varias casas y un bloque de viviendas con varios pisos y nadie nos ha sabido decir. Cuando se asomaron al oír el golpe, solo estaba el niño.

—¿Dónde va esta carretera?

—A Teulada, pero hay muchos caminos por los que se puede entrar y si me va a preguntar, ninguna cámara. Nadie pone cámaras para vigilar las huertas, sería un desvarío. Si el año es malo, las ganancias ya se reducen a igualar los costes.

—¿He visto que más abajo esta carretera confluye en dos calles? Quizás algún vecino viera el coche.

—Las calles que se unen con estas son la calle pare Plácido y la avenida Alicante. No es por llevar la contraria, para nada. Pero este pueblo es muy pequeño, si alguien hubiera visto algo, tenga por seguro que nos lo hubieran dicho y a estas horas todo el mundo lo sabría.

—De todas formas, sería conveniente hacer un llamamiento pidiendo colaboración ciudadana —intervino Jessica.

—De acuerdo, cuando llegue a comisaría le diré al chico que lo escriba en la cuenta que tenemos. Les pasaremos todos los avisos fiables que tengamos. Pero sigo creyendo que a estas alturas ya lo sabríamos. ¿Necesitan algo más?

—Eso es todo. —Albert terminó la conversación con un apretón de manos.

El hombre les hizo el saludo militar a modo de despedida y ajustándose de nuevo la gorra sobre su cabeza en forma de huevo se fue.

—¿Crees que deberíamos iniciar una nueva ronda y preguntar a los vecinos? —preguntó Jessi.

—Más bien estaba pensando en ampliar un poco más la búsqueda, has visto la pared, la marca es considerable, debía llevar velocidad. No creo que estuviera aparcado en las inmediaciones. Creo más bien que pasó de largo, y tenía que venir de una de estas dos calles.

Jessi asintió, no perdían nada por preguntar. Siguió a su compañero

por la primera calle, uno se ocupó de los números pares y el otro de los impares. Pero la búsqueda no fue productiva, muchos oyeron el ruido, pero nadie pudo aportar ningún dato. Con no demasiadas esperanzas siguieron la búsqueda en la calle siguiente. Esta descendía hacia una de las salidas del pueblo. Siguieron la búsqueda de la misma manera. En la cuarta casa, Jess lanzó un grito a Albert desde la otra acera. Este levantó el pulgar al ver lo que su compañera le indicaba. Se despidió rápidamente de la persona a la que estaba interrogando a través del telefonillo y acudió al lado de Jess.

—Parece ser que no solo los bancos cuidan de su seguridad en este pueblo.

—Afortunadamente —dijo Albert. Adelantándose a su compañera apretó el timbre con fuerza.

Al instante apareció un hombre, aunque más que un hombre parecía un ave rapaz. Jessi no estaba muy familiarizada con el mundo animal, solo por los documentales que alguna vez se entretenía mirando con su padre, pero aquel hombre de rostro enjuto y cuerpo ligeramente encorvado, parecía una de esas aves dispuesto a saltar en cualquier momento encima de su presa.

—¿Así que de la policía...? —El hombre los miró de arriba a abajo por encima de las lentes que llevaba atadas al cuello con un cordel. Jessi no pudo sino confirmar su impresión, sus ojos de un color indefinido debajo de aquellas gafas pequeñas y redondas, eran como los de un pájaro—. No parecen de la policía —corroboró cuando terminó la inspección—. ¿Podría ver su placa?

Albert, haciendo notar su malestar, accedió a su petición. El hombre se acercó y acurrucando más los ojos la examinó.

—Está bien… —sentenció satisfecho, pero al momento giró la cabeza hacia Jessi como lo haría un águila—. ¿Y usted jovencita?

Jessi no pudo evitar una sonrisa. El hombre con rostro parco y expresión sombría la miraba esperando su reacción. Esta sacó la placa del bolsillo; como esperaba, el hombre se dobló hasta quedar a escasos centímetros de esta.

—Así que son policías… Bien, bien… Veo que al final me han hecho caso. Pero pasen, no se queden ahí parados.

Siguieron al hombre a través de un pasillo estrecho lo que parecieron siglos. Al contrario que las aves de su especie, se movía a una velocidad extremadamente lenta.

—Aquí está todo, miren, miren. —Señaló la mesa de la sala de estar cubierta por decenas de fotografías—. Todas las pruebas que necesitan, espero que sean suficientes.

Las fotografías no eran de muy buena calidad, pero en todas se veía claramente a un hombre que dejaba caer diversos objetos en la puerta

de aquella casa. El ángulo de la cámara alcanzaba no solo la entrada a la vivienda, sino más de la mitad de la calle. Aunque era ilegal grabar la vía pública, en aquella ocasión agradecieron que aquel vecino incumpliera las normas.

—¿Lo ven? ¡Ven como tenía razón! Este energúmeno me ensucia diariamente la puerta. —El dedo pareció rompérsele cuando lo dejó caer encima de la cara del chico—. Todavía no he podido averiguar quién es, pero, ¡ay cuando lo sepa! No tendrá acera para correr. —Si pensaba perseguirle a la velocidad a la que andaba, el chico tenía todas las probabilidades de escapar sin problema.

—No venimos por eso —reveló Albert.

El hombre, con desconfianza, abrió lo bastante los ojos para dejar ver que eran grises.

—No son de la policía, ¿verdad? Me lo temía, una burda falsificación. Debía haberme dado cuenta.

—Sí somos policías, pero nos trae otro motivo —explicó Jessi—. Necesitamos ver sus grabaciones de este domingo.

—¿Y el chico?¿No piensan hacer nada? —les espetó con los brazos cruzados—. Que sepan que a menos que me aseguren que van a tomar medidas me veré en la situación de no enseñarles nada.

—Tenemos algo mucho más importante de por medio —expuso Albert empezando a perder la paciencia.

—Pues entonces solo les diré que las grabaciones son privadas —contestó el hombre, molesto, invitándoles a salir.

—No, le diré lo que va a pasar. Nos va a dar ahora mismo las grabaciones que le pidamos, y en cuanto salgamos por la puerta quiero que quite esa cámara de inmediato, y dé gracias de que no le multemos ahora mismo.

—No puede multarme. ¡Está en mi propiedad! —Golpeó con fuerza sobre la mesa.

—Se equivoca, está grabando más allá de su propiedad y eso atenta contra el derecho de imagen de cualquier ciudadano.

El hombre refunfuñó; ya le había advertido el técnico al instalarle la cámara, pero no dudó en moverla ligeramente a su favor. Aquel monstruo que le invadía la entrada de desperdicios podía lanzarle los objetos desde el coche y necesitaba ver más allá de la entrada.

—Esperen aquí —gruñendo de nuevo, salió de allí a la mínima velocidad. Después de una larga espera, apareció con un MacBook debajo del brazo, que parecía que fuera a caer en cualquier momento. El hombre lanzando maldiciones entre murmuros, se sentó en la silla, y con la cara casi pegada a la pantalla, buscó lo que le pedían.

—¿Lo tiene ahí? —preguntó Jessi, tan complacida como sorprendida. No sabía por qué, pero había imaginado que aquello les

ocuparía más tiempo. La última experiencia que tuvo en conseguir grabaciones en el caso anterior, no solo terminó de la peor manera posible, sino que fue un largo calvario hasta que pudo dar con ellas.

—¡No querrá que lo tenga en una caja fuerte! —gritó escupiendo saliva. Se limpió con la manga del batín color burdeos que ya tenía los puños húmedos—. Está todo en la nube.

De haberle preguntado hubiera elegido sin duda la caja fuerte llena de polvo y telarañas. Por suerte aquel hombre a pesar de su aspecto estaba puesto en las nuevas tecnologías. Con una diferencia, al contrario que los jóvenes que nacían con un dominio absoluto de velocidad táctil, el hombre competía con la secretaria de la escuela en lentitud, y llevaba las de ganar. Tras muchos golpes y correcciones llegaron al punto que necesitaban, el clip de vídeo del domingo. Alejó la cara del ordenador y con tirantez les indicó que lo tenía.

—¿Nos permite? —Sin esperar respuesta Albert desplazó el ordenador hacia el lateral y se sentó en una de las sillas. Jessi tomó asiento al lado de su compañero esperando que apareciera el rostro del culpable.

El accidente se había fijado entorno a las siete y cuarto de la mañana. Rebobinaron varios minutos, solo un hombre apareció en la imagen yendo en dirección contraria. Siete y nueve minutos, nada; siete y diez minutos, nada; siete y trece minutos, un coche de color blanco a gran velocidad cruzaba la calle. Congelaron la imagen. La persona que conducía llevaba todos los complementos para pasar desapercibida, sombrero, gafas oscuras, y una gran barba oscura, era imposible ver ninguna parte de la cara. Y no era lo único que había intentado ocultar, la placa de la matrícula estaba cubierta por una capa negra de pintura. Demasiado sospechoso, para ser una casualidad. Necesitarían a alguien que pudiese procesar la imagen al detalle y pronto. El nuevo amigo de Patricia podía ser la persona idónea. No del todo insatisfechos con el hallazgo salieron de la casa de aquel hombre rapaz y fueron a por el coche a la “Placeta dels Mestres”. Albert por precaución informó a Patricia con un mensaje, no quería molestarla sabiendo que en ese momento todavía podía estar con el padre del niño.

—El sábado hice una visita muy interesante. Seguí tu consejo —dijo este sin darle importancia, una vez guardó su teléfono en el bolsillo—. Hablé con la doctora Ros.

—¿Y qué tal fue? —preguntó Jessi entusiasmada.

—Me recomendó hacer una visita a alguien que hace tiempo que no veo. Puede que algún día lo haga.

—¿Quieres un consejo no pedido? Cuanto antes lo hagas, mejor te sentirás y antes acabará todo.

Jessi notó la vibración por enésima vez en su teléfono, quizás

debería aplicarse el mismo consejo. Una vez dejara a Albert en casa cogería al toro por los cuernos.

Encontró la lupa encima de la mesa, suerte que la había encontrado. Estos jóvenes de hoy en día, uno no podía fiarse de ellos, te pedían las cosas y luego las dejaban tiradas. El cristal estaba muy rayado, pero todavía cumplía su función. Algo había visto Jessi en esas fotos que la llevó a un nuevo lugar; quizás él también podría ver algo más. Patricia había preferido prescindir de él y aquello no le gustaba nada. Debía hacer algo para que confiara de nuevo en su talento. A través de la lente contempló las fotos. La del corral no tenía desperdicio, la moda había cambiado mucho entre los jóvenes. Se pasó los dedos por la barba que ya empezaba a cubrirle el rostro, ¿cómo lo llamó aquel tipo? ¿Hipster era la palabra? Sea como fuere el nuevo Poli estaba floreciendo. El viejo se habría quedado tumbado en el sillón, pero resultaba ya un incordio las veces que la nueva había intentado propiciar una conversación. Ni sus dulces facciones, ni sus largas pestañas tenían ningún efecto en él. Había conocido muchas Julias en su vida. Observó las fotos, niños disfrazados de moros y cristianos para celebrar el nueve de octubre, niños disfrazados de los personajes del Belén, y entre medias niños ataviados con gorra y mochila para ir probablemente de excursión. No solo la moda sino las caras también habían cambiado, los pelos de los años noventa no tenían desperdicio, las caras de… Paró al instante y cogió la lupa de nuevo.

—¡Venga, no me jodas! —gritó tan alto que se escuchó por toda la comisaría.

Julia acudió corriendo al origen de los gritos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con su voz cálida mirando en el interior.

—Tengo que irme. —Cogió la chaqueta al vuelo y salió de allí cerrando la puerta de la sala de reuniones tras de sí.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó Julia entornando los ojos.

Se fue sin ni siquiera decirle adiós, aquello le había quedado claro. Patricia no quería informarle del caso, cuanto menos supiese mejor.

Nunca la habían besado. Sus labios nunca rozaron nada más que la ahora arrugada mejilla de su madre. Aquella sensación empezó a despertar nuevos sentimientos en ella. Sus labios húmedos sabían a caña y limón. Cerró los ojos y aspiró aquel primer beso dejándolo sentir por todos los poros de su piel. Enrique con cuidado le sujetaba la cabeza con delicadeza, como quien prende un objeto sagrado.

—Quiero irme contigo —dijo en un hilo de voz separándose unos centímetros de él.

—¿Estás segura? —le preguntó en un susurro sin dejar de acariciar con sus manos sus mejillas.

Le dijo que sí con los ojos. Era el momento de volar hacia aquel halo de luz. Había permanecido demasiado tiempo en la oscuridad, y había llegado la hora de escapar.

No se quitaba de la mente el rostro descompuesto del padre de Jack. Si en los padres de Esther el gesto era de derrota y resignación, en el de Jack se unía la desesperación de no poder hacer nada por salvar la vida de su hijo. La impotencia de sentir que estaba fuera de su alcance. Y si se confirmaba que había sido el mismo asesino, otro padre podía verse en la misma situación. No dejaba de darle vueltas a lo mismo, ¿y si el disfraz tenía algo que ver? Su hijo llevaba la misma indumentaria y tenía nueve años, quizás podía ser el siguiente. Estaba a muchos kilómetros de distancia, en la capital inglesa, pero pronto regresaría y tenía que hacer todo lo posible para que ni él ni nadie se viera al alcance del mal. Se pasaría toda la tarde si era necesario intentando ver lo que se les escapaba. Ya había pasado la imagen del coche a Gonzalo, confiaba en que sacara la matrícula y pudieran avanzar en la dirección correcta.

Fue al despacho a dejar sus cosas, se sorprendió al ver la puerta abierta; con las prisas de llegar cuanto antes al hospital, se había olvidado de cerrar con llave. Por regla general nadie entraba a su despacho sin permiso, aunque Poli alguna que otra vez se tomaba la ligereza de hacerlo. Al entrar, comprobó molesta que otra persona

había adquirido la misma licencia.

—¿Qué haces aquí dentro?¿Y Poli? —preguntó muy seria.

—Venía a entregarte esto. —Julia con su habitual sonrisa y sin perder un ápice de compostura, dejó los papeles que llevaba en la mano encima de la mesa—. Son los informes que pediste. En cuanto a Poli, ha salido.

Patricia sin disimular dio un barrido por encima de la mesa, todo estaba intacto a primera vista.

—Si no necesitas nada más, salgo a mi hora de comida. Nos vemos por la tarde.

—Será todo por hoy, puedes tomarte el resto del día libre

En cuanto se despidió de la chica volvió al cuarto de reuniones, aquel por suerte estaba cerrado con llave. Sin perder tiempo abrió las carpetas y empezó a leer el informe de Andreu Espinosa, se notaba que solo una persona llevó la investigación; un caso, una persona. Amancio Ortiz, con aquel nombre en mente llamó a su padre.

—¡Patricia!¿Cómo estás?¿Qué tal los niños?

—Muy bien, ¿y tú qué tal por Frankfurt? —preguntó.

—Mejor imposible, en dos días tengo la carrera, pero hemos venido antes para disfrutar un poco de la ciudad. —Estaba segura de que aquel plural incluía a Marisa.

—Papá, quería darte las gracias por tramitar lo de Julia, nos está siendo de gran ayuda.

—Me alegra oír eso. Si te soy sincero para mí también fue una sorpresa, no pensé que pudiera hacerse tan rápidamente. Pero en todo caso no me las tienes que dar a mí.

—¿A quién entonces? —preguntó Patricia con el teléfono pegado a la oreja.

—Lo tramitó Jorge Granell, de la cuarta planta. Aunque en realidad tuvo más que ver con el hecho que alguien se presentara voluntario casi en el acto. Cariño te dejo, estamos a punto de entrar al museo. Nos vemos pronto. Te quiero.

En la cuarta planta, como Amancio Ortiz, algo le decía que no podía ser casualidad. El hombre de un caso, una persona. Tenía el presentimiento de que estaría muy presente en sus vidas. Llamó a Poli sin perder tiempo. ¿Dónde demonios estaría?

El papel del ramo empezaba a impregnarse con el sudor que se traspasaba de las manos de la anciana. El domingo, un conductor ebrio había atropellado al amigo de su nieta, eso fue lo que todos dijeron y lo mismo que le había comentado Irene en la floristería minutos antes. El mismo Iñaki fue quien llevó al padre del niño al hospital. Desde ese día circulaba en boca de todos, un conductor borracho había atropellado al niño, hasta la policía local difundía esa versión. Pero entonces, ¿qué hacían aquellos dos policías que buscaban a la bruja hablando con el jefe de policía en el lugar del atropello? No podía ser casualidad, las casualidades no ocurrían. Todo pasaba por un motivo, ella lo sabía muy bien. Como en los cuentos de su marido, no se sabía en qué punto comenzaba la verdad y cuando la mentira se apropiaba de la historia. Hasta qué punto fue un conductor borracho o si, por el contrario, la bruja había encontrado otro motivo para buscar más niños.

Mirando a los dos hombres enfrente de él, Poli se sintió como un profesor de escuela a punto de reñir a dos de sus peores estudiantes. El discurso de Patricia había hecho mella en el padre de la niña y acompañándose de su amigo Iñaki buscaba un motivo para salir adelante. De momento el motivo eran dos cervezas bien frías que estaban a punto de terminar. Poli hizo un gesto para que siguieran bebiendo, siempre había que hacer caso a los refranes y ya se sabía "los borrachos y los niños"... En cuanto la base de los botellines tocó la mesa, cogió la foto medio arrugada que llevaba en el bolsillo y la colocó a la altura de sus ojos. Primero la acercó a la cara de Martín quien acurrucó los ojos para poder enfocarla. Cuando su cara hizo el gesto que esperaba, pasó la foto al florista, quien la tomó con sus manos, y tras alejarla, no tardó en asumir el mismo rostro que con rapidez intentó evitar. Pero Poli era un as de los detalles, nada podía pasarle desapercibido.

—¿Por qué nos enseña esto? —preguntó este último con la foto todavía en la mano.

—Si me permite, se trata de una prueba. —Poli se la cogió con los dedos y la volvió a guardar en el bolsillo de atrás, no sin antes darle un último vistazo. Cómo transformaba la edad en las personas. Él, sin embargo, estaba igual que en las fotos con pantalones cortos y calcetines largos hasta las rodillas que guardó su madre como oro en

paño hasta que murió.

—¿Una prueba sobre qué? —añadió Iñaki levantando las cejas.

Poli sacó del mismo bolsillo un paquete de chicles de sabor menta y se puso uno en la boca. Un cigarrillo hubiera resultado más apropiado con la escena, pero no solo estaba prohibido sino que odiaba fumar.

—Sobre la muerte de Estefanía —expuso apartando el chicle a su carrillo izquierdo—. Usted nos dijo y cito textualmente. —Sacó una libreta del bolsillo, esta vez delantero, donde tenía apuntadas varias letras de Sabina y simuló leer—: Que no conocía a Estefanía. —Volvió a guardarla en su sitio—. Y añadiré más, que no la había visto ni en pintura, que para usted esa chica no existía, que era una total desconocida. Y ahora resulta, que tras muchas investigaciones y un duro trabajo, encuentro que no solo me ha mentido, que no es que la conociera del pasado, no se trata de haber coincidido con ella alguna vez puntual, de haberla visto en una fiesta o quizás en una visita...

—¡Puede ir al grano! —gritó Iñaki al borde de la impaciencia.

Poli adquirió aquel brillo en los ojos que guardaba para ocasiones como esas.

—Se trata... —Se pasó el chicle al carrillo derecho antes de empezar—. Ustedes la conocían perfectamente, tan bien como que compartían clase con ella. Estefanía repitió un curso, el mismo año que murió, pero resulta que en la clase a la que había ido toda la vida estaban ustedes. No hace falta que me mientan, conozco esas poses, esa forma de mirar a cámara. No me equivoco si digo que eran los malos de la clase y no hay víctima más perfecta que la que todo el mundo odia.

Los dos hombres miraron al suelo sin atreverse a hacer frente a las palabras que salían de la boca de Poli.

—¿Fue uno de estos paquetes el que utilizaron para decorarle la cabeza con gomas de mascar? —Aquel fue un golpe maestro, la prueba delante de sus narices. Había llamado a la madre para preguntar el color del chicle por el que tuvo que cortarle las trenzas. Verde le dijo. Menta. No podía ser otro sabor.

—Éramos unos críos, solo eran bromas sin importancia —indicó Martín, quitándole importancia.

—Bromas que se van de las manos y acaban en algo peor —lanzó Poli esperando ver la reacción.

—¿Está usted loco? Claro que no —contestó Iñaki al instante—. Me arrepentiré toda la vida de lo que hicimos, pero por suerte ese peso no cae sobre nuestra conciencia.

No sabía por qué pero se esperaba aquella respuesta, aunque seguían siendo dos sospechosos del crimen del pasado, y por ello podían ser del presente. En caso de que el ADN de la víctima no fuera

de los chicos, tenía a dos perfectos candidatos. *Quién me ha robado el mes de abril* empezó a sonar en el bolsillo de Poli, con una llamada de Patricia que era mejor que contestase cuanto antes.

Era la tercera vez que pasaba por delante de la floristería con intención de propiciar un encuentro que por otra parte sabía que no iba a ocurrir. Era una tortura verlo diariamente, saber que estaba detrás de él, que solo tenía que girarse para ver su rostro. Sentado en el instituto a veces notaba sus ojos en la nuca, en ocasiones sentía el vello erizarse sobre esta y sabía perfectamente que en esos momentos los ojos negros de Christian estaban sobre él. No sabía qué podía esperar después de aquel ataque de sinceridad donde le confesó lo que sentía. Había guardado meses, años, haciendo creer que perdía la cabeza por Esther, pero en realidad llevaba desde que tenía uso de razón colado por el chico más imposible de alcanzar. Reunía todas las cualidades que él detestaba, era abusón, mal hablado, machista, incluso en más de una ocasión lo oyó proferir insultos homofóbicos, pero por alguna extraña razón su corazón lo había elegido. Después de su confesión, esperó pintadas en el instituto, Christian no era de los que se callaban, y sin embargo había pasado día tras día en silencio. Y quizás aquello era peor, ni una vez le había dirigido la palabra, ni una sola vez. Cada entrada, cada salida, cada tiempo de patio esperaba una palabra, una mirada, pero no había nada, solo el más profundo de los silencios que se agarraba a su pecho como una araña de mil patas. Esperaba poder olvidarlo, que sus insultos pasados aplacasen su deseo por él, que sus burlas lo llevaran a un rincón donde odiarlo, pero su silencio y su tristeza no hacía más que aumentar su necesidad de él. Fue andando hasta el colegio y se refugió tumbado en la pinocha con los ojos al cielo, parecía que había pasado un siglo desde que su hermana y sus amigos se presentaron allí con aquel plan descabellado que acabó con la vida de Esther. Las nubes fueron avanzando en el cielo construyendo formas como el mármol, todas se le antojaban oscuras. Apenas eran las siete y el cielo se volvía negro. La noche avanzaba cada vez más pronto llevándose el día tras de sí. Con delicadeza se quitó los trozos de hierba que se quedaron pegados a su chaqueta, aunque los restos que junto a la humedad se fijaron en las perneras se quedaron allí. Volvió a casa sin encontrarse a nadie por el camino, las luces de las casas albergaban la vida en su interior lejos del frío de la acera. La casa de sus abuelos en cambio estaba a oscuras,

uno de los faroles de la calle iluminó la entrada al hacerse paso entre la cortina. Pasó el escalón y notó un crujido en el suelo, no le hizo falta levantar el pie del suelo para ver lo que era. La luz tenue del farol le mostró varias cruces de mimbre repartidas por el suelo. La bruja iba a por él.

Se estaba arrepintiendo de haberle hecho caso a Jessica. Cerró los ojos y flexionó el cuello en ambas direcciones, sin saber si quiera lo que iba a encontrarse esta vez. Las enfermeras lo saludaron con gesto grave, ya hacía varios meses desde la última visita, pero el sinsabor lo tenía varios días en un estado de angustia que le perforaba el alma. Además, aquella mujer que miraba tras los barrotes ya no era su madre, sino un amasijo de huesos y carne que albergaba recuerdos al azar.

—Hola, mamá —dijo Albert desde la puerta. La veía de espaldas, su largo pelo antaño negro ahora lucía de un color blanco. Empezó a tornarse albo desde el día que todo cambió. Respirando profundamente se acercó hacia ella.

—Es tan bonita la vista desde tu cuarto —susurró su madre con voz débil—. No sé por qué tu padre ha querido poner estos barrotes. Ya le he dicho que no sois niños, pero sigue sin oírme. Por más que se lo digo no me hace caso, ¿podrías decírselo tú? —Albert notó los largos dedos de su madre sobre los suyos. Cerró los ojos para volver atrás y permitirse ser niño por un instante, pero aquella mano fría ya no era la de su madre.

—Sí, mamá, yo se lo diré. —Aquel mensaje quedaría flotando en el aire, su padre era polvo y cenizas, más de diez años eran los que llevaba bajo tierra.

—Eres un buen hijo Albert, acércate más.

Albert se acercó con el corazón destrozado, viendo las marcas que quedaban en sus mejillas. La última vez la encontró con la cara llena de arañazos. Cuando las enfermeras la encontraron, tenía las manos como garras intentando arrancarse la piel a tiras. Tuvieron que aumentarle la dosis para evitar momentos como aquellos, sin embargo él sabía que aquellos eran los únicos instantes de lucidez que tenía.

—Ven, siéntate a mi lado, como cuando erais pequeños. ¿Recuerdas las historias que os contaba?

Albert sintió un nudo tan hondo en la garganta que tuvo que tragar varias veces.

—A ti siempre te gustaban las de castillos y pasadizos secretos, en cambio Laia no quería oír nada de aquello. A ella le entusiasmaban las de aventuras y gigantes. ¿Has ido a verla?

—Sí, mamá —dijo acariciando aquella mano sin fuerza.

—Eso está muy bien, los hermanos siempre se tienen que apoyar. —Apartó la mano de pronto, como si se diera cuenta de lo importante que era lo que acababa de decir—: Prométemelo Albert, prométeme que nunca dejarás de cuidarla.

—Te lo prometo. —No había ido a verla y probablemente nunca lo haría. Pero la última vez que le contó la verdad, los gritos estridentes cual animal directo al matadero alertaron a las enfermeras. Aquella fue la única vez que lo intentó.

—Esas ramas están creciendo demasiado. Sé que te encanta el árbol del jardín, pero tendremos que cortarlo. Cuando venga tu padre se lo diré. El otro día te vi intentando escalarlo, y ya sabes que es peligroso. Prométeme que no volverás a intentarlo.

—Te lo prometo mamá.

La mujer cerró los ojos y se fue a un nuevo lugar. Albert tuvo que apartar la mirada, era demasiado duro saber que su madre no volvería. En aquel último cuento la perdió para siempre.

Cada tono de Iván que dejaba pasar era un triunfo, cada mensaje que sin leer borraba al instante, una medalla en su palmarés. La partida había comenzado y sus peones avanzaban sobre seguro. No se sentía orgullosa de haber involucrado a su madre, pero era su reina que avanzaría por todas direcciones venciendo enemigos hasta que el gran jaque mate se hubiera realizado. Ella era la responsable de liderar la última jugada que esperaba acabara la partida. El rey estaba solo y era el momento del último ataque.

—¿Quién es? —respondió en el tono más apático que supo poner.

—¿Se puede saber qué te pasa? —gritó Iván a bocajarro—. ¿Qué coño le ha contado tu madre a mis padres? ¿Se puede saber a qué estás jugando? ¿Quieres dejarte de gilipolleces?¿Por qué has hecho eso? —preguntó fuera de sí.

—Quizás prefieras poner el manos libres, así Laura puede enterarse también.

—Lo estás estropeando todo, no podías permanecer callada. Siempre has sido así, una mala persona, una mujer egoísta que solo piensa en ella misma. Disfrutas con el sufrimiento de los otros, eres mala Jessi, la peor persona que he conocido en mi vida. Después de lo que me hiciste todavía te atreves...

—¿Qué hice Iván?¿Qué fue lo que te hice? —preguntó Jessi apretando los nudillos hasta notar cómo sus uñas que empezaban a crecer se clavaban en la palma de la mano.

—¡ME DEJASTE! Como se deja a un perro, me trataste igual que una colilla que se tira sin mirar. Después de cinco años, me lanzaste como un papel usado. ¿Qué querías que hiciese? ¡Era lo único que podía hacer! Era la única forma de hacerte ver cómo me sentía, pero a ti no te importaba nada. Porque eres escoria Jessi, eso es lo que eres.

Aquel juego de machaque psicológico había terminado, aquellos tiempos de remordimientos, aquel sentirse culpable no tenía cabida. No podía creer que lo hubiese soportado. Cada mensaje fue una bofetada que acató en silencio, se la merecía; cada llamada de insultos un corte que veía sangrar sin intentar parar; se lo había buscado. Si tan solo pudiera volver atrás. El pasado no podía cambiarlo, pero el presente y el futuro dependía de ella y hacía mucho que había decidido dejar de ser un saco de boxeo esperando el siguiente golpe. La mano nunca llegó a estrellarse contra su cara, pero sus palabras dieron con igual fuerza

—Escúchame bien, solo te lo repetiré una vez. Hoy es el último día que hablamos y lo siguiente que ocurra dependerá de ti —dijo con toda la calma que pudo encontrar en su interior—. Tengo todos los mensajes guardados, todos los emails, todas las cartas... y créeme, hay material suficiente para interponer una denuncia.

Conforme dijo aquellas palabras se sintió liberada, estaba dispuesta a todo por olvidar su pasado. Aunque las cicatrices invisibles la acompañarían toda la vida, quería que permaneciesen bajo piel.

—Mi madre solo ha hablado con tus padres, con nadie más. Tal vez ellos puedan ayudarte a cambiar. Si no le he contado nada de esto a Laura es porque quiero brindarte la opción de la duda. Carlos me ha asegurado que habías cambiado y creo que hasta alguien como tú merece una segunda oportunidad. Pero si me entero de que has vuelto a hablar de mí, si quiera a decir mi nombre —añadió algo más, Laura solo era una mujer como ella y merecía el mismo respeto—. Es más, si llega a mis oídos que actúas de la misma forma con ella tramitaré la denuncia con tanta rapidez que antes de llegar al altar te verás entre rejas, ¿me has entendido?

Lo siguiente que escuchó fue frases entre dientes.

—¿Me has entendido? —preguntó en tono firme esperando una respuesta más clara.

—Sí, lo he entendido —contestó con voz agria. Tras esto, colgó.

La pieza del rey caía sobre el tablero, con la ayuda de la reina, un peón convertido en torre lo había derrotado.

El chico entró con una de las cruces entre los dedos sin dejar de mirarla. Su madre al verlo tan concentrado se fijó en el objeto y al darse cuenta de lo que era se levantó para cogerlo de sus manos.

—¿Por qué tienes tú eso? —preguntó alterada estrujando las cruces en sus manos.

—Viene a por mí, ¿no es cierto? La bruja viene a por mí —chilló el chico.

—¿Qué dices, Pau? —preguntó el abuelo sentado en uno de los butacones.

Pau, sin dar tiempo a su madre a reaccionar, le cogió las cruces de la mano y se las llevó.

—¡Son las cruces que deja la bruja! Las mismas que deja en los cuerpos que se lleva. Estaban en la entrada —gritó Pau fuera de sí.

—Alguien habrá querido gastar una broma de muy mal gusto —dijo su madre intentando serenarse.

La abuela dejó sobre la mesa las agujas y el ovillo de lana que estaba empezando a convertirse en bufanda y se levantó para verlo de cerca.

—¿Y si no es así?¿Y si la bruja ha cambiado su costumbre y ahora ejecuta sin motivo?

—Abuela, por favor —lloró el niño.

—Hay dos policías, los mismos que estuvieron haciéndonos preguntas —informó la abuela mirando a su hija que lo observaba todo sujeta al marco de la puerta—. Están en el mismo lugar donde alguien atropelló a Jack. Me pregunto si a los próximos que quiera llevarse no será a nuestros nietos.

Belén, anclada en la puerta. permaneció largo tiempo notando la mirada de su madre, tras unos instantes salió de allí con el firme convencimiento de que solo contando la verdad podría proteger su presente.

Belén notaba el corazón a punto de salirse del pecho, sus piernas caminaban veloces a punto de correr. No había tiempo que perder. La mujer que le abrió la puerta no era su amiga, una vez lo fue, pero sus ojos inyectados en rabia no eran los de Lorena.

—Tenemos que hablar —dijo Belén apartándola para entrar—. Sabes que siempre respeté tu opinión, pero ahora las cosas son diferentes. Tenemos que contar lo que ocurrió aquel treinta y uno de octubre.

Lorena, de pie con el cuerpo rígido, no contestó.

—Alguien ha entrado en casa de mis padres, el suelo está lleno de cruces de mimbre, las mismas que se encontraron junto a Esther.

—Antes siquiera de saber que mi hija estaba muerta te lo dije, nadie está seguro, las puertas deben cerrarse —contestó impasible.

—Pues es hora de cerrar una puerta que lleva mucho tiempo abierta.

—¿Para qué? Esther ya está muerta, ya nada importa. —Se dirigió hacia la entrada, pero una mano la sujetó con fuerza.

—Mis hijos todavía viven, Lorena. Solo pueden salvarse si decimos la verdad.

Lorena sin decir una palabra se puso el abrigo y salió a la calle. El viento arreciaba con fuerza, un viento de hacía ya mucho tiempo.

Patricia se fijó primero en una de las mujeres. Las manos le temblaban sobre las rodillas; luego en la otra, cual estatua de hielo permanecía fría y silenciosa, solo los dedos de sus manos chocaban aleatoriamente contra el tablero componiendo una melodía. El odio la había consumido poco a poco, la máscara con la que murió la niña ahora era la imagen de su madre.

—Mi hijo ha encontrado esto. —Belén todavía temblando sacó del bolsillo una bolsa de plástico con cruces en el interior y la dejó encima de la mesa—.¡Cruces de mimbre! Las mismas que había en el cuerpo

de Esther. Algún loco las ha dejado dentro de mi casa.

—¿Han escuchado algo o han visto algo fuera de lo común? —interrogó Patricia con la bolsa en sus manos.

—No, es decir, no lo sé —rectificó Belén sin dejar de mover los brazos—. Estábamos dentro, pero la puerta nunca se cierra. Yo volví de natación con Victoria sobre las seis y no había nada. El último en llegar fue Pau que se encontró con esas malditas cruces en el suelo de mi casa. Se trata de una señal, ¿no es cierto? Alguien quiere hacerle daño a mi hijo, la bruja quiere a Pau y quizás también a Christian por estar en la cueva aquel día.

—¡Poli! —llamó Patricia. Este apareció al instante con gesto sumiso. Patricia le había amonestado por haberse ido sin consultarle, sin malas palabras, sin un mal tono, pero era una amonestación en toda regla—. ¿Puedes encargarte de llamar a los padres de Christian? Que comprueben si en su casa también han aparecido cruces de mimbre —salió de la estancia sin rechistar.

Patricia escrutaba con curiosidad a Lorena, preguntándose a qué se debía su presencia en comisaría. Esta, ajena a la situación, seguía presionando las yemas contra la madera de la mesa, en silencio. Poli llegó momentos después asintiendo.

—Lo mismo, varias cruces de mimbre en la puerta de la floristería.

Lorena dejó las manos flotando y aporreó las yemas contra la mesa finalizando la melodía y empezando en el acto una nueva.

—¿Y qué iba a decir si él mismo las puso? No iba a delatarse. Apuesto que si se las piden no podrá mostrarles nada. Cuando se dediquen a investigarlo de una vez por todas verán que lo que digo es cierto. ¡Él es el responsable de todo esto!

—Están en peligro —chilló Belén ignorando a Lorena—. Primero Esther y ahora Pau y Christian. Esas malditas cruces tienen que significar algo ¿Por qué ellos? ¿Por qué dejan esas cruces?

—¿No lo ves? No tienen ni idea —apuntó Lorena con escepticismo.

— ¡Y Jack! —introdujo Belén nerviosa esperando oír la verdad—. También han encontrado lo mismo, ¿no es cierto? Por eso lo están investigando, el asesino también ha dejado cruces.

—El caso de Jack es diferente —negó Patricia—. En la escena no se ha encontrado ninguna cruz, pensábamos que tenía relación, pero puede que estemos equivocados.

—Dios mío, mi hijo está en peligro, tienen que hacer algo, tienen que protegerlos. Necesito que descubran cuanto antes a la bruja, hasta ese momento ni yo ni la familia de Christian podremos dormir tranquilos. Si ha matado a Esther puede hacer lo mismo con mi hijo. Esto es una pesadilla. Una noche de terror que empezó hace ya treinta años con nosotras. —Sus palabras fueron acompañadas de una mirada

tan penetrante como oscura hacia Lorena—. Por favor, Lorena.

El repiqueteo cesó al instante, las manos de Lorena se juntaron por debajo de la barbilla. Había llegado el momento.

—Se lo advertí, cuando hablé con ustedes, ya se lo dije. Dejen de hurgar en el pasado y céntrense en el presente. La bruja no se llevó a Estefanía, no pudo hacerlo, porque cuando la encontró ya estaba muerta. —Ni el más ligero sonido se oyó en la sala atentos al relato de la mujer—. Quiero que sepan que si hago esto es porque Belén me lo ha pedido. No sé cómo, pero si puede salvar a su hijo valdrá la pena, por Christian no. Estoy segura de que fue él quién mató a mi hija y solo espero el momento en que abran los ojos.

—Yo también fui culpable —confesó Belén con lágrimas en los ojos.

—Antes de las historias fuimos a la cueva. —La boca de Lorena simplemente emitía sonidos, sin expresar el más mínimo atisbo de expresión—. Estefanía era un ser abominable, pero en el fondo también sentíamos curiosidad por las historias que quería contar. Nadie apareció por allí, la encontramos sola en lo alto de la cueva como si de un predicador se tratara. Nos dijo que esa noche alguien debía morir para salvarnos, como su padre hizo con ella el año anterior cuando cumplió nueve años. Si no encontrábamos a alguien que la bruja se llevase a cambio de nuestra vida, una de nosotras moriría, nuestras familias estaban malditas como la suya, dijo. Sus gritos empezaron a volverse histéricos, era un sonido infernal que se clavaba en los tímpanos. Dijo que nos ayudaría, que tenía alguien para hacer el sacrificio. Yo solo quería que callase. Subí a lo alto de la cueva para hacerla callar, pero sus carcajadas no cesaban… solo fue un empujón…

Patricia, tras respirar profundamente, preguntó:

—¿Por qué pusieron las cruces entonces?

—Nosotras no fuimos. Fue la bruja que aceptaba la ofrenda —contestó Lorena inexpresiva—. Supongo que tendré que buscarme un abogado.

—El crimen solo quedará en su conciencia. Ha prescrito y no podemos hacer nada.

—Yo maté a una niña, y una bruja me ha arrebatado a la mía, puede estar segura de que siempre estará en mi conciencia. —Sin añadir nada más, desapareció de allí.

—¿Y mi hijo?¿Y el hijo de Irene?¿Qué van a hacer con ellos? Espero que dediquen todos los recursos que tengan a protegerles, si alguien les hace daño...

—Váyanse a casa y por el momento hasta que esté todo solucionado será mejor que ni Pau ni Christian salgan. Poli, necesito pedirte un favor, es excesivo, pero necesito turnos de veinticuatro

horas, vigilancia constante.

—Puedes contar conmigo para lo que sea.

La mujer visiblemente aliviada se fue hacia su hogar dispuesta a cerrar las puertas abiertas tras ella. Patricia pensativa no dejaba de mirar la última carpeta que había estado revisando, la que transcribió Jessica tras su encuentro con la doctora Ros. Una vida por otra vida. Quizás estaban mirando el número nueve de la forma equivocada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Poli notando su turbación.

—Estoy pensando… es solo una idea, pero vale la pena comprobarla. —Marcó el teléfono de Gonzalo quien respondió al instante—: Necesito que me hagas un favor, preciso que busques a una persona que murió hace años y me confirmes el año y las causas de la muerte. Si es como yo creo, murió el día treinta y uno de octubre y todavía estarán buscando al culpable.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no sé el nombre, pero pronto lo sabré. Te envío todos los datos lo más pronto que pueda.

—Patricia, ¿podríamos…? —Patricia colgó sin darle la oportunidad a terminar la pregunta.

—Creo que tengo a la bruja —indicó Patricia a Poli sin dejar de mirar la carpeta—. Pero necesito algo más para hacerla salir de su escondite.

—¿Cómo?¿Ya sabes quién es?

—La historia de Estefanía y las cruces en casa de Pau y de Christian me lo acaban de confirmar, aunque me temo que uno de los dos miente y no había nada en su puerta. Eso sí, te necesito de vigilancia a tiempo completo, puede volver a intentarlo.

—Descuida, aunque no sé cómo lo haré para tener a los dos chicos custodiados a la vez.

—No, no son ellos a los que debes vigilar.

Poli le dedicó la misma mirada de curiosidad, Patricia con gesto firme solo asintió, tenía mucho que contarle.

16

Estefanía 1990

Noto la humedad de la sangre atravesando mi cabeza. Sé que voy a morir, mi cuello no responde pero mis ojos pueden ver el rastro carmesí que va abandonando mi cuerpo. Los que iban a morir no vinieron a los cuentos, otras vinieron en su lugar y una de ellas me mató. A lo lejos consigo ver entre tinieblas a alguien que se aproxima. Pienso con la lucidez que da la muerte un momento antes de fallecer. Mi sacrificio no será en vano, pasaré el secreto a alguien más. A alguien que se acerca…

Lo encontró en la verja del colegio que daba a la calle, lo más alejado posible de los compañeros, lo más alejado posible de todos. Hecho un ovillo se abrazaba las piernas contra sí.

—Hola Julen —dijo con su voz de niña dulce. Muchas veces la fingía para conseguir su objetivo, pero en esa ocasión le salió sin más.

Este levantó los ojos un momento y volvió a su caparazón. Había estado llorando. La niña sin pedir permiso se sentó a su lado y como él, se abrazó las piernas.

—Seguro que se pondrá bien —dijo con el convencimiento infantil que da la edad—. Mi madre me ha dicho que pronto lo subirán a planta, y no sé lo que es pero sonaba a algo bueno. Esta tarde podemos ir a verle, ¿eso te animaría?

Julen asintió, aunque solo fuera a través de un cristal le animaría saber que Jack no dormía.

Solo dos números pudieron leerse a contraluz debajo de la capa de pintura, los dos últimos. Con eso y el modelo del coche podían

empezar a trabajar. Albert se acomodó en su silla dispuesto a averiguar quién era el propietario de aquel coche blanco que intentó, si no lo había conseguido ya, matar a Jack. Solían hacer búsquedas de matrículas y podían acceder directamente desde la oficina a cualquier información de la Dirección General de Tráfico. La gente no sabía que cualquier ciudadano con una causa justificada podía pedir esta información en la Jefatura de Tráfico solicitando un certificado de datos. La cabeza de Jessi detrás de él esperaba conteniendo el aliento.

Albert introdujo la información y le aparecieron en la pantalla dos coincidencias. Una de un coche registrado en otra provincia, y otra más interesante que no tardarían en averiguar.

Irene envió a Christian a hacer un recado para la tienda y aprovechó para coger la cruz de su estantería. Su hijo la había cambiado de lugar, pero no le fue difícil encontrarla de nuevo. Ahora descansaba en una bolsa guardada a buen recaudo en la caja fuerte de la floristería, junto a otras que ella mismo hizo exactamente iguales. Volvió a abrir la caja para asegurarse que seguía allí y, sosegada al comprobar que así era, la volvió a cerrar. La llamada de aquel policía le pilló con la guardia baja pero pudo reaccionar a tiempo, si en casa de Pau había cruces, era lógico pensar que en la de Christian también las hubiera, de lo contrario podían llegar a pensar que su hijo era culpable. No se atrevió a preguntarle, en el fondo sabía que aquella cruz era una de las que envolvían el cuerpo de Esther, pero no quería oírlo en boca de su hijo por temor a lo que podría contar después.

Pasaron el centro cultural de Moraira y torcieron a la derecha buscando un sitio en la zona del polideportivo. La casa no quedaba lejos. Les abrió una mujer con un escandaloso batín color pistacho a la que habían sorprendido haciéndose la permanente; algunos rulos seguían enredados en su cabello.

—Buenos días, somos Jessica Martí y Albert Escuder, policías. Estamos buscando a Marisa Faus, propietaria de un Seat León blanco del año 2010.

—¿Propietaria dicen? Ojalá pudiera decir que soy la propietaria, ¿qué ha pasado esta vez?

—¿No es usted la dueña? —preguntó Jess extrañada.

—A efectos del banco sí, al resto de efectos no.

—¿Podríamos ver el coche?

—Está en el garaje. Esperen, les abro por dentro.

La mujer se ajustó la cinta del batín a una cintura que se perdía en la cadera y cerró la puerta tras de sí. Albert y Jessi recorrieron los metros que separaban la puerta del garaje de la vivienda y esperaron allí. El sonido del motor empezó a chirriar y la maquinaria se puso en marcha para subir la pesada puerta de metal, que se atascó justo antes de llegar al final, y volvió a funcionar tras un golpe de la dueña de la casa. Allí estaba el coche. Muy lejos de ser lo que andaban buscando.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Se ha saltado un stop? ¿La música demasiado alta? Dios, espero que nada grave —dijo dándose cuenta de que las multas siempre llegaban vía carta y nunca se había presentado la policía en su casa.

Albert y Jessi, recomponiéndose de lo que tenían enfrente, negaron con la cabeza, era imposible que fuera el mismo.

—¿Quién conduce ahora su coche? —preguntó Albert intuyendo el nombre de la autora de dicho esperpento.

—Un año hace ya desde que mi Vane me lo convirtió en esto que tienen ahí delante. No le falta detalle. —La mujer señaló el techo del que sobresalían dos salientes metálicos—. Voy a darle una capa de pintura, solo para que reluzca, me dijo, y miren cómo acabó. —La mujer volvió a apuntar hacia el vehículo pero esta vez señalando el capó que había pintado de amarillo chillón a juego con pegatinas negras que formaban el nombre de la chica.

—¿Tiene las facturas del… trabajo? —preguntó Albert, solo por asegurarse Aunque estaba seguro de que no podía tratarse del mismo coche, sabía que era imposible realizar ese trabajo en un solo día. Además la pintura del capó ya empezaba a desprenderse por el paso del tiempo.

—Más le vale que no, me dijo que se lo harían gratis, que los chicos del taller eran amigos. Aunque justo hace un año que me pidió dinero para la matrícula en la academia de peluquería. ¿Fue antes del coche o después? —se preguntó mirando a Jessi fijamente.

—Cuando averigüe si hay facturas —dijo Jessi sabiendo que la pregunta no quería de una respuesta—. Envíenoslas a esta dirección. —Le dio una tarjeta con sus datos.

—Desde luego.

La mujer volvió a golpear el motor para perderse dentro del garaje, y se quitó uno a uno los rizos. Su mente ya había olvidado preguntar qué hacían aquellos dos agentes de, leyó la tarjeta, de Jávea en su casa. Ahora lo más importante era llegar cuanto antes a la academia de peluquería para verificar que Vanessa estaba en clase y no había malgastado su dinero en aquella monstruosidad.

Lo que le habían hecho a Jack era muy malo, pero estaba sirviendo para que Julen y ella volvieran a ser amigos. Su madre y ella, montadas en la furgoneta del abuelo, pasaron a recoger a Julen y a Irene. Esta última subió al coche orgullosa con una caja de pasteles de moniato. ¿Pasteles de moniato? ¿En serio? Victoria estuvo a punto de decirle que Jack odiaría aquel regalo, pero no lo hizo, había aprendido que tal vez la madre de Julen, igual que su hijo, no querría escuchar todas las verdades.

—La furgoneta… —dijo Irene con nostalgia.

La gran furgoneta del padre de Belén era el transporte preferido de todos los niños del pueblo. Hasta que se empezó a ver el peligro que suponía y cambiaron las normas de tráfico, en los veranos de los noventa más de diez niños se juntaban unos encima de otros en los asientos traseros para ir a disfrutar del sol en las maravillosas calas del pueblo.

—La he intentado limpiar por encima, pero el barro y las hojas secas viven desde que éramos pequeñas en este lugar. Luego tendremos que sacudirnos los zapatos antes de entrar al hospital.

El semblante de Irene cambió al recordar por qué estaban allí.

—Toma Julen, me han salido cromos repetidos de Yoko, igual no los tienes.

Julen los cogió como un gran trofeo, le quedaban pocos para completar la colección; y ahora con esos, muchos menos. Victoria sonrió, se había gastado la paga de sus tres últimos cumpleaños en todos los sobres del estanco.

En el trayecto al hospital “Marina Salud”, Julen le había contado todos los capítulos de aquella serie, que pese a que a Victoria le seguía pareciendo demasiado infantil, escuchó con atención. Cuando llegaron, como su madre había dicho, tuvieron que quitarse la tierra

del calzado y de la ropa. La furgoneta del abuelo no solo olía a campo sino que estaba lleno de él.

Los niños avanzaron temerosos tras sus madres. Se acercaron al mostrador. La última vez que Belén habló con el padre de Jack lo habían subido a planta, desde entonces no respondía al teléfono.

—Buenos días, venimos a visitar a Jack Adkins, ¿nos podría decir el número de la habitación?

—¿Jack Adkins? Déjenme mirar.

—Disculpen, ¿son familiares de Jack? —preguntó una joven médico no muy alta con el pelo en un moderno peinado estilo pixie.

—Sí, es decir, nuestros hijos son muy amigos. Venimos a visitarlo.

La mujer las miró con pesar, Belén, entendiendo la situación, envió a los niños a recoger unos dulces que tenía en la guantera. Estos salieron corriendo esperando compartir el botín.

—Lo lamento, no pudimos hacer nada, murió anoche.

Se quedaron allí plantadas, la doctora tras unas palabras de consuelo salió a atender otra urgencia. Cuando los niños aparecieron triunfantes con los dulces, las mujeres se miraron sin saber cómo podía decirse a unos niños que no volverían a ver a su amigo nunca más.

Patricia daba vueltas al resultado del análisis de ADN. Momentos antes de que Jessi saltara con la noticia del atropello de Jack, le llegó a su correo. El pelo que se encontró en el cuerpo de Esther era de Christian. Algo le decía que tenía que esperar un poco más, las piezas se estaban dando conforme creía. La llamada de Gonzalo la sobresaltó.

—Lo tengo Patricia, créeme si te digo que ha sido de los trabajos más duros que he hecho. En verdad no estaban casados, por eso no lo encontraba en ningún registro, pero al final he llegado hasta él. De las dos hipótesis una no te la puedo confirmar y la otra estabas equivocada.

—¿Cuándo murió? —interrogó Patricia.

—Esa es la que no te puedo confirmar, lo encontraron tiempo después y no pudieron determinar la fecha exacta, llevaba semanas muerto. Pero sería a finales de octubre, puede que tengas razón o puede que no. Y la otra… se mató, encontraron una nota de su puño y

letra junto al cadáver. Te lo envío todo. Verás que el informe es bastante completo, se encontraba en una casa alejada. Totalmente solo en la montaña. No encontraron ningún indicio que llevase a pensar que pudiese tratarse de un asesinato.

—¿Cómo se suicidó?

—Déjame leer, envenenado… A ver, se tomó setas venenosas. La… —Gonzalo hizo una pausa—. Aquí está, ama...ni...ta phalloides. No puede ser, esa es la misma...

—Exacto, la misma.

Colgó con el corazón desbocado en el pecho, solo faltaba la llamada de Poli para hacer salir a la bruja.

Aurora torturó a su hija con la mirada, llevaba días con aquel mal presentimiento. Intentaba encerrarla con llave, pero siempre conseguía salir. No fueron las brujas las que la visitaron la última noche en sueños, sino el hombre que plantado junto a Águeda estaba en su salón. Esta vez no era una bruja quien quería robarle a su hija, y pensaba evitarlo a toda costa. Para ello necesitaba hacer su mejor papel. Frunció el ceño dispuesta a hacer la representación de su vida.

—Tú quieres que yo me vaya a la tumba antes de lo que me toca, ¿verdad? ¿Cómo vas a irte a vivir con un hombre sin ni siquiera estar casada? ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea? ¿Quieres que nos señalen con el dedo? ¿Que todos hablen de nosotras? ¿No te parece suficiente el tormento que nos ocasionó lo que le ocurrió a tu hermana? —lanzó con la mano en el pecho.

—Quiero que sepa que mis intenciones con Águeda son honradas. Tan pronto como usted nos dé su permiso nos casaremos por la iglesia. Hoy mismo si hace falta.

Su madre sin dignarse a mirarlo siguió como si su hija fuera la única junto a ella que estuviera en aquella oscura habitación.

—Es eso lo que quieres, ¿verdad? Matarme de un disgusto. ¡Con todo lo que yo he hecho por ti! Toda mi vida entregada a ti, y así me lo pagas. Deshonrando a tu familia.

Águeda notaba los dedos de Enrique fuertemente en los de ella, si dejaba de apretarlos…

—Si el párroco nos lo permite nos casaremos esta misma tarde. Es

el hermano de don Agustín, el anterior carnicero, y nos ha prometido hacernos un hueco en cuanto se lo pidamos.

—Mamá, yo vendré todos los días a verte, te lo prometo. Y hay una mujer, Amparo, que también puede venir a ayudarte, puede cocinar para ti, lo hace muy bien. Nosotros correremos con los gastos.

—¿Nosotros?

—Enrique y yo.

—Veo que tu madre ha quedado fuera.

—No, mamá.

—Vete y deja a tu desgraciada madre sola con su dolor. —La mujer ladeando la cabeza hacia un lado, empezó a sollozar.

Enrique apretó la mano de Águeda con más fuerza. Había llegado el momento en que tenía que decidir si permanecía en las sombras hasta que la engulleran para siempre o salía a la luz. Para Águeda el mundo se paró en aquel instante, la decisión que estaba a punto de tomar cambiaría su vida para siempre. En verdad la había tomado hacía mucho tiempo, desde el momento en que aquel joven extraño la llamó por su nombre y no como la hermana de la niña muerta. Presionó su mano con fuerza uniendo su destino al de él. Dejó las llaves en la cómoda y sin mirar atrás salió de las sombras para siempre.

Se rodeó las piernas con los brazos y empezó a mecerse, ni las caricias ni las palabras de su madre podían consolarlo, y aquello lo asustaba. Mamá siempre podía hacerlo sentir mejor, pero no en aquella ocasión, no ahora que Jack no estaba. No había rosas en el hospital ni ninguna otra flor, pero pronto llegarían. Jack estaba muerto, la bruja lo había cogido. Con las yemas de los dedos se limpió las lágrimas que caían sobre su mejilla. Le había fallado, ni él ni Victoria pudieron dar caza a la bruja. Notó unos pasos detrás de él, no sonaban a mamá, eran diferentes, unos pasos que hacía tiempo que no escuchaba cerca de él.

—Hola renacuajo. —Julen miró a su hermano a través de las lágrimas. Hacía años que su hermano no lo llamaba de aquel modo.

Christian se sentó a su lado y le acarició el pelo. Sintió una pena honda y profunda al verlo así, sin poder contenerse le limpió las lágrimas con sus manos. Julen con los ojos hinchados empezó a hipar

entrecortadamente.

—Lo siento muchísimo. —Llevado por un impulso fraternal lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí. Julen se dejó abrazar y se permitió perderse entre su pecho. Christian empezó a notar cómo las lágrimas impregnaban su jersey, pero permaneció inmóvil sirviéndole de consuelo.

—Christian, yo también lo siento. —El llanto empezó de nuevo—. Aquella vez no tuve que… yo no tuve...que chivarme a papá.

—No te preocupes, ahora ya es pasado. —Lo apartó de su pecho y le limpió con las mangas las lágrimas que seguían cayendo—. Yo soy el que tiene que pedirte perdón.

—Fue culpa mía que papá te pegase de aquella forma.

—Yo me lo busqué —dijo negando con la cabeza—. Nunca tuve que intentar contarte aquella historia. Eres… eras demasiado pequeño.

—Pero tenías razón, las brujas existen, se llevaron a Esther y ahora también a Jack —empezó a gimotear sin control.

—Julen, escúchame. —Lo cogió con fuerza de los brazos y mantuvo la mirada en él—. Las brujas no existen, pero sí las malas personas, y son esas las que quieren hacer daño. Pero no debes tener miedo, yo siempre estaré a tu lado y te protegeré.

Este asintió entre sollozos, estaba cansado de todo aquello.

—¿Te apetece una partida a la consola con tu hermano mayor? — Se levantó del frío suelo y le tendió la mano, Julen la sujetó con fuerza con intención de no soltarla nunca más.

Volvieron a comisaría soplando, solo les quedaba otra posibilidad. El coche matriculado en otra provincia. Leyó el nombre del propietario frunciendo el ceño, miró a su compañera y como imaginaba tenía la misma expresión. Aquel nombre no tenía ninguna relación con lo que andaban buscando.

—Pol Aterés, ¿quién diablos es Pol Atarés? —gritó Jessi alisando con sus dedos las arrugas que había formado en su frente.

—Natural de Benasque —dijo Albert leyendo lo que pudo encontrar —. No entiendo nada. El coche se dio de baja en el 2015 y desde entonces nada, ni recibos de circulación, ni ITV… ¿Lo tendría parado esperando este momento?

—No, mira, no pudo hacerlo. Es imposible. —Esta, pasando el brazo por encima de Albert, señaló a lo que se refería.

—Está muerto —dijo Albert sin comprender. Aquel caso se enmarañaba cada vez más.

—Prueba a buscar quién pagó el último recibo del seguro o de circulación… —apremió Jessi zarandeando el otro hombro de Albert. Este sin quejarse por la acción de su compañera bajó el ratón hasta la información que le pedía.

—El muerto —dijo este disgustado señalando la pantalla. Parecía que todo eso los llevaba a un callejón sin salida.

—¿Puede que lo hayan robado? Mira si está en el listado de coches robados.

Los dedos volaban por encima del teclado.

—No, no aparece ninguna denuncia de robo.

—¿Seguro que está muerto?

Albert tecleó con rapidez.

—No puede ser, no solo está muerto, sino que mira cómo murió.

El mimbre estaba seco, las largas tiras de mimbre iban a cobrar forma en sus manos. Aquella textura áspera le recordaba a su niñez. En casa todo era mimbre, las sillas, las sandalias, los cestos… Empezó a trenzarlo, no tenía que pensar en el siguiente movimiento, sus dedos tejían con la destreza que le daban los años. Su primer recuerdo nítido era ayudando a su madre tejiendo el mimbre, la veía confeccionándole unas espardeñas de hortelano para su padre. Ella era mimbre, ante la desgracia siempre se doblaba antes que partirse. El abuelo se sentó a su lado y la observó en silencio, cogió varias tiras y empezó a trenzarlas junto a su mujer.

Patricia salió del despacho y los encontró delante del ordenador. Albert sentado en la silla y Jessi detrás de él a punto de dislocarle un hombro. Este exultante se levantó del asiento.

—Patricia, no te lo vas a creer, el propietario del coche que intentó matar a Jack está muerto. Se llama Pol Atarés y murió del mismo modo que Esther.

—No podía ser de otro modo, tenía que morir de la misma forma, el mismo día, pero cinco años atrás, aunque esta vez no fue en la Cueva de las Brujas.

—Pero hay algo más, hemos encontrado la relación. Tenemos a la bruja.

—Lo sé, yo también he dado con ella. El pasado y el presente nos han traído al mismo punto. Es hora de dar caza a la bruja.

Sabía perfectamente dónde tenía su guarida, solo les faltaba obligarla a salir, pero antes tenían que buscar en otra casa de la aldea.

Durante el trayecto las mismas preguntas se repetían una y otra vez.

—Patricia, ¿estás segura de que no es mejor actuar inmediatamente? —preguntó Jessi por tercera vez.

—Estaos tranquilos, no volverá a matar, no tiene ningún motivo para hacerlo, tenemos tiempo. Pero hay alguien muy cerca que nos vigila. Debemos seguir las reglas del juego.

Sin tiempo que perder, dejaron el coche policial con los intermitentes puestos justo enfrente de la floristería. Después de mandar a Julen a su cuarto se reunieron todos en el comedor familiar.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Iñaki en tono airado apoyando sus manos en los hombres de su hijo mayor, que sentado junto a su madre evitaba la mirada de los policías.

—Ha aparecido cuero cabelludo de Christian en el cuerpo de la chica.

Irene sin decir una palabra, cerraba los ojos esperando la confesión que llevaba tanto tiempo esperando.

—Mi hijo ya confeso que esa noche estuvo con ella… —empezó a decir Iñaki.

—El cabello estaba adherido a la bilis que salió de la boca de la

chica una vez estaba muerta —informó Patricia.

Albert y Jessi sin decir nada, aguardaban con los brazos en cruz apoyados en una de las paredes laterales, la revelación del chico.

Christian cerró los ojos y respiró con fuerza.

—Una vez se pasaron los efectos volví a por ella, pero ya no estaba. En su lugar había un cuerpo, pero ya no era Esther. Estuve más horas de las que recuerdo con visiones demasiado reales. Hasta llegué a convencerme de que lo que vi no era más que fruto de mi imaginación.

—¿Por qué no lo dijiste? —espetó su madre con la angustia en el cuerpo y las manos en la frente.

—Por esto mismo. —El chico señaló a Patricia y a los otros dos policías que no habían cambiado ni un ápice su posición—. Sabía que pensarían que yo fui el culpable, que yo la maté.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Irene apretando la muñeca con fuerza.

Patricia miró a sus compañeros, era hora de hacer salir a la bruja.

Amparo miró satisfecha cómo su traje desempolvado días antes empezaba una nueva vida, esperaba que le diera tanta felicidad como a ella. No podía decirse que fuera moderno. Era de raso, muy sencillo, solo las mangas abullonadas le conferían algo fuera de lo común. Águeda nerviosa no dejaba de mirarlo

—No sé cómo agradecérselo —dijo la chica con los sentimientos a flor de piel.

—De agradecérmelo nada, lo único que te pido es que seas tan feliz como yo lo fui. Te lo mereces chiquilla. Y ahora déjame ver que podemos hacer con ese pelo.

Tocó el pelo lacio de la chica, la poca mata que tenía no era algo con lo que trabajar. Después de varios intentos, se quedó satisfecha con dos trenzas de espiga sujetas a lo alto de su cabeza. La maquilló con tonos pastel, y como toque final, le puso la diadema que también llevó ella el día de su boda.

—Estás radiante chiquilla, mírate.

Águeda no pudo sino sonreír.

—Y ahora será mejor que nos demos prisa, es bueno dejar esperar

al novio, pero no mucho. —Le guiñó un ojo, se encasquetó la pamela que solo había podido llevar para la boda de una de sus hijas, y juntas se fueron hacia la iglesia.

Águeda notaba su corazón palpitando con fuerza, como un caballo desbocado, a punto de salirse del pecho. Nada más atravesar la puerta sus ojos se encontraron con los de Enrique que la miraba con veneración. No había música, solo un ramo de flores en sus manos. No hacía falta más, la música iba a sonar pronto en su cabeza. Llegó flotando al altar y tomó la mano del que pronto se convertiría en su marido. El cura empezó su sermón, no oía ni una palabra, solo escuchaba el sonido de su corazón esperando el momento de la pregunta que necesitaba responder. La pregunta se formuló, pero no pudo completarse. En ese instante un sonido se escuchó y todos se giraron a mirar la silueta que a contraluz aparecía en la puerta.

No llamaron a la puerta, sabían que la encontrarían abierta. El abuelo tumbado en la butaca cerraba los ojos intentando recordar algo que empezaba a escaparse. La abuela a su lado tejía el último jersey. Con habilidad pasmosa los dedos subían y bajaban a un ritmo constante entrecruzando la lana del ovillo que Belén sujetaba con fuerza. La presencia de aquellos extraños que habían empezado a volverse familiares fue acogida con total normalidad. Ninguno varió lo más mínimo su actividad, solo el abuelo empezó a despegar los ojos cuando oyó el sonido de las sillas arrastradas por el suelo.

—¿Quién?¿Quiénes son ustedes? —preguntó al ver sentados en su salón a aquellos tres desconocidos, pero poco a poco su memoria pudo llevarlo a las imágenes de los días anteriores.

—¿Están los niños? —preguntó Patricia mirando de reojo la escalera.

—No —negó la abuela moviendo la cabeza de un lado a otro con calma—. Los niños no están.

—¿No están? Pensé que estaban arriba —contestó Belén azorada—. Mamá, hasta que encuentren al culpable tienen que quedarse en casa, os lo dejé bien claro.

Patricia enseñó una hoja de registro a la anciana quien dio su visto bueno y tanto Albert como Jessica se perdieron en el interior.

—¿Qué hacen? ¿Dónde van?

—Tus hijos no corren peligro —contestó la mujer cubriendo la mano de su hija con sus arrugados dedos—. Ya no habrá más cruces.

—Fue usted quien ponía las cruces en los cuerpos, ¿verdad? —indicó Patricia en un susurro.

La mujer con una gran paz asintió. Llevaba mucho tiempo esperando aquel momento.

—¿Las cruces?¿Se puede saber de qué hablan? ¿Qué tiene que ver mi madre con todo eso? —preguntó Belén confusa dejando escapar el ovillo de lana de las manos, que empezó a rodar por el suelo.

—Está todo bien, yo las hice, los niños descansan en paz. Estefanía, Esther, hasta Jack tendrá sus cruces, para que lo protejan en el más allá.

El anciano la miró consternado, envejeciendo diez años de repente.

—Si no les importa, preferiría que mi marido no estuviese delante, no tiene por qué saber nada de esto —suplicó la mujer mirando a la policía.

—Lo que pasa en mi familia, me pasa a mí, Teresa —sentenció el anciano sin intención de moverse.

—Mamá, no entiendo nada —dijo Belén con lágrimas en los ojos—. ¿Tú pusiste aquellas cruces? ¿No fue la bruja?

La mujer asintió con total tranquilidad, la obra estaba acabada. La bruja no volvería a matar. Antonio escaparía en breve a un mundo de sombras del que no podría recuperarlo y podía asumir la pena sabiendo que había hecho todo lo posible por salvar a aquellos niños. Al menos en la muerte.

—En mi familia —dijo cogiendo el colgante con la cruz de Cristo que llevaba sujeto en el pecho—. Siempre hemos creído en la vida eterna, estoy segura de que Estefanía y Esther estarán protegidas, solo espero que también acoja a Jack en su seno —imploró apretando la cruz.

—Usted no sabía que Jack iba a morir, por eso no le dio tiempo a ponerle las cruces —expresó Patricia.

La mujer sin decir nada siguió con la vista el cordel rojo de lana que acababa en el ovillo, que desapareció por debajo de la butaca de Antonio.

—Tampoco lo supo con Estefanía, las cruces se pusieron mucho después de que la matasen. Irene lo ha confirmado. En el caso de Esther, lo esperaba, por eso fue más rápida, pero lo hizo con la niña ya muerta. Por eso mismo, usted no puede ser la bruja.

Patricia se giró observando el rostro de la bruja que miraba con ojos inquebrantables.

—Jack ha sobrevivido, nos lo ha contado todo. Tuvimos la

precaución de hacerle creer que había muerto, temíamos que intentara acabar con su vida en el hospital. La noche que murió Esther, Jack vio a la bruja en esta casa, y no como una aparición, sino como alguien de carne y hueso. Nos ha contado que oyó un ruido a altas horas de la madrugada, miró por la ventana del cuarto donde dormían y la vio a usted quitándose el traje de la bruja y arrojando unas extrañas setas por el desagüe del corral. Hemos conseguido dar con el coche con el que intentaron matar a Jack, aunque se ha intentado ocultar la matrícula no ha sido posible. El coche pertenece a Pol Atarés, el padre de sus hijos.

—¡Fue un conductor borracho! —empezó a gritar Belén—. Todos en el pueblo lo han dicho.

—No, usted disfrazada intentó matar a Jack. Como ya lo hizo con su marido cinco años atrás, el mismo año que su hijo Pau cumplía los nueve años. Estábamos viendo el número nueve desde la perspectiva equivocada, no era la edad que debían tener los niños al morir, sino los que debían salvarse.

—Mi marido se suicidó —dijo Belén con gran fiereza—. Ustedes no saben nada.

Albert y Jessi aparecieron en el salón, el primero de ellos sujetaba con los guantes puestos el mismo disfraz que Jack había descrito. Jessi por su parte tenía entre las manos los elementos con los que intentaba ocultar su rostro en el momento del atropello.

—Quedan restos en el interior del disfraz, los enviaremos a analizar, pero parecen la misma variedad de la seta que se usó para matar a Esther.

Albert pasó una bolsa a Patricia con una inyección en su interior.

—Y con esto pensaba matar a Jack en el hospital.

—Mamá, tienes que creerme. —Teresa vio cómo el atisbo de la locura empezó a cubrir los ojos de su hija como una fina tela, como pasó treinta años atrás.

—Está bien, Belén, está todo bien. —La mujer abrazó a su hija con lágrimas en los ojos—. Solo querías protegerlos.

—Mamá, la bruja nos quería a nosotros. Ella me lo contó, Estefanía me lo contó todo. Cuando Lorena la lanzó al vacío, no murió al instante, pude hablar con ella y recoger sus últimas palabras. Era yo la que corría peligro, la hija del contador de historias. Su padre murió para protegerla cuando cumplió nueve años y Estefanía me salvó a mí. Me dio la seta que llevaba en el bolsillo, la que iba a utilizar para que alguien muriera en mi nombre, pero Lorena se adelantó precipitándola al vació, y ella murió por mí. Alguien tenía que morir para proteger a mis hijos. Pau empezó a enfermar apenas cumplió los nueve años, era una señal, alguien tenía que morir por él. Pol lo entendió, como yo lo entendí en su momento. Él ya estaba enfermo, quiso hacer el sacrificio

por nuestro hijo y Pau se salvó, pero su enfermedad continuó con él. Entonces lo vi claro, de haber sido un niño hubiera sanado. Solo faltaba proteger a Victoria, una niña por otra niña. Lorena mató a Estefanía, era justo que su hija muriese por la mía.

—Belén llegó tan serena —apuntó la mujer sin dejar de soltar la mano de su hija—. Creía una por una las palabras de aquella niña que murió. Antonio estaba preparando las historias, todavía faltaba tiempo. Cogí la camioneta y fui hasta allí, Estefanía ya estaba muerta. Deshice uno de los cestos y lo llené de cruces de mimbre, al menos podía salvarla en el más allá. Lo mismo pasó con Esther, no pude dormir en toda la noche temiendo lo que iba a ocurrir. Apenas escuché ruido en la planta de abajo fui hacia allí para descubrir lo que ya me temía.

—¿Por qué no lo entienden? Tenía que morir. Victoria había cumplido nueve años, alguien tenía que hacer el sacrificio. Era una señal, Esther iba a pasar la noche en el mismo sitio. Tenía que ser ella. Mamá, tienes que entenderlo.

La mujer acarició el rostro ido de su hija. Hacía treinta años que temía todo aquello, cuando con solo nueve años le contó las palabras de Estefanía la vio tan serena y segura que la temió, pero con el paso de los años aquel pensamiento fue olvidándose hasta perderse en el tiempo. Cuando cinco años atrás buscaron refugio en su casa tampoco encontró relación, Pol hacía tiempo que estaba enfermo y era cuestión de meses. Pero aquel día vio en los ojos de su hija la misma expresión de aquella víspera de Todos los Santos. La misma creencia que le transmitió la niña, que el pueblo contaba que se llevó la bruja.

—Pero Jack, ¿por qué Jack? —preguntó su madre.

—Cuando Victoria y yo lo vimos bajar del autobús a la que miró con horror fue a mí, no a mi hija. La misma mirada que me lanzó la mañana siguiente de los cuentos. El niño temblando de miedo me pidió irse a casa. Pensé que estaría asustado por las historias, pero Victoria me contó como cambió tras la noche de los cuentos. Entonces lo entendí, el niño me vio aquella noche. Tenía que morir. Solo son sacrificios, para que vivan unos, otros tienen que morir. Mis hijos ya están a salvo, nadie más tiene que morir. Mis hijos ya están a salvo, mis hijos ya están a salvo… —empezó a repetir balanceándose en brazos de su madre.

La mujer la acompañó meciéndola como cuando era un bebé. El anciano cerró los ojos preparado para perderse en un mundo de sombras que esperaba le llevasen a algún lugar donde poder olvidar.

La sombra que se dibujaba a contraluz en la puerta era de grandes dimensiones. El sonido del bastón chocando contra el suelo era lo único que se oyó en la iglesia. Las cinco personas que había en el altar quedaron en completo silencio. Tres de ellas se giraron, el novio y los dos testigos: un anciano cuyo cuerpo no dejaba de temblar, y una mujer de rostro bondadoso; la cuarta, con la sotana de sacerdote y en una posición más elevada ya tenía la vista fija en la persona que se aproximaba; la quinta, una muchacha delgada y enjuta con nariz saliente apretaba los ojos con fuerza para no verla. Los golpes del bastón contra las baldosas negras de la iglesia fueron avanzando por el pasillo central hasta uno de los primeros bancos. La mujer acomodó su obeso cuerpo y mirando a la imagen de Santa María Magdalena en el altar se santiguó:

—Te doy mi bendición, hija. Eso sí, espero que Amparo, que supongo que será usted, sea tan buena cocinera como dices. —Señaló a la mujer que con sus mejores mudas se encontraba al lado del hombre que se llevaba a su hija.

Águeda abrió los ojos lentamente y dijo sin pensar:

—Sí quiero.

17

Su padre le ayudó a bajar del coche, Jack apenas podía apoyar las piernas, y llevaba un brazo en cabestrillo. Aunque solo eran visibles las de su cara, las magulladuras y moratones de su cuerpo tampoco habían desaparecido. Llevaba el pelo muy corto, tuvieron que raparlo para la operación, pero aquello le salvó la vida. Julen nervioso mordía el cierre de la cremallera con fricción.

—Hola Julen —dijo con aparentes signos de dolor.

Las lágrimas empezaron a correr como un río por las mejillas al ver el estado de su amigo.

—Mamá me dijo que habías muerto, Victoria también lo dijo.

—Se equivocaba, Victoria no lo sabe todo.

—Pero mírate, estás muy mal.

—¡Bah! Esto no es nada. —Intentó asomar una sonrisa pero las heridas le tiraban del rostro—. Julen, escúchame, tú sabes muchas más cosas de las que piensas. Solo tienes que proponértelo un poco más.

—¿Qué es eso que llevas ahí? —Se fijó en que unido al bolsillo de su chaqueta, Jack tenía una placa de policía—. ¿Es de verdad? —dijo abriendo mucho los ojos.

—La policía vino a hablar conmigo.

—¿Contigo? ¿Para qué? —preguntó Julen con su vocecilla infantil.

—Porque yo vi a la bruja.

—¿La viste? —Julen no pudo sino taparse la boca con ambas manos —. Estuvimos buscándola, queríamos avisarte, queríamos contarte que una bruja quería dormirte.

—Ya no debes preocuparte por nada, la bruja ya no existe. Solo quedan los buenos. Julen, yo no estaré, pero tendrás nuevos amigos que tendrán la suerte de tener un amigo como tú.

El padre de Jack apoyado contra el coche miraba impaciente la hora.

—Debo irme, papá me espera.

Jack con esfuerzo abrazó a su amigo intentando no apretar el brazo que tenía escayolado. Subió al coche y su padre le ajustó el cinturón de seguridad con cuidado para no lastimarle. Cuando estaba a punto de arrancar lanzó una última mirada a su amigo, algo muy dentro le decía que aquella sería la última vez que lo veía.

La primera el nudo quedó demasiado bajo, la segunda demasiado ladeado, no era así como se hacía. Poli pensaba que aquello sería como conducir o ir en bicicleta, cosas que una vez aprendidas nunca se olvidan, pero al parecer no sucedía lo mismo con saber anudarse la corbata, se la arrancó del cuello y la lanzó encima de la cama. Tampoco le haría falta, bien pensado, aquello era demasiado. Cierto era que lo que tenía que contarle bien merecía aquel aspecto, pero sin la corbata también lucía formidable.

Con cuidado se ajustó la chaqueta del traje, valió la pena a pesar del precio, le quedaba como un guante. Todavía debería perder algunos kilos, pero parecía otro. La visita a la barbería también fue un descubrimiento, hacía unas horas que había vuelto de ella hecho un pincel, se acarició la barba con mimo. Desde joven se caracterizó por ser un tipo tremendamente atractivo, pero con esta nueva imagen las miradas que las mujeres siempre le habían dedicado aumentarían considerablemente. Aunque él solo necesitaba la aprobación de una y no de la misma manera que esperaba de las otras. Se entretuvo en el espejo sonriendo a la imagen que reflejaba, hasta estar completamente seguro. Subido en el coche se lanzaba mensajes de ánimo que quedaban en la intimidad del interior del vehículo. Cuando sentía flaquear los ánimos, un vistazo al retrovisor le infundía de nuevo el valor para llevar a cabo lo que hacía años que esperaba ser contado. Su oponente era duro, Ernesto Salcedo eran palabras mayores, pero él sabría estar a la altura. Se perdió en una de las urbanizaciones de camino a la Granadella donde todas las calles parecían iguales. La casa de Patricia estaba por allí, de eso estaba seguro, pero no recordaba cuál era. Una de las calles le trajo algunos recuerdos, se apeó y acercándose a los buzones empezó a buscar su nombre. Varios paseantes miraron extrañados a aquel hombre que, con traje de chaqueta, sudaba a mares. El día había amanecido gris, pero una vez desaparecieron las nubes en el horizonte, el sol calentó con fuerza

dejando un día típico veraniego. Cuando sus ojos estaban casi pegados leyendo una placa de letra minúscula, fue sorprendido por un hombre alto con atuendo deportivo que corría sin moverse del sitio detrás de él.

—¿Quiere algo? Si es un vendedor ya puede irse por donde ha venido. —El hombre suspiró entre jadeos. Aquellos vendedores a domicilio eran como moscas, ni siquiera respetaban los descansos de los domingos.

—¿Vender yo? ¿Qué está diciendo? —Aquel tipo iba a saber con quién estaba hablando, se metió la mano en el pantalón dispuesto a enseñarle la placa, pero solo encontró un pañuelo. La había dejado en el coche.

—Haga el favor de irse de mi casa —contestó el hombre sin dejar de dar saltos y comprobando las pulsaciones en su reloj de pulsera. Pensaba dar varias vueltas a la manzana hasta cumplir su objetivo diario, pero no se fiaba de aquel tipo.

—De acuerdo, tranquilo. —Enseñó ambas manos en señal de paz y siguió con la búsqueda.

El hombre sin dejar de brincar no se movió de la puerta atento a sus movimientos. Aquel extraño seguía con el mismo comportamiento en la casa de al lado.

—Si no se va, voy a tener que llamar a la policía —dijo jadeando—. Le advierto que no tendré que ir muy lejos para pedir ayuda. Le aviso que la jefa de la comisaría de Jávea vive en esta misma calle, y puede tener problemas.

—Sí, ya sé que es esta calle, pero no recuerdo dónde —interpuso Poli ignorando al hombre y buscando en otros buzones—. ¿Dónde coño vive Patricia?

—¿La conoce? —preguntó el hombre extrañado.

—Claro que sí, yo soy su mano derecha en la comisaría. Mi nombre es Poli.

Ese nombre… recordaba haber oído hablar de él. Patricia nunca hablaba de trabajo pero en un barbacoa tras muchas cervezas lograron sonsacarle algo, y aquel nombre salió en la conversación. Lo miró detenidamente, ¿qué iría a hacer allí? Por las pintas parecía una cita, aunque podría asegurar que aquel no sería el tipo de Patricia, aunque el jovencito que últimamente se dejaba caer por su casa tampoco lo era. Poli al sentirse analizado explicó:

—Es por un asunto de trabajo. Necesito hablar con ella —mintió. Si era amigo de Patricia también él se enteraría en breve de la nueva relación que los unía, pero aquello era algo que Patricia tendría que decidir.

—Vive en la última casa, la blanca de la esquina. Oiga, ¿seguro que

es policía?

Bufando fue hasta al coche para enseñarle su documentación, aquello pareció contentar al hombre y se fue de nuevo corriendo como una liebre. Al cruzar la esquina casi recibe su merecido por alcahueta al salvarse por los pelos de ser arrollado por dos niños que en sendos patinetes salieron escopeteados. Niños, sintió una punzada, los hijos de Patricia, también debería ganárselos. Aquello solo aumentaba la felicidad que ya sentía. No solo Patricia sería parte de él, aquellos niños también. Muy seguro de sí mismo se fue con paso firme, la decisión estaba tomada. Nada podía salir mal.

Sentado en el restaurante observaba cómo cientos de peces plateados nadaban alrededor del inmenso acuario que rodeaba el restaurante de l'Oceanogràfic.

—Todo esto es muy interesante. —Amancio Ortiz con un gesto llamó la atención del camarero.

—Tenías razón, hay muchas irregularidades. Las que ya te conté, Patricia Salcedo arrancó la máscara de la niña en la escena del crimen antes de que llegaran los de la científica. Pero eso no es todo, he podido leer unos informes, se quitó de encima a un becario que estuvo en la oficina de una manera un tanto peculiar. Y lo más grave de todo, encima de su mesa ha tenido una muestra de ADN que inculpaba a uno de los chicos sin hacer nada al respecto. Me temo que solo es el principio. Apenas estoy buscando y las cosas empiezan a salir.

—Gracias Julia, estás siendo de gran ayuda.

—Lo que me pidas, ya lo sabes.

El camarero se acercó con la cuenta.

—Y Ernesto, ¿estaba enterado? —preguntó levantando una de sus espesas cejas.

—No he podido encontrar nada que lo comprometa, pero si lo sabía la hija lo sabía el padre.

—Yo pienso lo mismo —pagó en metálico, nada de tarjetas, nada que quedase por escrito—. Será mejor que vuelva, Ernesto regresa esta tarde y todavía no he encontrado nada de interés en su despacho. Lo tiene todo muy bien cuidado, demasiado bien cuidado.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti, pero es mejor que no nos vean juntos, al menos, no de momento.

Al salir llamó a un taxi, la Ciudad de la Justicia estaba a quinientos metros, pero el peso de su cuerpo era una gran carga para sus rodillas y se quejaban si estaba mucho tiempo de pie. Apenas se había conectado el taxímetro y ya habían llegado. La secretaria de Ernesto, como un perro guardián, vigilaba la puerta. Instantes después se levantó suspirando, era la quinta vez aquella semana que le tocaba bajar por alguna tarea sin importancia. Tarea que le encomendaba Jorge Granell bajo su mando en la cuarta planta. Amancio Ortiz se coló en el despacho y registró de nuevo, nada, ni un solo fallo, ni una sola laguna, en lo profesional era impecable, quizás tendría más suerte buscando en lo personal. Salió del edificio, evitando a la muchedumbre que se apelotonaba en el control de acceso. El paso de peatones para cruzar la Avenida del profesor López Piñero estaba a unos metros de distancia. Al acercarse al semáforo cambió a verde, era una señal, el camino se iba abriendo poco a poco ante él. Cruzó la amplia avenida y se apoyó contra el mosaico de una de las paredes del complejo de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Desde allí se podía ver el edificio, miró hacia la décima planta, solo tenía que esperar un poco más.

Albert cerró los ojos al quedar el peine sujeto a uno de sus rizos sin poder avanzar. Se dibujaron entonces las pequeñas arrugas que empezaron a salir cuando la juventud quedó atrás, mucho antes de lo que tenía que haber sido. Sus fantasmas del pasado estaban esperándole y estaba preparado para charlar con ellos. El lugar al que iba estaba lejos y la única forma de llegar era en coche.

El cementerio nuevo de Jávea estaba junto al barranco de la Hiedra. Lejos del pueblo, pero muy cerca de las faldas del Montgó. Esperaba que faltase mucho tiempo, pero cuando llegara el momento pensaba vivir su muerte un poco más arriba, en la montaña. Dejar que sus cenizas volaran libres hasta adherirse a las rocas que durante muchos siglos permanecieron fieles a las diferentes poblaciones que allí se asentaron. Había algo en aquel lugar que fascinó a muchos antes que él. El Montgó era un lugar al que siempre volver.

La vieja puerta de hierro del cementerio estaba abierta, solo encontró un destartalado Renault r5 que parecía más propio de una

época post franquista. El propietario del coche, al que le faltaba una de las palas, apareció con un manojo de llaves colgadas en la cintura.

—Cerramos en media hora. Estos pobres necesitan descansar. —Su aliento atufaba a absenta, pero sus andares eran estables. Solo se notaba una ligera cojera en el pie derecho.

—Estaré poco tiempo, necesito encontrar a una persona.

—Si está muerta está usted en el lugar oportuno,

—El problema es que no sé dónde está enterrada.

—No viene usted mucho por aquí, ¿verdad?

Albert negó con la cabeza, era la primera vez que pisaba aquel sitio.

—Pregúnteme, paso mucho tiempo con estos pobres. Que tal como está la situación yo diría que están mucho mejor que nosotros. ¡Qué país! ¡Dónde vamos a parar! —El hombre empezó a ratificar lo que decía con movimientos vehementes de cabeza.

—Estoy buscando a alguien que murió hace veinte años.

—Por poco está usted en el lugar correcto, el antiguo cementerio está cerca de la avenida Ondara. Pero cuando empezó a faltar espacio para los nuevos los mandaron aquí, el metro cuadrado en este sitio se cotiza menos en esta zona. Como le estaba diciendo, ¡qué país!

Se oyó el ruido de un motor y otro coche aparcó junto al de Albert. De él bajó un matrimonio acompañado de un niño con un ramo en la mano.

—Cerramos. —El hombre consultó su reloj de pulsera, que como todo su atuendo estaba anclado al pasado—. En veinte minutos.

La pareja asintió y entró en silencio, unos metros atrás el chico cabizbajo los seguía.

—Y usted venga conmigo. Los primeros que enterramos aquí son de esa época, están cerca de la entrada, en los pasillos de la derecha.

Albert lo siguió en silencio aturdido por la imagen de los nichos, unos encima de otros, las fotos de los muertos mirándolo fijamente, el vaivén de fechas y sobre todo, aquel olor a naturaleza muerta.

—Pues aquí están, si me dice el nombre quizás pueda ayudarle. Si no lo encontramos podemos buscar mañana, porque quedan... —Giró la muñeca para comprobar la hora—. Quince minutos para cerrar.

—La encontramos, es una chica a la que busco —dijo Albert.

—¿Sabe el nombre? —preguntó el sepulturero temiendo que aquella búsqueda implicase más tiempo del que pensó en un principio.

—Laia Escuder.

El hombre lo miró fijamente.

—Acompáñeme. —Torcieron a la derecha hasta el último pasillo y

continuaron recto hasta la mitad de aquel—. Aquí está, la chica de los ojos brillantes.

El hombre arrancó una de las flores que estaba empezando a mustiarse. Para sorpresa de Albert el búcaro estaba lleno de flores.

—Estas flores son las que más aguantan si tienen un poco de agua. Le dejo solo, si necesita algo más de tiempo puedo dárselo... La chica de ojos brillantes no es alguien que tenga muchas visitas.

Le dio las gracias en silencio y quedó solo delante del nicho, se oyeron unos pasos en el pasillo central, la pareja con el hijo habían terminado la visita.

Albert sacó la carta del bolsillo, su letra alargada hacía difícil la lectura para alguien que no fuera él, pero en sus ojos se podía leer con claridad. Carraspeó para liberar el nudo que sentía en la garganta y empezó a leer. Muy despacio, mezclando las lágrimas y las palabras, el dolor con la liberación. Cuando terminó la carta la guardó en el mismo lugar, con la manga de su jersey negro se limpió las lágrimas. Consultó el reloj, el hombre terminaría cinco minutos tarde su jornada, pero para él acababa algo mucho más largo.

El vuelo llegaría a las doce. Fue con tiempo suficiente. Patricia quería estar presente en el momento que se abrieran las compuertas. La carretera que llevaba al aeropuerto de Alicante normalmente estaba despejada, a pesar de ser el tercer aeropuerto con más tráfico aéreo del territorio, incluso por delante de ciudades como Valencia o Sevilla. Todavía faltaban dos horas y la pantalla no mostraba la compuerta donde se produciría el esperado encuentro. Ya hacía rato que apuraba un café en una de las cafeterías del aeropuerto. Estaba deseando ver a sus hijos, solo habían pasado siete días, pero saber que estaban tan lejos le hizo vivirlo como si hubiera pasado más tiempo. Intentó no agobiarlos con llamadas, sabía lo mucho que podía ofrecer Londres y quería que sus hijos tuvieran todos los sentidos puestos en disfrutar de aquella ecléctica y maravillosa ciudad. Aunque no pudo reprimir el deseo de saber de primera mano casi en directo cómo estaba resultando la experiencia, y sobre todo de las primeras impresiones de las nuevas incorporaciones a la familia. El teléfono de Jack empezaba a dar problemas y solo pudo hablar con los niños a través de Mike. En las pocas ocasiones en que hablaron, siempre estaban en medio de alguna actividad. A punto de tomar un *fish and*

chips, en el mítico *Camden Town*, en la cola para entrar al museo de Sherlock Holmes... Tras el café se entretuvo visitando las tiendas y no pudo evitar adquirir un par de libros, algunos de ellos para sus hijos. No había cedido ni un ápice, no iba a convertirse en una de esas madres que compensan a sus hijos con regalos por el sentimiento de culpabilidad que les agobiaba, pero los libros nunca estaban de más. Sin darse cuenta se hizo la hora y la pantalla iluminada informó de que el avión estaba aterrizando. Nerviosa salió con la bolsa en la mano en dirección a la puerta de salida. Empezaron a salir los primeros pasajeros con maleta de mano, en ese primer grupo saldrían sus hijos. No había hablado con Mike pero suponía que para unos días no habrían facturado maletas. Tras la salida de más de una veintena de personas se volvió a cerrar de nuevo. Lo había olvidado, por capacidad en el avión, a veces embarcaban también las maletas de mano, estarían esperando en la cinta. La puerta se volvió a abrir y de manera fluctuante empezaron a salir los ocupantes del avión, y ni rastro de sus hijos. Empezó a dudar, el vuelo llegaba de Alicante, sí, lo había firmado, era ese. Se abrió la puerta de nuevo, pero las únicas personas que salieron eran azafatas, seguidas del resto de tripulación, todos menos sus hijos. Se acercó a preguntar. No quedaba nadie en el avión. En su mente las ideas iban y venían como un carril de muchas direcciones. De repente una única dirección se le presentó como la posibilidad más acertada, empezó a cobrar forma la más terrible de todas. ¿Por qué Mike había mostrado tanta insistencia en volar con sus hijos? Apenas hacía un mes que había vuelto a sus vidas. Respiró hondo para intentar serenarse, no podía ser, era imposible. Llamó de nuevo pero nadie respondía, el teléfono mudo, solo múltiples llamadas de Poli. Sin poder evitarlo se acercó a la puerta mientras se abría, y disimulando entró. La cinta número cinco seguía rodando, ningún pasajero, una única maleta daba vueltas esperando a ser recogida. Y por supuesto, ni rastro de sus hijos. Con el latido de su corazón que parecía a punto de salirse del pecho empezó la gran pregunta, ¿dónde estarían sus hijos?

Hacía días que se habían llevado a mamá. Si Christian lo viera como ella lo veía, especial, un milagro. Los niños que sobrevivían eran niños especiales. Papá murió para salvarle. En las largas noches de agonía en el que el aire se negaba a entrar, su madre se lo contó, papá sería su ofrenda. Se fueron a Benitatxell, solo había que esperar unos días más hasta la víspera de las brujas. Después de aquello, todo cambió. Papa murió y él renació. Seguía necesitando el inhalador, pero sus pulmones aceptaban respirar. Su padre lo salvó y alguien debía salvar a Victoria. Una niña por otra niña. Fue tan fácil orquestar aquella noche en la Cueva de las Brujas, tan fácil pedirle a Esther que llevara las setas de su padre. Él era su paño de lágrimas, sabía todo lo que ocurría en aquella casa. La tomaron a la vez, no se dieron cuenta de cómo en el último momento puso aquello en el bolsillo. Fingiendo estar en trance fue el primero en irse, se escondió entre los árboles para ver lo que ocurría. Esther fue la siguiente y Christian, el último. La bruja estaba de su lado. Esther permaneció quieta en el mismo sitio donde pronto moriría; Christian huyó como si mil demonios lo persiguiesen, alejándose y dejándolo solo para lo que tenía que hacer. Esperó a su madre que apareció tiempo después. No les hizo falta forzarla, con una sumisión absoluta aceptó lo que ella le ofrecía, las setas que la matarían.

A la mañana siguiente aparecieron las cruces, fue un milagro, la bruja aceptaba la ofrenda, Victoria sobreviviría, y también lo harían sus hijos, él velaría porque así fuese.

Glosario de personajes

Comisaría de Jávea

Patricia Salcedo: inspectora jefa.
Jessica Martí: joven policía.
Poli: policía mayor desmotivado en el trabajo.
Albert Escuder: joven policía.
Toni Ferrer: policía de edad avanzada de baja por enfermedad.

Niños del pueblo: Victoria, Julen y Jack.

FAMILIA DE VICTORIA

Antonio: abuelo. Conocido por sus tradicionales "Cuentos de Todos los Santos".
Teresa: abuela. Junto a su marido tiene un puesto de frutas y verduras en la calle mayor.
Belén: madre de Victoria e hija única del matrimonio anterior.
Pau: hermano adolescente de Victoria.

FAMILIA DE JULEN

Irene: madre. Dueña de la floristería del pueblo.
Iñaki: padre. Junto a su mujer regenta la floristería.
Christian: hermano adolescente de Julen.

FAMILIA DE JACK

Jack Adkins y Rosey Adkins: padres de Jack. Ingleses residentes en Benitatxell.

Personajes secundarios

Esther: chica adolescente, amiga de Christian y Pau.
Lorena y Martín: padres de la anterior.
Aurora: anciana del pueblo.
Águeda: hija sumisa de Aurora.

Agradecimientos
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Glosario de personajes